

ÁNGELES  
GONZÁLEZ-SINDE  
DESPUÉS  
DE KIM

A woman wearing a wide-brimmed straw hat, a green short-sleeved top, and a white skirt with a green floral pattern is walking away from the viewer on a long, narrow concrete pier. The pier is bordered by a low wall of grey stones on the left side, which meets the deep blue ocean. The sky is a clear, bright blue. The overall style is that of a classic book cover illustration.

NOVELA

DUOMO  
NEFELIBATA

# **DESPUÉS DE KIM**

**ÁNGELES GONZÁLEZ-SINDE**



**Duomo ediciones**  
Barcelona, 2019

Edición en formato digital: abril de 2019

© 2019, Ángeles González-Sinde

© de esta edición, 2019 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán  
Todos los derechos reservados

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore  
Av. del Príncep d'Astúries, 20, 3º B, Barcelona 08012 (España)  
[www.duomoediciones.com](http://www.duomoediciones.com)

ISBN: 978-84-17761-34-9

Imagen de la cubierta: Nigel van Wieck

Conversión a formato digital: David Pablo

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos

*Para C., mi amor*  
*Para mi hermano*  
*Para mi padre*  
*los hombres que he querido y que perdí*

Me gusta esta casa en la que vivo ahora. Me gusta el sol que entra por la ventana de la cocina, tan apropiado. Da justo sobre la mesa donde desayunamos y donde yo ahora mismo escribo. Cuando es verano y hace verdaderamente calor, el calor sofocante que hace en esta parte de Europa, si me olvido de bajar el toldo, la mesa quema. «Solo quema por las tardes», me justifico ante Grete cuando me señala el descuido, pero ella tiene razón: la formica está que arde. La mesa es vieja. A pesar de la afición de Grete por las antigüedades, es simplemente vieja y vulgar, pero me gusta más por eso. Es un recordatorio de que esta casa en la que ahora resido fue antes una casa de veraneo y que vivir en ella es un poco estar de vacaciones, con muebles corrientes porque no tienen que durar para siempre. Unas vacaciones en las que entro y salgo según me apetece y que disfruto ahora que he aceptado que nada dura para siempre. Ni siquiera yo duraré para siempre.

A sentarme cada mañana en esta mesa sin distinción me condujo mi hija. Lo provocó involuntariamente hace poco más de un año ella, mi pobre hija Kim. Nunca podrá saberlo y ese es uno de los aspectos que más me cuesta asimilar de su muerte, no tanto su ausencia física, como el que la vida siga discurriendo y quien murió ya no pueda conocer acontecimientos que todavía le atañen.

Hace poco más de un año yo estaba metido en la cama de esa otra casa en la que viví tanto tiempo y que está a tantos kilómetros de este veraneo permanente. Dormía en ese país donde nací, que es un lugar donde solo excepcionalmente hace sol, y hay niebla y lluvia más que ninguna otra cosa. Dormía porque era muy temprano y porque entonces me gustaba dormir muchas horas para acortar el día lo más posible. Sonó el teléfono y con ese timbrazo se puso en marcha la maquinaria que partió mi vida en dos, pero que también me empujó hasta aquí. Ya no soy dueño ni de esa cama ni de esa casa. Las vendí. Grete no quería, es de las que piensa que una propiedad debe conservarse, pero yo no esperaba volver y no tengo a nadie que la pueda disfrutar, así que era mejor deshacerse de ella. Si queremos ir de visita a esa ciudad avejentada e inmensa que antes fue mi entorno habitual, Geraldine

dispone de un cuarto de invitados. Ha resultado que a ella no le importan los defectos de Londres, y tampoco le incomoda que yo utilice su dirección postal para la correspondencia. Es curioso que después de más de treinta años divorciados hayamos vuelto a compartir domicilio, al menos para el censo, la seguridad social y el fisco. Pero ¿qué hora es? ¡Si son casi las tres y media! Tengo que darme prisa. A las cuatro sale el niño y me gusta acercarme dando un paseo con el perro. *Zeus* ya sabe que es casi la hora, se pone de pie y agita el rabo. Qué listo es. Como a mi nieto, a él también le gusta pasear. Cogemos la pequeña bici y me los llevo a los columpios de la playa. Allí él merienda, el perro juega y yo echo un vistazo al periódico, aunque mi mirada, sinceramente, está más tiempo en las olas que en las letras. Por más que lo disimule, me interesa poco lo que le ocurra al resto del mundo. Y está bien así. Está muy bien así.

Poco más de un año antes, Geraldine conduce por las calles de Londres. Todo lo que puede pensar es que John tiene el pelo blanco. No es el que solía ser. No es quien ella recuerda a veces, muy pocas veces, cuando de pasada piensa en él. Las manos de Geraldine tiemblan sobre el volante. Ha sido una mala idea coger el coche. Tenía que haber llamado a un taxi, pero ella nunca toma taxis. Los taxis son muy caros y, aunque se los pueda permitir, le parecen un gasto mundano, ajeno a ella y a las cosas en las que cree. Geraldine cree en el transporte público, todavía cree en el plano del metropolitano de Londres, en ese sistema concebido hace más de un siglo, de una modernidad tan ingenua como las líneas más antiguas, incapaces de imaginar el futuro, hechas para vagones modestos y estrechos, sin posibilidad de crecer, en los que los pasajeros más altos, los jóvenes de hoy bien alimentados, tienen que ir encorvados. Geraldine prefiere moverse en metro porque además es el mejor observatorio para saber en qué anda la gente, y la gente es la materia prima de su trabajo. Ella piensa que cuando se desplazan de casa al trabajo y viceversa, llevan la guardia baja y son más de verdad, sus rostros no fingen, se vacían de pensamientos o vuelan con ellos. «¿Por qué he recurrido al coche en lugar de tomar un taxi?», se pregunta. Es peligroso conducir en su estado. Las piernas le tiemblan, le castañetean los dientes, no pisa el embrague con suficiente fuerza y las marchas han rascado varias veces al cambiar. Debería haber tomado un taxi, estaría justificado, pero no tiene la costumbre y a lo mejor hoy es uno de esos días en que solo nos quedan los hábitos. Lo ha visto en sus pacientes muchas veces. En el anterior semáforo el coche se le ha calado. Por suerte no hay mucho tráfico. Es sábado por la mañana, un sábado completamente distinto del resto de los sábados, que recordará para siempre.

John, con toda seguridad, estará en su casa y Geraldine se encamina hacia allí. Presupone que John no tiene dónde ir, que desde que se quedó viudo apenas hace vida social. Ha telefoneado antes para asegurarse, aunque no era necesario. No lo llamó de inmediato, esperó a que fueran las siete y media, para no despertarlo en mitad de la noche. A lo mejor le preocupa su salud y piensa que un sobresalto como el que ha recibido ella (infligido como un

hachazo, un espadazo) le debilitaría. Pero ¿qué sabe ella a ciencia cierta de la salud de John? Casi no se ven. Hace años que, si coinciden en algún estreno de teatro de Daphne, o en la copa de Navidad de la universidad a la que él no falla y ella solo frecuenta cada tanto, o en cualquier otro acontecimiento a los que los convoca alguno de los pocos amigos de la época que todavía comparten, apenas intercambian un saludo. A John no le es cómodo hablar con Geraldine, evita esos encuentros. Ella se da cuenta y lo respeta. También podría ser que Geraldine hubiera retrasado lo más posible darle la noticia no por inquietud ante su estado de salud, sino porque ha querido regalar a John un par de horas más de inconsciencia, la inconsciencia de la que ella ya no dispone, esa feliz ignorancia con la que se acostó anoche, quizá en el mismo momento en que al otro lado del mar y las montañas y el continente estaba ocurriendo lo más terrible. La ignorancia previa a conocer lo malo es, por definición, feliz.

Hace mucho tiempo que Geraldine no telefona a John, años, así que ha tenido que buscar su número en la agenda vieja. No lo tiene grabado en el móvil. Sabe que John dispone de un terminal, pero que lo usa poco. De todos modos ha preferido llamarlo al fijo, hay algo más digno en recibir una noticia irreversible en el teléfono de siempre, el que tienes sobre la mesilla, en el aparador del salón. Puedes recibir sentado la noticia más dura, la que te cambiará la vida. No es justo ser sorprendido por el dolor en el baño, en el autobús, en el supermercado, en un garaje... Indefenso. «En el teléfono de tu casa, entre los objetos que te son familiares —piensa Geraldine—, parece que estás más resguardado». Antes de colgar hubiera querido pedirle: «No enciendas la tele, no enciendas la radio», pero hubiera sido anticipar demasiado. No se le había ocurrido que, después de tantos años, esto es lo que deseara para John, resguardarlo, pero la llena de pesadumbre que tenga que sufrir, y por eso ha preferido esperar y anunciárselo en persona, acompañándolo. Porque el daño de John es el daño de ella misma. No es la mitad del daño. Es una suma. Cuando se lo diga, y no sabe cómo se lo va a decir, el dolor se multiplicará por dos. Por eso ha cogido el coche. Para alcanzarlo ella antes de que la mala noticia lo alcance por otro camino. John tiene todo el pelo blanco.

Soñaba con Grete. Paseaban por una playa de arena cálida y suave. Grete.



Ella salía de una maleta, como un regalo. No es la primera vez que John sueña con esa profesora visitante noruega que lo embelesó hace quince años. Pero ¿qué quince? ¡Han pasado por lo menos veinte o treinta! Le gusta soñar con ella, aunque a veces el sueño le pueda dejar un poco trastornado. No por el deseo, por el contenido sexual, sino por la emoción: la sensación de estar tan próximo a alguien a quien quieres rozar y que quiere rozarte a ti. John hace mucho tiempo que no siente cómo la palma caliente de otro se detiene sobre su hombro, su brazo, su espalda, y oprime un poco su piel. Vive solo, por propia voluntad, casi todo el día transcurre en soledad, salvo por la compañía de su perra *Jewel*, tan afectuosa. En lo mejor de ese sueño ha sonado el teléfono. John ha descolgado y ha vuelto a colgar, como hace siempre que llaman a deshoras. Luego se ha dado media vuelta en la cama. Suelen ser vendedores telefónicos con acento extranjero de compañías de la luz, Internet, gas. Pero el teléfono ha vuelto a sonar con esa sintonía que eligió Marianne y que, aunque a John no le guste, no sabe cómo desprogramar. Un día la mujer que viene a limpiar trajo con ella a su hijo adolescente, expulsado del colegio un par de días por alguna trastada. El chico era verdaderamente hábil con todo lo que fuera electrónico, así que le resintonizó la tele, lo ayudó a pasar la agenda del móvil viejo al nuevo, pero no se acordó de pedirle que cambiara la melodía del teléfono fijo. Quizá le sugiera a la asistenta que lo traiga de nuevo. El chico era espabilado, fue agradable pasar un rato con alguien casi de la edad de los alumnos que John tenía en la universidad. A veces John echa de menos dar sus clases y no, como se burlaba Marianne, por vanidad y por la necesidad de sentirse escuchado. No, más bien por la necesidad de sentirse útil, empezando por sentirse útil a sí mismo. La segunda vez que el teléfono ha sonado John ha respondido sin ganas, pensando que sería algún pesado que se equivocaba. Sucede en ocasiones. Ha llegado a adivinar que hay una carnicería cuyo número solo tiene una cifra distinta del suyo: suena el teléfono, él descuelga y una voz pregunta: «¿Le quedan chuletas?», o «Guárdeme un solomillo». Pero hoy no era un error. Era Geraldine, que a lo mejor también podría ser definida como un error en su vida, o una equivocación. Un error y una equivocación son cosas muy distintas. Un error da mucha más rabia. Geraldine. Uf. Con su intensidad, sus urgencias.

—¿John? Menos mal que te encuentro en casa.

—¿Quién eres?

—Soy yo. Geraldine.

—¿Geraldine? Qué susto me has dado. ¿Qué hora es, por amor de Dios?

—Son casi las ocho. ¿Vas a salir, John? Tengo que hablarte. ¿Estás solo? Necesito que te quedes en casa.

—¡Claro que estoy solo! ¿Con quién voy a estar?

—Espérame, que voy. Salgo ahora.

—¿Ahora? Geraldine, estoy en pijama. Estaba durmiendo. ¿No es sábado hoy?

—John, tengo que decirte algo. No te muevas. Espérame.

—Tendré que sacar a la perra. ¿Qué prisa tienes? ¿Qué te pasa?

—Yo la saco contigo. Espera.

Cuelga. John mira el despertador digital en la mesilla. Son las ocho menos veinte. ¿Qué carajo querrá Geraldine? ¿Y cómo ha sido tan idiota de no oponerse? ¿Qué tontería es esta de presentarse tan de buena mañana? Tiene la casa patas arriba. Bueno, la tiene como cualquier otro sábado. Los lunes es el día que limpia antes de que venga la mujer a limpiar. Los sábados y los domingos son los días en que más cacharros se acumulan en la pila y más periódicos en el sofá y más tazas y bolsas de té frente a la tele y algunas latas de cerveza. Algunas..., bastantes. Porque sí, ve la tele y bebe cerveza. Dice a los amigos que lee, pero no lee apenas. Ve la tele. Hay programas muy interesantes. Hay de todo en la tele. Qué fastidio. Con lo bien que estaba en la cama disfrutando de ese último sueño que es el más agradable. ¿Cuándo fue la última vez que habló con Geraldine? En el entierro de Marianne seguramente. La encontró desmejorada, con su estrafalario pelo rojo henna de siempre, había engordado y caminaba encogida. Bueno, era un día de mucho frío. Geraldine, ¿con qué extravagancia le vendrá ahora? ¿Se habrá enterado de que hace semanas que no hace la compra y solo se alimenta de sándwiches de pavo y mayonesa? Qué horror cuando a ella le dio por la comida macrobiótica estando casados, qué empeño. Pero ¿quién puede habérselo dicho? Daphne, su prima, solo puede haber sido ella. El otro día se la encontró en la farmacia. No pudo escabullirse y tuvo que saludarla. No era uno de sus mejores días. Había salido de casa sin ducharse ni afeitarse. Las mujeres metomentodo, cómo le cargan. Y cómo las extraña.

John se incorpora. Es la parte que más le cuesta del día. Le cuesta levantarse, poner su viejo cuerpo en marcha, y le cuesta resistir la tentación de

volver a acostarse en mitad del día. La cama es su paraíso últimamente. Lo sabe, intuye que no debe dejarse llevar, que un paraíso del que no se sale también puede ser una celda, que debería recoger los platos y meterlos al menos en el lavavajillas, que debería cocinarse algo caliente y vegetal, que debería beber menos cervezas y caminar algo más que los paseos cortos y lentos que da a la perra tres veces al día, ver gente, incluso pasar la aspiradora cantando sobre el ruido que todo lo tapa, como hacía Marianne, que se entregaba a sus arias favoritas sin saber una palabra de italiano. John recoge las tazas y las latas del salón. Posiblemente Geraldine no entre en la cocina, pero el salón lo verá. ¿Y el baño? Uy, el baño. Por amor de Dios, qué mujer más pesada.

Por fin la calle. El navegador la ha guiado bien. Geraldine estuvo en esta casa una sola vez hace años, cuando vino a firmar unos papeles que John necesitaba: la venta de una pequeña propiedad en el campo que él heredó cuando estaban casados. Era el único legado de su pequeña, diminuta memoria familiar, pues John es hijo único, como ha sido padre único. No hay una palabra para los padres de hijos únicos y son bien distintos de los padres de varios hijos. Tener un solo hijo es un acto de voluntad que te singulariza porque requiere haberse opuesto con fuerza a la corriente natural. Por el contrario, quien tiene más de un hijo no tiene mérito alguno, simplemente se dejó llevar por la costumbre, por el instinto. Cuando Kimberley era pequeña insistía mucho en el asunto de tener una hermanita, pero Geraldine pensaba que solo era porque le gustaban las literas y sin hermana no estaba justificada la anhelada cama de dos pisos. Cuando John y Geraldine se separaron, Geraldine compró una litera. La niña se apropió de inmediato de la cama superior, pero la cama de abajo quedó permanentemente vacía. Aunque John se volvió a casar con Marianne, él tampoco volvió a reproducirse, quizá porque ella ya aportaba descendencia de otro matrimonio. Así quedó Kimberley deshermanada. «¿Es que no os gustó tenerme?», interrogó un día con nueve años a su madre. «Nos gustó mucho, Kim, a mí me gusta mucho tenerte», contestó Geraldine. Pero quién sabe si Kimberley, la chica a la que siempre le faltó algo, lo creyó.

Pulsa el timbre. Un perro ladra. Son ladridos estridentes que hacen daño a esta hora de la mañana. Los ladridos que acompañan a John cada día, a los

que está habituado y que, se barrunta Geraldine, muchos días son su única compañía. No es hurraño John, es perezoso. Sin una mujer que tire de él, John se detiene. En el alféizar interior de la ventana hay un gato que toma el sol. «Qué gato más gordo». Abre los ojos y vuelve a cerrarlos despacio, como dos líneas indiferentes al pesado fardo que Geraldine trae y que va a meter en la casa. John tarda en abrir. Geraldine vuelve a llamar mientras piensa con pena y arrepentimiento: «Traigo una bomba atómica y voy a estallarla en esta vivienda. No se puede evitar».

Cuando John finalmente ha abierto la puerta, Geraldine ha pensado que está bien, mejor de cómo lo imaginaba. Tiene el pelo blanco, sí, pero todavía conserva su porte, y parece ágil y fuerte. Geraldine ha decidido en un instante que sí puede viajar con ella y afrontar la dureza de los trámites, que es mejor que lo haga. Mejor para los dos. Ahora están sentados en el salón que John ha hecho presentable aceleradamente.

—John, he venido a verte porque tenemos que coger un avión. Enseguida, es urgente.

Geraldine ha empezado por esa frase porque no ha encontrado otra.

—¿Qué quieres decir?

John piensa que a Geraldine se le ha ido la cabeza. Lo ha visto antes con otros amigos, empiezan poco a poco, puedes creer que son bromas, que se han vuelto más divertidos, pero no, es la demencia senil o el alzhéimer. John le ha ofrecido un té y Geraldine ha aceptado e incluso algo tan nimio le irrita. Pretendía seguirle a la cocina a prepararlo. Qué mujer tan cargante. ¿Cómo pudo casarse con ella? Es cierto que era bastante atractiva, inteligente, y él muy joven, bueno, los dos muy jóvenes, pero... Las dos tazas humean sobre la mesita de madera que, ahora se percata John, está marcada por multitud de círculos de latas de cerveza y trocitos infinitesimales y grasientos de *crisps* al vinagre.

—John, ha ocurrido algo terrible. No sé cómo decírtelo. Vas a tener que venir conmigo.

—No puede ser tan terrible que no puedas contármelo —dice John cansado de preámbulos.

—Sí lo es, John, sí. Yo daría cualquier cosa por no estar aquí y no tener que pronunciar estas palabras.

John se está empezando a asustar. O Geraldine verdaderamente se ha

*demenciado* o es muy pero que muy grave lo que quiere anunciar. La mujer tiene lágrimas y no es Geraldine propensa al lagrimeo, al menos que John recuerde. Es más propensa a la suficiencia.

—Es Kim. Es nuestra Kimberley.

John se remueve incómodo en el sofá, su cuerpo alerta.

—¿En qué se ha metido ahora?

Acabáramos, de eso se trata, de su díscola, rebelde, complicada hija, expulsada de cuatro colegios, que no terminó el bachiller ni estudió ninguna carrera. Una hija alérgica al conocimiento, a pesar de que sus padres la concibieron en una biblioteca, porque John y Geraldine, por aquel entonces, hace ¿cuarenta años?, ¿cuarenta y tres? (John no se acuerda exactamente de la edad de su hija), se dejaban llevar y, sobre todo, disfrutaban el uno del otro. En qué desastre se habrá enredado. Por la expresión de Geraldine, solo puede tratarse de la cárcel, tráfico de drogas seguramente o algo peor, tráfico de seres humanos. Qué tonta, qué tonta Kim. John echa cuentas rápidamente del dinero del que dispone en el banco. La fianza, los abogados son caros. ¿Habrá sido en Inglaterra o en España? John no está seguro, pero cree que su hija sigue viviendo en España. Ha leído que allí hay tráfico de drogas que entran directamente de Sudamérica y África. Los españoles son muy amigos de la fiesta y de la siesta, las únicas palabras en español que John conoce.

—No ha hecho nada, John. Kim ha muerto.

John no dice nada. Geraldine le toma la mano, pero él la retira en un gesto instintivo, muy rápido. Geraldine llora y lo mira. Al cabo de unos instantes él la mira a ella.

—No entiendo.

—Yo tampoco lo entiendo, John, pero está muerta. Esta madrugada sonó mi móvil. Era un cónsul, un diplomático. La Policía ha encontrado a Kim muerta en un jardín, en una casa con jardín.

—Pero ¿dónde?

—En un pueblo de la costa de España, John, donde vivía. Creo que era su casa.

—¿Se ha caído? —quiere saber John. Geraldine no entiende la pregunta. Él insiste—: ¿Cómo ha muerto en el jardín mi hija?

—Parece que alguien la ha matado.

John apoya la espalda en el sofá. Se lleva la mano a la cara, se cubre los ojos y ya no puede hablar más.

No tienen ganas de moverse, como si ponerse en marcha verificara la noticia y la inmovilidad la alejara. Aunque no se digan nada, porque no saben qué se puede decir, se sostienen mutuamente, en su llanto separado, diverso, hoy al menos.

—Debería ducharme —dice John levantándose al fin, cuando ha logrado moverse, pensar, reaccionar, volver a su cuerpo. Aunque en realidad solo está en su cuerpo, siente cada centímetro de músculo y de piel. Porque la muerte ha caído tan cerca, siente más la vida o la biología, como cuando te dan un golpe o te cortas y la herida palpita. John piensa en Marianne. Se pregunta por qué no está ella aquí ahora con él. Marianne hubiera sabido qué hacer, qué decir. Él no sabe. ¿Y por qué le toca esto a él otra vez? Ya perdió a su mujer hace apenas unos años, y ahora su hija. ¿Por qué? La pregunta retumba en su cabeza.

—¿Quieres que te ayude? —pregunta Geraldine—. Quiero decir..., ¿te sientes bien?

John la mira.

—Sí, me las arreglo —asegura.

John, que no quiere ser visto como un hombre frágil, ni siquiera hoy, ni siquiera en estas circunstancias. No conviene.

—Perdona. Es que a mí me tiemblan las piernas, y no quisiera que mientras te arreglas, a lo mejor te fallen las fuerzas...

—Dejo la puerta del baño abierta si te quedas más tranquila.

—Gracias.

John desaparece en el interior de la casa. Ella se queda sentada en la butaca. Desde allí puede divisar tres latas de cerveza vacías bajo el sofá. Y periódicos atrasados. Y alguna bolsa arrugada de patatas al vinagre, el aperitivo preferido de John que ella todavía recuerda. Mientras oye correr el agua de la ducha, Geraldine mira a su alrededor por primera vez. Le entran ganas de abrir las ventanas. El olor a cerrado y a agrio subraya la ausencia de Marianne, o más bien, su falta de presencia. La casa está exactamente como la dejara ella, sin que John haya cambiado de lugar una sola foto, una maceta. Y no parece que sea tanto por respetar la memoria de su esposa fallecida como por falta de interés. John no ha dado pasos en los años que lleva viudo, ha perdido el gusto por vivir.

Geraldine se agacha y recoge la porquería de debajo del sofá. Entra en la cocina para tirarla. «¡Qué impresión, esta cocina!». Corresponde más al piso compartido de unos estudiantes que al de un respetable catedrático emérito de Física. Sin tener certeza del porqué, a Geraldine esta visión de la suciedad la llena de un desasosiego que no había sentido hasta ahora. Quizá esta cocina desastrada, abandonada, descuidada, sea como las cocinas en las que su hija se haya movido en otro país, en esa vida lejana que Geraldine conoce poco, pero que hoy por fuerza ha empezado a imaginar. Porque la casa en la que vives, para Geraldine, refleja tu vida interior. Porquería, desorden, deterioro, ¿qué dicen de John? «Primero limpiar el templo —dice Geraldine a sus pacientes—, aunque nos cueste mucho esfuerzo. A partir de ahí, todo lo demás».

Abre el grifo y uno a uno enjuaga platos, vasos, cubiertos, y los mete en el lavavajillas. Hay algo en el ordenar el desorden que reconforta. Hay algo en esa actividad cotidiana que calma la cabeza. Porque su cabeza no para. «¿Cuándo fue la última vez que vi a Kim? ¿Cuándo la última vez que hablé con ella? ¿Cuándo la tarde que dije “Mañana sin falta la llamo” y no la llamé? ¿Por qué no he ido nunca a visitarla? ¿Por qué no estaba yo allí a su lado? ¿Cómo no lo vi venir? ¿Cómo no lo evité? ¿Cómo no la protegí? ¿Dónde han ido los años, los meses, las semanas? ¿Por qué ha tenido que morir ahora, hoy, tan temprano? No era su tiempo. No estaba previsto. ¿Por qué?».

Cuando tiene la cocina casi recogida, John se asoma a la puerta. Él no repara en la limpieza, solo dice:

—La maleta. No sé qué meter.

Geraldine lo sigue hasta su dormitorio. Todos los armarios y cajones están abiertos.

—Hace tiempo que no viajo.

John está vestido formalmente, el pelo mojado y peinado hacia atrás. Se ha afeitado. Está casi guapo.

—No encontraba la maleta. No me acordaba de dónde las guardaba Marianne.

—Coge tres mudas, tres camisas, un par de pantalones y algún jersey. ¿Sigues siendo friolero?

John está parado en medio de la habitación. Sobre la mesilla, Geraldine distingue varias cajas de medicinas.

—Y las medicinas no te las olvides.

—No son importantes. Llevan ahí mucho tiempo. Es que tuve la gripe. No las estoy tomando ahora.

—Por si acaso —sugiere suavemente Geraldine, que sabe que son todo menos medicamentos para la gripe y se sorprende de que John no recuerde que ella reconoce los principios y las fórmulas porque para eso es médico, aunque hace tiempo que dejó de ejercer la medicina convencional y de recetar medicamentos. Señala la maleta abierta sobre la cama deshecha y no muy limpia—. Dame las cosas y yo las voy metiendo, anda.

Qué mal ha aparcado. El coche está muy separado de la acera. Geraldine espera que John no lo advierta. Siempre fue muy exigente con su manera de conducir. Geraldine cree que no era por afán de controlarla, como otros hombres, sino porque honestamente John tenía miedo a los accidentes, un miedo irracional y arbitrario, quizá incrementado por su desconocimiento: sus padres nunca tuvieron coche y él tampoco se sacó el carnet. Pero John no se da cuenta de que el vehículo está prácticamente en medio de la calzada, no percibe que ella se ha detenido y abre ya las puertas de un coche. John pasa de largo arrastrando su maleta.

—¡John!

Geraldine lo llama.

John se detiene, se vuelve, desorientado. La mira como si le costara reconocerla, recordar qué hacen allí. Geraldine va hacia él, coge su equipaje. Pero no puede mirarlo a los ojos, ahora no, todavía no. Lo toma del brazo suavemente.

—Ven, John. Mi coche es este.

John se mete en el coche y se disculpa.

—Lo siento.

—Vamos a parar primero en mi casa y recojo mis cosas.

Tiene todo listo. Desde el momento en que el teléfono sonó y el diplomático le comunicó la terrible noticia hasta el momento en que telefoneó a John, Geraldine ha tenido muchas horas para pensar. Compró dos billetes de avión y preparó una maleta. Todo preparado, salvo que en el último momento olvidó cogerla. Aunque en realidad..., el coche... Mejor dejar el coche en casa. No quiere conducir hasta el aeropuerto. Lo guardará en el garaje y tomarán un taxi.



—¿Tienes dinero? —se le ocurre preguntarle a John durante el trayecto.

—¿Encima?

—Sí. ¿O una tarjeta de crédito? Perdona que te haga esta pregunta, John, es por si nos hace falta. Allí, no sé, habrá que encontrar un hotel, alquilar un coche a lo mejor.

—¿Alquilar un coche? —se sorprende John.

—No lo sé, John. No sé cómo es aquello ni qué se supone que tendremos que hacer.

—Pero si saco del cajero aquí, me darán libras, no me darán euros. ¿Crees que en el aeropuerto nos cambiarán un sábado?

«Así que estas son las conversaciones que se tienen en momentos como este, cuando acabas de saber que tu hija ha muerto», piensa Geraldine. Ella debería haberlo imaginado. Su trabajo es averiguar de qué habla la gente cuando ocurren las cosas que más les afectan.

—Yo tengo algunos euros. Me sobraron de las vacaciones en Grecia —recuerda Geraldine.

—¿Fuiste a Grecia? —pregunta John, que sabe muy poco de la vida de su exmujer y le cuesta imaginarla en Grecia.

—Sí. Quince días en junio. Tenía que terminar un artículo y fue muy agradable.

—¿Todavía publicas? —pregunta John.

—Sí. ¿Tú no?

—Sí. Yo también. Yo no paro —miente John, y Geraldine parece aceptarlo.

De lo único que John tenía ganas aquel sábado era de quedarse en su casita de campo, una modesta pero confortable herencia familiar, único bien de una estirpe de gente tan minúscula como temerosa de Dios, una gente tan pequeña que hablaba con palabras pequeñas, derivadas de pensamientos más pequeños aún. La calderilla en el bolsillo no les daba para más. Los pensamientos grandes a la larga salen caros. Había sido Geraldine la que lo había animado, casi impuesto que se quedase esa casita cuando su tía Edith falleció. Pidieron un crédito para renovarla y él, aunque en principio era muy reticente a volver a vincularse a un pueblo que asociaba con una parte de su biografía que había peleado por dejar atrás, su solitaria y un poco humillante infancia, ahora disfrutaba de la propiedad, aunque resultase insaciable en su necesidad de reformas, como si, dotada de vida propia, quisiera atrapar a John exigiendo toda su atención.

Salieron de la casa dispuestos a asistir a una fiesta, porque ellos a su vez habían celebrado otra hacía muy poco y los vecinos los invitaban en correspondencia. Una reciprocidad para John excesiva puesto que, ya que ahora tenían esa casita en el campo, lo que él deseaba era disfrutarla, o sea, tumbarse en el jardín y leer mientras durara el buen tiempo y pudieran aprovecharlo. A algunos de los vecinos John los conocía de vista de antes, cuando sus padres y él acudían cada verano a pasar unos días de descanso, los únicos días de descanso, con su tía Edith. Ni su tía ni sus padres habían sido partidarios de la vida en sociedad, la tía porque decía que no le alcanzaba con su escueta pensión de viuda, sus padres porque le seguían la corriente. Así él, sin conocer bien las razones, salvo la de su timidez enfermiza, nunca logró echarse amigos entre los chicos del pueblo, a los que poco a poco fue sintiendo que nada le unía.

Pero el tiempo había pasado y la universidad le había ofrecido esa rara oportunidad de ser otro y empezar de cero lejos de su familia de origen. Ahora era un adulto, estaba casado, era uno de los catedráticos de Física más jóvenes y prometedores, tenía una esposa muy solvente, que era médico, y una hija pequeña, rubia y graciosa, todo lo cual reafirmaba su carácter a pesar de esos

rasgos dulces, añados que siempre hacían a la gente pensar que era más joven de lo que era. Se sentía dueño de una vida social propia de la que nadie lo excluiría ya.

Había que reconocer que la primera copa, la que dieron ellos para presentarse a los vecinos, en ese sentido había funcionado muy bien. Cuando bajaba al pueblo a hacer algún recado, lo saludaban unos y otros. Hubieran participado o no en su reunión, ahora algún tipo de prestigio lo precedía y la gente lo recordaba. Su rostro se había quedado impreso en sus retinas, cosa que antaño, cuando era un adolescente que realmente se desgarraba por ser uno más, parecía inalcanzable. A John le gustaba y le fastidiaba a la vez esta súbita aceptación de su persona, porque en su interior no se sentía distinto del chico que había pasado allí los veranos de su infancia sin que nadie se dignara a mirarlo si no era para mirarlo mal. Es verdad que ya no tenía ni acné ni las piernas esmirriadas, ni siquiera aquella timidez dolorosa, pero era el mismo individuo, no había fractura alguna en la línea de tiempo que conectaba su niñez con su juventud, y con su bien ganada plaza de profesor universitario, y con los esmerados artículos que con regularidad publicaba en las revistas académicas.

A primeros de mayo, por su cumpleaños, Geraldine, que a diferencia de John no era partidaria del ahorro, había aparecido con una barbacoa. Barata no había sido, como John pudo comprobar unos días más tarde cuando le faltó la broca adecuada para colgar los accesorios del baño y tuvo que volver a la ferretería. No le importaba hacer bricolaje, incluso encontraba algo físicamente placentero en trabajar con las manos para transformar las cosas, pero le exasperaba no disponer nunca de todos los útiles necesarios. Siempre faltaba algo. Ahora comprendía el gran negocio que podía ser una ferretería. Su padre había tenido años ha la opción de hacerse con el traspaso de ese mismo establecimiento. John tenía diez años y muchas ganas de crecer y de cambiar. Recordaba perfectamente cómo se había ilusionado aquel verano cuando desde la pequeña cama plegable escuchó a sus padres debatir el asunto. Sentía tanto interés como deseo: se veía convertido en el hijo del ferretero y estaba seguro de que entonces sí, esas puertas sociales que, por razones poco claras, le estaban vedadas se abrirían de par en par. Además, si compraban la ferretería, dejarían Liverpool y él podría ser, por mor de la espléndida tienda, un tipo distinto al que no puedes hacer como que no ves

porque es experto en todos esos artilugios y herramientas que vende. Eso es, se convertiría en alguien necesario. Sin embargo, aunque el precio del traspaso era asumible para sus padres, su naturaleza conservadora y timorata, la naturaleza de quienes nunca han tenido nada y temen arriesgar la poca seguridad que han adquirido, finalmente los llevó a desechar la idea. Su padre se mantuvo en su puesto de la administración de los ferrocarriles hasta la jubilación.

«Tu padre trabaja mucho para darte los estudios que él no tuvo. Aprovéchalos, hijo», repetía con frecuencia la madre de John haciéndole sentir incómodo por el reproche implícito. ¿Es que no era suficiente lo que ya hacía para complacer a su familia?

«La ferretería hubiera sido muy buen negocio», se decía John cada vez que tenía que entrar en ella dispuesto a pagar lo que le pidieran por unos tacos de 5 milímetros imprescindibles para liquidar de una puñetera vez la reparación que tocara. Esperaba turno e imaginaba cómo hubiera cambiado su vida aquel establecimiento, cómo hubiera modificado a su familia. El trato con el público hubiera obligado a su madre a ser más sociable y a abrirse; su padre podría haber descubierto una vocación de comerciante o, al menos, una especie de pasión que John siempre adivinó que bullía dentro de él, pero que faltaba en su ordenadísima vida.

Sábado a sábado, artilugio tras artilugio, ante aquel mostrador John se acordaba de sus padres, de sus pequeñas palabras y sus pequeñas ideas, su amor por las certezas y su pánico ante la incertidumbre. Los echaba de menos y entonces dejaba de pesarle dejarse allí el dinero. Hasta lo agradecía, porque gracias a la instalación incompleta de ese grifo nuevo, de ese interruptor o esa estantería podía recordarlos. Su ansia por rematar la chapuza y tomarse un *whisky* se disipaba. Luego, con más tranquilidad, cuando acabara, se sentaría en el jardincito de su casa de campo con su copa, preferiblemente junto a Geraldine, y si no era posible porque estaba ocupada, solo.

Nunca le hace ilusión verla. Prefiere no verla. Cruzársela en el vestíbulo de un teatro cuando Daphne los invita a los dos es un engorro. Han ido en silencio en el avión. Durante todos estos años la única razón para hablarse ha sido su hija y ahora no se sienten capaces. ¿Qué se pueden decir? Apenas nada. Cada uno sabe cómo se siente el otro. En este momento sí lo saben. Geraldine se ha quedado dormida. Dormida le ha gustado más. Dormida le ha dado pena. Intenta parecer joven, pero no lo es. Hace mucho que no lo es. «Cuando duermes tienes tu edad verdadera», piensa John. Entonces se acuerda de por qué está en un avión tantos años después, otra vez con Geraldine, los dos solos: porque su hija ha muerto. Y cuando recuerda esto y esas palabras cruzan su mente vuelve a sentir el pinchazo, como si lo atravesaran con una navaja. Cuando era adolescente en Liverpool los chicos de su barrio usaban navajas. Le atemorizaban, tan afiladas, pero lograba disimular su temor, incluso darle la vuelta y que los ojos con que miraba esos filos cuando regresaba de la escuela y los veía brillar en su calle, en su misma acera, pareciesen ojos desafiantes. No le gustaba su barrio, estaba deseando llegar a casa y estudiar más, porque sabía que estudiando más saldría de ese vecindario. Y porque la física, las matemáticas, la química, la biología, todas las asignaturas de ciencias, tan precisas, lo harían volar cada vez más alto y más lejos. En cambio, la literatura, la lengua, la historia eran pura interpretación, meras opiniones sobre la vida de las personas. No podía soportarlas. Lo traían de vuelta aquí abajo, pegado al suelo, a las minucias de sus vecinos, a las aceras donde se sacaban las navajas.

El aeropuerto de Alicante es grande y nuevo. Geraldine se desconcierta. Por un momento parece aturdida y teme haberse equivocado de vuelo y haber aterrizado en otro lugar. John no. Hace poco vio en la tele un reportaje sobre grandes obras públicas en España.

—Como este tienen veinte. Les sobran aeropuertos. Hicieron obras innecesarias —explica a Geraldine y siente cómo le sube una especie de rabia a la garganta. Rabia por un tiempo en el que veía reportajes en la tele sentado en su sofá, en pijama, comiendo patatas y dejando sobre la mesita cercos de

cerveza. Un tiempo que ahora le parece ciencia ficción. Un tiempo insulso, vacío, pero despreocupado al que no volverá jamás porque alguien se lo ha arrebatado.

—¿Por qué hay tanta gente...? —susurra Geraldine, que quiere y no quiere hablar. Al bajarse del avión, ha sentido de golpe todo el cansancio acumulado. Aguardar a que se despejara el estrecho pasillo para desembarcar le ha resultado un esfuerzo muy grande. Pensaba que el vuelo sería duro, pero ha resultado plácido porque un avión en el cielo carece de lugar y de tiempo, ahora se da cuenta. Lo duro de verdad ha sido escuchar por los altavoces el anuncio de la temperatura en Alicante, la cinta por la que aparecerá su equipaje y las puertas de embarque de los vuelos para los que tienen conexión. «Bienvenidos a Alicante». Qué duras palabras. ¿Quién es tan cruel de pronunciarlas?

—Te llevo la maleta —ha sugerido John notando que ella no puede arrastrarla.

—No sé qué he metido. Pesa demasiado —se disculpa Geraldine, que se ha venido abajo justo cuando él se ha venido arriba.

Es el odio. De pronto John odia esta tierra, este aeropuerto tan amplio, este sol indecente. Decide que esta gente morena y arisca son quienes tienen la culpa de todo. ¿Por qué no cuidaron de su hija? ¿No tienen Policía? ¿No tienen...? John no sabe qué hay que tener para que no mueran las personas. ¿O es que no es cierto? Podría no ser cierto. Míralos. Son tan torpes que a lo mejor no es cierto. A lo mejor esta gente morena y tosca se ha equivocado y les han hecho volar desde Inglaterra para nada. Quizá sea todo un error, un malentendido, y le hayan hecho saltar de la cama tan temprano un sábado y pagarse un billete de avión para nada. ¿Cuánto habrán costado los billetes? Baratos no serán. Te seducen con eso de que el billete cuesta veinte libras pero luego sale por diez veces más. Mentirosos. Son todos unos mentirosos.

—¿Tienes los euros?

—¿Eh?

John está distraído. El odio lo mantiene entretenido; con el rencor y el desprecio y la rabia, el tiempo pasa más rápido. Van en un taxi. Ya están en un peaje de una autopista y el taxista tiende la mano esperando que le entreguen dinero. También esto irrita a John. No han hecho más que llegar y ya les están sacando euros.

—Tendremos que tener cuidado —dice John.

—¿Con qué? —pregunta Geraldine, que parece más repuesta. Se ha peinado y lavado la cara en el baño del aeropuerto.

—Con el dinero. A la gente como nosotros..., o sea...

—¿Qué?

—Hay que tener cuidado —concluye John.

No quiere decir más. No quiere decir que el dolor por el que van a pasar estos días les aturdirá y podrían ser presa fácil de timadores. Es lo que siente, que los han timado o los van a timar de modo inmediato.

—Lo tendremos —dice Geraldine.

El taxista pregunta algo que no entienden. Geraldine deduce que necesita alguna dirección. Están entrando en un destino de vacaciones y el hombre espera el nombre de un hotel. Suelta algunos de los más populares entre los ingleses, a ver si ellos reconocen alguno. Geraldine no sabe cómo decir «juzgados» en español y solo dice:

—*No hotel.*

El taxista no sabe una palabra de inglés. Ella dice al fin:

—*Police.*

Y el taxista se desconcierta, porque eso sí lo ha entendido.

—¿No tenía que estar esperándonos en el aeropuerto alguien del consulado? —pregunta John fastidiado.

—No. En la comisaría. Dijo que se adelantaría —responde Geraldine mientras busca en su *tablet* un diccionario inglés-español. Al fin encuentra la palabra y se la muestra al taxista.

—*Understand...* —dice el taxista.

No saben dónde van y tampoco entienden lo que les dice. Desde su móvil, Geraldine logra contactar con el empleado del consulado. Pasa el móvil al taxista y este baja el volumen de la radio. John siente alivio y dice «*Thank you*». El taxista responde apenas con un gesto, los dos advierten en el retrovisor cómo su expresión cambia. Ahora los mira con una mezcla de respeto y espanto. El taxista es el primero, pero no será el último que los mire de ese modo. Nadie quiere para sí lo que les ha ocurrido a ellos. Geraldine toma la mano a John y se la aprieta. Esta vez él no rehúye el movimiento.

Frente a la comisaría los recibe una mujer menuda.

—Soy Amparo, la intérprete. Lo siento mucho, les acompaño en el sentimiento.

John y Geraldine responden al saludo y no saben qué contestar. Todo esto es nuevo: el edificio que parece desgastado, los carteles pegados en las paredes con recomendaciones, retratos de delincuentes buscados, el ir y venir de gente por los pasillos y, sobre todo, las palabras de esa mujercita. Nadie les había dado el pésame hasta ahora. «Entonces, ¿es cierto?», piensa John y se le escapa.

—Entonces, ¿es cierto?

Qué infantil suenan sus palabras a oídos de Geraldine, qué pena ser testigo de la candidez de un hombre tan viejo.

—Lo siento muchísimo. Una desgracia —dice el vicecónsul mientras les estrecha la mano.

John se tambalea. Geraldine lo sostiene con miedo a caer ella también.

—La inspectora que lleva el caso está esperando. Ella les podrá explicar —añade el diplomático.

Entran en un despacho muy sencillo, impersonal. No hay sillas para todos, el vicecónsul se queda de pie y cede su silla a la intérprete, que se arrima a John y Geraldine en un gesto profesional, experimentado. Sabe que será necesaria porque sabe que se dirán cosas importantes, pero John tiembla y no se le pasa ni sentándose. Los dientes le castañetean.

—¿Es diabético? —pregunta la intérprete con delicadeza a Geraldine—. ¿Puede ser un bajón de azúcar?

Geraldine traslada la pregunta a John:

—¿Eres diabético?

A los demás les choca esta esposa que no conoce el estado de salud de su marido. Ignoran que la relación de John y Geraldine hasta esta mañana era prácticamente inexistente, un vestigio arqueológico de un pasado remoto.

—¡Que voy a ser diabético! Es el aire acondicionado. Hace un frío del demonio.

Sin embargo, no hay aire acondicionado; de hecho, el aire está demasiado cargado.

—¿Conocen los hechos? —pregunta la inspectora.

La intérprete traduce, Geraldine niega con la cabeza, John intenta controlar



sus temblores y su malhumor, que regresa con fuerza.

—Que pase el agente que estuvo en el levantamiento —pide la inspectora.

Entra un hombre joven uniformado. Es bien parecido y da la impresión de estar algo avergonzado.

—Buenos días —dice, y Geraldine piensa cómo en momentos así los profesionales de la desdicha recurren a las convenciones de la urbanidad, porque saben que es importante seguir alguna pauta establecida, reconocible en el caos que se avecina.

Tantas veces Geraldine ha sido portadora de malas noticias para los familiares de sus pacientes, transmisora de palabras que destruyeron vidas cotidianas. «Traigo una bomba atómica y la voy a detonar aquí». Geraldine entiende la vergüenza del joven policía. Creía estar preparada, creía que no la desestabilizaría tanto si un día tuviera que estar del otro lado.

—Fue en casa. En su vivienda. Recibimos la llamada de un vecino. Una vecina. Parece que la fallecida tenía un utensilio de la cocina que era suyo. Una *minipimer*, creo. Esta vecina fue a recoger el electrodoméstico de su propiedad y nadie acudió a la puerta cuando llamó.

John escucha la traducción y no comprende a qué vienen estos detalles estúpidos, pero no dice nada. El policía continúa:

—Parece ser que la señora llevaba varios días reclamándolo y por eso dio la vuelta para entrar por la puerta del jardín, que a ella le constaba que solía quedarse abierta. Fue derecha a la cocina, recuperó el aparato y al dirigirse a la puerta principal para regresar a su casa, se encontró a la fallecida en el suelo con señales de heridas de bala.

—¿Heridas de bala? —pregunta Geraldine a la intérprete.

La intérprete repite la pregunta al policía, que explica:

—Sí, tres. Mortales de necesidad. Disparadas a poca distancia. Seguramente ella misma abrió la puerta al homicida y este disparó sobre ella sin que pudiera reaccionar.

—No entiendo —dice John—. ¿No me dijiste que la encontraron en un jardín? —Todo esto le resulta la cosa más extraña que ha oído en toda su vida—. ¡¿Y balas?! ¿Cómo balas?

—La casa tiene jardín, pero a la fallecida la encontramos en la entrada, dentro. Quizá quería salir al jardín. No hubo forcejeo ni resistencia. El agresor la pilló por sorpresa. Eso hace suponer que ella abrió la puerta a ese

individuo, con el que tenía familiaridad. Tiene que ser alguien conocido.

—¿La mató alguien a quien conocía?

—Es muy probable que fuera su marido —contesta la inspectora—, que está en paradero desconocido. Pero es pronto para determinarlo. Por eso necesito hablar con ustedes. Mi Unidad está especializada en familia y mujer.

John y Geraldine guardan silencio.

—Ustedes pueden aportar datos importantes. ¿Su hija había comunicado últimamente que tuviera problemas de algún tipo?

Geraldine niega y un policía que está sentado junto a la inspectora teclea su escueta respuesta en un ordenador. John pregunta:

—¿Dónde vivía?

La intérprete traduce y la inspectora cruza una mirada con el vicecónsul.

—¿Vivía aquí? —insiste John.

—No —aclara el vicecónsul—, vivía en un pueblo más pequeño, a cinco kilómetros. Un pueblo en el que los residentes son en su mayoría extranjeros, jubilados extranjeros.

—¿No conocía usted la casa de su hija? —indaga la inspectora.

John mira a Geraldine interrogativamente y esta niega.

—No estábamos en contacto. Quiero decir, no muy seguido. Mi hija, Kim... —Geraldine no sabe acabar la frase.

—Traduzca, por favor, para el atestado —solicita la inspectora.

Amparo traduce y el policía mecanógrafo transcribe sin mirarlos siquiera, concentrado en no cometer faltas.

—¿Y por qué? —quiere saber la inspectora—, perdonen que me entrometa. Sé que no es el momento, pero toda la información que podamos facilitar al juez ayudará.

—Porque... —Geraldine mira a John, pero él espera que sea ella quien justifique por qué no conocían la casa de su hija.

Como Geraldine no da el paso, es él quien explica:

—Porque su vida y las nuestras eran muy distintas.

—Ya... ¿Cuándo fue la última vez que la vieron o hablaron con ella?

—Siempre hablábamos en Navidad, para el Año Nuevo. A ella le gustaba así. El primer día de cada año. Era un ritual —aclara Geraldine—, así que supongo que, bueno, fue entonces.

La inspectora mira a John. Geraldine le ahorra el mal trago:

—John no se hablaba con ella. Ella estaba enfadada con su padre desde hacía tiempo.

—¿No les escribía tampoco *mails* o mensajes de texto? ¿Fotos? ¿Algo que puedan aportar? Todo sirve.

John niega.

—¿Ni por su cumpleaños o en fechas señaladas?

John se está poniendo nervioso. No han venido a examinarse. Han venido a que alguien les explique qué pasó y por qué ya nunca más podrá elegir entre hablarse o no hablarse con su hija. La inspectora advierte su impaciencia y dirige ahora su atención a Geraldine:

—Y en esa última conversación con Kimberley, ¿mencionó algo que le extrañara? ¿De sus relaciones? ¿De sus amistades o el trabajo? ¿Le habló de alguna disputa? ¿Se quejaba, por ejemplo, de su pareja? ¿Qué me pueden contar de él?

—No me habló de su pareja. Yo había pensado venir a visitarla este año. Este año en otoño. Me parecía que sería mejor para ella, más tranquilo, y que haría un tiempo más agradable.

—¿Más agradable que cuándo?

—Que en enero, que es cuando me telefoneaba. En verano hace tanto calor... A ella le encantaba el calor mediterráneo, pero a nosotros... Bueno, nosotros somos ingleses, no estamos acostumbrados.

—¿Y no le sorprendía que su hija no llamara con más frecuencia?

—No. Mi hija guardaba las distancias y yo respetaba su espacio, sus decisiones. Hacía mucho tiempo que esto era así.

—Muchos años —apostilla John, que de pronto se siente obligado a defenderse como padre—. Ella tenía su mundo, su vida, no quería nada de nosotros.

La inspectora anota y todos guardan silencio.

—Entonces, mi hija ¿vivía con una pareja? —pregunta Geraldine.

—Sí, con su pareja y con el niño —aclara el agente.

—¿Un niño? Pero ¿qué niño? —Geraldine está confundida, tanto como John abatido.

—Su hijo, el hijo de los dos.

Geraldine se vuelve a la intérprete, quizá haya sido un error de traducción, pero el policía lo confirma:

—La fallecida murió en el domicilio que compartía desde hace al menos cuatro años con su pareja, de nacionalidad rusa, y con el hijo de ambos, de tres años.

Ante la cara de pasmo de John y Geraldine, la inspectora pregunta:

—¿No sabían ustedes que eran abuelos?

Ambos niegan, incapaces de articular palabra.

—La cuestión es que tanto el niño como el padre han desaparecido. Por eso la Policía sostiene que él podría ser el autor de los disparos y que se ha dado a la fuga con el crío. Por desgracia, muchas extranjeras son víctimas de la violencia de género. No denuncian y no se protegen, desconocen el sistema legal español. Es solo una hipótesis con la que estamos trabajando, pero lamentablemente la más plausible.

—¿No te gusta? —preguntó Geraldine decepcionada.

John disimulaba como podía su desilusión, pero Geraldine había percibido que aquel regalo sorpresa no le había hecho gracia ninguna. Ante sí tenían una gran caja de cartón con una publicidad ridícula en la que una mujer y dos niños contemplaban con regocijo cómo el cabeza de familia, muy sonriente y con una camisa espantosa, asaba un pedazo de carne sobre una parrilla. ¿De dónde había sacado Geraldine que a él le podía gustar una barbacoa? ¿Por qué la había comprado? No se le ocurrían más que razones infantiles para rechazar la barbacoa. No podía alegar que le parecía tan hortera como la propaganda que llevaba pegada. Tampoco que las barbacoas le parecían un invento tonto y artificial propio de americanos, una cosa bárbara e impracticable en un clima húmedo como el británico. Por otra parte, una barbacoa ¿no requería una gran cantidad de combustible fósil, lo cual era una insensatez desproporcionada para las seis o siete chuletillas de cordero que a lo sumo consumirían él, Geraldine y una niña pequeña?

—Sí me gusta, me gusta —mintió John—. Es que me ha sorprendido. La barbacoa es más bien para reuniones grandes, ¿no?

—Sí, para cuando invitemos a nuestros amigos los fines de semana. Me encantan las barbacoas. Son tan informales. Tan festivas. La gente circula, se mezcla, hace todo más fácil.

Qué espanto. La casita que con tanto esfuerzo había logrado poner en condiciones se llenaría de gente todos y cada uno de los fines de semana. A John solo se le ocurría una pregunta para Geraldine: «¿Por qué? ¿Por qué no podemos estar solos?». Pero tuvo mucho cuidado de no hacerla.

El sábado que iban a estrenarla llovió y John se ahorró el esfuerzo de montar la dichosa barbacoa y ponerla en marcha. Por lo que había oído, prender esos carbones y que llegaran al estado incandescente no era tarea ni sencilla ni rápida. Asaron la carne en el horno con patatas y finas hierbas, como siempre. Geraldine era buena cocinera y salió delicioso. El siguiente fin de semana eran ellos los que habían sido invitados a una fiesta ajena, con lo cual John también se libró. Al tercer fin de semana no había escapatoria:

tocaba estrenar la parrilla, pero Daphne, la prima de John y amiga de Geraldine, apareció con tanta comida sobrante de un cóctel celebrado en el hotel en el que trabajaba como recepcionista que no hubo necesidad de cocinar nada, solo tuvieron que poner las cervezas. John encontró el salmón marinado sabrosísimo (el cóctel era de la embajada sueca).

Un mes después, la barbacoa seguía en su caja en el garaje y, aunque Geraldine no la mencionara, John estaba seguro de que no se le olvidaba y antes o después llegaría el día en que tendría que debutar como parrillero. Por las noches en la cama matrimonial de su pequeño piso en la ciudad, John le dedicaba muchos pensamientos al asunto, demasiados en realidad. Tantos que una noche comprendió que tendría que decírselo: «No me veo, Geraldine. No me imagino allí con un delantal y las pinzas o las tenazas, como se llamen, dando la vuelta a la carne delante de nuestros amigos. Me parece impostado. Lo encuentro indigno. Lo siento, no me gustan las barbacoas». El miércoles, antes de que John encontrara la manera de hacer esta confesión, fueron invitados a otra pequeña reunión de domingueros, con lo que también ese fin de semana saldrían a comer fuera. Eso, por un lado, proporcionaba una semana más de tregua a John, pero por otro le impedía disfrutar en paz de su casa de campo. Estaba cansado de vida social. ¿Los fines de semana no se habían inventado para descansar, estar solo y no hablar con nadie? ¡Ya hablaba con suficiente gente en la facultad, entre sus alumnos y los compañeros de departamento! Para más inri, esta fiesta no era de vecinos, sino de un colega del hospital de Geraldine, y su casa no estaba realmente en su área. Pero el desplazamiento por carreteras comarcales llenas de curvas, de vacas y de ovejas que te podían saltar sobre el capó en cualquier momento no parecía preocupar en absoluto a Geraldine.

—John, no seas perezoso. Es bueno conocer gente, ¿no te encanta la idea de pertenecer a una comunidad? Es estupendo para Kim, habrá más niños. No podemos aislarnos.

Aquel sábado amaneció sin lluvia. Hubiera sido maravilloso cambiar de plan y quedarse jugando con Kim, leyendo, tomando un aperitivo como los italianos, John incluso se hubiera ofrecido a montar la barbacoa, pero no se atrevió ni a sugerirlo, sabía lo importantes que eran para Geraldine sus compromisos sociales. Tras dos horas de coche, aparecieron en una especie de granja destartalada que le desagradó desde el primer momento. La fiesta

era muy grande, demasiado, decenas de coches estaban aparcados de cualquier manera por los caminos. A la granja le quedaba poco de granja: unas gallinas sucias y asilvajadas con cara de pocos amigos y un huerto asilvestrado que a John le dio mucha pena por su abandono. Geraldine, por el contrario, parecía entusiasmada y muy cómoda entre tanta incomodidad. Le presentó al anfitrión, un enfermero. Ya es raro que un hombre sea enfermero, pero ese además era especialista en partos, o sea matrona, o *matrono*, si existe la palabra. Pero no fue esto lo que hizo a John desconfiar nada más estrechar su mano (esa mano que manoseaba a diario cuerpos de mujeres), lo que le desazonó es que la dueña de la casa, o sea, la mujer del *matrono*, estaba bebida. Las once de la mañana y ya borracha. Ni alegre ni piripi, totalmente borracha. Es cierto que una borrachera puede ser accidental, que a veces, charla charlando, una cervecita primero, otra después, sin darte cuenta te agarraras una melopea, pero a John le resultaba inconcebible que, tan temprano, la anfitriona de la fiesta diera esas muestras de degeneración y de falta de autodomínio. John por aquel entonces era así de inexperto y de cándido, y aunque lo hubiera negado, todavía tenía pensamientos pequeños expresados en palabras como «degeneración». Muchísimo menos podía John concebir que alguien, en un momento dado, bebiera alcohol para emborracharse por gusto. No podía imaginar nada más ofensivo. Para empeorar la ya nefasta impresión de la desastrada granja y los irregulares amigos de Geraldine, el *matrono* no parecía afectado lo más mínimo por el estado ético de su esposa, lo que todavía desagradó más a John. Ya lo decía su tía Edith: «Empinar el codo es de descarriados, de holgazanes, de débiles, de quienes rechazan y se burlan de la disciplina. Y sin disciplina...». John no recordaba muy bien cómo continuaba el razonamiento de su tía, pero era algo así como que sin disciplina lo siguiente era... No le venía el término. No era simplemente el desastre sino algo parecido a extraviarse, una indefensión sin vuelta atrás. ¿Y era eso lo que deseaba el enfermero para su cónyuge? ¿O simplemente era tan irresponsable como ella?

Aquella noche, ya de vuelta en su casita de campo, John no se contuvo y mostró su indignación por el penoso estado de la anfitriona. Geraldine, que acababa de acostar a la niña, con alguna copita de más ella también, respondió:

—¿Y a ti qué más te da, John? Era un día de celebración. Estaba en su

casa. No hacía mal a nadie.

—Sí nos hacía mal. A mí, a los invitados, a ti. Es lamentable ver a una persona perder el control de esa manera. ¡Delante de los críos! ¡Nos ofendía!

—A mí no. Estaba cariñosa, graciosa. A veces es bueno perder un poco el control.

—¿Y su marido? No entiendo cómo no la obligó a tomarse un café y meterse en la cama.

—Borrarla del mapa.

—Lo que sea.

—Es profesora de bachillerato. ¿Tú sabes la tensión que soportará? Los adolescentes exigen mucho. De vez en cuando necesitará descomprimir porque...

John la interrumpió:

—¿Con toda esa gente en casa?

—No somos «gente». Somos sus amigos. Y aunque se hubiera echado a dormir... Las personas no se eliminan de la realidad así como así, John, solo porque no te agrada su conducta. Los problemas y las circunstancias.

John no pudo contenerse y volvió a interrumpir:

—Pero ¡¿qué problemas?!, ¿¡qué circunstancias!?! Una mujer con un buen empleo... Con un marido enfermero que se pasa el día manoseando mujeres, eso sí, pero...

Geraldine se echó a reír. Cuando se conocieron, lo que le atrajo de John fue esa inocencia tan convencional, esa absoluta falta de conocimiento del mal, de los errores, su historial inmaculado. Pero los años habían pasado, ya no era un chico en segundo de carrera.

—John, a veces me sorprende tu falta de imaginación. ¿Me lo estás diciendo en serio?

John se quedó callado. Imaginación. Qué palabra. Qué concepto. La gente usaba «imaginación» cuando en realidad querían decir «fantasía». A él lo que le sorprendía es que su mujer no fuera capaz de distinguir el matiz. Qué error tan zafio, tan impropio de ella.

—Se te veía muy a gusto —dijo John a Geraldine como una queja, mientras cogía postura en la cama.

—Estaba a gusto, sí —contestó Geraldine y apagó la luz de su mesilla.



El bar del hotel no es lo que pensaban. Hay música en directo. Un tipo con una camisa de vivos colores canta mientras otro lo acompaña desde un piano eléctrico. Ambos superan la cincuentena y ambos llevan el pelo teñido de oscuro, el tono que peor resulta. De todas formas, la decoración del bar es tan fea y pasada de moda, con sus espejos de colores y sus marcos dorados haciendo patrones geométricos, que casi es el modo en que esa pareja musical mejor encaja. Parte del bar es una pista de baile donde mujeres y hombres de avanzada edad bailan con agrado. Llevan puesto lo que parecen ser sus mejores galas. Aunque quizá en su juventud no se permitieran ese lujo, hoy ellas han ido a la peluquería y se han maquillado ligeramente. Ellos lucen camisas rayadas y pantalones muy bien planchados. Manos curtidas, rostros arrugados, parecen personas acostumbradas a trabajar duro toda su vida, quizá a la intemperie, en el campo. Muchos son bajitos, como tantos españoles que han sobrevivido a siglos de mala nutrición. Eso piensa Geraldine. Son personas que han conocido pocos lujos y ahora los disfrutan inesperadamente. Están contentos, sonrían, bailan. En algunos casos, las parejas las componen mujeres con mujeres, pero también las hay que bailan solas hasta que algún hombre se anime a sacarlas. El cantante puede sentirse satisfecho, quizá haya estrellado sus sueños de juventud contra este minúsculo escenario, pero qué buena compensación son los calurosos aplausos que recibe tema tras tema. Puede tener la seguridad de estar provocando mucha alegría. «Alegría», qué palabra tan extraña para John y Geraldine.

Además de alrededor de la pista, el bar se extiende por una terraza que rodea la piscina. Allí la música llega amortiguada. John y Geraldine se sientan, agotados. Después de ir al juzgado, han ido al depósito de cadáveres. John ha querido ver el cuerpo. Una médica forense con bastante buen nivel de inglés los ha atendido. Así John ha sabido que cuando la vecina llegó, Kim ya estaba sin vida desde hacía algunas horas, pero que, aunque la hubieran encontrado a tiempo y la hubieran trasladado a un hospital, las heridas eran mortales de necesidad y no había nada que hacer. La doctora ha utilizado algunos términos descriptivos como «decúbito supino», entre otros que John

no ha retenido, pero le han impresionado favorablemente. Expresiones como «examen», como «los restos», como «interesa al hígado, los pulmones y otros órganos vitales», que para John demuestran que la doctora sabe lo que hace y puede creer en ella ciegamente. Al menos eso le consuela. Luego la forense, delicada, respetuosa, ha dejado a John unos minutos a solas y él ha contemplado sin miedo el cuerpo de su hija. La piel tenía un color tostado que no esperaba, le ha sorprendido. Las orejas, sobre todo una, estaban oscuras. La doctora le ha explicado que es la sangre que se acumula cuando deja de circular, eso permite saber sobre qué lado cayó el cuerpo. Recordaba a su hija pálida, cuando era niña se quemaba fácilmente y no se bronceaba. Una imagen le viene de pronto: en una playa en Francia, Geraldine bajo una sombrilla leyendo, él con un cubito en la orilla explicando a la niña cómo se forman las olas. John ha acariciado la piel fría, ha besado a su hija en la frente y no ha tenido que ver sus heridas, porque una sábana ocultaba púdicamente el resto del cuerpo que John imagina desnudo, aunque no ha preguntado. La forense ha tenido la deferencia de arropar a Kim, que es un poco como arreglar en lo posible las cosas, defender la dignidad del muerto. John se lo ha agradecido.

Geraldine sabe que no es fácil ver un cuerpo muerto, por eso no lo ha acompañado. Hay quienes pueden y lo solicitan, y otros que se niegan. Son la mayoría. Piensan que les va a impresionar, que no lo soportarán. Piensan que esa imagen borrarán las otras que guardan de esa persona y que el muerto se tragarán al vivo. Uno no puede saber a qué grupo pertenece hasta que la situación surge. Por ejemplo, una vez en el depósito de cadáveres, John ha resultado ser de los valientes y Geraldine de los que prefieren no ver. Hacía seis años que John no veía a Kim y le ha parecido, sin pensarlo, que no verla muerta hubiera sido vergonzantemente egoísta. Le ha parecido natural verla, reconocerla. No ha sentido miedo, ni dudas ni reparo, aunque no sabía cuál era el estado del cuerpo, si estaría destrozado, si le impresionaría la carne abierta. Tampoco ha temido perder el recuerdo de ese cuerpo en vida. Solo ha pensado que debía despedirse, acompañarla, es lo único que ha tenido claro, porque en la muerte su hija ha estado sola, y eso, de entre todas las cosas, es lo que John lleva peor.

Después de ver el cadáver, un empleado de una funeraria se ha acercado a ellos. También habla inglés, lo que demuestra que la clientela extranjera que pasa a mejor vida abunda en la zona. Les ha preguntado qué querían hacer con

Kim una vez que la jueza dé permiso para el sepelio. Geraldine ha mirado a John, que ha contestado que todavía no lo han pensado. Con gesto neutro y estudiadamente inexpresivo, el representante de la funeraria les ha explicado que trasladar un cadáver es caro y complicado, requiere diversos trámites burocráticos, apertura de expedientes, rellenar impresos, contestar preguntas y quizá una nueva autopsia si el forense británico, al entrar el cadáver en el territorio, lo considerase procedente. Una nueva autopsia es algo que John, como padre, bajo ningún concepto quiere para su hija. La conversación ha terminado pronto porque todo esto es algo en lo que John y Geraldine ahora mismo no quieren pensar, pero el empleado antes de despedirse y entregarles su tarjeta ha insistido: «Una muerte inesperada es algo muy duro, pero que conviene afrontar cuanto antes». Cuando ha desaparecido, John ha comentado con Geraldine con cierto enfado la indelicadeza de los hispanos. Qué prisas por hacer negocio o por deshacerse de los muertos y pasar página. La ley y la costumbre son muy distintas en el Reino Unido. Allí median tantos días como sea necesario entre el deceso y el entierro, incluso semanas, en las que se puede pensar y planificar el acto. No hay que tomar decisiones precipitadas porque un director de ceremonias se encarga de organizar cada paso y dispone dónde se coloca la familia, qué debe hacer cada cual, incluso, si me apuras, qué decir al dirigirse a los asistentes al sepelio. Pero ¿qué asistentes? John y Geraldine no saben bien a quién llamarían para acudir al funeral por su hija, saben tan poco de su vida, estaba tan desligada de su país de origen y ellos del suyo de acogida.

El día por fin termina y entran en el bar del hotel en busca de una copa de *whisky* o de una taza de té, no están muy seguros, algo que les reconforte, que les asiente, algo un poco, aunque solo sea un poco, reconocible. El camarero se acerca y piden las dos cosas, té y *whisky*, y unas tostadas por insistencia de Geraldine, que dice que tienen que comer algo. Mientras esperan, John dice:

—Quiero ver la casa.

Geraldine lo mira interrogativamente.

—La casa. Quiero verla —repite John.

—No sé si se podrá.

Ahora es John quien mira a Geraldine, que aclara:

—Todavía. Es el escenario del crimen. Se dice así, creo. Algo parecido. Tú me entiendes. Quiero decir que a lo mejor la Policía lo tiene prohibido.

—No pueden prohibirlo —sostiene John—. A nosotros no. Somos sus padres.

—Pero buscarán huellas, habrá una investigación.

—Somos la familia. No hay nadie más. Lo dijo la jueza.

—¿Eso dijo? —Geraldine parece extrañada, no recuerda ese detalle. No recuerda tantos detalles... El día transcurrido desde que el teléfono sonara en su casa esta misma madrugada parece extenderse hasta dejar su vida anterior tan lejana.

John no contesta. Ha untado mantequilla en el pan y le ha puesto mermelada de la cajita, más que mermelada parece gelatina, hay tan poca fruta en ese envase barato, pero no la come. Bebe el té y no logra interesarse por comer.

—¿Te pido otra cosa? —inquire Geraldine—. Podemos cenar temprano.

John niega con la cabeza.

Ahora los espera la noche. Cenar no es mala idea, aunque no puedan tragar nada. Es una forma de acortar el tiempo. La primera noche saben que va a ser la peor o una de las peores, a pesar del agotamiento, del viaje, de la tensión. En ese hotel la música con seguridad se colará por las ventanas de las habitaciones y resultará tan extraño que otra gente pueda divertirse, que no sepan nada de lo ocurrido, que no les toque. Solo demostrará lo que ellos ya intuyen, que la muerte de Kimberley es innecesaria, que podría haberse evitado, que quizá, si ellos hubieran estado más atentos, si alguien la hubiera cuidado... Es una noche como ninguna otra, en la que no podrán mirar la televisión, ni abrir un libro ni pensar en ninguna otra cosa que no sea la angustia, el mazazo que no asimilan todavía, que quizá tarden años en comprender si es que llegan a entenderlo alguna vez.

—Pregunta al camarero a qué hora anochece.

Geraldine sabe que a John nunca le ha gustado entablar conversación con extraños. No es por antipatía, es por incapacidad, por timidez. Con Marianne, su segunda mujer, sus habilidades sociales mejoraron enormemente. Ella le daba seguridad, confianza, se reía de sus debilidades y con su risa les quitaba importancia. John la amaba porque era una mujer alegre que hizo alegre su vida cuando él ya había tirado la toalla. Al morir ella, John volvió a tirarla. Geraldine lo ve en sus ojos, lo ve en su pelo blanco y descuidado, necesita un corte. Mañana le comprará un peine. Está segura de que no ha traído ni la

mitad de lo necesario. Ella misma ha hecho una maleta desastrosa. Geraldine termina su copa y se levanta.

—Creo que voy a acostarme. Mañana hay mucho que hacer.

—Voy contigo —dice John, y no termina su *whisky*. Apenas lo ha tocado. Sus costumbres de ayer mismo, sus cervezas a solas en casa, su dieta de sándwiches y patatas fritas al vinagre, todo resulta tan ridículo ahora como un relato de ciencia ficción—. Quiero llamar a Tania. Quiero saber cómo están la perra y el gato. No me acordé de dejarle dinero para el pienso. No quiero que le dé pienso barato de supermercado.

—Podemos hacerle llegar el dinero. Incluso el pienso. Podemos comprarlo por Internet y que se lo entreguen en casa.

—¿Cuántos días vamos a estar aquí?

—No lo sé —dice Geraldine, y la verdad es que no lo ha pensado—. Mañana sabremos todo, John. Mañana preguntamos si podemos ir a la casa.

—¿Me ayudarías a hacer lo del pienso?

—Sí, claro.

Y se alejan hacia la recepción, donde Geraldine ha visto algunos ordenadores para uso de los huéspedes.

Hacía poco tiempo que Geraldine conocía a Patrick, el enfermero. John no comprendía las razones para esa amistad tan súbita y en apariencia tan estrecha, porque el enfermero no era una persona muy interesante. Este juicio puede parecer duro o esnob, pero John lo veía como una afirmación moralmente neutra, una simple constatación objetiva: en el mundo existe gente interesante y gente que aporta menos, y a él la conversación de este ser humano le generaba poco interés. John prefería, en general, la compañía de individuos con ideas y opiniones propias, y le aburrían los que se dejaban llevar por lugares comunes y frases hechas. Lamentablemente el enfermero, a pesar de su curiosa especialidad, era de estos últimos. Además, hablaba demasiado alto, y si algo no soportaba John era el ruido. Por eso le sorprendía tanto que Geraldine, una mujer inteligente, culta, intelectualmente tan rigurosa, lo tuviera en tanta estima.

Pero el lunes en su despacho de la universidad, John se encontró pensando en el tal Patrick. Hacía un año que Geraldine se había cambiado de la unidad de neurología a otra de nueva creación, cuidados paliativos, y John advertía que poco a poco se iba alejando de esa especialidad tan prestigiosa sobre la que había cimentado sólidamente su carrera. No había pedido el traslado al nuevo servicio porque ofreciera más oportunidades de ascenso o más fondos para la investigación, como creyó John al principio, sino porque de verdad le interesaba ese campo tan plano y limitado para él: el dolor físico. John advertía cómo poco a poco Geraldine iba perdiendo el interés por el cerebro y sus patologías, su química, su plasticidad, y acercándose a algo tan etéreo como el alma humana, lo que a John le parecía poco menos que magia. A Geraldine ahora le interesaba el dolor sobre todo como problema moral, filosófico, alejado de las ciencias, es decir, de todo lo objetivo y cuantificable, del lenguaje y el sistema de pensamiento que ambos compartían y por el que se conocieron. Así que posiblemente fueran esas las conversaciones que compartía con el enfermero. Había trabado amistad en unos cursillos sobre relajación y terapias alternativas. El enfermero acudía a aprender técnicas con las que ayudar a sus grupos de preparación al parto,

Geraldine a los de preparación para la muerte. La mera idea sacaba de quicio a John.

Poco a poco la mesa del estudio que compartían en casa se empezó a llenar de libros y panfletos sobre materias para él esotéricas. Luego vinieron las clases de yoga y más tarde las de meditación, incluyendo algún retiro espiritual de silencio y ayuno. Hasta que de golpe Geraldine estaba cada vez más lejos de lo científico y más cerca de lo que John veía como charlatanería. Más cerca de aquel enfermero estridente que atendía partos que de él.

Recordó cómo el sábado con suma habilidad el enfermero había logrado un fuego estupendo en su parrilla y volteaba la carne de un modo no muy distinto al tiparraco de la publicidad de la barbacoa que tan despreciable le había parecido a John. Solo le faltaba la camisa amarilla. La cara de tonto la tenía.

—¿Lo estás pasando bien, John? —Patrick le había preguntado tan a bocajarro que John no acertó a contestar—. A mí me encanta la barbacoa. Ayudé a Geraldine a elegir la que te regaló. ¿No te encantó? —John no contestó, porque tampoco el enfermero le dio oportunidad—. Este modelo es fantástico porque puedes regular la altura. Ayúdame. Sube un poco la parrilla para que no se nos quemem.

John obedeció. La grasa de la carne goteó sobre las brasas y produjo una vaharada de humo oloroso que fue a parar a sus ojos. El enfermero se rio.

—Es lo único malo de la barbacoa, el humo se pega. ¿Otra cerveza? Creo que hay vino también por algún lado.

—No, muchas gracias. Voy a limpiarme un poco —contestó John secamente.

Claro que había vino. Lo había traído él mismo desde Londres, había cargado con un par de botellas compradas en una bodega en la otra punta donde a su prima Daphne le hacían un buen descuento de hostelería. Pero a John se le habían quitado las ganas de beber un rato antes, cuando la mujer del enfermero, la maestra achispada, dio un traspie con una jardinera y había sido sostenida entre varios invitados. Suerte tuvo de no partirse la crisma. Bien es cierto que aquella fiesta llena de profesionales de la salud era el mejor lugar para partírsela. Cualquier invitado habría bordado unos preciosos puntos de sutura.

—John, este es Mark.

Geraldine lo interceptó en su camino a la cocina.

—Mucho gusto —contestó John estrechando su mano.

Geraldine repitió el nombre como esperando que John lo reconociera, pero a John no le sonaba de nada aquel sujeto con gafas que le apretaba la mano y sonreía.

—Sí, hombre. El radiólogo. Siempre le hablo de ti. —Esto último se lo había dicho Geraldine al tal Mark con una gran sonrisa—. Mi marido es físico.

—Ah, qué interesante —dijo el radiólogo sin verdadero interés, o eso le pareció a John, que seguía sin recordar ninguna ocasión en que Geraldine le hubiera siquiera mencionado al tal Mark.

—Vuestros campos se solapan. Mark se ocupa del diagnóstico por la imagen y querría investigar en otros usos terapéuticos. ¿No, Mark?

—Más o menos...

—¿Lo ves? John te puede poner en contacto con cantidad de expertos.

—Sí. Bueno. No sé. Puedo preguntar en la facultad. Mi campo es más teórico —concluyó John para sacarse de encima al tipo.

¿Hablaban en serio Geraldine? ¿Qué majadería era esa? Pero no pudo ni quejarse, porque Geraldine se había largado a atender a otro conocido, dejándolo con Mark como un colegial obligado a hacer amigos a la fuerza.

—Geraldine es extraordinaria. ¿Hace mucho que estáis casados? —dijo el radiólogo, John supuso que solo por decir algo.

—Ocho, nueve... Doce años más o menos, si cuentas el tiempo de novios.

—Qué suerte. Es una mujer tan... distinta. Su enfoque siempre me sorprende.

—Sí, a mí también. Perdona, voy a ver dónde está mi hija, que hace rato que la he perdido de vista. Un placer conocerte.

John estrechó la mano del radiólogo con el que, según Geraldine, tanto tenía en común y salió hacia el rincón donde antes había visto al grupo de niños. No le apetecía hacer el esfuerzo de entablar conversación con alguien nuevo y, sobre todo, no le apetecía complacer a Geraldine. ¿De dónde demonios se sacaba que sus campos se solapaban? Ningún radiólogo había podido evitar que el cáncer matara a su padre. El cuerpo humano es imperfecto y la medicina es poco más que mecánica. La física en cambio le



resultaba una disciplina superior, muchísimo más compleja, de alcances insospechados. Médico podía ser cualquiera con buena memoria y ganas de empollar. Físico no. Hacían falta ideas.

—Kim, pequeña mía. ¿Tienes hambre? ¿Quieres comer algo? ¿Por qué no ofreces zumo a tus amiguitos?

Menos mal que existía la niña. John no se sentía integrado en esas fiestas y si las aguantaba era por su pequeña Kim, con la que podía parecer ocupado y disimular su retraimiento y su falta de soltura.

—¿Qué te pasa, papá? Tienes cara de enfadado —dijo la niña.

—No, cariño, estoy bien.

—¿Te gusta esta canción, papi?

Alguien había puesto música. Lo que faltaba.

—No lo sé, cariño, es la primera vez que la escucho.

—A mí me gusta.

Kim se estaba haciendo mayor. Las conversaciones con ella cambiaban. Su intuición natural hacía de ella una buena conversadora. En todo se fijaba y por todo preguntaba. Quedaba definitivamente atrás aquel bebé que observaba cauteloso, que tardó en arrancar a caminar, a hablar, y se agarraba tremendas pataletas si se le llevaba la contraria. Kim se había transformado en una chiquilla bastante dueña de sus actos. Unos metros más allá entre el gentío, Geraldine gesticulaba y le gritaba algo, pero con tanto ruido no se la entendía. Era una costumbre de Geraldine, hablar sin reparar en si John podía oírlo o no. En casa también lo hacía preguntándole algo desde la cocina cuando él estaba, por ejemplo, bañando a la niña.

—Qué pesada es —murmuró John entre dientes.

—Y si es pesada, ¿por qué te juntaste con ella? —preguntó Kim con su vocecita.

A John la pregunta infantil le pilló tan desprevenido que el lunes en su despacho seguía dándole vueltas.

—¿Qué tal has dormido?

En el bufet del desayuno Geraldine se da cuenta de que John se vuelve a servir café por tercera vez. Ha sentido ganas de besarlo en la mejilla al verlo con esa cara de sueño, indefenso, pero al mismo tiempo firme, valiente, dispuesto a encarar lo que venga. Ahora recuerda que esa combinación de fragilidad y entrega es lo que la atrajo al principio, cuando reparó en las extremidades largas y flacas de aquel rubio nadador hace casi cincuenta años.

—He logrado dormir algo. Este café es descafeinado. No lo pone, pero es descafeinado.

—Este es un hotel para viejos —observa Geraldine—. Anoche en el bar pensé que estaban aquí por el concierto, pero no. Son huéspedes.

—¿Qué concierto?

—El baile —rectifica Geraldine; está un poco aturdida, no sabe lo que dice.

—Nosotros somos viejos —contesta John.

—No tanto como ellos —replica Geraldine mirando a su alrededor con lo que John percibe como una pizca de susto o rabia.

Los mismos ancianos de ayer, pero con atuendo playero, hacen cola en las mesas de autoservicio.

—Es un hotel para viejos y no dan café con cafeína para que no se les muera alguno de infarto —bromea John—. A mí no me va a dar un infarto, pero no puedo pensar si no me meto un poco de cafeína. Y el té es horrible.

—Hay que procurar no pensar —apunta Geraldine—, no sirve para nada.

—Al contrario. Hay mucho que pensar. Vamos. He alquilado un coche. No quiero depender de los taxistas.

Geraldine se sorprende de su iniciativa. A ella no se le hubiera ocurrido, está noqueada. Se levanta y lo sigue. En recepción, un empleado de la agencia de alquiler les da unas llaves. Geraldine entrega su carnet de conducir y firma los impresos sin rechistar. Lo permita o no la jueza, John tiene claro que hoy el objetivo es hacer lo que nunca hicieron: visitar la casa de su hija. Siente ansia

por saber, y también es un modo de mantenerse ocupados. Hacer algo es mejor que estar encerrados en ese hotel esperando a que otro mequetrefe como el empleado de la funeraria les importune recordándoles su desgracia.

Guiándose con el iPad de Geraldine, John la dirige por las intrincadas calles y carreteras que conducen hasta la urbanización donde Kim vivía. No sabrá conducir, pero sabe leer mapas. Allí los espera Amparo, la intérprete, con una agradable sorpresa: ha logrado extraer a la jueza el permiso para que entren en la casa con la condición de que en todo momento esté presente un policía judicial, que ya está dentro. El caso sigue en fase de instrucción.

—¿Le ha costado mucho? —pregunta John, agradecido a Amparo, una mujer tan pequeña y tan flaquita que sabe escabullirse por las rendijas del sistema judicial.

—Me costó que se pusiera al teléfono. Siempre está ocupada y los jueces no suelen coger llamadas, porque no harían otra cosa en todo el día, pero la conozco bien de otro caso y es buena persona.

—Eso ayuda, pero además, ¿sabe hacer su trabajo?

—Hace lo que puede con los medios de los que dispone, pero no es de los jueces peores. Y está muy concienciada con la violencia machista.

—¿Con qué? —A John se le escapa el término.

—Con la violencia contra las mujeres —aclara Amparo y parece que se sonroja.

El agente que los espera saluda y aparta el precinto que dice «Policía Policía Policía».

—La Policía Científica ya estuvo ayer y tomó todas las muestras, sobre todo los de Balística. El asunto parece claro, pero nunca se sabe, es mejor no tocar nada de momento —les advierte.

El corazón de John y Geraldine late fuerte según cruzan la cancela. La casa tiene jardín, macetas, algunas descuidadas pero otras con preciosos geranios florecidos, jazmines, buganvillas... Se puede decir que a Kim le gusta la jardinería, aunque le dedique una atención intermitente. El jardín no tiene césped. Es pequeño y lo que tiene son baldosas, algunas jardineras, una manguera, un tendedero y un seto que lo separa de los jardines colindantes y de la acera. La cancela metálica no es muy alta. La edificación se ve desde la calle. Es pequeña, pero suficiente. Hay una sombrilla bastante amplia que está recogida. Examinan todo con una mezcla de reverencia y asombro, como quien

entra por fin en un templo del que oyó hablar, cuando Amparo los llama:

—John, está aquí la vecina. Quiere saludarlos.

Una mujer mayor como ellos les planta dos besos que reciben desconcertados.

—Anoche hizo mucho viento —explica—, soy Charo, la vecina. Me dio miedo que se llevara la sombrilla y pasé a cerrarla. Tengo llave, y Kim y Kostya tenían la mía. Si no les importa, como ahora entra y sale tanta gente, me gustaría llevármela.

Todo esto traduce Amparo. El policía da permiso para que Charo recupere su llave. Todos parecen convencidos de que algo ha terminado y no es necesario adoptar medidas nuevas. La sensación de fin, de cierre, flota sobre el jardín.

—Yo no sabía que Kostya tuviera una pistola. Cómo me lo iba a figurar. Un chico siempre tan sonriente, tan alegre, tan majo —apunta Charo.

A Charo le gusta hablar. Está nerviosa y a la vez parece contenta de conocer a los padres de Kim. Explica que antes veraneaba en esta zona y desde hace tres años vive permanentemente. Da explicaciones que nadie pide, por llenar el vacío o por acercarse a John y Geraldine.

—Mis hijos se han quedado con el piso de Valladolid. Vendieron el suyo y yo me vine para acá. El clima me va mejor para los bronquios. Kim era tan simpática, tan buena gente conmigo y con todos. Siempre atenta, siempre cariñosa. Qué mal lo tienen que estar pasando ustedes. Les acompaño en el sentimiento. Perder un hijo es la cosa más triste.

Amparo traduce, John y Geraldine asienten.

John entra en la casa en silencio. Geraldine se ha quedado rezagada con la visita. «¿Es que aquí todos son viejos?», se pregunta Geraldine mientras escucha el parloteo incesante de la jubilada sin entenderla. Ella no podría vivir en un país de viejos. La mayor parte de sus pacientes son jóvenes, mujeres en la treintena llenas de conflictos y de inseguridades porque Geraldine, aparte de su trabajo con enfermos terminales, ha ido especializándose en terapia para mujeres. Le gusta ayudarlas a recuperar las fuerzas cuando están en horas bajas, enseñarlas a mirar hacia dentro, darse cuenta de lo que no funciona en ellas mismas o en su entorno, salir de su mundo pequeño y hacerlo grande, mejorar sus vidas psíquicas. Esta señora que habla tanto ¿habrá ido alguna vez a terapia? Parece vivir en paz consigo

misma.

—Su niño es riquísimo —dice—, qué nieto más bonito tienen ustedes.

Su nieto. ¿Sabrá que no lo conocen? ¿Qué nivel de confianza tenía Kim con Charo? Geraldine no se siente obligada a dar explicaciones sobre la situación familiar. Si la vecina deduce que John y ella son matrimonio, e ignora que hace treinta años que están divorciados, que crea lo que quiera. No tiene muchas ganas de hablar Geraldine. Hoy no le encuentra mucha utilidad a comunicarse.

—Geraldine, ¡ven! —la llama John.

El policía ya no les presta mucha atención. Está pendiente de su móvil, habla y toquetea la pantalla, muy ocupado con algún otro asunto, alguna otra desventura. Geraldine entra en la casa y se da cuenta de que hubiera preferido no hacerlo. Se siente una intrusa que profana un secreto. ¿Por qué venir ahora a husmear? A buenas horas. ¿Por qué no vinieron nunca antes? Toda esta curiosidad que ahora sí le despierta la casa de su hija no se la despertaba antes, cuando verano tras verano posponía su visita sin mala conciencia. Están en la cocina. John señala unas fotos colgadas con imanes en la nevera. Son de un niño. En algunas sale abrazado al cuello de Kim. Se la ve tan contenta, plena. Geraldine casi podría decir que nunca la había visto así. «Hay personas que recuperan en los hijos el amor que no encontraron en sus padres», se le ocurre, pero no dice nada porque no quiere generar malentendidos con John, malentendidos que hacen daño.

—Qué rubio es —comenta en cambio.

—Como Kim de pequeña —afirma John—. ¿No te acuerdas?

Claro que Geraldine se acuerda. Perfectamente. Demasiado.

La cocina no está muy desordenada. Hay rastros del desayuno que nadie recogió y algunos platos en el fregadero, quizá de una cena. Es la cocina de alguien que disfruta cocinando: especias, condimentos, utensilios. Desde luego, es bastante más acogedora que la cocina de John. Huele a agrio. Geraldine se pregunta si la Policía les permitiría limpiar, devolver las cosas a su sitio. Duele ver el desorden. El salón está bastante patas arriba, cojines por el suelo, revistas, una mochilita infantil, un par de alpargatas bastante gastadas, juguetes, una guitarra, un paquete de tabaco...

—¿Habrás dejado esto así la Policía? —se pregunta John y se contesta a sí mismo—: Kim nunca fue ordenada.

—Seguro que ha sido la Policía. —Geraldine siente una súbita urgencia de justificar a su hija, como si de pronto volvieran a los años de la adolescencia de Kim, cuando la chica sacaba malas notas, salía por la noche y Geraldine mediaba entre padre e hija.

Unos ladridos fuera no cesan. Desde que han entrado, un perro ladra nerviosamente. John sabe que es porque son dos extraños que traen olores extraños. Todos los animales del barrio lo perciben. Y no solo los animales.

—Acompáñame —dice John, pero Geraldine no se mueve—. Ven.

Geraldine no está segura de querer ver. Se está conteniendo, preferiría marcharse, esperarlo en el hotel, en una cafetería, aunque haya baile.

—¿Por qué ladra tanto ese perro? —inquire Geraldine.

La vecina responde:

—Es *Zeus*. No está acostumbrado a estar atado. Es el perrito del niño. Estará extrañado porque nadie lo saca a pasear. Kim a esta hora ya lo habría sacado.

«*Zeus*, qué nombre más curioso», piensa Geraldine y se asoma a la parte trasera del jardín. Allí, atado junto a una caseta, hay un galgo que la mira con ansia.

—Lo ataron para registrar la casa. Es un perro muy cariñoso. No hace nada.

John aparta a Geraldine, abre la cristalera y sale al jardín. Decidido, saluda al perro, lo acaricia y lo desata. El galgo lo sigue hasta la casa agitando con euforia su finísimo rabo.

—Es un perro muy bueno, pero si lo atan, ladra. No le gusta estar solo.

Geraldine mira al perro, un animal que sabe mucho más de su hija de lo que sabe ella. De la vida de su hija y posiblemente de su muerte.

—Voy a ponerle agua. Hola, amigo, hola —dice John—. Le pega mucho a Kim, le va un galgo. Flaco, flaquito, qué hocico tan bonito tienes. Eres gracioso.

John habla al perro y por primera vez sonrío. El perro se restriega contra su pierna. Geraldine no conoce esta faceta, la de encantador de perros. John está entregado al galgo y pide a la intérprete que le diga al policía que necesita ponerle agua. El policía accede.

En el baño está el champú que Kim habrá elegido entre muchas otras

opciones en los pasillos de algún supermercado que ellos desconocen. El jabón, su cepillo, un peine, esponjas de colores, los juguetes de agua para su hijo, sus toallas, algunas muy gastadas, otras nuevas, otras con el logotipo de un hotel. Todo habla de Kim, todo trae una imagen clara de sus actividades a la imaginación de Geraldine. La vecina aclara:

—Se las regalaron cuando cambiaron el nombre. Ya no servían.

La intérprete traduce, Geraldine pregunta:

—¿De qué habla?

En su ensimismamiento, esta mañana le cuesta procesar cualquier información que no sea muy evidente. La vecina percibe su despiste:

—Las toallas. Son de un hotel en el que trabajó. Se las regalaron. Yo también tengo. Le dieron todas las que quiso y repartió entre las amigas. Lo que no podemos es sacarlas a la playa. Eso dijeron.

—¿Qué ha dicho? —quiere saber John, que se ha asomado al baño más tarde.

—Que Kim trabajaba en un hotel.

—¿En un hotel? ¿En qué hotel?

La intérprete repite la pregunta. La vecina niega.

—No, ahora no. Trabajó hace unos años de animadora y ayudando en la recepción. Luego el hotel lo vendieron y, al cambiar de dueño, la echaron. Pero a Kim no le importó. Ella se adaptaba.

—¿Y dónde trabajó luego?

—Yo creo que luego..., vamos a ver, ¿fue en la clínica veterinaria? ¿O eso fue antes? Estuvo en una residencia de ancianos, de eso me acuerdo. La llamaron por lo de animadora y por el inglés. Hay abuelos que quieren aprender inglés, ya ve usted, qué más dará a esa edad morirse sabiendo inglés o sin saberlo. Y luego en el colegio. Allí llevaba más tiempo.

John y Geraldine reciben esta información con total asombro. Es el empleo que del tiempo hacía su hija lejos de ellos, en otro mundo, casi en otra dimensión. Lo cotejan con los objetos que están descubriendo: un bikini tendido en la ducha y un bañadorcito de niño, un pequeño albornoz con figuras bordadas en una percha, unos zuequitos de goma, una bolsa de maquillaje. Geraldine lo recuerda ahora, cómo le gustaba maquillarse a Kim y qué bien lo hacía. Tenía las pestañas muy largas, como las de John, aunque caídas, como

las de John. Ahí está el rizador. Geraldine lo reconoce, no podía faltar. Un rizador japonés muy especial que Geraldine compró para ella en un viaje a Tokio hace un montón de años, curioso que no se haya roto o perdido. En los últimos viajes Geraldine no había traído ya nada para Kim. No se veían.

Los dormitorios deparan nuevas sorpresas. Son las sorpresas de lo esperable, de una vida completa, cotidiana, variada, a la que ellos son ajenos. Tanto se ha perdido, tanta potencialidad. Es una casa, una vida que hubieran podido visitar. Pudieron estar en la vida de Kim, pero no quisieron. Dándose cuenta o sin ser conscientes, se han perdido tanto.

—Te espero fuera —dice Geraldine.

No puede estar un minuto más allí dentro. Sin esperar respuesta, sin escuchar ni las quejas ni las llamadas de John, que quiere que esté a su lado, Geraldine abandona la casa.

El galgo la observa atento desde el felpudo ante la puerta. Complacido de recuperar su lugar, *Zeus* se relaja. ¿Cuánto tardará en echar de menos a sus dueños?



No tenía llaves. Habían salido al teatro y ella, porque no le cabían en esa carterita tan pequeña y elegante, tan distinta del bolsón que usaba cotidianamente, no había cogido las llaves. La función, una comedia comercial, no había gustado nada a Geraldine, y como Daphne, la actriz coprotagonista, era prima de John y por lo tanto compromiso de él, John la eximió de quedarse a saludar y a la cena que con seguridad se convertiría en copas, porque así es la gente del teatro, ganen dinero o estén sin blanca, les gusta trasnochar.

—Mejor. Tengo que madrugar —dijo Geraldine, que en ocasiones tenía un modo tan resuelto de dar sus respuestas que rozaba la displicencia.

John no contestó nada, pero se sintió dolido. Le hubiera gustado que ella hubiera preferido estar con él. Pero se calló y simplemente siguió caminando a su lado entre la muchedumbre que salía torpemente del teatro.

—¿Segura? —volvió a preguntar John cuando por fin alcanzaron la calle y el público empezó a dispersarse.

—Quédate, John, por favor. A ti te encanta la farándula, a mí no puede interesarme menos.

«A mí no puede interesarme menos». Otro pinchazo en el corazón. ¿Es que Geraldine no se planteaba cuántas actividades realizaba John con ella solo porque a ella le agradaban? ¿Es que para ella no era importante estar con él, no le generaba curiosidad una actividad solo porque a él le interesaba? ¿Es que no podía ser condescendiente con las cosas que él amaba, como el teatro o incluso su prima Daphne? ¿Qué había querido decir Geraldine con ese «a ti» y ese «a mí»? «Nada bueno», pensó John, pero decidió que era mejor no acusar el golpe. Había aprendido a detectar cuándo sus respectivos estados de ánimo podían desembocar en una bronca gratuita, de las que luego uno se arrepiente. Y se calló, pero le hubiera gustado añadir que a él no le gustaba especialmente la farándula, que jamás hubiera afirmado eso de sí mismo. Le gustaba el teatro, ante todo por su querida prima Daphne, pero la farándula... El repertorio de Daphne eran funciones de segunda fila o tan experimentales que resultaban indescifrables para ellos. Le había costado mucho llegar a ser profesional de

las tablas, igual que a él ser un reputado profesor de Física. Le había costado, como a él, creérselo, pensar que ella podía dar el salto del pueblo a Londres, encajar y ser como aquellos que admiraba, una artista. Por eso John ponía todavía más interés en apoyarla y seguir sus éxitos, porque sabía cuánto le costaban, pero esto Geraldine no lo entendía, a pesar de los años que llevaban ya juntos. Geraldine podía ser en ocasiones fría y esto a John le hacía daño. Sabía que al rato ella cambiaba y adoptaba otro talante, pero también podía no ser así y que su distancia se prolongara algunos días, porque estuviera preocupada o Dios sabe por qué. Nunca contaba lo que le ocurría, y en esas horas de desconexión sentimental él se sentía solo y necesitaba más las muestras de afecto de las que ella le privaba. Porque, a pesar de los años de convivencia, John todavía necesitaba pruebas para confiar y creerse amado. Era una triste paradoja que, de todas las mujeres de Londres, él, tan sediento de cariño, hubiera escogido a Geraldine, tan desapegada.

—Te acompaño al metro —se ofreció John caballeroso.

Mientras caminaban hasta la boca del subterráneo, John sacó su juego de llaves de casa y se las tendió a Geraldine. Ella examinó el llavero, pensó un instante y se las devolvió con otro gesto frío.

—Ya me abre la canguro.

El llavero era un hombrecito neumático que les habían regalado en alguna estación de servicio años atrás durante las vacaciones en Francia. Dolido de nuevo por esta negativa a aceptar su complicidad, John guardó el llavero y recordó algo que su prima Daphne le había aconsejado después de otra pelea con Geraldine: que no diera por hecho lo que piensa o siente el otro, que la mayor parte de las veces nos equivocamos; que es preferible preguntar a malinterpretar. Era cierto, John tendía a malinterpretar las palabras de Geraldine y reconocía que a veces incluso a exagerarlas fuera de toda proporción; por ejemplo, al principio de su noviazgo y de su matrimonio, cuando se sentía tan inseguro y a la vez tan afortunado de que una chica así se hubiera fijado en él. Pero no podía evitarlo, en mitad de la bulliciosa calle de nuevo sintió que el rechazo de su hombrecito neumático era un desprecio helador hacia él. Un escalofrío siberiano le recorrió la espalda, pero no quiso rendirse a su pesimismo y volvió a colocar las llaves en la mano de Geraldine. Si las aceptaba, sería que todavía lo quería y pensaba en él.

—Pero si Kim está dormida, el timbre la despertará —insistió John.

—Lo prefiero. Prefiero despertar yo a Kim y tener que dormirla a que me despiertes tú a mí para que te abra —respondió Geraldine.

John se guardó las llaves. «Es más importante para ella dormir que verme», pensó, y aunque esta afirmación quizá podría ser rebatida fácilmente (quizá, pero no estemos tan seguros, quizá es cierto que Geraldine prefiere en ese momento dormir plácidamente sola a estar con John, quizá es cierto que ni lo quiere ni lo desea tanto, no sería extraño), John, tan racional, tan metódico, tan escéptico para otras muchas cosas, la tomó como una verdad categórica. Sintió que Geraldine le había dado un varazo, un golpe seco y duro, como esos que en su época escolar daba el maestro, un castigo que no merecía y que le caía vaya usted a saber por qué.

—No me acompañes al metro. Vete directo al restaurante —ordenó Geraldine.

John observó que sus ojos lo evitaban y le pareció que en ese momento su mujer no sentía nada por él, nada, si acaso solo un poco de superioridad, un poco de suficiencia. Impaciencia. Eso era. Geraldine estaba deseando liberarse de él. John se inclinó para besarla, porque todavía esperaba estar equivocado, deseaba que ese beso contradijera sus temores y los disipara. Pero al beso Geraldine no respondió sino de manera seca, rutinaria, con algo que a John le pareció displicencia. Resentido y magullado por el varazo, John caminó de vuelta hacia el teatro, mientras ella, quizá aliviada, bajaba las escaleras del subterráneo para irse sola a casa.

—Se los llama sistemas complejos porque constan de un número muy alto de agentes diversos que interactúan entre sí. Esas conexiones generan comportamientos nuevos que no son visibles ni deducibles a primera vista, pero están ahí y definen la realidad. Este trimestre estudiaremos algunos... ¿Me seguís?

Primer día de curso. John hablaba a los alumnos de primero con sus caritas tiernas y despistadas. Cambiar la forma de pensar de esos chicos era su objetivo como docente. Un objetivo muy ambicioso, según algunos; el único objetivo para un físico, pensaba John. Pero no era capaz de aplicar la teoría de sistemas complejos con la que conquistaba a sus alumnos a su propia vida, a lo que de verdad le importaba más que ninguna otra cosa: el amor, un sistema difícilmente explicable mirando las partes por separado, donde lo que

más cuenta son los hilos invisibles que unen y a la vez separan.

Volvía a su despacho después de terminar la clase. Como en el colegio tras recibir el hiriente bastonazo de castigo, John se sentía invadido por una ira enorme. La ira era un sentimiento insoportable para él, no sabía manejarla, se le mezclaba con la conciencia de que tener esos sentimientos no era aceptable, todo lo cual solo le producía ganas de fugarse cuanto más lejos mejor. Como eso era imposible, porque los hombres adultos no se escapan ni de casa ni del trabajo, al día siguiente prolongó su jornada laboral. Se fugó hacia dentro.

—No me esperes a cenar. Tengo lío en la facultad —dijo someramente al teléfono.

—¿Estás enfadado por algo? —preguntó Geraldine, que cazaba el subtexto al vuelo.

¿Que si estaba enfadado? ¿Por qué se lo preguntaba? ¿Es que no se daba cuenta? ¿Lo dudaba ella, que era tan perceptiva, que se ganaba la vida analizando a los demás? Sí. Claro que lo estaba. Se sentía honda, profunda, intensamente herido, pero ¿iba a servir de algo hablar de ello? No, porque exponerlo hubiera supuesto escuchar a su vez la justificación de ella, escuchar nuevas palabras que todavía le causarían más dolor. Palabras del tipo: «Ay, John, eres como un crío. Yo no te rechazo. Parece mentira que me digas eso. Si te sientes rechazado es cosa tuya, analízalo. Me propusiste tú que me fuera a casa. ¿Y la llave? ¿Enfadarte porque no te cojo la llave? Menuda tontería. No se puede ser tan suspicaz». Etcétera, etcétera. Podía imaginar perfectamente todas sus respuestas, la manera en que Geraldine lo marearía con su verbosidad y lo haría sentir todavía peor.

—No, no estoy enfadado —mintió John.

—Pues ¿te pasa algo? —preguntó con genuino interés Geraldine.

—No. No me pasa nada.

—¿He hecho algo mal?

El talante de Geraldine era completamente distinto al del día anterior. Su voz era afable, cercana. Insistía en que John se abriera a ella, pero aun así, John desconfió. Todavía detectaba al otro lado del teléfono esa pizca de antipatía, de superioridad, de displicencia que podía saltar en cualquier momento. Digamos que John no creía que el interés de Geraldine por él y por sus sentimientos fuera limpio y sincero. Geraldine tenía un temperamento beligerante, tanto en el trabajo como en familia nunca dejaba escapar una

buena pelea. Aunque ella no buscara discutir, a John le costaba formular sus sentimientos. Además, ese era un lenguaje que se le escapaba, en el que se sentía en desventaja. A él se le daban rematadamente mal las discusiones sentimentales, por todo lo cual decidió que era mejor no abrir el cofre de su corazón, como decían los cuentos que leía Kim. Callando, sabía que antes o después el incidente acabaría diluyéndose dentro de él. Quizá costaría unas horas, unos días, incluso una semana, pero al final lo asimilaría y lo eliminaría. Geraldine entonces bajaría la guardia y volvería a ser espontánea y genuinamente amorosa con él, como si nada hubiera pasado.

En su despachito de la facultad, John colgó el teléfono. Se sentía solo y encerrado en su pesar. Tenía que haber alguien en el mundo capaz de quererlo con sencillez, sin complicaciones, aceptándolo como era. Aunque, bien mirado, ¿era capaz él de amar de esa manera? Esta pregunta lo asaltó sin previo aviso. Él no la formulaba, era la pregunta la que lo interrogaba a él, salida de la nada. Una pregunta idiota, propia de una novela rosa, de cuento infantil o de un manual de psicología, la ciencia que no es ciencia. Vaya estupidez. Por supuesto que era capaz. Él quería a Geraldine. Es decir, él quería que Geraldine lo quisiera. Eso era lo más importante.

La luz en la playa los deslumbra. No han traído gafas de sol, no se les ocurrió, ni es verano ni son unas vacaciones. Amparo la intérprete los ha dejado aquí porque es una terraza agradable para comer en la que le consta que los camareros se manejan en inglés. La playa es ancha, la arena muy blanca. La gente pasea y algunos incluso broncean al sol su piel pálida y sus extremidades largas, propias de habitantes del centro y norte de Europa. Todo el paseo marítimo es una continuidad de restaurantes, bares, cafeterías y tiendas de artículos de playa. Hay muchas parejas mayores como ellos, aunque ninguna realmente es como ellos. Ellos solo parecen iguales, pero no lo son.

Después de visitar la casa de Kim, John ha comprado una libretita en un bazar y apunta cosas. Geraldine sabe que tendría que consultar su correo electrónico porque en estos dos días pueden haber surgido mil cuestiones de trabajo, pero no tiene energía para pedir la contraseña del wifi al camarero. Tiene ánimo para pedir una copa de vino, eso es lo que le apetece, un poco de alcohol que la adormezca, pero no sabe si debe, así que pregunta a John:

—¿Qué más tenemos que hacer hoy?

John no levanta la vista de su libreta y contesta:

—Lo que tú quieras.

—No sé si pedirme una copa de vino.

—Pídetela.

—¿Tú crees?

—Si te apetece... Yo me voy a pedir una cerveza.

Geraldine mira la carta.

—No tengo hambre.

—Yo tampoco.

John sigue garabateando en su cuaderno.

—¿Qué escribes?

—Las cosas que hemos visto.

Geraldine pregunta:

—¿Qué va a pasar con la casa? ¿Y con el perro?

John ahora sí levanta la mirada.

—Había pensado ir a pasearlo luego. Los perros en los jardines se vuelven locos. Y un galgo más, un galgo necesita ejercicio —propone John.

—¿Y cuando no estemos?

—Es un perro acostumbrado a vivir con gente.

—Por eso.

John piensa y no contesta todavía. El camarero se acerca y Geraldine pide un vino, una cerveza y una ración de *calamari*, una de esas palabras internacionales que ella sabe que todos los camareros del mundo entienden. Luego dice a John:

—Aunque no tengamos hambre, no deberíamos tomar alcohol con el estómago vacío.

—*Zeus es el primero y Zeus es el último.*

*Zeus es el pensar y el centro, por Zeus todo está dispuesto.*

*Zeus es la raíz de la tierra y del cielo con todas sus estrellas.*

*Zeus es el aliento del mundo, la tormenta y el fuego incansable.*

*Zeus es el Rey, el Señor de todos los seres...*

John recita esos versos de memoria con cierto deleite.

—¿No lo recuerdas?

Geraldine niega.

—Era un poema que se tuvo que aprender en el colegio Kim. ¿No te acuerdas? A todas horas lo recitaba. A lo mejor es de algún autor clásico. Aristóteles... No sé por qué le gustaba tanto. Quizá era el sonido.

—Aristóteles no creo. Será de algún autor de teatro. Aristófanes o lo que sea. Se te ha olvidado todo lo del bachillerato. A mí también, pero me parece que menos.

—Se ocupaba de todo Aristóteles, en algún sitio puede haber escrito ese poema. A lo mejor por eso Kim le puso *Zeus* al perro.

—Es un perro que no tiene pinta ninguna de *Zeus*.

—No la tiene no, es tan flaco. —John vuelve a sonreír al decirlo.

Geraldine no le había visto sonreír así desde hacía mucho tiempo. En estas décadas, las pocas veces que coincidían por azar en Londres, él se ponía tenso y se le notaban a la legua las ganas de alejarse de ella. Geraldine se preguntaba qué cuenta quedaba pendiente entre ellos después de tantos años.

Ella casi no recuerda su convivencia. A los seis meses de separarse ya la había borrado y no ha vuelto a pensar en su matrimonio. No debió de ser igual para John. Pero desde que John vio el cuerpo de Kim en el depósito de cadáveres algo en él ha cambiado y se muestra más genuino, sin máscaras, ni la de la rabia, ni la del rencor ni la del odio que adoptó en primera instancia en el aeropuerto y ante la jueza y demás autoridades.

Beben y comen y guardan silencio, porque eso es algo que ahora pueden hacer juntos, guardar silencio sabiendo que uno está allí sin esperar nada del otro, sosteniéndose mutuamente con su presencia, hasta que de pronto John dice:

—Geraldine, hay cosas que ni un policía ni un juez pueden interpretar porque no conocían a Kim, no sabían nada de ella. Tenemos que ayudarlos nosotros.

Geraldine escucha y se pregunta: «¿Y ellos? ¿Es que ellos saben algo de Kim?». Pero no cuestiona a John, le falta la energía para discutir.

—Yo pensaba que tú estabas en contacto con ella —prosigue John.

Geraldine da un sorbo al vino y no contesta todavía, no sabe bien qué quiere decir John.

—Que tu trabajo te habría acercado a ella. Que era yo el que estaba fuera.

—¿Fuera?

—Fuera de su vida. Lejos.

—Era adulta. Era una mujer, John. Nosotros podíamos hacer poco. No era nuestro papel ya.

—¿Tú crees? Mi madre, cuando nos separamos, es verdad que no era la persona más preparada para ayudar en ese trance. Le pareció algo, cómo te diría yo, extraterrestre y que un divorcio le hubiera tocado a un hijo suyo, a alguien de nuestra familia, todavía más. Pero yo sabía que, aunque no dijera nada, estaba por ahí a su manera, silenciosa en la retaguardia. Estaba para recogerme si me caía, aunque fuera poco lo que pudiera ofrecerme.

—Si Kim hubiera pedido ayuda, la habríamos ayudado. No la pedía.

—No lo sé. Quizá no la pedía porque no estábamos en la retaguardia. No estábamos en ningún lado.

Geraldine no contesta. John insiste:

—Yo no estaba, pero creía que tú sí, Geraldine. Todos estos años estaba



convencido. —John calla, dirige su mirada al mar unos instantes y al cabo vuelve a recrearse en los versos infantiles—: «Zeus es la raíz de la tierra y del cielo con todas sus estrellas. Zeus es el primero y Zeus es el último».

Regresan al hotel y un hombre grueso de unos cuarenta que está sentado en un sofá se levanta y se dirige a ellos.

—¿John y Geraldine? —pregunta en buen inglés, tan buen inglés que solo puede ser un británico—. Encantado. Soy Hugh Kendall, les acompaño en el sentimiento.

—¿Trabaja usted en el consulado? —pregunta Geraldine.

—No, en absoluto, yo vivo aquí. Pero, igual que el cónsul, me preocupo por todo lo que le ocurre a la comunidad británica expatriada, aunque no soy diplomático.

Sonríe mucho y eso desconcierta a Geraldine, que no se siente en plena forma y le fallan sus habilidades para analizar gestos y modales.

—Soy periodista. —Y les tiende un ejemplar de un diario en inglés.

La primera página habla de cambios en la retribución de las pensiones en el Reino Unido, de un accidente de tráfico en una carretera comarcal próxima en la que un camión ha embestido una gasolinera, del servicio de salud pública español, que se baraja que pueda ser de copago, y también de una ciudadana británica que apareció asesinada ayer en su domicilio de la costa. Tardan en reconocer el rostro de su hija.

—¿De dónde sacaron esta foto? —inquire Geraldine.

—De Instagram —responde Hugh—, lo siento mucho, sé que ver esto impacta, pero es información que interesa a nuestra comunidad. La gente está preocupada.

—No deberían —responde John—, es un asunto de familia.

—La violencia nos afecta a todos, y nuestros compatriotas quieren saber de ustedes. ¿Podemos sentarnos? Será solo un intercambio de impresiones.

John y Geraldine se miran. El periodista señala la cafetería.

—Allí podemos estar cómodos. Además, yo soy inglés como ustedes, llevo aquí muchos años y si hay algo en lo que pueda ayudarles...

—¿Conocía usted a nuestra hija? —pregunta Geraldine.

—No, lamentablemente nunca coincidí con ella. Es una comunidad grande la británica, de ahí que la noticia haya sido recibida con pesar. ¿Cómo se

enteraron ustedes?

—Nos llamó el cónsul —responde Geraldine, mientras el periodista coloca sobre la mesita una pequeña grabadora y la enciende—. El cónsul nos avisó y volamos para acá.

—¿Cómo era su hija?

—Era..., era una chica, una mujer llena de energía. Era... —Geraldine no sabe cómo continuar.

—Era una mujer normal, como cualquiera de su edad, casada, con un hijo, trabajadora, creativa, le gustaba ir a la playa, nadar, le gustaban mucho los animales, paseaba a su perro *Zeus*, era aficionada a la cocina y a hacer croché. ¿Se llama croché? —John consulta a Geraldine. Esa mañana en casa de Kim reparó en una bolsa de labor sobre la mesa del jardín, el ganchillo todavía enganchado en la pieza que estaba tejiendo. Quizá sea el último lugar donde las manos de Kim se posaron. Se fijó además porque su madre también tejía, y prácticamente desde entonces no había vuelto a ver un ovillo y unas agujas. Geraldine, asombrada de que John pueda ofrecer esta descripción de su hija, asiente y John continúa—: Era muy sociable, una mujer muy querida por sus vecinos, cariñosa. Una gran persona. No merecía que le pasara esto.

John termina su pequeño discurso y se queda callado, como dando por concluida la conferencia. Pero el periodista tiene más preguntas:

—¿Tienen ustedes más hijos?

—No, no. Solo a Kim —responde John.

—Nosotros estamos divorciados —apunta Geraldine, como si estar divorciados fuera la lógica explicación de no tener más hijos.

—¿A qué se dedican ustedes?

—Yo soy catedrático de Física jubilado.

—Yo soy terapeuta.

—¿Psiquiatra? —dice el periodista.

—No, psiquiatra no. Soy neuróloga, pero hace años que ejerzo como terapeuta.

—¿Psicóloga?

—Sí, más o menos.

—Nuestros lectores agradecen la precisión. ¿Han hablado ya con la Policía? ¿Qué les han explicado?

—John, estoy cansada. ¿Te parece si...?

Geraldine recoge su bolso y hace ademán de levantarse, pero John quiere preguntar algo al periodista:

—¿Conoce usted a algún abogado que hable bien inglés?

—Conozco a varios abogados, pero les voy a recomendar uno que además es amigo mío, alguien de completa confianza. Las cosas aquí no son sencillas. España es complicada y estos pueblos más. Mucha política. Hace usted muy bien en querer asesorarse. Les puedo acompañar yo mismo esta tarde si quieren.

—¿Esta tarde? —pregunta John tentado de aceptar.

—No queríamos abusar —dice Geraldine, que ya se ha puesto en pie.

—No me cuesta nada. Ya le he dicho que estoy acostumbrado a ayudar a mis compatriotas, aunque no sea diplomático. Los diplomáticos van y vienen. Yo siempre estoy aquí. Es un lugar maravilloso para vivir, pero desordenado.

La oficina del abogado es un local a pie de calle en un pequeño centro comercial que se ha quedado anticuado. No inspira mucha confianza. Cuando entran, los saluda una joven que tras un mostrador atiende a una pareja holandesa entrada en años que necesita renovar el carnet de conducir. Cuando pasan al despachito, queda claro que la joven es hija del abogado, que les tiende la mano y los hace sentarse. Son idénticos, la misma cara cuadrada y ojos diminutos, para desgracia de ella.

—¿Tenía su hija algún tipo de seguro de vida?

John y Geraldine se miran.

—¿El seguro de la casa? ¿Un seguro en el trabajo? ¿O del coche? Siempre tenemos algún seguro y hay que mirar bien la letra pequeña porque a veces las primas cubren este tipo de siniestros. El desplazamiento de los familiares, por ejemplo. Lo digo por sus gastos aquí estos días, el hotel, las comidas, el viaje... Guarden los tiques, todos los tiques, por si acaso. Y pidan factura. Fac-tu-ra. Y tienen que ir pensando en poner una denuncia. ¿Saben algo de español?

—¿Una denuncia?

—Por la desaparición del niño y para que el asesino les indemnice. El asesino es el padre, ¿no? Hace unos años un matrimonio como ustedes que

tenía una hija en Polop pidió cuatrocientos ochenta mil por la hija y su nieto. Los mataron dos moros con un hacha. Pero claro, ellos presentaron demanda por la vía civil. Eso hay que hacerlo. Es imprescindible.

—¿Qué es Polop? —pregunta Geraldine al periodista.

El abogado español les ha hecho esas preguntas en un inglés con mal acento que cuesta comprender. John nota que ni la conversación ni el lugar están ayudando mucho a Geraldine, cada vez está más pálida. Decide que esta reunión la puede mantener él solo cualquier otro día. Por hoy ha sido suficiente y ahora conviene sacar a Geraldine de aquí. Esta reunión le ha hecho ser consciente de todo lo que ignoran. Es embarazoso reconocer ante extraños que no saben nada de la vida de su única hija, ni siquiera dónde trabajaba. Hay que ponerle remedio. No deja que el abogado amplíe a Geraldine la información sobre ese horrible crimen a puñaladas de Polop que ni les va ni les viene, así que la toma por el brazo.

—Muchas gracias. Ha sido muy útil. Déjenos pensar un poco y volveremos a llamarle. Geraldine, ¿nos vamos?

—¿Les importa si les tomo una foto? Aquí fuera en el paseo, con las palmeras de fondo. Para nuestros lectores. —Hugh Kendall lo pide con su sonrisa para toda ocasión.

Una vez que se han liberado del periodista, caminan hacia el hotel. Geraldine está todavía más preocupada que antes.

—A mí no me ha gustado ese tal Hugh —dice.

—Pues anda que el abogaducho. Pensaba que era suficiente desgracia que hubiéramos perdido a nuestra hija. No me imaginaba que además tuviéramos tanto trabajo —se lamenta John.

—¿Trabajo?

—Sí. Todo..., todo esto. La Policía, el de la funeraria, el abogado, el seguro, papeles..., qué horror.

—¿Te apetece un té? —sugiere Geraldine, que se nota de nuevo muy cansada.

Se sientan en la terraza de su hotel, donde de nuevo los mayores bailan, pero ya no les llama la atención. Es increíble cómo uno se acostumbra a una nueva realidad en tan pocas horas. Sin esperar a Geraldine, John pide té y *whisky* para los dos. Mientras esperan, dice:

—Debería llamar y asegurarme de que entregaron el pienso.

—¿Y el gato? No pedí nada para el gato. Se me olvidó, lo siento —se disculpa Geraldine.

—No, el gato está bien. Le dejé comida suficiente y tiene gatera. Es independiente. —John se queda pensativo unos instantes—. ¿Permitirán tener animales en este hotel?

La pregunta queda en el aire.

Al día siguiente ya conocen mejor el itinerario hasta la casa de su hija, llegan sin dificultad y aparcan en la puerta. A Geraldine no le ha costado maniobrar este coche con el volante a la izquierda, es buena conductora. Charo, la vecina, les ha abierto con su copia de la llave. Los ha recibido con una sonrisa y sin sorpresa, aunque sea muy temprano, contenta quizá de ser de ayuda a estas dos personas desgraciadas. John acaricia al perro con entusiasmo y le pone la correa.

—Bonito, perro bonito, perro guapo... Hola, precioso... —*Zeus* agita el rabo como si se conocieran de siempre—. Vamos, valiente, vamos, guapo. Nunca te han gustado los perros.

—No es eso —contesta Geraldine—, es que no sé cómo vamos a meterlo en el coche.

—Yo me subo atrás con él.

Geraldine arranca y se incorpora con facilidad a la carretera, está habituada por sus escapadas a Grecia a conducir por el lado derecho. Ha sido buena idea alquilar un coche, porque en este entorno las distancias son demasiado grandes para manejarse en taxi y los autobuses demasiado escasos. Aparca cerca del colegio y, mientras John pone la correa al perro, ella comprueba el nombre de la directora. Es una escuela primaria de buen tamaño. En la puerta, el alegre lío de cualquier mañana en cualquier escuela, los críos revolotean con sus carteras y se despiden de sus progenitores.

—¿Y ahora qué hacemos con el perro?

—Si yo me muero, no querría que mi perra se quedara encerrada y sola en un coche —apunta John.

—No nos van a dejar entrar con el perro —objeta Geraldine.

—No pienso arriesgarme a que nos lo roben o le pase algo —dice John y ya ha bajado del coche con el galgo.

—No sé por qué te he hecho caso —dice Geraldine cerrando el coche.

Ya en la cancela, John ha ido directo a una bedela que mira con malos ojos a *Zeus*.

—Padres de Kim. Directora —dice John.

Tienen que ir interiorizando algunas palabras en español, por pocas que sean les van a resultar imprescindibles en estos días. La bedela cambia de cara una vez que se entera de quiénes son y, con perro o como quieran, los guía por los pasillos hasta un despacho. A su paso algunos críos vuelven la cabeza. Qué raro ver a un perro en el colegio. Los docentes llaman la atención de los más díscolos y van entrando en las aulas.

—Gracias por venir. Podía haberme acercado yo a su hotel esta tarde...

La directora sonríe nerviosa, forzada, y mira de soslayo al perro, pero no se atreve a decir nada y *Zeus* se ha acomodado sobre el piso con tanta tranquilidad que no hay argumentos para echarlo. Luego mira a un niño sentado junto a ella, que se apresura a traducir al inglés. Ella se justifica:

—Lo siento, mi inglés no es muy bueno. Pero Adrián nos echa un cable. ¿Verdad, Adrián? Era el ayudante de Kim. En sentido figurado, claro.

—¿Qué es «sentido figurado»? —pregunta el niño.

—Que no eras un ayudante de verdad, que era de mentirijillas.

—No era de mentirijillas.

—¿Qué dice? —quiere saber Geraldine.

El niño lo explica. A Geraldine le gusta el niño, parece que todo es mejor si hay un niño cerca. Si la vida de su hija se desenvolvía en estas aulas, de algún modo la tranquiliza. No puede haber nada oscuro en alguien que trabaja con niños. Adrián tiene ojos claros y pecas y el pelo revuelto. Recuerda a Kim de pequeña. En todos los niños ve la infancia de Kim, que está volviendo a ella.

—Ayudabas a mi hija —le dice Geraldine reconfortada de poder dirigirse a alguien por fin en inglés. Un poco de su hija está en ese niño. Le emociona el encuentro.

—Era mi profesora, pero claro, yo no necesito clases de inglés.

—¿Y cómo la ayudabas? —Geraldine se da cuenta de que esta tranquilidad no la sentía desde hace varios días, siente cómo su estómago, su espalda, sus manos se relajan.

—Nos inventábamos juegos, acertijos, trabalenguas. Los sacábamos de Internet.

—¿Sabes lo que le ha pasado? —pregunta John.

El niño asiente avergonzado y mira a la directora con cautela, como si necesitara su permiso para adentrarse en este giro de la conversación.

—Sí, que se ha muerto.

—¿Y conocías a su hijo? —pregunta John.

Adrián vuelve a asentir. Geraldine hubiera preferido mantenerse más tiempo en la otra parte de la conversación, la que versa sobre Kim viva, sobre su presente tan reciente, no sobre su final y la aniquilación del futuro.

—A veces venía a la puerta del colegio a esperarla.

—¿El niño solo? —exclama John asombrado, medio en broma para no asustar al pequeño.

—¡¡Nooo!! Con su papá. Con Kostya. Si todavía va en sillita. Tiene solo tres años.

Geraldine siente que la conversación otra vez vuelve a su hija, a esa parte que ella ansía retener, y se anima a preguntar:

—¿En sillita? ¿No camina?

—Sí, claro que camina. Corre como una ardilla. Y juega al fútbol, pero es pequeño. Todavía cabe en la silla y así no se escapa, como dice Kostya.

—¿Hacía mucho que nuestra hija trabajaba en esta escuela? —pregunta Geraldine a la directora.

—Dos cursos. Aunque no podíamos contratarla como profesora porque no tenía la titulación, funcionaba muy bien con los niños. Los supervisaba en los recreos y en el comedor. Esta es una escuela bilingüe, aunque sus clases eran de apoyo, extracurriculares.

—¿Y usted no habla inglés? —pregunta John con cierta malicia que la maestra percibe.

—No, yo no —dice la directora y esquiva el tema, no debe de ser la primera vez que surge este escollo—. Les he preparado aquí todos los documentos: su contrato, el alta en la seguridad social, las últimas cotizaciones, unos papeles de la mutua... En fin, lo que me ha parecido que...

—¿Cómo llegó a este trabajo? —insiste Geraldine.

—Tenemos una bolsa de empleo y ella tenía experiencia en una residencia

de ancianos, además del tema del inglés. Se presentó y ya está. No pagamos mucho, pero para ella también era una forma de conocer niños para las clases particulares que daba.

John está pensativo.

—¿Usted cree...? ¿Vio algo que le hiciera temer que...? ¿Le había comentado alguna vez si...?

Como el pequeño Adrián es quien traduce, John no termina las frases, no quiere sugerir ante el niño asuntos tan duros. Pero la directora lo ha entendido:

—Nosotros nunca advertimos nada anormal. Era una buena mujer y él parecía un buen marido, pero claro... —Hace una pausa—. Tenemos aquí algunas cosas tuyas. No sé si...

El niño se adelanta, coge de una mesa una mochila, una chaqueta y una bata azul y se las entrega a Geraldine.

—¿Cómo es Kostya? —insiste John.

—Kostya es un tío genial —responde el niño con entusiasmo—. Kim y Kostya. A todos los niños nos caen bien. Por la guitarra, ¿sabes? Toca canciones muy divertidas.

—Música e inglés. Actividades extraescolares para niños privadas, particulares —aclarla la directora—. Todos los padres quieren que los niños aprendan inglés y los apuntan.

—¡¡Menos los míos!! —dice Adrián y se ríe.

John y Geraldine abandonan la escuela con una carpeta, más papeles, una mochila, una prenda de punto, un guardapolvo azul y un perro. Y una imagen más nítida de Kim, devuelta por las aulas que recorría a diario.

—Nunca pensé que nuestra hija sería profesora —dice Geraldine con un poquito de orgullo, como si algo inesperado, de pronto, hubiera salido bien.

—No era profesora —replica secamente John.

No había querido saber nada de su hija desde hace ¿cuántos años? John no está listo para responder a esa pregunta, tendría que detenerse a pensar en ello, y hacer esos cálculos en este momento cree que sería incompatible con vivir, con tirar para adelante. Como no tiene fuerzas para conocer esa cifra, ahora su curiosidad es insaciable. Con la información sobre la vida de su hija, ese día a día que él ignoró voluntariamente, compensa algo ese vacío. La balanza invisible ahora mismo está muy desequilibrada: la inmensidad de la



muerte y la ausencia, por un lado, frente a la culpa de su antigua falta de interés, por otro. Quiere saberlo todo. Mira por la ventanilla del coche mientras Geraldine conduce. Este paisaje no deja de sorprenderle. No es agradable. La escuela está en una zona nueva del pueblo, un barrio con edificios de apartamentos demasiado pegados en medio de la nada, rodeados de campos de naranjos. Una gasolinera. Un supermercado inmenso. Un concesionario de coches alemanes. Una tienda de materiales de construcción. Un bazar de productos chinos. Falta el aire.

—¿Dónde nació el niño?

—¿Cómo? —dice Geraldine, que no sabe de dónde sale la pregunta.

—El hijo de Kim, ¿nos han dicho donde nació? ¿Nos han enseñado papeles? Tendrá un certificado de nacimiento —insiste John.

—Me imagino.

—¿Dónde nacería? ¿Y cómo sería el embarazo? —Geraldine no responde —. Me parece asombroso.

—¿El qué?

—Que no te dijera nada. A una madre esas cosas se le cuentan. ¿Tú crees que sufría?

—¿Quién?

—Geraldine, nuestra hija. ¿Tú crees que sufría porque no podía contar con nosotros?

—Yo creo que... —empieza a decir Geraldine despacio, pero John no la deja acabar.

—Vamos a hablar con la vecina. Esa vecina sabe mucho.

—¿Tú crees? La Policía ya habrá hablado con ella.

—Solo vamos a preguntar. Kim tendría amigos, tendría compañeras... Nos podrán decir qué tenía en la cabeza. ¿Tienes aquí el número de la intérprete? Si hacemos el entierro...

—¿Cómo el entierro?

—Geraldine, habrá que tomar una decisión.

—Pero ¿por qué hay que enterrarla? Tendrán que terminar la autopsia, tendrán que seguir investigando.

—¿No te metes por el desvío? Te lo vas a pasar, Geraldine —protesta John.

—No. Vamos al hotel. Estoy cansada. Necesito un té. Quiero tumbarme.

John no responde. Está contrariado. Le irrita que Geraldine se oponga a algo tan necesario, tan evidente: averiguar todo de su hija, ahora, ya, sin más esperas. Geraldine advierte su enojo.

—Luego vamos, te prometo que luego volvemos a la casa y hablamos con la vecina.

—Geraldine, la intérprete ya nos explicó que la autopsia está hecha, que era simple. Que solo están esperando a que la Policía dé con el arma para encajar las piezas. Y habrá que enterrarla o incinerarla o... Habrá que hacerlo. Pronto. Hoy. Mañana. En eso tiene razón el de la funeraria.

Geraldine no responde, tiene la mirada fija en la carretera. John la deja macerar sus pensamientos y acaricia al perro, que viaja en su regazo.

Un rato después, John y Geraldine terminan de comer en su hotel. John ha convencido al director para que le deje tener al galgo con ellos. El director sabe quiénes son y ha accedido, en vista de su situación, a hacer una excepción. ¿Será por el galgo por lo que los demás huéspedes los observan? Ajeno a ellos, *Zeus* no se mueve de su lado y disfruta los pedazos de filete que John le da.

—¿Por qué nos miran? ¿Por qué cuchichean?

En una mesa de seis, los clientes comentan algo con una camarera y los miran de soslayo. Entonces John detecta sobre una silla un diario en lengua inglesa, *Costa Herald*. Su foto en portada ocupa media página. Se levanta y lo coge. Los titulares son repugnantes, sensacionalistas, no falsos, pero sacados de contexto, magnificados. Todo cuanto hablaron con el abogado está allí reflejado. Ellos se han convertido en esa gente a la que piensas que jamás conocerás. La poca sensación de seguridad que tenían desde que aterrizaron en Alicante desaparece por completo.

Se había fijado en ella durante un ciclo de conferencias que puntuaban para la nota del trimestre. Las pronunciaba un eminente profesor danés que años después se iría a vivir a los Estados Unidos y sería premio Nobel. Cuando dictaba sus disertaciones, tan informales, tan poco convencionales, ningún alumno imaginaba que se convertiría en una celebridad. Iba desastrosamente vestido. No es que John fuera un gran juez en materia de etiqueta, pero los zuecos con calcetines, sus barbas, su pelo más largo de lo conveniente, las camisas con los puños siempre desabrochados hacían del profesor un excéntrico entre los ya excéntricos pero muy formales profesores británicos. A John le impresionó que alguien a quien había tratado personalmente alcanzara un Premio Nobel. Colocaba el prestigioso galardón dentro de su radio de existencia, y fue la primera vez que sintió que la humilde clase obrera a la que había pertenecido quedaba atrás, definitivamente superada.

Estaba en segundo de carrera y le había empezado a doler la espalda, posiblemente no solo porque pasaba demasiadas horas estudiando en mala postura, sino también porque no comía suficiente y empezaba a perder musculatura. Se alimentaba de sándwiches y té. Unos sándwiches muy penosos de pan blanco, queso y fiambre barato. Eso lo piensa ahora, si alguna vez ve las fotos, tan delgado que da miedo. Le empezó a doler tanto la zona entre las escápulas que se veía obligado a estudiar de pie. Pero en la biblioteca eso no estaba permitido, y en las asignaturas que requerían cálculos o dibujos tampoco era fácil encontrar un tablero alto donde colocar los papeles. Empezó a dormir estirado en el suelo porque le aliviaba, hasta que una mañana no pudo incorporarse, el dolor le bajaba hasta la cara posterior del muslo paralizándolo. Ignorante de las cuestiones del cuerpo, de las que siempre se había ocupado su madre y nunca él, se asustó y se arrastró como pudo al médico creyendo que el siguiente paso sería la silla de ruedas. El médico le mandó quince días de reposo y luego natación. Así empezó a frecuentar cada mañana la piscina municipal, que era la que cubría el seguro de estudiante. En ese horario solo había mujeres de mediana edad. John era el único varón, y si bien el primer día sintió mucha vergüenza al verse casi desnudo ante todas

aquellas damas de la edad de su madre, el instructor hizo algún chiste malo que rompió el hielo y John se sintió bienvenido. Las compañeras eran simpáticas y no nadaban mal, mucho mejor de lo que uno esperaría si se las cruzaba por la calle vestidas como cualquier ama de casa. Pero John era más joven y más fuerte y enseguida pasó de novato al más rápido de los alumnos de la mañana. Descubrió que disfrutaba la natación porque se puede pensar mientras se nada, y de una manera distinta. Eso serenaba a John, pensar. Cómo le gustaba nadar, parece increíble que con los años abandonara ese deporte. Cuando se separó de Geraldine, tenía asociadas tantas vivencias a la sensación del agua deslizándose por sus hombros y sus empeines que prefirió darse de baja de la piscina.

En la clase de natación había vuelto a ver a aquella chica de las conferencias del profesor danés. Qué gran carambola. Ella se incorporó a mitad de trimestre. John la reconoció de inmediato, a pesar del bañador y el gorro, porque no había tantas alumnas en ciencias y además ella se había distinguido por hacer preguntas interesantes. No se atrevió a saludarla por miedo a quedar como un ligón. A las dos semanas Geraldine se cortó el pelo muy corto. La favorecía. Un día en el agua, mientras esperaban turno en un ejercicio de relevos, animado por el espíritu de camaradería que imponía el instructor, se atrevió y lo dijo:

—Te queda bien el pelo corto.

—Me gustaba largo, pero con la natación es pesado secarlo.

—Te queda bien.

—¿Tú estudias...?

—Física. Tú, Medicina.

—¿Cómo lo sabes? —se sorprendió Geraldine.

—Te he visto.

—¿Cuándo?

—En el ciclo de conferencias.

—¿Por qué no me saludaste?

—No te conocía.

Ella se quedó callada intentando recordar a John sin lograrlo.

—Con el gorro y el bañador somos muy distintos —se excusó.

A John no le inquietó que no lo recordara, lo que le importaba es que la

conversación no cesase.

—Ya lo creo. Totalmente diferentes.

—Me he cortado el pelo para no perder tiempo en el vestuario —aclaró Geraldine. Quería asegurarse de que ese chico se enteraba de que ella era original, distinta de las otras, y que se mantendría así pesase a quien pesase.

John vio la puerta abierta a seguir preguntando:

—¿Te interesa la física?

—Tiene aplicaciones médicas que me interesan. Es el futuro de la medicina.

John asintió. El profesor tocó el silbato y Geraldine se agarró al borde de la piscina para darse impulso.

—Nos toca. —Y se lanzó con muy buen estilo.

—¿Amparo?

—Sí —contesta Geraldine.

—¿Qué nombre es? ¿Significa algo?

—No sé... Apenas la conocemos... Trabaja para el juzgado, ¿no? ¿A qué te refieres? No entiendo, John. Perdóname.

Últimamente Geraldine siente mucha necesidad de decir «Perdóname» y lo mete en más frases de las que la cortesía natural pide. No cree que sea porque se siente culpable, sino porque quiere rebajarse, bajarse de donde hasta ahora estaba subida. Siente ganas de decir «Perdóname» sin referirse a una falta concreta, y también siente ganas de hacer cosas por John, regalos por ejemplo. Entra en un herbolario y busca unos caramelos especiales, que le puedan hacer gracia, quizá con jengibre. A veces lo ve pálido y cansado. Todo esto es mucho para cualquiera, pero sobre todo es mucho para ellos. Una melodía maravillosa suena al fondo. Parece una orquesta ensayando. Geraldine sale del herbolario y se acerca a la ventana de la que provienen las notas, mira discretamente, sí, es una orquesta de jóvenes vestidos muy informalmente, pantalón corto, chanclas. Tocan con ahínco, pero también con la familiaridad y el abandono de la rutina. Es una banda de instrumentos de viento y metal. John se ha detenido en la puerta de un supermercado, mira un dispensador de diarios gratuitos. Vuelven a estar en portada, aunque solo en un recuadro y sin foto: «Todavía sin pistas del asesino de la ciudadana británica».

—No podemos retirar todos los ejemplares —dice Geraldine y tira suavemente de su brazo para continuar el paseo.

—No, por desgracia —contesta John.

Caminan sin rumbo, sin destino preciso, sin saber hacia dónde. Les han hablado de un barrio inglés, cuatro o cinco calles con *pubsfrecuentados* por sus compatriotas. En parte, su tarea es conocer todo lo que conoció Kim, deshacer sus pasos desde su último día en España hasta el primero. Callejean, se acercan y se alejan del paseo marítimo, como ahora.

—Amparo es un nombre, pero ¿significa algo? No sé, una flor, una

montaña.

—Una montaña no creo. ¿Cómo va a tener una persona nombre de montaña? —dice Geraldine.

—Lourdes es un lugar y un nombre —señala John—. Es la única persona de la que me fío. Me he dado cuenta esta mañana. Es la única persona con la que hablamos y sabe estar callada.

Llevan tres días ya en esta ciudad. El hotel está saliendo caro. El coche en cambio cuesta menos de lo que esperaban. Aunque algunos días no lo usan, es más barato alquilarlo por una semana que por días sueltos. Geraldine ya ha echado cuentas, y si su estancia se va a prolongar, curiosamente les resultaría más económico contratar el hotel a través de una web de viajes inglesa que con el recepcionista de carne y hueso. No sabe por qué piensa en el dinero ahora, cuando el dinero ya no le importa, pero piensa en él. «El dinero es una reserva de energía —piensa Geraldine—, un comodín, como una batería de repuesto que puede compensar la ausencia de otras cosas, como la falta de dominio del idioma, el desconocimiento del entorno». En el hotel las habitaciones de John y de Geraldine son contiguas y ella oye perfectamente cuando él se levanta. Su cabecero pega con el baño de él. Qué torpe idea del arquitecto. Mejor cabecero con cabecero y baño con baño. Aunque quizá sea peor oír otras cosas que los huéspedes hacen en sus camas, como roncar. Mucho más no cree que ocurra en ese hotel. Ella ahora no tiene pareja, pero de eso no ha hablado con John. Él no ha preguntado nada sobre su circunstancia vital actual. No hay otro mundo para John desde hace tres días que Kim.

Tres días en esta pequeña ciudad de la costa, tres días comiendo poco y no perdonando una cerveza o un *whisky* antes de acostarse. Las noches han sido lo peor, aunque a veces también durante el día Geraldine tiene que volver al hotel para meterse en la cama y dormir, sea la hora que sea. A veces duerme muy profundamente, como si viajara al ultramundo, otras veces llora con un lamento que le sale del centro del cuerpo y que ella intenta acallar, consciente de que podría asustar a otros huéspedes dado lo fino de los tabiques. Cada día sacan al perro *Zeus* y lo tienen con ellos todo lo que pueden. Cada día lo devuelven al final de la jornada a la casa de Kim. En ninguna de estas visitas han encontrado a la Policía. Según Charo, la vecina, no han regresado.

El cuarto día se acercan al juzgado. John quiere saber si hay avances, si han averiguado algo del paradero del ruso y de su nieto. Tiene la idea de que

si el niño aparece, se cerrará un proceso y Geraldine accederá a celebrar el entierro. El cuerpo sigue en el depósito. La intérprete es una gran ayuda y John quiere saber cuánto cobra, pero ella insiste en que esperen, que el juzgado pagará una parte y que del resto quizá pueda hacerse cargo su seguro o el consulado. Es discreta Amparo, habla poco, pero no es apocada, al contrario, tiene determinación y sabe moverse entre tribunales. En el juzgado nadie puede atenderlos. La jueza está demasiado ocupada y no tiene por costumbre recibir visitas sin cita previa. Amparo los lleva entonces a la desgastada comisaría, donde logra que los atienda, con muchas prisas porque llega de un sitio y se tiene que marchar a otro, la inspectora.

—Hemos repartido la foto y los datos de su pasaporte, pero ni en los registros de vuelos ni en las cámaras de seguridad de estaciones de autobús, tren o de los aeropuertos hay constancia de la salida de un ciudadano con estas características acompañado de un menor de tres años —señala.

—¿Y el teléfono? —pregunta John.

—El móvil de Kostya está inactivo —traduce Amparo—, desde el día del fallecimiento está apagado.

—Pero ¿pueden leer sus mensajes? —insiste John.

—La jueza solicitó ya toda la información a la compañía. Es lo primero que se hace. La estamos analizando, pero no hay comunicaciones ni llamadas sospechosas.

—¿Nada? —John se desespera.

Amparo procura tranquilizarlo en la medida que puede.

—No, lo siento. No hay nada que nos dé indicios de premeditación. Ni amenazas, ni insultos ni reproches, que suele ser lo previo al homicidio de la pareja...

—Pero ¿los móviles no dejan un rastro por dónde pasan?

—Dejan un rastro siempre y cuando se usen. Si el sospechoso llamara, podríamos rastrearlo por la señal de los repetidores —confirma la policía—, pero este señor no lo está usando. Con toda seguridad, se ha deshecho de él. Lo que indica que sabe lo que hace.

—¿Podemos ver ese listado —inquire John—, el de la compañía telefónica...?

—Cójalo —dice la inspectora—. Siéntense ahí y echen un vistazo por si reconocen algún número, algún nombre. Luego, cuando terminen, me lo



vuelven a dejar en la mesa. Lo siento, pero no les puedo dar copia. Órdenes de la jueza. Me tengo que ir, me están esperando. Créame que lamento no poder tener mejores noticias. Hay que tener paciencia.

En cuanto la policía se marcha, Amparo explica:

—No les da copias para no gastar papel de la fotocopidora. Andan escasos de papel y de tóner, por los recortes. Lo que pasa es que le da vergüenza admitirlo.

Leer los mensajes de Kim, las frases que escribía, impresiona. Dicen que nuestras acciones nos describen, pero John y Geraldine no conocen las acciones de Kim. Hace años que no la han visto en movimiento, así que ahora su hija cobra cuerpo mediante unos signos en un papel, sus palabras: «Estoy llegando. ¿Recoges tú al niño? Hay que comprar leche»; «Atasco. Llego tarde»; «Estoy cansada. ¿Nos vienes a buscar al parque?»; «Vera nos ha invitado a comer el domingo»; «Estoy en el mercado. ¿Prefieres pollo o compro pescado? Hay atún de oferta»; «Se ha vuelto a hacer pis encima. No te olvides de sacar a *Zeus*. Te quiero»; «Te quiero. Te quiero. Ven pronto».

Muchos mensajes en el número de Kostya son en ruso.

—Y si no tienen para comprar papel, ¿van a tener dinero para pagar a un traductor de ruso? —pregunta John a Amparo cuando devuelven el dossier.

—De momento, lo principal es la relación con la víctima —dice Amparo—, pero no se preocupe, que lo irán analizando todo. La justicia es lenta, pero funciona.

—En las películas dicen que las primeras cuarenta y ocho horas son cruciales —señala John.

—Sí, pero la vida real es otra cosa —apunta Amparo.

De vuelta en el hotel, Geraldine se sorprende ante la capacidad de su exmarido. Mientras ella todavía está procesando la información e intentando que las piernas la sostengan y que el malestar no la obligue, de nuevo, a retirarse a su habitación, John está un paso más adelante. Geraldine, siempre tan vivaz en su inteligencia, en su intuición, en sus análisis, está, como el teléfono de su yerno, desconectada. No puede pensar más que en el enorme dolor que siente a todas horas, un dolor en el que se mezcla lo anímico con lo físico de manera inextricable.

—Tú tienes miedo —le dice John.

—¿Yo, miedo? ¿De qué voy a tener miedo?

—Miedo de saber, miedo de lo que estamos averiguando.

—No estamos averiguando nada, John, ese es el problema.

—Una montaña estamos averiguando. No sabíamos ni cómo era su casa. Yo no tenía ni su dirección. ¿La tenías tú?

—Yo... En mi despacho. Creo..., sí. O al menos la tiene mi asistente.

—¿Tienes una secretaria?

—No es una secretaria, es Amanda, mi sobrina. Se ocupa de casi todo.

—Por si necesitamos alguna gestión que no podamos hacer desde aquí, ¿podemos contar con Amanda?

—¿Como qué?

—No lo sé, Geraldine. Todavía no sé, pero seguro que algo vamos a necesitar. ¿Y qué dice Amanda de esto?

—¿De qué?

—De Kim.

—Que es horrible. —Geraldine hace una pausa—. No. En realidad, no dice nada. No ha sido capaz. Que no estuviera sola, es lo único que me dijo.

—Estás conmigo.

—Eso le contesté.

—Geraldine, ¿sabes algo de redes sociales?

—Absolutamente nada.

—¿Crees que Amanda podría ayudarnos con eso?

Con la *tablet* de Geraldine y las instrucciones de Amanda desde Londres, se asoman al Twitter, al Facebook, al Instagram de su hija. La pantalla muestra su huella en la red, la de una mujer vital, festiva, que no parece vivir amenazada, con muchos amigos, ignorante de su destino. Geraldine tiene dificultades para empaparse de la información que John va pasando con avidez. Alega pudor, pero es miedo. La aterra afrontar lo sucedido. Cada vez que se enfrenta a una fotografía de Kim en una cena de grupo, en una excursión, en un cumpleaños, en Carnaval, en Navidad, en la playa, una pregunta la sacude y su estómago se encoge: «¿Dónde estaba yo? ¿Por qué no estaba con ella? ¿Cómo he vivido mi vida?». No se lo puede quitar de la cabeza. «Ya no habrá más oportunidades —se dice—. Las desaprovechaste todas, Geraldine. Despilfarradora». Su última relación amorosa fue con otro terapeuta. Un compañero de profesión parecía una apuesta más segura que las

anteriores para dar por fin con ese aliado que se le escapa década tras década. Sin embargo, resultó una relación más fallida que ninguna. «Despilfarradora —se repite—. Entregaste tu tiempo a un idiota mientras tu hija se quedaba embarazada, paría, vestía una cuna, aprendía a poner pañales, se preocupaba por la temperatura, la respiración, la lactancia de un niño, tu nieto, sin que tú te molestaras en averiguarlo. Derrochadora». Mientras ella se lamenta, John toma notas en su libreta.

—¿Salimos? Necesito que me dé el aire —dice Geraldine.

—Calla, no me distraigas. Cuando termine.

John sigue anotando a toda velocidad, como una metralleta.

—Podíamos dar una vuelta en coche. Conocer un poco los alrededores...

—Nos tenemos que hacer con un móvil local —contesta John mientras cierra la libreta.

—¿Qué apuntabas?

—Nombres, lugares..., los que más aparecían en los mensajes.

Geraldine se queda asombrada otra vez ante la determinación y las ideas de John.

—¿Los vamos a llamar?

—Sí. Anda, vamos a coger el coche. A mí también me vendrá bien un paseo por algún sitio que no nos recuerde a esto.

Circulan sin objetivo por la autovía. Después de unos treinta o cuarenta kilómetros, toman una salida y tiran hacia las montañas, al interior. El paisaje es bonito. Una zona de cuidados frutales y huertos que refresca. Al final de una carretera hay un pueblo.

—¿Tomamos algo aquí? —sugiere Geraldine.

—¿Por qué no? —accede John.

Aparcan en una plaza con una fuente antigua. Todo parece más auténtico. Por una calle lateral vislumbran un pequeño enjambre de gente. Se encaminan allí indolentemente. Es un mercadillo. John se compra un sombrero de paja. Geraldine, un pañuelo grande de algodón para proteger sus hombros del sol. Se detiene ante un puesto de vestidos de playa bordados. John la anima:

—Cómpratelo.

—¿Sin probármelo?

—¿Te importa mucho cómo te quede? Te gusta, te lo pones. No nos conoce nadie.

Geraldine sonríe y se lo compra. Tiene razón John, da lo mismo ir hechos unos fantoches. Solo importa conservarse a sí mismos, aguantar hasta el día siguiente.

—Si no me va de vestido, lo usaré de camisón.

El mercadillo se va transformando en rastrillo, con numerosos puestos de objetos variopintos y muebles. Es difícil distinguir lo viejo de lo antiguo. Solo el precio los diferencia, y el precio depende de la voluntad del vendedor. Muchos son extranjeros mayores como ellos. Se identifican por sus rasgos y su ademán. John se interesa por un barómetro de pared bastante maltratado. La mujer que lo vende es inglesa. John regatea con ella el precio y la señora los reconoce.

—¿No les he visto en algún lado?

—No, no creo. Estamos de paso.

—Sí que les he visto, sí. Les he visto y hace poco. ¿Dónde se quedan?

—En un hotel.

—No, en un hotel no les he visto. No voy yo nunca a hoteles.

—¿Dónde se puede comer bien por aquí? —pregunta John a ver si con el cambio de tema la mujer se olvida. Pero no se olvida.

—Les he visto en el periódico. Terry, ven aquí, mira a estos señores... — El tipo del puesto de al lado se acerca—. ¿Estos señores no son...?

Geraldine la interrumpe, apoya su mano en el brazo de la vendedora y suplica con una sonrisa suave, delicada, dolida. Es una súplica y una advertencia:

—Por favor...

—Lo siento —dice la vendedora bajando la voz—, les acompaño en el sentimiento.

Geraldine asiente aceptando sus condolencias.

—Entonces, ¿cuánto quiere por este trasto? —John vuelve a lo trivial.

—Lléveselo.

—No, no. De ninguna manera —protesta John, aunque protesta falsamente porque le gusta que unos desconocidos le hagan un obsequio como si el universo le debiera una reparación. Aunque este viejo barómetro sea una

ínfima forma de compensación, es merecida. Es justo que le sea regalada esta antigüedad o este cachivache porque hace cinco días todas las reglas de intercambio por él conocidas se trastocaron.

—Lléveselo. Hacen un curri bastante rico en el siguiente pueblo. Es el único curri decente que se come por esta parte. La dueña del restaurante es amiga mía.

La mujer envuelve el barómetro en unos papeles de periódico y luego los ata diestramente con unas cuerdas. Permanece en silencio, que solo rompe cuando se lo entrega a John:

—Yo conocía a su hija. La conocí hace muchos años. Después la perdí de vista. Era camarera en un bar inglés al que solíamos ir. Era muy simpática. Cuando vi en el periódico su foto la reconocí.

John y Geraldine escuchan muy atentamente, como si esta mujer tostada por el sol como una campesina pudiera desvelarles ahora mismo la solución a todos los misterios.

—Y creo que también conozco a su marido, el que dicen que la mató. Lo conozco, pero no en persona, de verlo en el escenario.

—¿En qué escenario?

—Toca la guitarra y actuaba en los bares de la zona. Quién lo iba a decir... Cuesta creer que alguien que canta con tanto sentimiento, sea capaz de...

—¿En qué bares actuaba?

—Mi amiga les puede contar más. Ella lleva años en la hostelería, se conoce todos los garitos. Los buenos y los malos, que también hay de esos en este país.

«Un poco de paz, un poco de tranquilidad, unos minutos conmigo misma y estaré bien. Es solo ordenar los pensamientos. Me están pasando por la cabeza demasiadas ideas al mismo tiempo y necesito volver a meterlas en sus cajones. En cuanto cada idea vuelva a su lugar, estaré bien». La natación, que siempre le servía de bálsamo, esta vez no había hecho su efecto. Desde el minuto uno había querido salirse del agua. La clase se le había hecho larga y pesada. Doce largos de esto. Ocho de lo otro. Series monótonas y repetitivas. Prefería al otro profesor, el que se centraba en el estilo y corregía cada patada de braza, cada giro del hombro a espalda, cada remada en crol, mandándoles ejercicios breves pero muy precisos, que se concentraban en un solo movimiento. Perfeccionar el estilo permitía a Geraldine nadar más y con menos esfuerzo. Sentía cómo se deslizaba de modo más eficiente, «acuadínámico». El término lo había pronunciado ese chico rubio que nadaba a las mismas horas que ella. No estaban en la misma calle. Él nadaba en la de los rápidos, ella en el carril del medio. Prefería ser la primera de los lentos a la última de los veloces. No le gustaba hacer esperar, ni tampoco ser arrollada por los nadadores más ágiles. En el grupo 2 era la líder, y eso bastaba a su imagen de sí misma. Sabía que con un poco de esfuerzo hubiera podido pasar al grupo 1, pero no era necesario para sentirse satisfecha. La competitividad le parecía un rasgo de carácter algo ruin. Quedar por encima, eliminar a los competidores, qué cosa tan vulgar, qué satisfacción tan barata.

Se vistió y salió a la calle, pero tuvo que detenerse un momento. El nerviosismo no cedía y le faltaba el aire. La incomodaba no tener serenidad, pero a veces, algunas veces, le ocurría. «Me tomaré un té —pensó—, pero no en la cafetería de la facultad. Demasiada gente. No quiero tener que hablar con nadie». Se metió en una cafetería cercana. Nunca había reparado en ella. Era un establecimiento de barrio completamente anodino. Nadie de su círculo se dejaría caer por un lugar tan simplón. Mejor que mejor. Se sentó, o casi se desplomó en una mesa junto a la ventana. La bolsa de natación le pesaba, y también la otra, en la que cargaba libros y apuntes de clase. Pidió un té y, mientras decidía si tenía energía para sacar su diario y hacer alguna anotación

sobre lo ocurrido esa mañana o era mejor no pensar en ello y que la mente se calmara por sí misma, reparó en él. En una esquina al fondo del local, el pelo rubio todavía húmedo, se llevaba un sándwich a la boca y sostenía unas patatas. Parecía disfrutar. Relamía la mayonesa o mantequilla o lo que fuera aquello que resbalaba por sus dedos. Qué fastidio. Justo lo que menos le apetecía, un conocido y su cháchara. Pero quizá tuviera suerte y él no la viera. Estaba de espaldas y Geraldine podía hacerse la distraída si él abandonaba el local primero. Parecía tímido y no sería extraño que él también fingiera no haberla visto. «Fuera del agua somos distintos —pensó Geraldine—. Algunos ni nos reconoceríamos». Sacó el cuaderno, empezó a escribir:

Ha ocurrido algo horrible. Papá ha echado de casa a Thom. Ha sido por mi culpa. Estábamos discutiendo. No me dejaba entrar en el baño. Yo tenía que recoger mi bañador. Hoy es día de natación. Siempre lo dejo escurriendo en la bañera, sé que no es lo adecuado, pero se seca antes que en el lavadero. Thom no me abría y yo no quería llegar tarde. Llamé a la puerta varias veces. En realidad, tengo más bañadores, pero no me gustan para la piscina pública. Son de colores, para el verano. Todas las mujeres llevan bañadores negros, yo no quiero ser distinta y que crean que voy a presumir. El negro es neutro, es conservador. No quiero que piensen que soy coqueta. Thom ha gritado. Yo he gritado. Me estaba hartando. Últimamente está muy cabezota. Se empeña en algo y parece que cuanto más insistes, más se obstina. Agota, logra que me rinda antes que él, pero yo hoy quería mi bañador. Era una cosa imprescindible. Papá estaba en casa. Se ha tomado la mañana libre para preparar una sentencia. Dice que en el juzgado lo interrumpen. Estábamos gritando los dos. Thom a veces me desespera, pero eso no quiere decir que no me guste. Es mi hermano. Estoy muy angustiada. No sé por qué me enfado tanto. Siento rabia y no puedo pensar. Solo hablar o gritar. Aunque intente aguantarme, la rabia sale. ¿Dónde estará Thom ahora? Casi no he podido nadar. Tenía ganas de salirme, pero si no nado es peor, más tiempo para pensar. No sé si ir a clase o ir a buscarlo. Tengo muy mal carácter. Tengo que corregirme. ¿Por qué me enfado así? He llamado a la abuela, pero Thomas no ha pasado por su casa. No he querido decirle lo que ha ocurrido. Ella es la única que tiene paciencia con él, pero no quiero

alarmarla. ¿Y si le pasa algo? ¿Y si se va para siempre, si realmente no vuelve? No creo que papá lo haya echado en serio, pero lo parecía. Yo gritaba a Thom, es verdad que he perdido el control, no sé por qué me pasa, creía que estábamos solos. Bueno, sí lo sé. He gritado también porque tengo resaca. Ayer bebimos bastante cerveza Sylvia y yo. Cree que está embarazada y no quiere decírselo a Jim. Ha aparecido papá y me ha apartado. Ha golpeado la puerta, le ha pedido a Thom que abriera, pero Thom nada. Entonces papá ha ido al cobertizo a por un destornillador y ha desmontado la cerradura. Aun así, la puerta no se abría. Thom la había atrancado. Suele ser peor insistir, disfruta provocando. Yo le he dicho a papá que no importaba, que cogía otro bañador, pero papá no me ha escuchado. Ha dicho: «Es una cuestión de principios. Tu hermano tiene que aceptar las reglas de esta casa». Papá gritaba. Nunca he visto así a papá. Thom se burlaba de él y papá ha dado un golpe a la puerta muy fuerte, se ha lanzado contra ella, creo que se ha hecho daño. La puerta ha cedido y Thom se ha puesto hecho una furia. Le gritaba, insultaba. «¡Odio esta casa!». Eso muchas veces. Papá le ha agarrado por la muñeca y, no sé cómo, Thom le ha pegado un guantazo y papá ha reaccionado y le ha pegado a él. Yo no sabía qué hacer. Ha sido horrible. Espantoso. Siempre son horribles las peleas y nunca había visto a mi padre en una. No parecía mi padre. Parecía un hombre de la calle, del *pub*, de una taberna. Thom se ha quedado congelado después de golpear a papá, creo que se ha dado cuenta de lo que ha hecho. Ha sido como si despertara de un sueño. Papá le ha dicho: «Si quieres vivir en esta casa, vas a respetar las normas. Si no, coge tus cosas y vete». Y Thom se ha ido. No ha cogido nada. Yo quería darle su chaqueta, quería pedirle perdón, pero se ha ido como estaba, en mangas de camisa. La culpa de todo ha sido mía. Le he dicho a papá que lo sentía, pero él solo ha cogido mi bañador y me lo ha entregado. «Ya puedes irte a natación», me ha dicho. No he visto a Thom por el camino. Estaba temblando, pero he logrado nadar. Ya sé que todas las familias discuten, pero a mí me da mucho miedo.

Cuando Geraldine levantó los ojos del cuaderno los tenía húmedos. Ensimismada en la escritura, su té se había quedado frío. Alzó la mano para llamar a la camarera y pedir otro, y entonces su mirada se cruzó con la de John



levantado para irse. Saludarle era inevitable porque de hecho ya parecía que lo estaba saludando con la palma extendida en el aire. Era ridículo explicarle que la atención que requería no era la suya, sino la de la camarera. John se acercó con una gran sonrisa, limpia, clara, auténtica, como la de un niño. No era irónica, ni defensiva, ni suficiente, ni sarcástica, ni acomodaticia, ni cortés.

—Hola —dijo John—, no te había visto. Perdona.

Geraldine se sentía tan confusa, entre su culpa por los acontecimientos de la mañana y esta sonrisa que se abría como una ventana al campo, que tardó en contestar.

—Hola.

—Ya me iba. Los sándwiches aquí son ricos. La piscina me da mucha hambre. El médico me dijo que no puedo perder más peso.

La particular lógica entre una frase y otra era consecuencia de los nervios que John sentía en ese momento, unos nervios buenos, parecidos a los de la mañana de Navidad en la infancia. Le gustaba esa chica lista, aunque lo hubiera pillado zampando un sándwich sin recato alguno cuando no se creía observado.

—¿Vas al médico?

—Vengo a natación por la espalda. Tuve un ataque de ciática. Estudio demasiado, parece ser.

Geraldine asintió, sin saber qué más decir. John se reía de su pequeño chiste y, animado porque una chica tan guapa y tan interesante, que nadaba tan bien y era tan discreta en la piscina, tan elegante, hubiera solicitado su atención a él precisamente, se atrevió a preguntar:

—¿Tú te vas o te quedas?

—Yo... Me iba..., pero... me quedo... No lo sé —dijo Geraldine sin exhibir, por una vez, seguridad en sí misma.

—¿No tienes clases hoy?

—Tengo clases —respondió Geraldine—, pero... no me encuentro muy bien.

John posó su bolsa y se sentó junto a ella. La miraba serio, casi preocupado, con una seriedad sin juicio, con un interés tan desprendido que volvió a sorprender a Geraldine.

—El botiquín de la piscina está abierto. Yo no tengo clase hasta las doce. Te acompaño a que te vea la enfermera.

—No, gracias.

—¿Te has sentido mal después de nadar? A lo mejor has tragado agua. El agua de la piscina a veces te revuelve.

Geraldine lo interrumpió:

—No, no es eso. Estoy intentando ordenar mis pensamientos.

—Ah, perdona.

Ahora John no sabía si quedarse o irse. ¿Estorbaba? Pero... por otra parte..., ¿no lo había llamado? ¿Y si necesitaba su ayuda? ¿Qué debía hacer? ¿Irse y dejarla sola? ¿Quedarse y ofrecer su apoyo? Sin poder decidirse, de su boca empezaron a manar palabras con las que no contaba:

—Cuéntame lo que te pasa.

Geraldine lo miró desconcertada.

—Hablar es lo mejor que puedes hacer cuando estás preocupado — insistió John con un desparpajo impropio de él, siempre tan juicioso y prudente, por no decir enfermizamente tímido.

—¿De dónde has sacado eso? —dijo Geraldine.

—No sé, lo acabo de leer ahí, en esa revista. —John señaló el mostrador de la cafetería donde se acumulaba la prensa—. Lo he leído mientras comía, para entretenerme. Parece ser que hablando se encuentran las soluciones porque el cerebro procesa mejor la información.

Geraldine no contestó.

—Es un buen artículo. ¿Quieres verlo? Te lo traigo. —John estaba a punto de levantarse, pero Geraldine lo detuvo.

—No, cuéntamelo tú.

—Viene a decir que todas las situaciones, por más desesperadas que sean, pueden descomponerse en partes más pequeñas. Entonces las organizas sobre la mesa, en un papel si quieres, las analizas y las vuelves a montar de nuevo. ¿Cuáles son los elementos de tu preocupación?

Geraldine dudaba, pero John insistió:

—Así, los hechos desnudos. Lo más esquemático que puedas.

—Mi padre es juez. A veces no está mucho en casa.

—Bien, una pieza.

—Mi hermano es mayor que yo. Está casi siempre en casa.

—Otra pieza.

—Hoy se han peleado.

—Sigue. Ya tenemos tres. ¿Y tu madre?

—No, no tengo madre. Soy yo. Yo podía haberlo evitado. En parte, ha sido mi culpa. En parte.

John miró por la ventana. Algo ocurría fuera que de pronto acaparaba toda su atención.

—Vaya, empieza a llover. Y he venido en bici.

Los ojos celestes de John dejaron la acera mojada y volvieron a ella con la misma transparencia, la misma verdad y la misma franqueza de hacía unos instantes. Eran ojos que tenían tantas ganas de mirar como de escucharla. Eran ojos que decían «Quiero aprenderte», eso sintió Geraldine.

—No sé dónde está mi hermano. Mi padre lo echó de casa esta mañana. No sé si le ha pasado algo. Mi hermano no está bien. Es esquizofrénico. Estoy muy preocupada.

Los dos sobre la bici, llovía y no les importaba. John era un hábil ciclista, y prudente. Ella se aferraba a su cintura mientras escudriñaba cada calle, cada rincón en busca de Thom o de su sombra. Así pasaron el día.

Al atardecer, John la dejó en casa. Se despidieron con cortesía. Eran distintos de los que habían entrado en la piscina esa mañana. Geraldine le fue contando todo: lo de su madre, que había muerto cuando ella era niña; lo de su padre, que era un gran tipo, aunque hoy hubiera estallado; lo de su hermano mayor Thomas, tan complicado.

—No te creas que quiero ser médico para curar a la gente como él. No tiene nada que ver. Sé que su enfermedad realmente no tiene cura. Lo único que pasa es que por él he conocido de cerca el trabajo de muchos médicos y me ha interesado.

Le gustaba hablar con John porque era nuevo, no pertenecía a su entorno, ni a su clase social ni a su ciudad, era una persona que no tenía ningún juicio previo sobre ella ni sobre casi nada. Se lo contó porque le pareció un hombre calmado, un hombre con el que podría empezar una vida desde cero, limpia, y así ser nueva ella también, sin mácula. Se lo contó porque lo necesitaba.

Cuando entró en casa, Thom estaba tumbado en el salón tranquilamente

viendo la televisión y riéndose a mandíbula batiente con uno de los cómicos que tanto le gustaban. Como si nada hubiera pasado. Su padre tecleaba con ligereza en su despacho la argumentación de la sentencia en la que no habría ninguna injerencia, ni un atisbo de la violenta escena de la mañana. De camino a su habitación, Geraldine reparó en la puerta del baño. Su padre había vuelto a colocar el picaporte en su sitio y no se percibían daños en la madera. La empleada había limpiado y recogido el baño como cada día, y Geraldine pensó que ella entonces también podía dejar atrás las huellas del incidente. Sin embargo, no fue así, porque aquel día fue el primero de una larga serie. Unas semanas después Thomas pegó a alguien en la calle; otro día tuvo un brote en el metro; un tercero lo trajo a casa la Policía con una brecha en la cabeza que no recordaba haberse hecho. Tres meses después se produjo su primer ingreso en un hospital psiquiátrico.

La casa quedó en silencio. Geraldine pasaba muchas horas sola y se dedicó con mayor ahínco a sus estudios y a John. Eligió la especialidad de Neurología. Conocería a fondo el cerebro y sus trastornos, porque estaba segura, estaba plenamente convencida de que los problemas de su hermano, aunque incurables, eran de orden exclusivamente orgánico, de su anatomía, y no, como la cocinera dejaba caer de vez en cuando con medias palabras, de su alma. John le enseñó a montar en bicicleta, una habilidad que, por alguna extraña razón, siempre le había parecido inalcanzable. Su madre había muerto cuando los niños suelen recibir su primera bici, así que la familia había estado demasiado ocupada con la adaptación a esa pérdida para atender a la pequeña Geraldine y sus juegos. Luego, cuando todas sus amigas ya sabían montar, ella era demasiado mayor y demasiado orgullosa para confesar su incompetencia. Se saltó una etapa. Al enterarse, John no se rio, ni se asombró ni la compadeció. John se tomó esa carencia con sencillez y con un apoyo incondicional que rayaba la devoción y que, cuando Geraldine lo recordaba por las noches en su cama, la estremecía.

Tenga o no cita con la jueza, esté ocupada o esté disponible la inspectora, a John le es indiferente. No está dispuesto a dejar pasar ni un solo día sin insistir, de modo que al quinto día se vuelve a plantar en el juzgado con Amparo. Geraldine se ha disculpado: no puede acompañarlo, no se siente bien. John no ha replicado, sabe que no miente. Advierte cómo a Geraldine se le escapa la vitalidad y la fuerza para sostenerse, y entonces no es tiempo de convencerla, sino de que repose cerrándose en sí misma. Sabe que ella duerme, se recompone y, al cabo, tira para adelante de nuevo.

Una vez en el juzgado, mientras esperan de pie que el funcionario tenga un minuto para atenderlos, John comprueba cómo su expediente queda cada vez más abajo en una pila de papeles. Nuevos dossiers, nuevos asuntos que, aunque no se refieran a asesinatos, contienen hechos más ardientes: un alcalde detenido, un constructor interrogado, un miembro de la Diputación imputado, una red de inmigración ilegal desarticulada, el desembarco de una patera en una playa, un notable alijo de cocaína en un yate de recreo, la detención de unos simpatizantes yihadistas... El juzgado está bajo presión y se percibe. No hay suficientes empleados ni suficiente espacio. Su asunto no es ya ese que el funcionario recuerda mejor. Hay otros más frescos que se superponen. Algunos porque afectan más a la opinión pública, otros porque implican a gente que está viva, que entra y sale de la cárcel, que necesita ser detenida o ser puesta en libertad. El juzgado hace lo que puede por dar soluciones inmediatas para los vivos. Pero las de los muertos llevan otra pauta. Ellos esperarán, tienen todo el tiempo del mundo.

—No hay novedades, caballero. La única novedad es que ya pueden hacerse cargo del cuerpo. El forense ha terminado y la juez ha dado permiso para el entierro —afirma el funcionario del juzgado.

Amparo traduce, pero John quiere saber más. ¿Añade algo nuevo el informe del forense? ¿Hay pistas sobre el paradero de su nieto? Amparo insiste a instancias de John.

—Ya le digo que no hay novedades. Hay pocas vueltas que darle. Es un caso de violencia de género, la alerta está lanzada, todos estamos pendientes.

Ya es cuestión de que el sospechoso haga alguna tontería que lo delate.

—¿Qué quiere decir con «tontería»? —quiere saber John.

—No lo sé..., por ejemplo..., usar la tarjeta de crédito.

El funcionario parece que se arrepiente de haber estado tan charlatán, pero es difícil escaquearse de la mirada feroz de este abuelo que quiere respuestas y las merece. Una vez que ha hablado de más, el agente del juzgado necesita que John y Amparo se larguen de una vez para seguir ocupándose de otros asuntos, pero ellos no se mueven, así que hace una sugerencia:

—Quizá sería interesante que ustedes, como abuelos, ejercieran sus derechos sobre el niño y denuncien la desaparición. Eso activaría el procedimiento de búsqueda de menores de la Interpol.

John escucha la traducción.

—Dile que me parece bien. Que la ponga.

El funcionario redacta los documentos y John firma.

—Y ahora, si me disculpan... Estamos haciendo un registro en la Diputación. Que tengan mucha suerte —dice y entrega a John su copia.

—¿Qué es Diputación? —pregunta John a Amparo según salen del juzgado.

Amparo intenta explicarle el sistema político administrativo español, John escucha sin prestar demasiada atención. Este país no logra interesarle. Cuanto más lo conoce, más manía le coge.

Cuando John vuelve al hotel, obliga a Geraldine a interrumpir su siesta a deshoras. Está bien que descanse, pero no en exceso, caería en la apatía. Ella remolonea, pero lo agradece, compartir este peso con John sigue siendo un alivio. ¿O es porque está John y se hace cargo por lo que ella se permite hundirse de este modo en el sueño y en el desánimo? No lo sabe. Ni cuando murió su padre, ni cuando ingresaron definitivamente en el psiquiátrico a su hermano, ni en ninguna otra circunstancia dura de su vida se había abandonado así a las emociones. Claro, quizá ninguna situación de las que ha vivido se parece a esta. Es como si su raciocinio se hubiera apagado, solo se siente capaz de obedecer los impulsos del cuerpo, mientras su mente, su inteligencia, tan entrenada en reconocer los mecanismos del comportamiento, no quiere ayudarla.

—¿Has cogido el bolso? Nos vamos a pasear al perro —ordena John—. Estará desesperado.

Y toman el coche alquilado y vuelven a la casa de su hija, a la que ya se van acostumbrando. Geraldine espera en el coche. Tras la cancela, *Zeus* agita el rabo como siempre, inagotable el entusiasmo de un perro leal. Pero algo nuevo los sorprende: ya no cuelgan cintas en las verjas con la advertencia «Policía Policía Policía». Los investigadores han levantado el precinto y la casa vuelve a ser anónima, una vivienda más en la costa. John y Geraldine no saben si se alegran o les preocupa. ¿Será bueno o será malo?

—¿En el juzgado no te avisaron?

—En el juzgado, Geraldine, yo creo que no se enteran de nada.

Caminan con *Zeus* por el paseo marítimo. Está bien ser desconocidos, no ser nadie por un rato, no ser los padres de una inglesa asesinada, ser cualquier turista que pasea junto al mar y recibe el sol generoso del final del invierno. Los ojos de Geraldine se posan en el perro *Zeus*, que todo lo ha visto y todo lo sabe, y nada puede transmitir. Una pregunta inesperada de John la saca de su ensimismamiento:

—¿Qué quieres hacer con el cuerpo?

Geraldine lo mira asombrada. ¿Por qué la hiere así? John reformula su pregunta:

—Tenemos que decidir qué queremos hacer. La jueza ya ha dado permiso para enterrarla... ¿Qué prefieres?

Geraldine sigue sin decidirse.

—Está la iglesia blanca con las tejas azules, la de la plaza. Amparo me ha dicho que puede hablar con el párroco —sugiere John.

—No. Ni hablar. Un funeral religioso, no.

—Geraldine... —susurra John—. Dice Amparo que vendría todo el pueblo. Incluso el alcalde. Sería una bonita ceremonia y la iglesia es preciosa.

—No. Me niego. Ni es nuestra iglesia ni era su fe. Somos agnósticos.

—Pero son su alcalde y su pueblo. ¿O quieres repatriarla? Habíamos dicho que no tenía sentido llevarla a Inglaterra. A ella no le gustaba.

Geraldine vuelve a negar. Desde luego que no, tampoco quiere repatriarla. En realidad, no quiere ni repatriarla, ni enterrarla ni incinerarla, no quiere desprenderse de su cuerpo porque, si bien ese cuerpo que yace en un depósito refrigerado no es estrictamente su hija, sí es lo que queda de ella. Geraldine intuye que, una vez que no existan ni siquiera los restos físicos, todo

autoengaño será imposible. Por eso no quiere escuchar las palabras de un sacerdote católico ni de un ministro protestante certificando el fin de su Kim. Entonces vendrá el vacío, un vacío más aterrador que el de ahora, sin nada que velar. Y Geraldine odia el vacío, lo teme tanto como a John parece que lo atrae, pues vacía es la vida de viudo que lleva en Londres, sin amigos, sin parientes, sin planes, ni objetivos ni ambiciones.

—Si no quieres iglesia, podemos celebrar la ceremonia en un lugar civil. El de la funeraria nos habló del tanatorio, ¿te acuerdas? Tiene una sala para ritos laicos, bastante grande, dice Amparo. Cabría casi todo el mundo.

Pero Geraldine se mantiene firme:

—No quiero que venga nadie. No quiero periodistas, ni fotos ni curiosos.

—¿Qué dices, Geraldine! ¿Cómo te has obcecado de esa manera? Kim llevaba una vida muy social, participaba en esta comunidad activamente: la escuela, los bares, el barrio... Reducirla a cenizas sin decir nada a nadie... No se lo merece.

John no termina la frase, pero le gustaría añadir que es mezquino, que es una decisión autoritaria, propia de esa Geraldine que se cree mejor que los demás, la que es incapaz de apreciar las cualidades de lo común, lo vulgar, lo convencional, lo pequeño.

—No celebrar ningún funeral iría en contra de quién era y de cómo vivió nuestra hija. Geraldine, ¿no lo entiendes? Le negamos la posibilidad de despedirse. A ella y a sus amigos. Y tenía muchos.

Geraldine no da su brazo a torcer.

—Pero ¿qué quieres, entonces?

—No lo sé —responde ella.

—¿Es que te avergüenzas? ¿Quieres esconderlo?

—¡Estás loco! ¡Cómo me voy a avergonzar!

—¿Entonces?

Geraldine se encoge de hombros, quiere alejar de sí las preguntas.

—Te da vergüenza que la haya matado su marido. Un ruso. Te parece una cosa sórdida, vulgar. Eso es lo que pasa.

—¿Qué dices! ¿Te has vuelto majareta? —Geraldine no quiere caer en las provocaciones de John.

—Sí, te avergüenzas. Tú lo que quieres es cambiarla, disfrazar las cosas.



Como siempre. Pero las cosas han sucedido como han sucedido.

—Nunca quise cambiarla.

—Claro que sí. Como a mí. Como a tu hermano... Ella era como era.

—¡Tú querías cambiarla!

—No. Yo solo quería que ordenara su habitación y no fumara porros. Son cosas distintas. Tenía quince años, dieciséis, veinte años, era su padre, me cabreaba con ella. Era mi obligación. Vivía conmigo.

—Hace muchos años que no vivías con ella. Décadas.

—Tú tampoco.

Geraldine calla. Querría discutir, pero no tiene energía. John respira hondo y, dominando su hartazgo, habla despacio:

—Iglesia, tanatorio... ¿Qué más da un funeral que otro, Geraldine? Lo importante es hacer algo bonito y despedirla en paz.

—Ya está muerta, John. Los muertos no se despiden. Se despiden los vivos.

—Bueno, pues eso. Los vivos, con tu acto íntimo, no van a poder despedirse. Das un portazo en las narices a sus compañeras de trabajo, a los padres de sus alumnos, a sus vecinos, a sus amigos...

—Tú lo que quieres es ver quién acude para sacarles información.

—¿Y te parece mal? ¿A qué hemos venido?

—Me duele la cabeza otra vez. Creo que es alergia. Se me congestionan la nariz y los oídos.

Pero John no se compadece de ella, no va a dejarla volverse a la cama y la sigue mirando fijamente esperando una respuesta. Geraldine contesta:

—No es apropiado que el dolorido padre, en lugar de recibir las condolencias, se dedique a perseguir a la gente para darles su número de teléfono, John. Nos estamos obsesionando. Sobre todo, tú.

—Claro que me estoy obsesionando. Es mi obligación.

Los dos callan. Geraldine mira al suelo fatigada. Busca palabras honestas para convencer a John:

—Cada vez que alguien me dice algo..., que me dan el pésame, que me preguntan, John, se reabre la herida. No puedo con ello. Imaginar ese funeral y toda esa gente... No podré.

—Lo sé, lo sé —dice John y le pasa un brazo por los hombros.

—Sé que deberíamos incinerarla. Lo sé. Sé que los cuerpos no pueden quedarse indefinidamente en un depósito, pero me cuesta.

—Lo entiendo —dice John.

—A veces se me olvida por qué estamos aquí. Me distraigo y me pongo a pensar en otra cosa. Entonces lo recuerdo, «Kim ha muerto», pero aun así me parece que estoy en un sueño, y las palabras que componen esa frase carecen de significado. Otras veces, aunque no quiera, me imagino la escena. Se mete en mi cabeza con todos los detalles. Un hombre la apunta con una pistola, dispara. La bala entra en su cuerpo, luego otra y otra. El cuerpo de Kim cede, cae al suelo. Unos minutos más tarde se rompe por dentro, el corazón cesa de latir, no llega más sangre al cerebro. Y se muere. Se muere con los ojos abiertos.

John calla.

—¿Cómo puede alguien haber matado a Kim, John? ¿Cómo es posible, John? ¿Quién es capaz de hacernos tanto daño?

—No tenía los ojos abiertos. Yo la vi, Geraldine. Estaba bien. Estaba en calma. La forense dijo que fue muy rápido. No deberías imaginar esas cosas.

—Ojalá —concluye Geraldine—. Estoy acostumbrada a ver la muerte de cerca, John, soy médico, es mi trabajo. Y aun así, no puedo evitar esos pensamientos. Nada de lo que sé me está sirviendo.

—Es pronto. Deja que pase el tiempo.

—¿Por qué no me cogías el teléfono?

—Estaba en el laboratorio.

—¿Han llegado las muestras?

—Estaba repasando lo de ayer... ¿Qué te pasa?

—Estoy cansada.

—¿Quieres que nos veamos?

—No lo sé. Quiero dejar el hospital.

—Te invito a comer en el indio. Hoy es jueves, harán el curri que te gusta.

—Todos los días hacen los mismos curris, Patrick.

—No, los jueves hacen el que te gusta.

—No sé cuál me gusta. Lo he estado pensando. Tengo la carta ya redactada.

—¿La has escrito?

—No la he escrito, pero la tengo pensada. La pensé anoche en la cama.

—¿No has dormido bien?

—Kim se ha pasado la noche tosiendo. Se coge todos los catarros. Yo no sé qué le pasa a esta niña.

—Le gusta mucho jugar en el parque.

—Las maestras no se preocupan de que se pongan el abrigo. No se preocupan de nada. Va desabrigada.

—Será que no pasa frío.

—Pasa frío y no se da cuenta. Quiero dejar este trabajo. Ya no significa nada para mí. No creo en lo que hago. No me lo creo, Patrick. No lo soporto. Y la gente... está adocenada.

—¿Qué dice John?

—¿John? No se lo he dicho. Lo que hacemos en los hospitales con los pacientes terminales, mandarlos sin más a morir a un hospicio va contra..., contra todo. No soluciona nada.

—¿Y el sueldo? ¿Cómo te vas a arreglar? ¿No se lo vas a decir?

—Te lo digo a ti. A ti te importa. A ti te va a afectar más. Si me voy, dejaríamos de trabajar juntos... Patrick, ¿me estás oyendo?

—Perdona, ha entrado alguien. Te tengo que dejar, Geraldine. Luego hablamos. Te veo en el indio a las doce y media. No, mejor a la una. Hay mucho lío hoy. A la una, ¿vale? Compraré cerveza, que siempre te anima.

«Los pensamientos no son los sentimientos», se repetía Geraldine cuando su corazón se lanzaba al galope y le faltaba aire para llenar el pecho. Ansiedad. Últimamente le daba por pensar en la muerte o, más concretamente, en que la vida se acabaría. Eso le daba mucho miedo. Y todavía más miedo le daba sentir miedo. Si ella trataba cada día con los desahuciados, si los acompañaba cuando sus vidas terminaban, ¿cómo podía tener miedo? ¿Acaso mentía a los pacientes cuando los animaba a estar tranquilos y no temer? En cada jornada laboral cogía de la mano, literal y figuradamente, a unos y a otros, y les susurraba: «Avanza, avanza tranquilo, está bien morir, no es un abismo, muere en paz». Hasta que habían empezado estos ataques de angustia, nunca se había planteado si hacía bien o mal en luchar por la eutanasia, por el derecho a una muerte digna. Estaba convencida de que hay unas condiciones mínimas para que la vida sea vivible, y que los avances de la medicina y la tecnología no pueden servir para prolongar el sufrimiento a las personas cuando no hay curación posible. Pero de unas semanas para acá, sin previo aviso, de golpe, por las noches un relámpago iluminaba ese horrible precipicio negro, la muerte, y Geraldine tomaba conciencia de que ella, como sus pacientes, un día caería por él. Y después, ¿qué? La nada, el vacío. Le volvían a la mente las palabras de Epicuro que había estudiado en el colegio, afirmando que la muerte no es real y que es inútil preocuparse por ella, porque mientras nosotros estamos la muerte no está, y cuando la muerte esté, no estaremos nosotros. «Cuando llegue la muerte, no sentiré miedo», se repetía Geraldine para tranquilizarse en las noches insomnes, sin que sirviera de mucho. Porque lo que le producía pánico no era morir cuando apenas había rebasado los treinta años, sino que se acabara el vivir. Pero ¿por qué ese aferrarse a vivir? ¿Acaso su vida en esta etapa era tan maravillosa? No, no lo era en absoluto. No le gustaba su día a día. Cuanto menos le gustaba, más miedo le daba la muerte. Se sentía cansada. Todos los días madrugaba para cumplir con sus obligaciones, arrastrándose de una actividad a otra hasta que otra vez llegaba la noche, y con ella, la hora de acostarse. A cualquier hora del

día fantaseaba con echarse en la cama y dormir un rato, aunque nunca se lo permitiera.

Geraldine sintió ganas de telefonar a Patrick otra vez, pero temió que estuviera ocupado y resultar pesada. Tenía ganas de volver a oír su voz estimulante, porque esos ratitos se habían convertido en su único aliciente. Patrick era alguien que escuchaba y comprendía, que devolvía confianza por confianza. A veces pensaba si no sería un firme candidato a convertirse en su segundo marido, porque Geraldine, aparte de con una siesta en mitad de la tarde, había empezado a fantasear con otra casa, otro hombre y otro trabajo. Un futuro nuevo, sin lastres, limpio. Cuando lograba conciliar el sueño, soñaba con una herencia inesperada, una propiedad familiar que no había aparecido en el testamento de su padre. Según el sueño, la vivienda era para ella y la recorría con entusiasmo descubriendo habitaciones vacías, luminosas, llenas de posibilidades, esperando a ser habitadas. Entraba y salía de pasillos y recovecos con una dicha que en la vida real no sentía. Se mudaría a una casa así. Sí, sin duda se mudaría y colocaría objetos nuevos en rincones nuevos. Y mientras imaginaba esos lugares, no soportaba que John la tocara. Podía dormir a su lado, pero hacía mucho tiempo que nada físico la atraía de él. Solo veía sus piernas flacas, su nariz picuda, su pelo rubio demasiado fino, nunca bien peinado del todo, y su tripa, que empezaba a ser notoria bajo un tórax en el que paradójicamente se marcaban las costillas. Flaco y con barriga, ¿cómo era posible?, ¿no podía hacer un poco de ejercicio?, ¿cómo podía haberlo deseado alguna vez? «Eres cruel —se decía Geraldine arrepentida casi al mismo tiempo que formulaba estos pensamientos—. Eres dura y cruel con las debilidades ajenas. John es bueno, John es inteligente, John te quiere tanto». Se lo repetía, pero no lograba creerlo. Los pensamientos no son los sentimientos.

Patrick y ella habían almorzado juntos. Habían conversado una vez más sobre las posibilidades de pasarse a la práctica privada mientras terminaba su formación como terapeuta. Después tenía consulta y se había encerrado con sus pacientes. En un momento dado, echó a faltar una placa. Llamó a la enfermera, pero no la encontró. Tampoco en el control sabían dónde podía estar el resultado de la prueba del paciente. Le pidió que esperara. Subiría ella misma a Radiología. El sobre estaría allí, trasapelado. Llamó al

ascensor, otro día hubiera subido por la escalera, pero hoy el cansancio podía con ella. Era infrecuente que el trayecto resultara relajante, porque el ascensor solía ir atestado, pero tuvo la fortuna de que estuviera vacío. Sonrió. Durante los segundos que durara el trayecto no tendría que atender a nadie. Cerró los ojos e inspiró profundamente, estaba agotada. La noche anterior habían celebrado el cumpleaños de John. Fueron al teatro a ver a su prima Daphne y luego tomaron unas copas a las que Geraldine esta vez se entregó sin resistencia. Sentaba bien bajar la guardia, abandonarse. El ascensor se detuvo. Vaya por Dios, alguien lo había llamado. Fin de la pausa. Pero Geraldine abrió los ojos y se encontró delante a Patrick.

—Qué casualidad más agradable —dijo él.

Geraldine, demasiado fatigada incluso para contestar, sonrió en silencio. Patrick también sonrió y, por algún sortilegio, se acercó y la besó.

—No sé qué hiciste anoche, pero hoy estás preciosa. Me he tenido que contener para no besarte en el restaurante delante de todos. Te espero luego en la parte trasera, donde las cocinas —susurró antes de bajarse.

Aturdida y maravillada, Geraldine se sentía exactamente como en el sueño, atravesando habitaciones desconocidas. Todos estos meses de atrás había percibido un flirteo callado entre ellos, pero no estaba segura de que fuese real o su imaginación. Jamás se habían rozado siquiera. Con energía renovada, Geraldine encontró la placa, terminó de atender a sus pacientes y esperó ansiosa el final de la jornada.

Cinco minutos antes de la hora (porque no quería llegar tarde a su primera cita romántica en años) recogió sus cosas, colgó su bata en la taquilla, se echó un vistazo en el espejo y bajó a la puerta trasera de la cafetería. Patrick no estaba. Automáticamente Geraldine pensó que lo había entendido mal y él no le había propuesto realmente ninguna cita. La decepción no le sentó tan mal como hubiera previsto. Sonrió enternecida con el espectáculo de sí misma, una doctora ilusionada como una colegiala, que había estado mirando el reloj cada pocos minutos y que, ante la perspectiva de haber encontrado, como en el sueño, una nueva casa, ya no sentía el cansancio. Ya se marchaba cuando vio a Patrick salir apresurado del hospital.

—Perdona, un parto que se presentaba de nalgas. ¿Te ibas? —le preguntó sin ocultar su decepción.

—Pensé que no te había entendido bien.

—No me he retrasado tanto —se justificó él.

—No, claro que no. Soy yo. Es mi impaciencia —se disculpó ella.

—Pero ¿no pensabas esperarme? —preguntó Patrick, seductor, y sin aguardar respuesta añadió—: ¿Vamos a algún sitio? Tengo la moto allí atrás, voy a buscarla.

Geraldine, nerviosa, sentía cómo sus pies seguían a Patrick donde la guiara. Atravesaron juntos la verja del hospital. Algunos compañeros llegaban para comenzar su turno, otros salían. Simultáneamente empezaba el flujo de personas que tras sus jornadas laborales visitaban a sus parientes ingresados. Todos iban o venían menos Geraldine, que, sonriente, esperaba. Qué poco sospechaban lo que le ocurría por dentro. Todo le pareció nuevo, distinto, vibrante.

Antes de cenar, Geraldine se ha sentado en la terraza. Algo ha cambiado y hoy no siente necesidad de descansar, así que lee en su *tablet* estudios de psicología sobre maltrato. Ha recordado que recuperarse también es cuestión de voluntad y que puede oponer resistencia al impulso de abandonarse a la pena. Quiere ponerse en marcha y recurre a sus clásicos, esos estímulos que nunca le han fallado: el deseo de comprender, aunque sea la mente del asesino de su hija. Ella es mejor observando que actuando, como está haciendo John. Mientras lee artículos en Internet se engaña a sí misma un poco, pues parece que hace algo, pero no mueve un dedo. «En cualquier caso, es un primer paso», se dice cuando llega John de la calle, sudoroso, acalorado.

—¿Dónde has estado? Siéntate —le pide Geraldine.

—Traigo una cosa maravillosa. —John pone sobre la mesa un teléfono móvil nuevo, muy sencillo.

—¿De quién es?

—Mío. Quiero cerciorarme de que, si alguien quiere contarnos algo, pueda localizarnos.

John está orgulloso de su iniciativa y de su astucia. También saca del bolsillo un taco de tarjetas de visita con su nombre, el nuevo número de móvil local y una foto con la carita sonriente del niño. Geraldine está admirada. John llama al camarero:

—Dos zumos, por favor.

—¿Hoy no *whisky*? —dice el camarero con su inglés macarrónico.

—No —contesta John—. Hoy ni cerveza ni *whisky*. Hoy la cabeza despejada.

Cuando el camarero se ha ido, pregunta a Geraldine:

—¿Qué tal tú? ¿Qué has hecho?

—Pensar. Intento conocer la mentalidad de un hombre como Kostya —dice Geraldine—, a lo mejor así puedo deducir cuáles son los pasos que ha dado. Sabemos tan poco...

—Sabemos que la ha matado, Geraldine —puntualiza John y luego añade



—: Me parece bien. No sé si es muy útil, pero me parece bien.

Geraldine no se ofende ante su desconfianza, como hubiera ocurrido décadas antes. Calla, pensativa. Sigue dando vueltas a ese yerno que nunca ha conocido. ¿Qué clase de persona eligió Kim? ¿Qué clase de vínculo los unía?

Luego pregunta a John:

—¿Tú qué quieres?

—¿Yo? —John vacila—. ¿Qué quiero de qué?

—De todo esto, ¿cuál te gustaría que fuera el resultado?

—Primero que la inspectora y la jueza trabajasen. Y después, quiero al niño. Sobre todo, al niño.

—¿No quieres ver la cara de Kostya? ¿No te gustaría tenerle frente a ti?

John niega.

—No me interesa lo más mínimo. Que encierren a ese tipo no nos va a devolver a Kim. Y por otra parte, el juicio será una experiencia muy desagradable. Ver la cara de ese sujeto día tras día... Escuchar cómo lo hizo, los detalles..., sería volver a pasar por ello. No quiero eso. Al niño, sí. ¿Y tú?

—Yo sí quiero conocerlo. Quiero mirarlo y que me mire y que me pida perdón. Quiero que se explique, que reconozca que se equivocó y que le pesará toda la vida. Que me cuente que Kim era buena, que era alegre, que no se lo merecía ni lo buscó, que no había nada violento en ella ni en su vida. Que la violencia era suya, solo suya, de él. Y que fue solo esa vez. Que no la pegaba, ni la maltrataba, que estaba contenta, que él se equivocó, que ese día fue la excepción y... Eso es lo que quiero. Saber que mi hija tuvo una buena vida. Es lo que más necesito.

John escucha a Geraldine con cierta sorpresa. No se imaginaba que hubiera meditado tanto y tuviera un objetivo claro. Es bueno poder hablar por fin abiertamente y debatir un hipotético futuro.

—Y el niño, ¿cómo crees que estará? —continúa ella—. ¿Tú crees que está vivo?

A John esta pregunta se le atraviesa como un cuchillo y lo deja confundido.

—¿Tú no?

—Contéstame con sinceridad, John. ¿No crees que ese tipo le puede haber hecho daño? ¿No se te ha pasado por la cabeza?

Para John la sola idea es angustiosa.

—No. No. Estoy absolutamente convencido de que el niño está bien. Si no estuviera convencido, no podría vivir. Yo no tengo nada, Geraldine, nada más que una perra vieja en casa, un gato obeso y ese crío.

John está aferrado a esa idea, la necesita para tirar hacia delante. Geraldine lo percibe:

—Yo también intuyo que el niño está bien, John. Ese tipo es un asesino, pero también es un padre. Un hijo es una cosa distinta de una esposa. Es parte de él. Él puede haber matado a Kim y al mismo tiempo querer a su hijo. No es incompatible. Si no le importara el niño, se hubiera largado sin él.

—¿Y si el niño es el testigo? Quizá se lo ha llevado por eso —sugiere John, temeroso.

—No creo que sea el caso. Este hombre actuó por impulso y se fugó por impulso. Es más complicado viajar y esconderse con un niño que solo. Eso únicamente lo ha hecho porque lo quiere.

—Es cierto. Es difícil ocultarse con un niño de esa edad.

—Hay que conocerlo mejor y a lo mejor tirando del hilo salen los siguientes pasos que haya dado. Hay que saber más. ¿Vamos al bar donde dicen que tocaba la guitarra? —propone Geraldine.

Qué bueno es hacer algo frente a no tener nada que hacer. Qué diferencia tener un cometido y dejar de sentirse impotente. «Un ser humano se define en función de lo que hace», recuerda Geraldine. Es algo que se dice a los pacientes cuando se les prescribe terapia ocupacional. Pero no se trata de que hagan cualquier cosa, hacer por hacer, sino de que hagan cosas que signifiquen algo para ellos, que los nutran. Tras cenar, han esperado viendo bailar a los jubilados españoles. Después se encaminan al bar de copas que les indicó la inglesa del mercadillo. Geraldine repasa mentalmente las preguntas que quiere hacer, las que más le interesan.

—¿Nos presentamos? —pregunta a John—. ¿Quiénes decimos que somos?

John va a contestar cuando estallan una serie de explosiones ensordecedoras. Geraldine se lleva la mano al pecho sobresaltada:

—¿Qué es eso?!

—No lo sé.

—¿Un atentado?!

—No lo sé.

—¿Una explosión de gas?!

Miran a su alrededor, pero todo parece normal: ningún viandante, ni camarero ni vendedor ambulante se altera. Nadie ha modificado un ápice su actitud, si acaso ríen y aplauden. John y Geraldine se miran sin comprender, pero antes de que puedan decirse nada, resuena en la noche otra tanda de explosiones atronadoras. Geraldine se tapa los oídos. Ninguno de los dos acierta a ver el origen del estruendo, pero John detecta en el cielo humo de pólvora.

—Ven. —Tira de Geraldine y se encaminan a una calle paralela.

El olor a quemado los va guiando y pronto van a parar a una placita repleta de gente, incluidos muchos niños que corretean de un lado a otro, festivos a pesar de que estamos cerca de la medianoche. Hay un monumento de piedra y a sus pies cartuchos vacíos penden de una estructura metálica fea, pero sin duda estudiada. Todos los asistentes parecen muy ufanos y se agolpan ante un par de improvisados kioscos donde despachan cerveza y una especie de hojaldre con verdura. John detecta a una rubicunda pareja de su edad con su mismo aspecto de extranjeros y pregunta.

—¿Qué te han dicho? —quiere saber Geraldine.

—Es una fiesta —contesta John.

—¿¡Una fiesta!? ¿Cómo una fiesta? ¡Ha explotado una bomba!

—No. Por lo visto, es su manera de celebrar sus fiestas. Petardos, cohetes, pero muy fuertes...

John calla porque un silbido muy agudo y muy cercano precede a una nueva detonación. Miran al cielo. Fuegos de colores: flores y palmeras, estrellas y cometas, galaxias enteras ruidosas, pero hermosas. Los miran y continúan su camino hacia el bar.

Es un lugar oscuro, y por el momento hay un único cliente en la barra con una Guinness mediada delante. Tras la barra, trabaja una gordita de mediana edad y un pelo que fue pelirrojo y ahora simplemente ha recibido demasiado sol. De la cocina sale otra mujer, más joven y delgada. Lleva el pelo recogido en un moño con forma de piña y va demasiado maquillada. Es tan rara que es fea y es guapa, según el ángulo y el momento en que se la observe. Los saluda en inglés en cuanto los ve entrar.

—Bienvenidos, ¿qué les apetece tomar?

Piden dos claras. Precisamente la noche en que no quieren alcohol, van a

un bar, pero así es todo en estos días, descabalado. Se sientan en la barra y preguntan por los cañonazos y los fuegos de artificio.

—Costumbres locales. Pirotecnia. Son expertos y no ha hecho más que empezar. Esto dura varios días. Hay tracas, bengalas, cohetes. Es una cadena de explosiones, ya verán —les explica la rubia graciosa—. Les gusta el ruido. Si no es fuerte, no aplauden.

—Les gusta —repite Geraldine asombrada.

—A mí me encanta —apunta el gordo de la Guinness—, poco a poco te acostumbras. Tiene su encanto.

—Te gusta porque no te han quemado las sábanas, como me pasó a mí un año que las dejé tendidas. Vivo en un primero —explica la camarera gruesa que parece la dueña porque está de brazos cruzados mientras la flaca enjuaga y coloca vasos—, y nadie me las pagó.

John repara en el pequeño escenario que hay al fondo.

—¿Hoy habrá actuación en directo?

—No, con las fiestas no. Los chicos que vienen a tocar están contratados en una peña.

—¿Qué es «peña»?

—Un club. Se disfrazan. A veces de moros, a veces de cristianos. Montan la de Dios —continúa la pelirroja desteñida—. Todo en nombre de Cristo. El Cristo de..., ¿cómo se llama? No me acuerdo. Tienen tantos. Cristos y vírgenes. Y luego están los santos. Cuando no es una fiesta es otra. —Se ríe, le divierte su propia descripción de las tradiciones locales.

—Pero ¿son muy religiosos? —indaga Geraldine realmente interesada. Es un aspecto de este lugar que jamás había considerado, la espiritualidad.

—¡Qué va! —responde la señora—, todo lo contrario. Son paganos.

—¿Es la primera vez que vienen por aquí? —se interesa la flaca.

John asiente. Y aprovecha para reconducir la conversación:

—¿Y qué tipo de actuaciones ofrecen? ¿Artistas locales?

—De todo. La gente va y viene. Hacen temporada por toda la costa. Desde Cataluña hasta Marbella, todo el Mediterráneo.

—No cobramos, ¿eh? No se piense. La actuación es gratis con la consumición —aclara la flaquita.

—¿Y cómo ganan dinero los músicos?

—Eso lo arregla el jefe. Van a caché cerrado. Es más sencillo para todos.

—¿Quién es el jefe?

—Yo —dice el gordo.

Es delicado decidir si fiarse o no. No saben ya quién es chismoso y quién no, nadie les garantiza que todo lo que hablen ahora no estará mañana en alguna portada. John mira dudoso a Geraldine. Ella sonríe y arranca:

—Unos amigos nos han dicho que si necesitábamos cualquier cosa preguntásemos por Hugh Kendall. Que él conoce muy bien la zona y las inmobiliarias, y sabe cuáles son los mejores sitios. Estamos buscando casa para comprar y... ¿Ustedes conocen a *mister* Kendall?

—Que si lo conocemos. Demasiado. No es la persona que necesitan. Les va a liar. Háganme caso. Es un pájaro de cuidado. Buscan una casa, ¿grande o pequeña?, ¿en el mar o en la montaña? Todo depende.

—Buscamos amigos. Sobre todo, buscamos alguien en quien confiar.

Geraldine tenía la impresión de que Patrick también la necesitaba, aunque por razones distintas a las suyas. Y que no era la primera vez que Patrick tenía un *affaire* pronto le resultó igualmente claro. Eso se nota en la soltura con la que se miente a la pareja, en la seguridad con la que se afronta cada cita. Para Geraldine en cambio era la primera vez. Tentaciones había tenido, sobre todo en el último año, quizá más, desde que sus nuevas ideas sobre la medicina, su trabajo, el nuevo servicio de atención a los pacientes desahuciados, sus lecturas e intereses estaban siendo o bien cuestionados por John o sencillamente ignorados.

Se habían metido en un *pub* anodino para tomar una cerveza, pero apenas tocaron las pintas. Las burbujas perdían fuerza mientras ellos se besaban. La hora hacía que el local estuviese muy frecuentado, pero no les preocupó que los vieran, ya que el barrio era ajeno para ambos. Geraldine lo besaba y ya quería separarse de John, pues en ese instante comprendía lo que había evitado ver en los últimos dos años: que ya no quería a su marido y que, sin quererlo, no iba a poder seguir viviendo con él. Su corazón latía tan rápido como sus pensamientos, y también tomaba conciencia de cuánto hacía que no se sentía así. Como en el sueño, recibía un premio inesperado. Patrick no parecía tener prisa por regresar a casa. Su mujer estaba habituada a que sus horarios se alargaran dependiendo de las complicaciones en los partos, de modo que disponía de bastante libertad de movimientos. Pero Geraldine quería más. Enseguida quiso saber cuál era de verdad la salud de ese matrimonio.

—Fíjate cómo es John. Cree que tu mujer tiene un problema con la bebida —dijo Geraldine en una pausa entre beso y beso.

—Qué idea más rara. ¿De dónde la ha sacado? —Se rio Patrick, que no solía molestarse por nada.

—De la fiesta en vuestra casa.

—Es al contrario. No bebe casi nunca. Por eso, si prueba una gota se la agarra.

Geraldine calló. Realmente que bebiera o no bebiera aquella mujer, que

por otra parte le resultaba simpática, solo era importante como indicio de las dificultades en ese matrimonio. Geraldine fantaseaba con que Patrick y ella se separaran, y ellos dos se mudaran juntos.

—No quiero irme a casa —afirmó.

—Pues no vayas —sugirió Patrick—, haz como yo, llama y di que ha surgido una urgencia. Alguna cosa buena tiene que tener nuestro trabajo.

—En cuidados paliativos no suele haber urgencias. Cuando un paciente llega a nuestro servicio es que ya no habrá grandes cambios.

—Desde luego. Si empeora, casi mejor, le dejáis que la palme tranquilo —bromeó Patrick.

—Más o menos —repuso Geraldine—. En cualquier caso, yo no suelo hacer noches, nunca me ha gustado hacer noches y John lo sabe. Le resultaría raro.

Volvieron a besarse y pasó al menos otra media hora. Seguían sin tocar las cervezas. Era un adulterio que no necesitaba del acicate del alcohol para materializarse. El coraje para dar este paso lo llevaba dentro cada uno. La camarera, quizá espoleada por el jefe para que dejaran libre la mesa o consumieran más, se acercó para preguntar si deseaban algo de comer.

—¿Qué hora es? —preguntó Geraldine alarmada. Era tarde. Había anochecido. Seguramente fuera la hora de cenar—. Me tengo que ir. No quiero, pero me tengo que ir.

—Pues vámonos —dijo Patrick—, te llevo.

—¿Me llevas?

—En la moto, así me abrazas un poco más.

«Si la relación amorosa con John empezó sobre una bicicleta, la relación con Patrick ha arrancado sobre una moto», pensaba Geraldine mientras cruzaba la ciudad que tan bien conocía agarrada a Patrick, como quien atraviesa el decorado de una película sabiéndose protagonista.

Le pidió que la dejara en una discreta callecita. Se bajó de la moto y volvieron a besarse alargando la despedida como dos adolescentes. Entonces oyó su vocecita:

—Mamá...

Desconcertada, Geraldine separó sus labios de los de Patrick. Tardó unos instantes en reconocer a su hija. Allí estaba Kim, observándolos a pocos

metros. Soltó a Patrick. Los había visto, claro que los había visto. ¿Cuánto tiempo llevaría allí? ¿Cuánto tiempo llevaban «despidiéndose» Patrick y ella?

—¿Qué haces aquí, mi vida? —preguntó Geraldine.

—He ido a comprar pan. No quedaba.

—¿Por este camino?

—Papá dice que es más corto.

—Nos vemos mañana —dijo Patrick y arrancó la moto.

Geraldine se acercó a Kim y le cogió la bolsa del supermercado.

—Es muy tarde —dijo la niña.

—¿Papá no te ha hecho la cena?

Kim negó.

—La estaba preparando, pero creo que se le ha quemado. Por eso me mandó a por pan, para hacer unos sándwiches.

—¿Se le ha quemado?

—Se puso a hablar por teléfono con la abuela y se le olvidó apagarlo.

Hay gente que es fría y que quizá puede con facilidad saltar de una esfera emocional a otra sin fisuras, pero para Geraldine eso no era posible. Su cuerpo echaba de menos el cuerpo de Patrick y solo podía pensar en cuántas horas transcurrirían hasta que volviera a tenerlo cerca. Ese era su principal pensamiento. Solo secundariamente le preocupaba que la niña la hubiera visto en la penumbra de un callejón besarse con un hombre que no era su padre. Sin detenerse a pensar, expresó lo que más le preocupaba:

—Kimberley, hija, que yo estaba antes con Patrick no se lo diremos a papá, ¿vale?

—Vale.

—Se pondría triste, ¿entiendes? —Geraldine hablaba con la mayor naturalidad y la niña asintió—. Patrick y yo somos amigos, ¿te acuerdas? Estuvimos con papá en su granja.

—Ya lo sé.

—Muy amigos, y no quiero que papá se disguste por eso.

—¿Ya no quieres a papá? —preguntó Kim.

—Sí. Pero se puede querer a varias personas a la vez. Tú me vas a ayudar, ¿verdad, hija?

Tenía Geraldine en su manera de ser madre un defecto grande: no



distinguía entre sí misma y su niña. Sentía a Kim como una prolongación de su persona, por lo que actuaba ante ella con total convencimiento, como si los dos cerebros, los cuatro ojos, las cuatro manos correspondieran a un único cuerpo y a una sola voluntad. Podría elogiarse que estuviera tan unida a su criatura, que la sintiera tan cercana, pero podría objetarse que era excesiva esa confianza. En ocasiones, corría el riesgo de convertirse en invasiva, pues Geraldine no ponía límite ni físico ni emocional entre ellas, y del mismo modo que se sentía cómoda cerca de la piel y del olor de su niña, de su mirada y sus gestos, daba por hecho que a la cría le ocurría lo mismo con ella, como si no fuera concebible un sentir distinto en aquel pequeño cuerpo y en aquella pequeña cabeza. Si algo le parecía bien a la madre, automáticamente Geraldine asumía que le parecería bien a la hija. Pero Kim no era Geraldine y a partir de aquella noche empezó a elaborar su propio sistema de pensamiento.

Entraron en la casa. En la cocina John se pegaba con el estropajo y una fuente de pírex intentando arrancar restos de patatas y carne.

—Os habéis encontrado, qué bien —comentó John sin mirar, desviada toda su atención al jabón y el estropajo—. Ya sé que no te gusta que Kim ande sola por la calle de noche, pero como tardabas y nos hemos quedado sin pan... No queda nada en la despensa. Hay que hacer la compra ya.

—Perdona, tenía que haberte avisado. Ha surgido un problema con un paciente a última hora, creí que se resolvería enseguida, pero no. Y encima Richard ha llegado tarde a su turno —mintió Geraldine con soltura.

—Pues estarás muerta de hambre. Se me ha quemado la cena. No he podido salvar nada. Qué desastre. Lo siento.

—Ya me lo ha dicho Kim. No te preocupes, John, déjalo a remojo y mañana sale solo —dijo Geraldine indicando la fuente—. Improviso ahora algo.

Geraldine no tenía hambre. Recordaba esa sensación de los primeros enamoramientos, hacía años. El amor agudizaba sus sentidos dotándola de una percepción mucho más intensa y real. Era como estar a punto de ganar una carrera todo el tiempo. Se sentía ligera, hermosa, ágil y cargada de razón.

—Pues no sé qué vas a hacer. Ya te digo que no hay gran cosa en la nevera. ¿Has traído el pan, Kim?

—Ya verás cómo me las apaño. Y mañana te prometo que hago una buena compra —dijo Geraldine y le besó en la mejilla, amorosa.

«El amor definitivamente hace mejores a las personas», se dijo Geraldine. Toda su amargura, su apatía, su pereza de hace unas horas habían desaparecido por encantamiento. Eso era, se sentía hechizada. Sentía una enorme cercanía a los demás, un deseo, casi una necesidad de ser generosa. De verdad haría la compra al día siguiente, de verdad quería ser atenta y servicial con su marido, y no por un sentimiento de culpa, sino por la felicidad que había estallado dentro de ella cuando Patrick la besó en el ascensor. Eso era la felicidad: sentir que se tomaba posesión de una nueva etapa en la vida con los mejores augurios. Todo futuro nuevo a estrenar, ningún pasado.

John había dejado los cacharros en el fregadero y se secaba las manos.

—Qué guapa estás —dijo—. Tienes colores en las mejillas.

—Será de la carrera que me he dado —apuntó Geraldine con una facilidad para la mentira que a ella misma la asombraba, pero que tomó como prueba de que no estaba haciendo nada malo, sino moldeando la verdad, conformando su vida para que cupieran más cosas: John, el nuevo trabajo, que se enfocaría en otras terapias, Patrick y, sí, siempre con ella, sin necesidad de dedicar ni cinco segundos a evaluar cómo la afectarían esos cambios, Kim.

Lo que John llamaba «colores» era la irritación por el roce con la barba de Patrick, y esa mención a su aspecto confirmó a Geraldine que la transformación iniciada esa tarde no solo sería interna, sino también externa, y temió que John pudiera escudriñar su interior. Eso no lo había previsto, qué sucedería si John descubría lo que había empezado a ocurrirle. No tenía miedo de un divorcio, se veía perfectamente viviendo sola, haciendo otra vida, la que le diera la gana, pero para lo que no estaba preparada todavía era para el proceso anterior: la separación, las discusiones, la pena. Días desagradables, en resumidas cuentas.

Cuando Kim se puso el pijama, vieron los tres la tele en familiar armonía, como cualquier otro día o incluso mejor. Era martes, ponían la serie favorita de John y también de Kim. Geraldine no leyó el periódico, como solía hacer otros martes, ni se colgó del teléfono aprovechando para ponerse al día con alguna colega del curso de psicoterapia. Prestó toda su atención a su familia y a la pantalla, con un deseo enorme de estar en sintonía con ellos. Geraldine tenía tal torbellino de pensamientos que le costaba seguir la trama del programa. Cuando acabó, Geraldine se ofreció para acostar a Kim y leerle el cuento. Aunque la niña leía perfectamente, le gustaba que sus padres le

leyeran, quizá para retenerlos junto a su cama, quizá porque el sonido de sus voces propiciaba un sueño más dulce. Tanto John como Geraldine solían complacerla con la esperanza de que su hija, poco aficionada a la lectura, se aficionara. Pero esa noche Kim quería algo distinto.

—Cántame, mami.

—Es muy tarde y ya eres muy mayor para eso.

—Cántame solo una.

—¿Cuál?

—Una de las que me gustaban cuando era chiquitita...

Geraldine dudó unos instantes. Miró los ojos claros de su hija y empezó a cantar:

—*Black bird singing in the dead of night... take these broken wings and learn to fly...*

No llegó a la segunda estrofa y Kim sonreía entre sueños.

—Te quiero, muñeca —dijo Geraldine arropándola—. Acuérdate de que papá no puede enterarse de nuestro secreto.

Geraldine está sola en su habitación. John ha ido al juzgado. No deja de presentarse ni un solo día, «Para que no se olviden de nosotros —dice—, para que no puedan olvidarse de Kim». Que el caso quedara sin resolver incrementaría todavía más su dolor, la haría insoportable porque sería como rubricar que la suerte de Kim, sus pasos sobre esta tierra, no contaron para nadie, que su hija puede irse sin dejar rastro, ni siquiera un pequeño descendiente. John no quiere que la Policía o los jueces o el cónsul o cualquier otro burócrata puedan llegar a pensar que Kim es insignificante. Kim significa, significaba, aunque no se hablaran desde hacía años. Y por eso seguirá insistiendo y peleando lo que haga falta. Para que no la guarden en un cajón. Pero ¿cuánto tiempo más cree John que habrá que seguir empujando este tanque de acero que no quiere moverse? ¿Cuántos días, semanas, meses? Geraldine, ahora que ha recuperado el gobierno de sí misma, sabe que más pronto que tarde habrá que volver a casa y que le toca a ella plantearlo. Cree reconocer en John la conducta característica de tantos familiares ante una muerte inesperada. El familiar se aferra a los detalles para no afrontar la ausencia. En la terraza, con su cuaderno abierto, Geraldine repasa lo que el dueño del bar y su esposa, la oronda pelirroja, les contaron la noche anterior:

«En un bar se conoce a muchas personas distintas, por un bar pasa mucha gente. En general, los clientes buscan todos lo mismo, pero los músicos varían, sobre todo en locales como este. Tienes desde el que está lleno de ilusión porque está empezando, al que ya se pegó el batacazo y exige cobrar por anticipado. Incluso hay quien cree que te hace un favor a ti, cuando en realidad es él quien necesita volver a pisar un escenario y que un foco lo apunte, aunque sea ese foco de la derecha que está hecho un asco. A ver si lo cambio».

Esos dos ingleses de una esfera social tan alejada de la suya le gustaron. Hay algo de los expatriados que los hace próximos, como si lejos del lugar de nacimiento algunas convenciones cayeran y el acceso a las personas fuera más rápido. ¿Sería así también Kim? ¿Auténtica, accesible?

«Kim era dulce como un melocotón. Qué pena de chica, qué pena —se

lamentaba la del *pub*—. No se conocieron aquí, aunque algunos fines de semana ella venía a ayudar, pero por aquel entonces a él todavía no lo conocíamos. Se conocieron en el refugio de animales».

Geraldine repasa la conversación con la camarera del *pub* y anota. Se le ha pedido John, que cree que con esos detalles generarán un perfil del homicida.

—Si tenemos datos que suministrar a la Policía y a la jueza, mantendrán viva la investigación, aunque solo sea porque tengan que tomarnos declaración y tramitar más papeles. Hay que lograr que la llama no se extinga.

A John le gusta analizar la realidad física con método. La codifica en unidades, aplica fórmulas que explican comportamientos, repeticiones, regularidades. «Si la Policía quiere», ese es el punto clave para él. Es cuestión de voluntad, constancia y método.

—Quién sabe dónde está, John —objeta Geraldine, que no comparte su fe—. No hay rastro de él. Por mucho que nos empeñemos...

—¿Tú no ves la tele? ¿No sabes que hoy en día es imposible desaparecer, que nuestros teléfonos nos delatan, que hay cámaras en las calles, en los portales, en las tiendas, aeropuertos, estaciones, bancos, gasolineras, supermercados...? ¡Estamos vigilados siempre! Así capturan a los delincuentes, porque van dejando un reguero de datos. Por muy cuidadosos que sean, siempre cometen un error, y si la Policía quiere, los atrapa. Y ahí es donde entramos nosotros, en obligar a la Policía a que no baje la guardia.

Geraldine, por el contrario, sabe que existen elementos que ni se cuantifican ni se miden, porque son intangibles y, en general, son los que más cuentan. «Si la Policía quiere». Esa sencilla frase no responderá a fórmulas matemáticas, sino a muchas otras cuestiones, en ningún caso menores, como las condiciones de trabajo de los agentes y de los funcionarios del juzgado, los medios y el personal de que dispongan. Aunque haya fórmulas para la convivencia que denominamos «leyes», no son exactas sino, como todo lo humano, interpretables, es decir, maleables, subjetivas, plásticas, mutables. Geraldine es hija de juez y recuerda bien cómo trabajaba su padre. La Policía podrá investigar o podrá dejar de hacerlo, podrá perseguir a los malos o podrá darlos por perdidos, pero depende de tantas cosas...

—Amparo me ha contado que los casos de menores no se abandonan nunca —insiste John— porque los niños causan más alarma que los adultos. Solo un

enfermo muy enfermo puede hacerles daño, y nadie, y mucho menos un juez, quiere que un loco de ese calibre ande suelto. Así que, a poco que insistamos, se pondrán en marcha otra vez. Pero tenemos que insistir.

Geraldine recibe el sol en la terraza de su habitación, tan agradable por las mañanas. Al final de la calle, entre dos tapias con mucha buganvilla, se puede ver un pedazo del mar azul intenso. Le produce consuelo mirarlo, porque hay algo inmutable en las olas del mar y en el sol que sale cada día, y porque momentos como este la hacen sentirse cerca de su hija Kim y entiende que no quisiera regresar al frío y la humedad de Inglaterra. El sol hace resplandecer el agua.

Las cenizas de Kim están en un ánfora biodegradable sobre el minúsculo escritorio de la espartana habitación de hotel.

«El recipiente es de un material que se desintegra fácilmente y no contamina, por si desean tirarla al mar. Pero tendrían que hacerlo a más de cien metros de la costa. Por orden de la Consejería de Sanidad».

Eso dijo la empleada de la funeraria. Qué conversación más rara. Geraldine todavía no se la cree. La ceremonia fue breve. Demasiado, en verdad. Se puede ser laico, pero no prosaico, en eso tenía razón John. Geraldine ahora se arrepiente de no haber preparado mejor el ritual de despedida. Mira el recipiente, tan insulso y al mismo tiempo sobrecogedor, y después retoma el cuaderno para echar cuentas del dinero que llevan gastado. Hoteles, coche y comidas son todo un presupuesto. Hay que calcular cuánto necesitarán si se quedan unos días más. Pero no llega a echar la cuenta porque llaman a su puerta y entra John muy agitado.

—¡Han cerrado el juzgado! —exclama, y Geraldine no le entiende bien.

—¿Cómo dices?

—¡La jueza, todos se han cogido vacaciones! ¡Fiesta local, dicen! ¡Es indignante! ¡No hay nadie! —John se sienta en la cama agitado, preocupado—. La jueza ni siquiera está en la ciudad. No le gustan los petardos ni los ruidos. No es de aquí y en fiestas se va. Y si ocurre algo, ¿qué? ¿Te parece normal?

—Pero... ¿se puede hacer eso?

—¡¡Claro que se puede!! —John está furioso—. ¡Aquí lo hacen! En este país se toman vacaciones y adiós.

—¿Y no hay un juez suplente? Y la Policía, ¿qué dice? —pregunta Geraldine, que por fin lo ha escuchado bien y está desconcertada. La inquieta

más ver así a John que las vicisitudes de las autoridades de las que, ahora se da cuenta, no espera nada. Sin embargo, una nueva retahíla de explosiones la obliga a llevarse las manos a los oídos.

John protesta:

—Por la mañana, por la tarde, por la noche... Ruido y más ruido. Qué horror. Esto es espantoso.

Geraldine cierra la ventana. Y pregunta a su agotado exmarido, como quien ofrece golosinas a un niño para distraerle de su disgusto:

—¿Tienes hambre? ¿Has comido algo?

Él sigue pendiente de la fiesta, si es que a ese caos se le puede llamar «fiesta».

—Ahora música, ¿te lo puedes creer? Bárbaros.

Es cierto. Clarinetes, trompas, oboes, fagots empiezan a sonar en alegre comparsa tras los cohetes. ¿Serán los mismos chicos y chicas que Geraldine vio ensayando el otro día?

—¿Quieres que comamos? —repite.

John no piensa en comer e insiste en el único asunto que le preocupa:

—La Policía dice que ya han buscado, Geraldine, y que ahora toca esperar. No me lo ha dicho cualquiera. He estado con el investigador jefe.

—¿Estás seguro? ¿Te lo dijo en inglés?

A John le irrita que Geraldine dude de su palabra en algo tan grave.

—¿Qué te crees, que no me entero, que lo digo por decir? Geraldine, Amparo me llevó a verlo. Amparo me traduce. Dice que ahora hay que esperar a que cometa un error. Piensan que no puede seguir huyendo siempre, que se asentará en algún lugar, en España o en el extranjero, y hará algo que lo delate. Entonces la Interpol lo detendrá. Dice que estas cosas llevan tiempo, pero que se resuelven. Que tengamos paciencia.

—Pues tendremos paciencia —asiente Geraldine.

—¡No! —grita John con contundencia—. No tendremos paciencia porque no cometerá ningún error, y si lo comete, será en Rusia... ¿Tú sabes lo que es Rusia? ¿Te crees que la Interpol actúa en Rusia? Imagínate, Geraldine. Con lo que es aquello. Un país inmenso con una democracia de risa. Un ruso con un niño es uno más entre millones. Pueden pasar años y entonces ese niño habrá crecido, habrá olvidado todo, a su madre, esta ciudad, todo... Será un

desconocido ese niño... Y nosotros... Nosotros seremos unos viejos decrepitos o estaremos muertos. No nos va a echar de menos. Si es que alguna vez Kim le habló de nosotros...

Otro petardazo impide que Geraldine entienda la última frase.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho? No te he oído, perdona. Nosotros, ¿qué?

Los oídos de Geraldine lo último que necesitaban era este estruendo. Porque otra cosa hay que decir, hace tiempo que no oye tan bien como antes, pero no se lo ha admitido a nadie, ni siquiera a sí misma.

—Nada. No es importante. —John espera a que acabe el estrépito y recupera un poco la calma—. Te estaba diciendo que no van a buscarlos más. Ni a él ni al niño, Geraldine.

John apoya la cabeza entre las manos. De pronto se siente muy cansado.

—No los van a buscar más, Geraldine... Eso es todo lo que tienes que entender.

Geraldine se sienta a su lado en la cama y coloca una mano en su hombro. A su pesar, no puede añadir nada, porque solo tiene ganas de volver a casa, ganas de su propia cama, de sus libros, de su despacho y de su cocina con su tetera, que tiene la medida precisa, no como las de España, donde no saben servir un té. Guarda silencio y calcula. Llevan siete días aquí. Es mucho tiempo en un lugar extraño con un solo pensamiento en la cabeza y sin posibilidad de distracción. Ya tienen las cenizas de Kim. Seguramente tenga razón la Policía y no haya mucho más que pueda hacerse. Geraldine lo comprende como comprende la angustia de John y habla despacio, como a los niños cuando no quieren entender, más por tranquilizarlos que por convencerlos:

—Yo creo que lo que la Policía quiere decir es que seguirá investigando, John, pero a otro ritmo, más despacio y con cuidado. El caso está abierto y nosotros aquí ya hemos hecho todo lo que podíamos hacer.

—Es muy poco —replica John—, demasiado poco.

—Sí, es muy poco y es frustrante no poder hacer más, pero debemos volver a casa. Estaremos mejor allí. Podemos contratar a Amparo para que se encargue de estar al tanto. Que nos llame y nos informe cada semana. ¿Qué te parece?

John levanta la cabeza y la mira.

—¿Y la casa?



—¿La casa?

—La casa de Kim, ¿qué pasa con la casa? ¿Y el perro, *Zeus*? ¿Qué pasa con él?

Geraldine no ha pensado en ello. No se le ha pasado por la cabeza, porque no le gusta sentirse atrapada, no le ha gustado nunca el compromiso. ¿Piensa John que tienen que permanecer aquí por una casa que no es suya y un perro escuálido? Además, quedarse es caro.

—John, no sé cómo estarás tú de dinero, pero yo..., estar aquí sin trabajar..., el hotel, la comida, el coche..., un día y otro...

—Ya quieres volverte —afirma John.

—¿Tú no?

—¿Y no se te hace raro volver a Londres?

—¿Por qué se me iba a hacer raro? Lo que se me hace extrañísimo es estar aquí. Desde que me levanto hasta que me acuesto todo es raro. Estoy deseando volver a mi casa.

—¿Vas a estar mejor en tu casa?

—Creo que va a ser duro, pero tendremos que acostumbrarnos.

John la mira. Intensamente, recordando algo.

—Vamos a nadar —dice de pronto con mucha determinación—. Al mar. Venga. Nos vendrá bien. ¿No te apetece? El mar está bonito. Hoy hace calor. Allí no habrá petardos porque los petardos con el agua se apagan. Venga, vamos, Geraldine.

—¿Nadar...? No tengo bañador...

—Ya encontraremos uno. De camino lo compramos. Recogemos al perro y nos lo llevamos también. Que le dé el aire.

Lo que le sucede, ha sucedido y sucederá a cada niño en cualquier momento de la historia de la humanidad y en cualquier punto del planeta es completamente nuevo. Con cada niño que nace vuelve a empezar la experiencia de la infancia desde cero, y nada de lo que suceda o haya sucedido a los otros niños le servirá como referente para manejarse en su propia vida. La infancia tiene como principal problema su mutabilidad. No bien un grupo se ha conformado, cuando en el transcurso de poco tiempo se disuelve. La información no circula entre los niños, pues tardan en descubrir que lo que les atañe a ellos no es único ni excepcional, sino compartido con muchos otros. Para el niño, su familia y su colegio constituyen la totalidad del universo. No pueden ni organizarse ni tener portavoces, y no porque no cuenten para la sociedad, sino porque sus hipotéticos líderes nunca pueden formarse ni mucho menos consolidarse. Crecen, y con el crecer dejan de ser niños y de estar afectados por los problemas de la infancia. Entonces, todo el conocimiento que hayan podido acumular sobre su condición y sus necesidades, las reivindicaciones que provocarían mejoras en la vida infantil, se evaporan con el desarrollo físico y el ciclo vuelve a comenzar para otros nuevos que acaban de nacer.

La impresión de ser los primeros a quienes ocurren aquellos acontecimientos les impide adquirir, por así decir, conciencia de clase e instrumentos para ejercer presión como grupo social. No logran acumular vivencias y saberes más que en una memoria temporal muy perecedera, que apenas algunos adultos conservan y plasman en libros para niños, pero no escritos por niños. Peter Pan y los Niños Perdidos son, por eso, un hallazgo no solo literario: constituyen una especulación única sobre cómo sería la infancia si tuviese tiempo y capacidad para estructurarse, reflexionar sobre sí misma y acumular conocimiento, elegir un líder y actuar como grupo político en defensa de sus intereses.

Los niños no miran a otros niños para sobrevivir, sino a los adultos de los que dependen. La infancia, si los adultos fallan, puede ser una etapa solitaria y expuesta. No hay manual para ser niño, todo varía según el día a día. Esa era la situación a la que se enfrentaba Kim cuando su madre empezó a cambiar. No

disponía de más reglas que las de su educación y su candidez para interpretar la situación. Como otros niños, Kim fue una víctima de la circunstancia que hace de todo niño un ser indefenso ante el mundo. Creyó que lo que le estaba ocurriendo a ella acontecía por primera y única vez en la historia, y no supo ni reaccionar ni oponerse. Apenas tenía claras unas cuantas cosas de modo intuitivo: que para obtener el amor de su madre debía ser su espejo, que no había frontera entre ambas y que, si tenía que elegir entre seguir a mamá o traicionar a papá, elegiría lo primero porque mamá era, desde el punto de vista emocional, crucial para ella. Así había sido desde que nació. A pesar de que John siempre había sido un padre atento y afectuoso, Geraldine la había amarrado a su interior con cuerdas más firmes.

Geraldine no pensó demasiado lo que hacía. Estaba, como se diría más tarde a sí misma, «hechizada» o «en trance», y no veía más fórmula que tirar para adelante con sus encuentros clandestinos con Patrick, costara lo que costase. Kim no era una confidente y cómplice de su adulterio, sino una compañera, como si las relaciones amorosas fueran otro juego de niños. Y así se lo tomó Kim. Para Geraldine, esto implicaba grandes ventajas, unas prácticas y organizativas, y otras sentimentales, no se sentía sola en una experiencia trascendental de la que no podía hablar con nadie. Para facilitar sus encuentros con Patrick, mintió a John: le dijo que se había apuntado a gimnasia en el mismo polideportivo en el que Kim hacía natación después del cole. Pero ni Geraldine hacía gimnasia, al menos no ese tipo de gimnasia, ni esperaba a la niña a la salida de su práctica. Aunque ante John sostuvieran lo contrario, Kim empezó a ir y venir sola del colegio a la piscina, y desde allí al punto en el que se encontraría con Geraldine. Pero muchas tardes Kim esperaba sola en la estación de metro, pues Geraldine se demoraba más de la cuenta con Patrick. A fuerza de verla allí esperando, el empleado del kiosco de prensa y caramelos ya la conocía, y un día que pasó por allí con John, la saludó por su nombre:

—¡Hasta luego, Kim!

A John le chocó que su hija, una niña de diez años, tuviera familiaridad con un kiosquero, pero Kim logró zafarse de las preguntas de su progenitor con relativa facilidad y John no sospechó. Kim no se sintió mal por encubrir a su madre, sino valiosa por ser la depositaria de un secreto tan importante y orgullosa por haber superado con éxito esa ocasión de peligro.

Tiempo después, cuando su relación con Patrick ya había naufragado, Geraldine se preguntaba cómo había podido estar tan obcecada en ese período de su vida y recordaba su sensación de hechizo. Miraba atrás y no entendía cómo una mujer adulta y responsable, médico de profesión y más concretamente especialista en algo tan serio como ayudar a morir, hubiera vulnerado con esa facilidad su propia moral, sin tener en ningún momento conciencia de portarse mal con su hija. Pero Geraldine sabía que presuponer que un médico es mejor persona y más cabal que otros es exigir mucho de los seres humanos y de los médicos en particular, y pasó página. Nunca mencionó a nadie la situación en la que puso a su hija, ni siquiera la comentó nunca con ella. Era algo pasado y olvidado, y no estaba dispuesta a que nadie la juzgara, ni siquiera su hija. Como hija de juez, podía juzgarse a sí misma.

John, por su parte, no imaginaba lo que su mujer tramaba desde hacía unas semanas. La veía radiante y dedujo que habría superado alguna mala racha personal y cuidaba más su aspecto, lo que le alegró. Tampoco advirtió nada distinto en su relación sexual, salvo que mejoró. Geraldine se mostraba más amorosa, más física, y él bajó la guardia pensando que todo estaba bien en su matrimonio. Tampoco es que le agradara mucho cavilar sobre esos asuntos. Para John, una vez que dos decidían estar juntos, lo estaban, sin necesidad de mayores profundidades. El matrimonio, Kim, los fines de semana en la casita del campo retomaron su curso normal y satisfactorio, lo que le permitió a él centrarse en un muy fructífero semestre en la universidad y en el laboratorio. No era competitivo, confiaba en su cerebro y en sus ideas, y se amoldaba bien a los trabajos en equipo sin entrar en las guerrillas miserables de los departamentos. Los alumnos, seguramente por su accesibilidad y bonhomía, solían preferirlo para dirigir sus trabajos. John los escuchaba y compartía con ellos lecturas, información y conocimientos porque le satisfacía dar clase, estar con los estudiantes y avanzar con ellos, sobre todo con aquellos que tenían talento, esos chicos brillantes, naturalmente dotados, mentes singulares que al llegar a la universidad, quizá por primera vez en su vida, dejaban de sentirse distintos y disfrutaban de haber aterrizado en un planeta donde todos los habitantes hablaban su idioma. Un idioma que John amaba y que lo había unido años atrás a Geraldine, la chica de las conferencias, pero que ahora ya, poco a poco y sin que él pudiera hacer nada por remediarlo, ella estaba dejando de practicar.

La cala, como les advirtió la dueña del *pub*, es de piedras. Les ha costado encontrarla, no aparecía en el plano turístico, pero al final han dado con ella. No llevan calzado adecuado, así que para meterse en el agua se clavan los guijarros en los pies y, si no se apoyan el uno en el otro, en una de esas podrían caerse. Pero avanzan hasta las olas y se meten. De primeras da impresión, está fría, pero también vigoriza y descansa.

En la orilla, inquieto, *Zeus* corretea de un lado a otro, sin perderlos de vista mientras dan brazadas en el mar. Cada tanto se detiene y ladra. No le convence esa inmensidad en movimiento.

Geraldine observa al galgo. Según lo que supieron en el bar, su hija y su yerno, ese yerno asesino, se conocieron por él. Ahora lo mira con otros ojos. Es el testigo privilegiado de esa relación de principio a fin. La inglesa del *pub* contó que Kim y Kostya se conocieron cuando ella trabajaba en el refugio de animales. Entre el idioma inglés y su paciencia con los animales, Kim era una ayudante de veterinario idónea. El ruso apareció con un galgo famélico que se había cruzado en la carretera. «Casi lo atropello», dijo asustado ante la posibilidad de haber herido al animal. Pero el perro estaba bien, solo desnutrido y muy sucio. Kim lo bañó, lo alimentó y convenció a Kostya de que lo adoptara. Sin embargo, a los pocos días se arrepintió de haber presionado tanto a ese ruso desconocido y se presentó en su casa. «¿Qué tal está el perro? ¿No es demasiada carga?». Kim se daba cuenta de que el ruso no era ningún millonario, sino un currante como ella, luchando por una vida mejor en un clima favorable. Compartía piso con otros extranjeros y vivía de lo que sacaba aquí y allá, construcción, hostelería, aunque su objetivo era hacerse un hueco en la música. Con horarios irregulares, paraba poco en casa, y Kim se preguntaba si aquel hombre que a duras penas podía mantenerse a sí mismo, realmente disponía de recursos para ocuparse de un animal. Kim también era inmigrante y sabía que en la costa los inviernos son largos, la actividad baja y no hay empleo para todos. Ella misma había hecho casi de todo. «Chapuzas», como decían sus amigos españoles: mantenimiento de piscinas, limpieza de casas, cuidar niños, lo que saliera. No es fácil hacerse un hueco en tierra

ajena. Pero Kostya parecía contento con el galgo. Gracias a él había dejado de sentirse solo, afirmaba. Si las cosas iban bien y le empezaban a salir algunos bolos, trabajaría únicamente de noche, con lo que podría cuidar bien de *Zeus*. «¿*Zeus*? —preguntó Kim al escuchar el nombre—. Qué extravagancia. Un nombre tan grande para un perro tan esmirriado». Kostya aún chapurreaba poco español, pero algo de inglés sabía y explicó a Kim que el nombre venía del lugar donde lo había recogido: el club Zeus. A Kim le sonó mal porque era un conocido bar de alterne de pésima reputación. Chicas del este, muy altas, muy rubias y, quizá desgraciadas, se vendían al mejor postor. Kostya vio su mirada y se apresuró a aclarar que él solo pasaba por allí con su bici y jamás había puesto un pie dentro.

«No todos los rusos somos mafiosos, ni delincuentes, ni explotadores de mujeres. Algunos solo somos trabajadores», bromeó Kostya sin ofenderse, y Kim lo creyó porque le gustaron sus ojos verdes, que miraban con curiosidad, sus pómulos marcados, su aire una pizca triste, pero reflexivo también.

Kim trabajaba entonces con el veterinario y pudo ayudarlo regalándole las vacunas, piensos de calidad y los medicamentos que el débil galgo necesitaba para recuperarse. Por *Zeus*, los encuentros entre Kim y Kostya se volvieron regulares y pronto él dejó el piso compartido para instalarse con ella. Todo eso les había contado la inglesa del *pub*. «Se querían mucho. Eran de esas parejas que ves que se entienden y se cuidan. Kim era una chica tan cariñosa, tan sociable, pero aquí, entre tanta gente que viene y va, también se puede estar muy sola. Los locales tienen sus familias, sus vidas y no necesitan de los forasteros. Y entre los forasteros, somos pocos los que nos quedamos, y de su edad menos. A Kostya le pasaba lo mismo, pero peor, porque ser ruso es complicado. Hay mucho prejuicio. La gente les tiene entre rabia y miedo. Piensan que todos son mafiosos y muchos no son más que emigrantes, sin más, que huyen de la miseria, como tantos otros. El primer verano juntos montaron un chiringuito en una cala, pero es de piedras y muy recóndita, casi no acuden bañistas porque hay que caminar y la gente si no puede llegar con el coche a la misma sombrilla, no hace esfuerzos. Vendían sobre todo a los barcos, a los que salen a pasar el día con el velero o la lancha. Kim no era una gran cocinera, pero aprendió rápido. Arroces, tortillas de patata, gazpacho... Salvaron la temporada. Poquita cosa, pero por lo menos no perdieron la inversión. Qué encanto era esa chica. Y él, qué salado».

La inglesa lo expresó así, en español, «salado», y Geraldine le preguntó qué significaba. Lo entendió a la primera y se quedó con el concepto. Era preciso. Pero si Kostya era salado, si era atento, si la cuidaba, si le angustiaba la mera idea de haber herido a un perro, ¿por qué la mató? Estos son los pensamientos que Geraldine tiene, pero que se guarda de comentar con John. «Porque John todo lo complica», se dice. Da vigorosas brazadas y nada para quitarse el frío. Es agradable sentir la presión del agua sobre el cuerpo y mecerse en las olas. Se deja flotar un rato, el sol sobre la panza reconforta. Geraldine señala una construcción desbaratada, con el tejado a punto de hundirse.

—Apuesto lo que quieras a que esa es la casa en la que vivió un verano nuestra hija.

—Sí, pero entonces estaría mejor. Ahora se cae a pedazos.

—Eso espero. Qué fría está el agua, pero qué agradable. ¿Tú no tienes frío? —pregunta Geraldine a John y nada un poco más, pero enseguida se detiene sin aliento—. Me agoto. No tengo fuelle.

—¿Cuánto hace que no nadas? —quiere saber él.

—Nadaba dos veces a la semana hasta hace poco, no te creas. ¿Y tú?

John niega con la cabeza.

—Yo no nado hace décadas. Pero paseo a *Jewel*.

Geraldine tarda un poco en ubicar a *Jewel*. ¿Quién es? ¿Una nieta de John por parte de su mujer? ¿Una sobrina segunda? ¿Alguna vecina? Luego cae en la cuenta de que se trata de la perra que ha dejado en Londres.

—La paseo todos los días muy despacito porque tiene artrosis. Como nosotros.

—¡Yo no tengo artrosis! —protesta Geraldine.

—No, ya veo. No tienes fuelle, estás un poquito sorda, pero aparte de eso estás estupenda. Mantienes tus bonitas piernas.

Geraldine no contesta, pero agradece el cumplido. Ahora nada a braza, más suave, más lenta. John nada a su lado, pero a espalda, que siempre fue su estilo favorito, también cuando se conocieron. Podía coger mucha velocidad con su poderoso giro de hombros.

—Entonces, ¿deberíamos aceptarlo? —pregunta John.

—¿El qué?

—Que nuestra hija murió, que la mataron y que dejó este niño al que no conocimos y nunca conoceremos. ¿Aceptarlo y volvernos a casa?

—Bueno, el niño tiene un padre..., y legalmente el padre..., aunque se lo haya llevado, aunque sea el asesino y aunque... Es su padre y...

John no la deja terminar:

—Qué curioso es oírte eso.

—¿Qué quieres decir?

—Nunca me pareció que te importasen mucho los padres. Siempre pensé que tú solo eras partidaria de las madres.

Geraldine se quita agua de la cara y lo mira. ¿A qué se refiere? ¿Se sintió excluido todos esos años?

—¿Qué me quieres decir?

—Que un padre que es un asesino no es un padre.

—Claro que no, pero en su cabeza sí lo es. Y legalmente también. Hay hombres que están en la cárcel y eso no les priva de sus derechos. Son cosas distintas.

—¿Quieres renunciar al niño? —John suelta la pregunta con agresividad, como un disparo.

A Geraldine la pilla desprevenida.

—¿Tenemos otras opciones?

—¿Tú quieres renunciar? Muy bien. Pues yo esta vez no quiero, Geraldine. Ya te lo he dicho. Tú quieres que te pida perdón un monstruo y yo quiero a mi nieto.

Geraldine calla, cierra los ojos y vuelve a dejarse sostener por las olas. «Esta vez», dos palabras que son otro disparo. Mejor respirar hondo bajo el agua y pensar la respuesta con calma. Sí, debe referirse a ellos dos y a su separación. «Esta vez», frente a «la otra vez». ¿Qué ha estado rumiando todos estos días bajo esa cara amable? ¿La responsabiliza a ella? ¿De qué exactamente? ¿Quizá del camino que Kim tomó en su vida? Mejor no dejarse llevar por las suposiciones, no caer en la irracionalidad, en el impulso que pide defenderse de una acusación no formulada, solo insinuada. ¿Qué les dice a sus pacientes? «No interpretes, toma el contenido literal de las palabras, no sumes significados de tu cosecha, no proyectes». Quizá la ofensa esté únicamente en la cabeza de Geraldine y no en la intención de John.



—Es un accidente... —empieza a decir Geraldine. John no contesta y ella prosigue—: Que Kim muriera así es un accidente, John, impredecible. Nada que nosotros hiciéramos lo predeterminó.

—Inglaterra es una isla —dice John sin venir a cuento con los ojos posados en el horizonte de agua.

Aunque sea inesperado y arbitrario, Geraldine agradece el cambio de tema, porque piensa que no es momento de discutir, que lo harían mal, que no están preparados, sobre todo John, y que es el dolor el que habla.

—Inglaterra es una isla, pero fíjate que yo nunca lo pienso. ¿Y tú? — prosigue John—. No me doy cuenta y sin embargo..., estamos separados de todo. No puedes coger un coche, como aquí, y carretera por delante, sin fronteras, tirar hasta... donde te dé la gana. Rusia.

—Rusia tiene fronteras.

—Sí, pero no para un ruso con un niño. Las fronteras de Rusia y las leyes de Rusia y la Policía de Rusia no son como las nuestras. Es un buen sitio para huir.

Geraldine escucha a medias, flota con brazos y piernas extendidos, relajados. Si la marea la llevara, ¿opondría resistencia? Los días anteriores sentía que morir era una buena opción, que morirse sería descansar del sufrimiento. Pero desde esta mañana ha recuperado su energía. Además, este mar es el Mediterráneo. Es una cala perfecta, tranquila, de piedras blancas, bien resguardada, ¿quién querría ser arrastrada a alta mar? Geraldine piensa en las palabras de John sobre la paternidad y, aunque a sus pacientes les haya dicho una y otra vez que deben saber afrontar sus diferencias y hablar con naturalidad de ellas, no se aplica el cuento. Porque hablar sobre el pasado en este momento no conduciría a nada. No tiene demasiadas ganas de conocer mejor a John, esa es la verdad, ni de estar cerca de lo que le pasa por dentro. Cada uno en su sitio. Bastante llevan soportando juntos desde hace casi una semana. No es necesario intimar más. Colaborar para recuperar la memoria de su hija, en la medida que puedan, es más que suficiente.

Ajeno a las elucubraciones de Geraldine, John pregunta:

—¿Cuántos años han dicho que tiene?

—¿Quién? —pregunta Geraldine, que andaba distraída.

—El niño.

—Tres.

—Tres años. Ya sabrá andar. Y hablar. ¿Tú crees que ese ruso le ha dicho que existimos?

—No lo sé, John. Supongo que Kim le hablaría de nosotros, sería lo lógico, pero... es muy pequeño.

—Es muy pequeño.

John está de acuerdo porque el tamaño del niño, su cuerpecito tierno y escaso que solo ha visto en foto y que tanto le recuerda a sí mismo, es justamente lo que no se le va de la cabeza. Más que en el cadáver de su hija, en lo que piensa es en esa criatura.

—Si a nosotros no nos habló de él, a él tampoco le habló de nosotros — concluye John.

—Puede ser —contesta Geraldine. Ahora da brazadas suaves en círculo sin alejarse mucho.

—Y si nosotros desaparecemos de su vida, también desaparecerá su madre.

Geraldine patea más vigorosamente ahora porque el agua está muy fresca, necesita entrar en calor. Cuando vuelve junto a John, sumerge la cabeza y luego le pide:

—Nada conmigo. Vamos, nada un poco. Te hará bien. Hasta la boya aquella.

John se mueve titubeante. Luego nada con ella. Pero cuando llegan, anuncia:

—A lo mejor podré vivir sin conocer a quien mató a mi hija. Seguramente. Y sin saber por qué lo hizo, eso también. Pero no podría vivir sin saber dónde está ese crío, Geraldine. No podría. Tiene que vernos, tiene que conocernos. Tengo que conocerlo yo.

Geraldine lo escucha en silencio. Intuye que John ya ha tomado su decisión.

—Me quedo.

—John... —Geraldine quiere hacerle entrar en razón, pero John interrumpe:

—Vuélvete tú a Londres si quieres, Geraldine. Lo comprenderé, pero yo me quedo. No busco venganza ni quiero justicia. Quiero a nuestro nieto. No quiero ni imaginar lo que un hombre que ha sido capaz de matar a su mujer

podría hacer con un niño si se sintiera acorralado. Lo he estado pensando y si hay que buscarlo, lo buscaré. Es mi obligación.

Geraldine se alarma:

—Pero ¿qué dices? ¿Cómo lo vas a buscar? ¿Qué sabemos nosotros, John? ¡Nada!

—Lo mismo que ellos o más.

—¡Eres un profesor de Física jubilado!! No tienes los medios ni es tu profesión. Y, además, es peligroso. Tú mismo lo dices, ese hombre es peligroso.

Geraldine esperaba que John no quisiera renunciar, que no quisiera desvincularse del recuerdo de Kim tan pronto, pero que quisiera hacer la pesquisa personalmente no se lo esperaba, porque es una locura. Una locura del apático, pusilánime, quejica, frágil John que ella conoce.

John sale del agua y silba al perro, que se ha cansado de esperarlos y está tumbado al sol. Geraldine lo llama:

—¡Espera! ¡Espérame, John! ¡Ayúdame a salir! ¡Me hago polvo los pies! ¡John! Ayúdame...

John se detiene. La espera. Ella se apoya en él y llegan a la orilla. Ya se frotan con las toallas de baño del hotel demasiado pequeñas.

—Estás loco —insiste Geraldine.

—¿Te vas a quedar conmigo? —le espeta John a Geraldine.

—¿Tú y yo?

—Sí. Sus abuelos. Creo que tú lo quieres también.

Fuera del agua hace fresco y Geraldine siente un escalofrío, no contesta.

—¿Qué tal vamos de dinero? —continúa John, que no parece sentir frío alguno.

—Tenemos que devolver el coche hoy o nos cobrarán otra semana más — responde Geraldine seria, malhumorada. No le gusta que John la haya puesto en esa tesitura.

—¿Te quedas conmigo? —John da vueltas a su plan.

—¿Cuántos días más? —se queja Geraldine—. ¿No comprendes que puede ser muy largo?

—No sé. Los que haga falta. Como si son semanas, o meses. Ya veré.

Envueltos en sus toallas, Geraldine tiembla de frío y John le frota la

espalda súbitamente animado, planificando.

—Tenemos su coche... Tenemos su casa...

Geraldine contesta tajante:

—No.

—El coche de Kim está aparcado en la calle muerto de risa —señala John.

—¿Cómo vamos a coger el coche de Kim?

—¿Qué tiene de malo? Mejor usarlo.

—¡Es su coche! ¡Es parte de la investigación!

—No hay investigación, Geraldine. ¿No me has oído? Ya se terminó. Es lo que te estoy diciendo. Levantaron el precinto. Podemos hacer lo que nos dé la gana. No van a buscar más. Fin. Se acabó.

Geraldine se zafa de su masaje para vestirse.

—Gracias. Vamos al hotel. No entro en calor. Quiero darme una ducha caliente en mi habitación. Me acostaré pronto.

John la sigue hasta el coche.

—No pensé que lo llevarías tan mal.

Ella no responde.

—Me he llevado una sorpresa, lo reconozco. Pensé que eras fría y sabrías manejar las cosas, mantenerte en tu sitio en situaciones como esta. Por tu profesión. Todos estos años nunca lo hubiera imaginado, nunca pensé que tirarías la toalla. Pensé que eras luchadora, a pesar de todo, luchadora.

—¿A pesar de todo? ¿A pesar de qué? ¿Qué le pasa a mi profesión?

—Que estás acostumbrada a las tragedias y las desgracias. A ti te gustan. Pensé que, por tu experiencia de tantos años, encajarías mejor esta situación.

—No se trata de un paciente. Se trata de mí, de mi vida, de mi hija. La única que tenía, John. Solo tenía esta hija.

—También yo —dice John y añade—: No te rindas, Geraldine. Aunque lo parezca, no podemos permitirnoslo.

Geraldine no contesta. Arranca el coche y parten en silencio.

Cuando llevó la bandeja de vuelta a la cocina, John se dio cuenta de que Geraldine había dejado descuidadamente la bolsa húmeda del té sobre el montón de las servilletas de papel. El líquido había empapado todas y cada una de ellas. Un círculo marrón traspasaba todo el mazo haciéndolas inutilizables. John las miraba sopesando si esperaba unos días a ver si secaban y se salvaban, aunque fuera con aquella mancha estampada en el centro, o bien directamente las tiraba. Esto le parecía un desperdicio. Si las colocaba sobre el radiador..., ¿se pegarían unas a otras? Era el tipo de dilema que ni en broma podría plantear a Geraldine. Se habría carcajeado de él, le habría llamado rácano y habría replicado que un paquete de servilletas de celulosa costaba apenas unos peniques. Por ese dinero no se podía perder ni medio minuto deliberando.

Pero la cabeza de John funcionaba de otra manera. Por un lado, estaba el coste de las servilletas, que, fueran peniques o libras, era dinero. Por otro, algo todavía más relevante: quedarse sin ellas suponía desplazarse de nuevo al supermercado a reabastecerse, una auténtica molestia que hubiera podido evitarse. Y, por último, lo que más le pesaba: la indiferencia de Geraldine hacia sus pequeñas preocupaciones y su nulo compromiso con eso que vulgarmente se llama «hogar». En ocasiones Geraldine, tan caritativa con sus pacientes, podía demostrar una dureza devastadora, una indiferencia cruel hacia los detalles cotidianos de su convivencia. John no lo entendía. Le sacaba de quicio. Le resultaba a partes iguales aterrador y desolador. Si Geraldine no reponía el papel higiénico y John solo encontraba el rulo de cartón, se venía abajo. Si John se lavaba las manos y en el toallero no encontraba nada, porque Geraldine no se había preocupado de colgar una toalla limpia tras envolverse con la anterior, se hundía. Peor era cuando John, adicto al té, quería ponerse leche y la botella estaba en la nevera, pero vacía. ¿Por qué se comportaba como si viviera sola? ¿No le importaba el bienestar ajeno? ¿Tan fácilmente le borraba de su mapa mental? Estas preguntas aterraban a John tanto como le irritaban. Si Geraldine no tenía en cuenta a la persona con la que convivía y a la que supuestamente amaba, ¿a quién tenía en cuenta? Poco amigo de los

enfrentamientos, al principio del matrimonio John ocultaba su disgusto y se tranquilizaba repitiéndose que la pobre Geraldine había crecido sin madre que la enseñara. La justificaba, se calmaba y solucionaba el desperfecto. Pero a medida que los años pasaban, ese remedio dejó de surtir efecto. El desorden doméstico de Geraldine le generaba más y más rabia. No era simplemente que su mujer fuera distraída o estuviera malcriada, se decía John, la cosa iba más allá: denotaba un gravísimo defecto moral. Geraldine era sucia y desordenada porque era hija de la clase alta. Solo los ricos, acostumbrados a tener servidumbre, podían permitirse ese lujo. Él en cambio era hijo de obreros, había crecido sin sirvientes que limpiaran y repusieran el papel higiénico. Como hijo de obreros, conocía la solidaridad, el valor del trabajo y de los pequeños detalles. Los días que estaba más enfadado todavía iba más allá en su razonamiento y lamentaba haberse casado con alguien de la clase privilegiada. Gente que, en el fondo de su alma, no creía en la igualdad de los seres humanos, sino en que unos están para servir a otros. Se sentía explotado, eso es, explotado, y no lo soportaba.

Pero eso no era lo peor. Lo peor, lo que más rabia le daba es que, cuando no lograba contener su enfado y se le escapaban los improperios, Geraldine se reía sin entrar siquiera a rebatir sus argumentos. Qué dolor le causaba que ella no tomara en serio su disgusto. Era una estrategia muy propia de Geraldine, que no soportaba quejas y lamentos, vinieran de quien vinieran. La ponían nerviosa, cuando no le parecían sencillamente de mala educación. Para John, en cambio, quejarse era un modo natural de expresión, un desahogo que no debía tomarse al pie de la letra. Algo parecido a bostezar o estirarse tras una buena siesta. Un instrumento, una herramienta del pensamiento, una petición de socorro con un fin muy preciso: recuperar la confianza en la vida. Para John todas las quejas del mundo tenían una solución, tres palabras mágicas: «Todo irá bien». Lamentablemente Geraldine no llegó nunca a comprenderlo, pues salía huyendo antes de saber qué necesitaba John de ella.

Aquella tarde de las servilletas, John le afeó la conducta y Geraldine, como de costumbre, en lugar de pronunciar las tres palabras mágicas, se rio. Le aseguró que ni su padre era rico ni en su casa habían tenido criadas y mayordomos, como él suponía. El juez era demasiado frugal, por no decir agarrado. Si ella no reponía el papel higiénico, ni colocaba las toallas en su lugar ni iba a por leche cuando faltaba, era porque se le olvidaba. «Soy

distraída», concluyó dando el tema por zanjado. Ni un propósito de enmienda ni una duda. Que quitara importancia a un asunto para John tan trascendente le enojó más y, en ese preciso momento, presintió que se acabarían separando. Le resultó meridiano que esa diferencia fundamental los alejaría: que él, en cada instante, en cada segundo de su vida, tenía presentes a los demás y procuraba (para bien o para mal) amoldarse a las reglas de convivencia, mientras Geraldine jamás se amoldaba a regla alguna si no le convenía. Ese era el privilegio que solo ella y los de su clase podían disfrutar, mientras los hijos de obreros, como John, agacharían siempre la cabeza. Por más que intentase que aquellos gestos de descuido le fueran indiferentes, ya no lo lograba ni lo volvería a lograr. No se veía capaz de cambiar. Sería siempre así: atento a que la comida no se estropeará en la nevera, recogiendo periódicos atrasados y vasos sucios antes de tumbarse en el sofá, cerrando ventanas para no derrochar en calefacción.

Cuando, inesperadamente para él, Geraldine lo dejó por Patrick y se separaron, John se sintió vacío y desgraciado. Entonces recordaba estos enconzonos por trivialidades y le parecían torpes, maniáticos, infantiles por su parte. Echaba de menos a Geraldine y, por más que tratara de remitirse a sus defectos, a lo que había detestado en ella y se repitiera «No estábamos hechos el uno para el otro», algo en él seguía creyendo que sí, que podían y debían estar juntos. Añoraba su cuerpo y su cálido contacto, porque algo del ser de Geraldine, algo indefinible en su interior estaba hecho para él.

—¿Diga?...

—...

—¿Diga?

—...

—¿Diga!

—Hola, soy yo. Geraldine. ¿Me oyes?

—Te oigo, tía, te oigo perfectamente. ¿Me oyes tú a mí?

—Mal.

—¿Estás en un móvil o en un fijo?

—En el móvil.

—Pues muévete un poco, a ver si... ¿Cómo estás? ¿Cómo va todo?

—Va.

—Son muchos días ya. ¿Cuándo vuelves? ¿Cuándo volvéis?

—No lo sé. Parecía que mañana, pero...

—¿Ha pasado algo, Geraldine?

—¿Qué tal todo por allí?

—Reorganizando las citas de los pacientes, pero no sé cuántos días más voy a poder aguantarlos. ¿El lunes estarás aquí? Tienes la agenda llena.

—¿El lunes?

—El lunes, sí. Y el martes, llena también, aunque te estoy dejando huecos porque me imagino que vendrás cansada.

—¿Qué día es hoy?

—¿Hoy?

—Hoy es... ¿qué día es?

—¿Geraldine?

—Sí, sí, estoy aquí.

—Geraldine, ¿estás bien, tía? ¿Qué hacéis allí? ¿Por qué no vuelves?

—¿Cómo está tu padre, Amanda?

—¿Mi padre? No lo sé. Estará..., estará como siempre. ¿Por qué? ¿Te ha



llamado? No tiene tu número. Yo no le he dicho nada.

—No le digas nada.

—No le he dicho nada.

—No vamos a hacer funeral. Lo hemos celebrado aquí. Bueno, no lo hemos celebrado. Simplemente la hemos incinerado... ¿Amanda...?

—Sí, te oigo, Geraldine. Estoy aquí. Es que me he quedado...

—Perdona si no te hemos avisado, Amanda. ¿Querías estar? No lo pensé. No fue realmente una ceremonia... No se me ocurrió que...

—Tía, lo que hayáis decidido está bien. Es solo que... me impresiona. ¿Por qué no vuelves?

—Aquí...

—Perdona, me llaman por la otra línea. Perdona un instante, tía. Será algún pesado.

Geraldine espera unos segundos. Una musiquita que ella misma debería conocer, puesto que suena en su propia consulta, le llega por el auricular. Si alguna vez había estado en espera, no había reparado en la melodía. No le gusta mucho. *Para Elisa* en una versión de caja de música. Sin aguardar a que su sobrina Amanda acabe de atender la otra línea, Geraldine cuelga. Qué extraño es todo. Esta mañana se siente peor que ninguna. Hasta bajar a desayunar le da miedo, porque es temor lo que siente. Desprotección. Si su hija, mucho más joven que ella, ha muerto, ¿por qué no podría morir ella? Suena el teléfono de nuevo. Es Amanda.

—Perdona, tía. Esto es un follón. Era la madre de esa paciente nueva, la chica anoréxica. Que yo creo que está peor la madre que la hija. A ver si te sientas con ella.

—No te preocupes.

—No sé si querrás que derive alguno de tus pacientes a Duncan hasta que vuelvas. ¿Cuándo me has dicho que vuelves?

—Derívalos. Te tengo que dejar, Amanda. Me esperan. Un beso. Gracias. Te llamo luego más tranquilamente.

Geraldine cuelga. No llamará luego. No quiere. Por alguna razón, afrontar su cotidianeidad laboral de Londres se le hace una montaña. Será por la lejanía, será por el cansancio. Sigue sin dormir bien y comiendo poco. Piensa en su antigua terapeuta. ¿Qué le diría ella? En los últimos años se había puesto

muy gruesa, la diabetes le llenó los pies de heridas difíciles de tratar. Entre una cosa y otra se desplazaba en silla de ruedas y, aunque sufría todo tipo de achaques de la edad, su cabeza seguía siendo de una rapidez fulminante. Con la vejez, además, había abandonado todos los filtros: «A mi edad no hay tiempo para ser educados; la cortesía es para los que tienen toda la vida por delante», aseguraba medio en serio, medio en broma. Soltaba lo que pensaba tal y como lo pensaba. Y acertaba, porque pensaba muy bien. En lugar de ser la vieja terapeuta quien tomaba notas, era Geraldine quien salía de las sesiones con su bloc lleno de apuntes, frases sabias y carcajadas. La anciana la hacía pensar y reír. Geraldine la echaba tanto de menos que cuando murió no pudo reemplazarla y dejó de ir a terapia. ¿Para qué buscar a alguien nuevo? Nadie habría podido sustituirla. Esta mañana Geraldine la recuerda porque, si tuviera un terapeuta a mano, sería el día para llamarlo. Lo nota. No está bien.

«Voy a necesitar dinero». Es lo que está pensando y para lo que había llamado a Amanda. «Tienes que hablar con el banco, que me amplíen el límite de la tarjeta y hacerme una transferencia porque no sé bien cuándo voy a volver», tendría que haberle explicado. Lo escribirá en un mensaje de texto. Es mejor, porque Geraldine no quiere pensar en todos esos pacientes que la esperan, que se creen que la necesitan, como ella misma creía que la necesitaban hasta antes de ayer. Nadie necesita a nadie. Ningún desconocido necesita a otro si al final estás ahí solo ante la muerte o la violencia o el azar, como su hija. A Geraldine ahora le gustaría haber podido alcanzarla, que sus brazos llegaran hasta ella para resguardarla en el momento en que el arma se aproximaba a su cuerpo. Haberla retirado con habilidad, como se retira del peligro a un niño cuyo cuerpo manejable pesa tan poco. Ha soñado que nadaba y había muchas medusas. Intentaba alejarlas a manotazos, pero era imposible. Luego salía del agua en la cala y se metía en la casa abandonada, donde había una cómoda. Abría los cajones buscando algo con que vestirse, aunque solo fueran unos calcetines para no clavarse las piedras en los pies. «Qué cosa más tonta, unos calcetines, ya ves tú lo que pueden proteger. Qué subconsciente más ramplón». Aunque la cómoda se asemejaba a alguna de casa de su padre, los cajones del sueño pertenecían a Kim y a su vez estaban llenos de cajas y cajitas. Dentro de una encontraba otra. Pero por muchas que abriera, no aparecía ese par de calcetines. Ya no había tiempo, tenía que salir hacia algún lugar, no podía ir descalza y se desesperaba. Los cajones de Kim estaban

repletos, pero no de las prendas que le faltaban a Geraldine. Ese desorden hacía más difícil la búsqueda.

Se ha despertado del sueño desasosegada. Ha llamado a Amanda buscando orden, buscando sus referencias de Londres, y solo ahora al colgar se ha dado cuenta: tiene miedo. Pero ¿a qué exactamente? Cierra los ojos y respira. Le faltan sus asideros. Intenta hacer una meditación. Muchas veces esas introspecciones la ayudan a identificar una solución y, si no, al menos la relajan. Pero Geraldine sabe que ni siquiera la meditación, como tampoco la escritura, o la filosofía, o la terapia, o la lectura o el estudio, todo aquello en lo que ha creído siempre, resuelven lo más difícil. Lo sabe porque su propio hermano tiene una enfermedad mental grave, y frente a eso, no hay meditación que valga. Quizá el marido de Kim, ese chico ruso, sea como su hermano, un desequilibrado aquejado de una patología, y contra eso, ¿qué podría hacer nadie? «Si ese fuera el caso, mejor no haber conocido al niño —se dice Geraldine—. Mejor no haberle tenido nunca en brazos, no haber sentido la tibieza de su cuerpo acoplándose al hueco de mi regazo, no haber escuchado su vocecita cantarina, no haberme mirado en sus ojos».

Hace años ya que su hermano Thomas está recluido en un sanatorio. Puede salir durante el día, pero siempre debe regresar a dormir, y él mismo, a estas alturas, es lo que prefiere. Pueden visitarlo cuando quieran y salir con él a comer o a cenar, pero Geraldine no lo visita. Thomas tiene dos hijos, Amanda y Scott, sobrinos de Geraldine a los que apenas trataba hasta hace relativamente poco. De hecho, cuando el padre de Geraldine y abuelo de los chicos murió, ella deshizo la casa sin avisarlos. Su cuñada Mabel, divorciada del hermano hacía años, una mujer por otra parte cordial y razonable, se enfadó y salió en su defensa, pero a Geraldine le dio lo mismo. Hasta que Amanda, su sobrina desconocida, la telefoneó y pidió reunirse con ella. Geraldine aceptó, qué remedio. Se preparó un alegato de defensa para justificar por qué liquidó la herencia tan rápido (en realidad, no había prisa alguna, solo su deseo de quitarse de encima ese engorro). Se lamentaría del gran trastorno que, incapacitado su hermano, había sido deshacer la casa familiar sola. Admitiría que no había sido agradable. Buscaría su agradecimiento, pues el dinero, al fin y al cabo, se había repartido como es debido, aunque no los recuerdos materiales. Explicaría con cifras que no se quedó un penique que no le correspondiera y apenas se reservó tampoco

bienes, salvo algún viejo pijama del abuelo y un par de mesitas de café. «Aquí están los documentos, puedes comprobarlo», diría a su sobrina señalando la carpeta en el café donde se habían citado. No había visto a la chica desde cría. ¿La reconocería? No la reconoció. Amanda la reconoció a ella. Y no mencionó ni la casa ni la herencia. Solo quería una carta de recomendación que pidió con admiración y cariño. Geraldine escuchaba en silencio, sorprendida y un poco avergonzada, observándola mientras Amanda le explicaba que estaba en último año de Psicología y quería matricularse en un posgrado muy selectivo. A Geraldine le gustó Amanda, le recordaba a ella misma, y no solo físicamente. Le escribió la carta, se vieron más veces, la tomó bajo su protección, le ofreció trabajo en su gabinete. Cuando se incorporó, mucha gente pensó que era su hija sin que Geraldine lo desmintiera. En cierto modo lo era, una hija que no había tenido que parir ni criar, una hija intelectual. Al acabar su posgrado, Amanda aceptó quedarse como socia. Ampliarían servicios. Su especialidad era la Psicología del trabajo, era consultora para empresas. Una línea interesante que complementaba la atención clínica de Geraldine, a quien enseguida le gustó sentirse acompañada por el estimulante pensamiento de una joven promesa.

Kim sabía que Geraldine había retomado esa relación familiar, pero para entonces ya vivía en España y si sintió que su prima le había robado el sitio en el corazón de su madre, no lo expresó. Geraldine piensa en ello ahora, en su propia facilidad para abandonar y para sustituir unos afectos por otros, el de John por el de Patrick, el de Kim por el de Amanda. Pero duele tanto que enseguida aparta ese pensamiento.

Escribe el mensaje pidiendo dinero a Amanda, recoge sus cosas y deja la habitación de hotel. John la espera en la recepción con su maleta. La agencia vino ya a llevarse el coche de alquiler, así que toman un taxi hasta la casa de Kim. Allí sueltan el equipaje y enseguida John quiere salir otra vez. Geraldine no se opone, porque la abrumba estar rodeada por los objetos de Kim, que señalan tanto su ausencia.

Geraldine presiona la llave, y las puertas del coche de su hija se abren. Es un momento emocionante. Pensar que hace apenas unos días las manos de Kim sostuvieron ese mismo volante, tocaron esa misma palanca de cambio, pulsaron ese mismo intermitente... Las manos de Geraldine tiemblan, pero no quiere que John lo perciba.

—¿Te ayudo?

Geraldine se asusta.

—¡¿Qué?!

—La llave. Mete la llave en el contacto.

Geraldine está paralizada. Cree que solo lleva unas décimas de segundo abstraída, pero se ve que lleva algo más contemplando el cuadro de mandos del automóvil como si contuviera algún mensaje anhelado, revelaciones mágicas desde ultratumba. Gira la llave y una música ensordecedora emana a todo volumen por los altavoces: «*I need you now, need you now. Say it loud...*».

Una voz de mujer canta sobre un ritmo implacable. Geraldine busca nerviosamente algún botón para apagarla, pero no es capaz de diferenciar unos mandos de otros en ese salpicadero uniforme. ¿Es el volumen o es el aire acondicionado? ¿Son las luces o será el ventilador antivaho? Quién sabe, la radio está integrada. John se echa a reír y dice:

—No lo quites. Me gusta.

Poco convencida pero sin alternativa, Geraldine deja sonar la música. Al cabo de unos compases pregunta:

—¿No está demasiado alta?

Pero John escucha atentamente la letra sobre ese ritmo de baile.

—*Tired of being myself caught up in this world, I never dreamed I could belong to a state that don't see right from wrong...*

—Me encanta. Es interesante.

—*Tied up in disgrace... Never dreamed we would belong in a world, a world that's just gone wrong...*

—¿Cómo se llamará esta artista? —indaga John con curiosidad genuina.

Geraldine mira alternativamente a su exmarido y a la pantallita del equipo de audio que ahora por fin ha logrado identificar.

—Pone AUX —dice Geraldine porque eso es todo lo que ha logrado descifrar—. ¿Qué es *aux*?

—Significa que la música sale del *pendrive* ese. —John señala una pequeña memoria pinchada en el aparato—. No es la radio. Es la música que se ponía Kim. Déjala, déjala.

—John, voy a bajarla un poco, me pitan los oídos.

—Geraldine, te estás quedando sorda. No pasa nada. Es normal a nuestra edad perder oído.

—Yo no me estoy quedando sorda. Es justo lo contrario, oigo demasiado.

—Eso también es quedarse sorda.

La música suena y John y Geraldine se alejan en el coche de su hija, con la sillita del nieto que no conocen acoplada atrás, paquetes de clínex en las guanteras laterales y un trapo sucio, mucha arena, envoltorios de meriendas infantiles, alguna botella de agua a medio consumir, tiques de aparcamiento usados y otras inmundicias que les resultan encantadoras porque son pruebas de una vida vivida y real. Gracias a esas reliquias recuperan la sensación de que ese niño existe y lo pueden encontrar. John saca su bloc y el móvil que compró y marca números.

—Si no bajas la música, no vas a escuchar nada —sugiere Geraldine.

—Sí escucho. Yo no estoy sordo como tú.

—Pues entonces van a pensar que estás loco.

—Estoy loco. ¿Hola? ¿Habla usted inglés? —John ya habla por el teléfono —. Hola, no me conoce, soy el padre de Kim. Me llamo John. ¿Con quién hablo?... Mucho gusto... Gracias. Sí, muy duro. Mire, estamos aquí su madre y yo, y queríamos tomar contacto con sus amigos...

En busca de hilos de los que tirar, John ha comprobado la memoria del teléfono fijo de la casa y ha anotado los últimos números marcados. Geraldine no comparte su fe científica, que cree en la sistematización como camino a la verdad, pero por ahora le deja hacer. Ha decidido que le concede cuarenta y ocho horas de prórroga y luego, tras la sin duda infructuosa búsqueda, se volverán a Londres.

Conduce más tranquila el coche, con el que pronto se familiariza, y así llegan hasta la madre de un compañero de su nieto en el parvulario que los ha convocado en una cafetería del centro, junto a su trabajo.

—Kim y yo nos turnábamos para recogerlos. ¿Han hablado con su profesora de yoga? Igual ella sabe algo... Pero vamos, a mí desde luego nunca me dijo que tuviera problemas con Kostya ni los vi discutir jamás.

La instructora de yoga les dice que el día anterior tenían que haber ido a su casa para su fiesta de cumpleaños, pero que Kim la llamó para cancelar porque el niño tenía catarro.

—¿Se refiere usted al día antes de morir? ¿Y usted cree que era verdad lo

del catarro o le sonó a excusa? Quizá pasaba algo... —indaga John.

—No creo, los niños pequeños se cogen muchos catarros.

La del yoga los manda a la pediatra, que confirma que la excusa es razonable, todos los niños de tres años se acatarran en el parvulario. Y no, ella tampoco ha observado nunca un comportamiento raro entre Kim y Kostya. El niño está bien cuidado, es un niño normal. Y el ruso es simpático, cariñoso, implicado en la casa y en la crianza de su hijo. Más de una vez ha sido él mismo, a diferencia de otros maridos, quien lo ha traído a la consulta.

Pasan todo el día dando vueltas por el pueblo y alrededores, conversando con unos y otros, persiguiendo la sombra de Kim, y es casi como si hubieran estado con ella. Ya tienen un retrato bastante preciso de su vida, y aquella Kim joven que ellos recuerdan, complicada, inestable, extraviada, tiene poco que ver con la mujer que perciben ahora. Este redescubrimiento a ratos los llena de calidez porque trae a Kim al presente, pero enseguida acentúa la sensación de pérdida, son conscientes de que se perdieron lo bueno, conocen la dimensión de lo que han derrochado. Ahora saben que a su hija no le gustaba comprar en grandes superficies, que prefería los puestos del mercado municipal, que su marido es mejor cocinero que ella, que los domingos solían quedarse en casa porque viernes y sábados era cuando él actuaba, que hasta que nació el niño les gustaba ir juntos a esos bolos, que ella lo ayudaba a cargar los amplificadores e instrumentos y aplaudía como la que más. Que últimamente había menos actuaciones, por la crisis, y que para llegar a fin de mes él se había colocado de jardinero en una urbanización. El dibujo se va completando. Todo el mundo responde a su llamada y responde bien, salvo en uno de los números que marcan: en cuanto oyen la voz de John, sistemáticamente cuelgan.

Pero John no se rinde y cuando están con una farmacéutica a cuyos niños Kim daba clases de inglés, John le explica el caso y formula una petición:

—¿Le puedo pedir un favor? Estoy llamando a este número, pero siempre me cuelgan. ¿Puede probar usted desde el suyo a ver si hay suerte? Quizá si llama alguien que habla español la atiendan...

La boticaria accede de buen grado. Está tan conmocionada como los demás por la muerte de Kim y quiere complacer a sus padres.

—¿Por quién pregunto?

—No tengo la menor idea —explica John—, debe de ser alguna amistad

de mi hija o de su marido. Aparece muchas veces en el fijo de casa, pero qué sé yo... Por más que llamo ya le digo que cuelgan. Quizá no hablan inglés — sugiere John benevolente.

—Vaya usted a saber. Hay gente que no quiere líos y se quita de en medio —apostilla la farmacéutica, que, tal y como John intuye, no es ninguna ingenua—. No se preocupe, déjeme a mí.

Y marca. John y Geraldine la observan expectantes.

—Hola..., buenas tardes, la llamo de la farmacia de la avenida de los Delfines. Sí, mire, tengo aquí una receta para usted... Pues no lo sé, la han encontrado por la calle y nos la han entregado a nosotros. Si quiere pasarse a por los medicamentos... La farmacia, sí. De nueve a dos y media cuando quiera, y por la tarde de cinco a nueve... Gracias a usted.

Cuelga y mira a John y Geraldine.

—Ya está. Que viene mañana.

—Pero ¿quién es?

—Ya lo veremos. La voz era de una mujer con bastante acento extranjero.



Mamá no estaba en casa. Kimberley lo sabía porque recorrió todas las habitaciones. Mamá había dicho que estaría, pero que, si por casualidad se retrasaba, usara su llave para entrar, aunque no llegaría mucho después que ella del colegio. Kimberley puso la tele y esperó. Cuando le entró hambre se sirvió un bol de leche con cereales. Cuando volvió a tener hambre se hizo un sándwich de queso derretido en la tostadora. Pensó si debería hacer los deberes o, por lo menos, sacar de la cartera los cuadernos y los lápices para que, cuando su madre entrara en casa, pareciera que estaba trabajando y se pusiera contenta. A Kimberley no le salía estudiar. Le gustaba ir a la escuela y encontrarse con sus amigas y su maestra, que era alegre y cada día traía algo nuevo con lo que sorprenderles. Sin embargo, en cuanto ponía un pie en casa, toda esta buena energía se diluía y, como una bici cuyo ciclista se cansó, Kim iba perdiendo velocidad hasta que, de ir tan despacio, se caía. Donde Kim solía desmoronarse era en el suelo del cuarto que su madre llamaba «de los perros». No había ningún perro en ese cuarto, ya le hubiera gustado a Kim, lo que había eran unas cortinas que llevaban estampados perros de caza a juego con los cojines de las butacas. Era un cuartito para la tele, donde la empleada, los días que venía, planchaba y organizaba la ropa. Kim estaba, como las demás tardes, en el cuarto de los perros, aunque realmente podría haber ocupado cualquier otro espacio, el salón o el dormitorio de sus padres, con esa cama tan grande y tan gustosa, o la cocina, con las galletas tan a mano.

Estar sola en casa era infrecuente. Constituía una oportunidad única para hacer todo lo que habitualmente no le permitían: patinar por el pasillo, poner la tele alta, esparcir los juguetes fuera de sus cajas, probarse los tacones de mamá, jugar con sus maquillajes, curiosear en los cajones de papá, probar los portaminas y los rotuladores que usaba para corregir exámenes. Pero no hizo nada de eso y, aunque nadie la había mandado allí, se recluyó en el cuarto de los perros. Se sentía más protegida, notaba menos la soledad. El silencio del salón, con la luz cada vez más tenue, le producía desasosiego. En el cuarto de los perros podía imaginarse que en la cocina su madre elaboraba la cena o en el estudio su padre preparaba sus clases.

Papá estaba en un congreso y mamá le había prometido que, aprovechando su ausencia, ellas dos harían muchos planes. A Kim le parecía que, desde aquella tarde en que se la encontró en el callejón con el hombre de la moto, mamá estaba distinta, contenta, guapa. Le concedía caprichos y se vestía con ropa bonita. Cantaba canciones divertidas mientras cocinaba e incluso bailoteaba con Kim. A Kim le ilusionaban estos días a solas con Geraldine. ¿La llevaría al cine? ¿O quizá a tomar té en algún salón elegante? A lo mejor podría convencerla de que fueran a montar a caballo. A Kim le hubiera gustado tener un caballo. Geraldine le había contado que ella de pequeña montaba. Cómo le hubiera gustado tener uno. Aunque si un caballo era mucho pedir, quizá su madre le concediera un perro o un gato. Aunque solo fuera un conejo de Indias. Sus padres eran inflexibles: nada de animales, los animales comprometen. Tal vez ahora que mamá estaba tan contenta era el momento de volver a plantearlo. Pediría un gato como el del abuelo, un persa gris gordo y silencioso que según papá parecía un cordero bobo. Pero Kim sabía que no era bobo, era mullido y ronroneaba muy fuerte. Una vez que había dormido con ella en la cama, Kim soñó que volaba en avioneta transformando el ronroneo en el ruido de un biplano. Le gustaba el calor que desprendía el orondo cuerpo del gato-cordero contra el suyo. Se llamaba *Nelson*.

Si al menos esa noche hubiera tenido a *Nelson* con ella, no se habría preocupado, pero estaba completamente sola y, por los faros de los coches en la calle, se daba cuenta de que era tarde. Se puso el pijama. Se metió en la cama, pero se acordó de que no se había lavado los dientes. Su madre siempre insistía en ello. Luego pensó que no había acabado la tarea. Se puso un poco nerviosa pensando en la profesora de francés, que al día siguiente pediría en clase los ejercicios. Le gustaba el francés, salvo aprenderse de memoria tantas palabras tan complicadas de escribir. Su padre la ayudaba a veces y le había explicado cómo era la bandera de Francia y quién era Nelson, la persona, no el gato. Uno que había hecho la guerra a Napoleón, que era francés. Acurrucada en la cama, Kim recordó que su padre había mencionado que si Nelson no hubiera derrotado a Napoleón, probablemente hoy en lugar de inglés, ellos hablarían francés. Pero todo eso había sido hacía semanas, a principio del curso, cuando su padre le había preguntado qué tal el cole mientras su madre calentaba la cena y todavía no iba con el hombre de la motocicleta. Hoy Kim no había cenado más que un sándwich. Sentía hambre y

se preguntaba por qué no volvía su madre. Estaba a punto de dormirse cuando recordó que su padre siempre echaba el cerrojo de la puerta antes de acostarse. ¿Tendría que haber hecho lo mismo ella? ¿Y si la regañaban por descuidada? Salió de la cama a echar el cerrojo y después se durmió.

Soñó con el bueno de *Nelson*. Iban juntos en un barco. El gato señalaba los peces que nadaban bajo las olas. Eran de colores brillantes, como la bandera de Francia. Entonces un pez empezó a graznar, sí, a emitir un sonido persistente y pesado como el de una gaviota. Una y otra vez. La llamaba a ella. ¿Qué quería? Kim se despertó. Sonaba un timbre. ¿Dónde estaba? Ah, sí, en casa, en su cama. Era el timbre de la puerta. Saltó de la cama con temor, recordando que estaba sola. ¿Qué debía hacer? ¿Abrir? ¿Quedarse quieta? Su padre siempre advertía lo peligroso que era para los niños dar confianza a extraños y mucho más en la noche. Descendió hasta el recibidor. El timbre seguía sonando. Era molesto y parecía que ordenaba «Ábreme, ábreme». Kim deseaba abrir solo para que el ruido cesara. Si al menos el gordo *Nelson* hubiera estado con ella, habría sabido qué hacer, aunque también habría tenido que tener mucho cuidado para que *Nelson* no escapara. De pronto, del otro lado de la puerta, reconoció una voz: era su madre. Hablaba con alguien. Kim dio vueltas a la llave y liberó el cerrojo. Allí estaba mamá con el hombre de la moto. El timbre cesó.

—Perdona, cariño, pero has cerrado por dentro y has dejado la llave en la cerradura. No podía abrir.

Su madre hablaba con toda naturalidad, como si no fueran las tres de la mañana, como si apenas hubiera salido un momento al supermercado y acabaran de verse.

—Vuelve a la cama, cariño, es muy tarde —ordenó con suavidad el hombre de la moto.

—Eso, vete a la cama. Ahora voy yo a arroparte —añadió su madre.

Kim se fue a la cama, pero mientras subía las escaleras pudo oír cómo mamá decía al hombre de la moto:

—Es tardísimo. Estamos locos. Tú me vuelves loca. Esto no puede volver a ocurrir. Tengo que separarme ya.

Por la mañana, Kim bajó las escaleras sin hacer ruido. El día todavía no había aclarado y al pasar junto al salón vio parpadear la luz del contestador automático. Alguien había dejado un mensaje. Le encantaba ese aparatito, era

divertido imaginar que quien llamaba se quedaba encerrado dentro, reducido a duende por arte de magia. Su madre entró en el salón con cara de cansada:

—Kimberley, ¿qué haces levantada? Hoy es sábado.

Era verdad, Kim lo había olvidado.

—¿Podemos escuchar los mensajes? A lo mejor son de papá.

Su madre vio la luz roja y preguntó:

—Pero ¿cómo? ¿No escuchaste ayer los recados? —Kim negó—. Te llamé, cariño mío. Te llamé para decirte que llegaría tarde y que no te asustaras.

—No me asusté.

Kim mentía, claro que se había asustado. Había pasado miedo al ver que su madre no regresaba, y quizá más miedo aún cuando regresó y la vio en el descansillo abrazada de nuevo al hombre de la moto. Su madre intuyó que Kim ocultaba sus temores, porque la atrajo hacia sí y la besó.

—No volverá a ocurrir, mi vida. No volveré a dejarte sola. Perdóname.

Kim la perdonó, qué remedio le quedaba, aunque supo que en adelante había la posibilidad de que su madre volviera a dejarla tirada.

Geraldine no volvió a faltar a sus obligaciones. No volvió a desaparecer sin avisar, ni a dejar a su hija sola y sin cena. Cuidó a Kim, que ya tenía once años y pronto entraría en la adolescencia, con el mismo esmero de antes, aunque, eso sí, con la cabeza, quizá el corazón, en otra parte. Hubiera sido impropio de ella abandonar a su hija. Geraldine no padecía un trastorno de personalidad como su hermano, al que, por cierto, hacía meses que no veía. Si aquella vez había desamparado a la cría fue porque, esa tarde y esa noche, Geraldine sintió que se jugaba todo con Patrick. Que para que él dejase a su mujer y pudieran emprender sin ataduras una vida juntos, ella tenía que demostrarle que estaba dispuesta a renunciar a muchas cosas.

Cuando el sábado por la tarde John regresó de su viaje fatigado, aburrido, ninguna de las dos mencionó el incidente.

—Qué cara de cansadas tenéis —dijo John—. ¿Habéis estado de juerga sin mí?

—Sí. Anoche estuvimos viendo películas de vídeo hasta muy tarde —mintió resolutiva Geraldine.

Y Kim no lo negó. Simplemente esbozó una sonrisa y se fue al cuarto de

los perros. La grieta de la confianza en su madre tardaría en repararse.

A la mañana siguiente, son las nueve menos cuarto y ya están en el coche delante de la farmacia.

—Me voy a bajar —dice John abriendo la puerta nervioso en cuanto Geraldine aparca.

—Ni han abierto —le detiene Geraldine.

—Pero si estoy paseando al perro parecerá más natural.

—No sabes ni a quién esperas.

—¿Crees que es mejor esperar dentro? Dentro es más discreto. Podemos fingir que somos clientes.

—En la farmacia no puedes estar con el perro, John. No sé para qué lo hemos traído.

—*Zeus* tiene que pasear.

—Voy a comprarme un periódico —dice Geraldine, que sospecha que la espera será larga y prefiere distraerse.

—Aquí solo venden tabloides, Geraldine. Al coche hay que ponerle monedas.

—Será al parquímetro.

—No tengo monedas. ¿Tienes tú?

—La farmacéutica te da cambio.

—Si estamos dentro del coche, ¿también hay que poner monedas? ¿Cómo se llama la farmacéutica? Nunca sé pronunciarlo.

—Mercedes.

—Merrr-ze-des. ¿Como los coches?

—Ahí está escrito. ¿No lo ves? Junto a la puerta.

—¡Mira!

Una mujer se acerca calle abajo.

—Esa mujer parece española. No es extranjera —dice Geraldine.

—En los países del Este también hay gente morena —apunta John.

—Pero son más altos. Esta es bajita. Mírala. ¿Y por qué tiene que ser del

Este?

—Él es del Este. La amiga por fuerza será compatriota.

—Nunca he visto a una persona del este morena y bajita. Además, estamos en España —discute Geraldine—. Estadísticamente es más probable que pasen cincuenta del lugar, antes que una del Este.

La transeúnte, ajena a esta conversación sobre ella, pasa de largo.

—Mierda —exclama John.

—Cálmate, John, te va a dar un infarto.

Dos mujeres más bajan por la calle. Una es rubia, la otra morena. John se remueve en el asiento. Se detienen ante la puerta de la farmacia. Una saca un paquete de tabaco. Cada cual coge un pitillo y se lo enciende.

—¿No van a entrar? —se pregunta John, impaciente—. En la calle no quiero abordarla. Dentro de la farmacia es más difícil que se escape.

—No te hagas fantasías. Tampoco es ella.

—¿Por qué no entran?

John está nervioso y el galgo lo percibe y ladra.

—¡Calla, *Zeus!* Me deja sorda este perro. Qué ladrido más agudo —protesta Geraldine.

—¿Cómo pueden ponerse a fumar en la puerta de una farmacia? Seguro que está prohibido —se desespera John.

—La gente fuma en cualquier sitio. Mira mi hermano.

—¿Tu hermano? ¿Cómo está tu hermano? ¿Vive?

—Tres cajetillas diarias. Es compulsivo. Sí vive, sí. Está en una clínica, una residencia más bien.

—¿Ya no se pone... de esa forma?

—Ya no tiene brotes. Pero no se puede convivir con él. Se ha vuelto insoportable. Más insoportable. Es un obsesivo y tiene delirios.

—Dale saludos. ¿Se acordará de mí? —John conversa sin quitar los ojos de las dos señoras ni de la puerta de la farmacia.

—Claro que se acordará. Está loco, no idiota. No voy nunca a verlo, John. Su hija Amanda trabaja conmigo. Ella sí va a visitarlo.

—¡Amanda! La recuerdo. ¿Y sabe lo de Kim?

—Claro. ¿Quién te crees que está llevando mi consulta?

Las dos mujeres tiran los pitillos al suelo, una tercera ha salido de un

portal, se ha reunido con ellas y las tres prosiguen su camino calle abajo.

—¡No entran! ¡Se marchan! —exclama John decepcionado.

—¿Lo ves como no eran ellas? ¿Por qué no esperamos dentro de la farmacia tranquilamente? —propone Geraldine.

—¿Y si nos reconoce?

—¿Quién?

—¡La del Este!

—Qué insistencia con el Este. ¿Por qué nos va a reconocer? ¿Y qué más da que nos reconozca?

—Hemos salido en los periódicos.

—Si es rusa como tú dices, no creo que le interese la prensa británica.

—Si me colgaba el teléfono, Geraldine, y es rusa, será que algo oculta. Es la única explicación.

—Tú no hablas ruso. Si ella no habla inglés, ¿cómo vais a entenderos?

—Teníamos que haber llamado a Amparo. Te lo dije.

—Amparo cobra mucho para perder su tiempo con nosotros. No vale la pena seguir molestándola.

—Esto bien vale la inversión en una intérprete.

—No sabemos si vale la pena o es una tontería. Tampoco sabemos si esa supuesta rusa va a venir ni a qué hora. ¿Quieres tener a una intérprete aquí haciendo guardia a cuarenta euros la hora?

—¿Cuarenta euros? ¿Eso cobra?

—Más o menos.

—¿Más o menos? ¿Lo sabes o no lo sabes?

Geraldine calla porque en realidad nunca pensó en llamar a Amparo, ni tiene claro cuánto cobra, porque de momento corre por cuenta del juzgado y el consulado, pero hay que controlar los gastos.

*Toc toc toc*, unos golpes secos en el cristal. Es Merrr-ze-des.

—¿Quieren ustedes meterlo en mi garaje? Vamos. Van a estar mejor dentro, y así no les ponen multa.

Llevan cuatro horas en la botica. Geraldine ha salido a comprar algo para almorzar. No quieren aceptar la invitación de la farmacéutica, que insiste en llevarlos a su casa. John está inquieto e intenta distraerse. Es impresionante cuántas cosas se pueden comprar en una farmacia: zapatos, gafas, cremas de



belleza, barritas energéticas, zumos, sillas ortopédicas... John examina los anaqueles. Y qué atractivas son las farmacias hoy en día. Tan claras y luminosas, tan distintas de las de antaño. ¿Habrá rebotica? ¿Elaborarán todavía fórmulas magistrales o habrán desaparecido también? Por supuesto, la química es una ciencia inferior a la física, pero a John le provoca interés. Geraldine regresa con un pícnic que incluye dos tazas de té aceptable. John encuentra admirables estas capacidades de Geraldine, antaño tan poco apegada a lo doméstico.

—¿Tú tienes colesterol? —pregunta John observando las empanadas que le ofrece Geraldine.

—No, yo estoy estupendamente —se apresura a afirmar ella—, yo me cuido.

—¿Has visto la de cosas que venden para el colesterol? Es un negocio extraordinario. ¿Qué me dices a eso?

—Yo solo tengo la tensión alta —zanja Geraldine, a quien el tema de la enfermedad no le agrada.

Suena la campanita que indica si entran clientes y aparece una chica alta y delgada. Lleva gafas de sol y va directa hacia la dependienta.

—Hola, buen día. Me llaman ayer. Me dice que una receta perdida —afirma con fuerte acento extranjero.

John y Geraldine se miran. La dependienta avisa a la jefa, que sale de la rebotica.

—Hola. Sí, la telefoneé yo. ¿Cómo se llama?

—Vera. Vera Aleksiéovich.

—Estos señores quieren hablar con usted.

John y Geraldine tienden la mano a Vera amistosamente.

—Somos los padres de Kim. ¿Conocía usted a Kim? Hemos encontrado su número en casa.

Vera se tensa. Mira con temor a la farmacéutica y luego a John y Geraldine. Hace ademán de marcharse, pero Geraldine delicadamente se interpone en su camino.

—¿Hablas inglés? Ayúdanos. Solo queremos encontrar al niño. Niño, Vera. Pequeño. —Y hace el gesto de acunar—. Nosotros abuelos, solo abuelos.

Por alguna razón, esto conmueve a Vera y se queda.

La farmacéutica les hace subir a su casa, donde podrán hablar con tranquilidad. Luego los deja solos. El inglés de Vera es tan rudimentario como su castellano, pero logran hilvanar algunos datos. Que es bailarina y trabaja en el Casino Palace, una sala de fiestas. Que vino con un contrato pensando que sería temporal y pronto pasaría a una compañía de prestigio en Barcelona o Madrid, pero que esto no ha sucedido y lleva casi dos años en la costa. Que en el Casino conoció a un hombre y que las cosas no fueron como debían porque ese hombre está casado y solo le permitía salir con él. Que sábados y domingos él se dedicaba a su familia, por lo que ella se los pasaba sola y aburrida en su apartamento. Que Kostya trabajaba de jardinero y chófer para ese mismo hombre, y que así fue como se conocieron. Que enseguida conoció también a Kim porque los fines de semana eran tan largos y solitarios que Kim empezó a invitarla a pasarlos con ellos. Que gracias a Kim y Kostya encontró algo parecido a una familia. Que Kostya convenció a su jefe para que le permitiera comer los domingos en su casa. Que a ella le gustaba hacer planes cotidianos con Kim: acompañarla al súper, cocinar, recoger al niño... Que Kim decía que era como tener una hermana y eso la hacía sentirse útil. Que así Vera mejoró su inglés y que todo iba más o menos bien, hasta que se quedó embarazada del hombre. Que entonces empezaron los problemas. El tipo quiso que abortara y lo organizó todo con una clínica. Su vientre empezaba a abultar, su pecho había crecido y pronto sería difícil ocultar esos signos bajo la malla de baile, no había tiempo que perder. Que Kostya era el encargado de llevarla a la clínica porque eran esos los recados que hacía para el hombre además de cuidar de la piscina: traer y llevar a los niños a sus actividades extraescolares, acompañar a su señora de compras, recoger encargos... Que el hombre tiene negocios, pero que ella no sabe exactamente cuáles. A veces ha visto que compra y vende casas y también barcos, de carga, de recreo, de todo. Que cuando iban en el coche hacia la clínica ella se sintió mal, le faltaba el aire, creyó que se ahogaba. Entonces Kostya paró en un área de servicio, la tranquilizó, le pidió una infusión y le explicó que solo era un ataque de pánico. Kostya la ayudó a calmarse, porque es un hombre muy paciente y tranquilo, y sabe cómo tratar a las personas. Entonces Vera se sinceró y le confesó que no quería abortar, que estaba harta del Casino Palace, de la música enlatada, de las coreografías malas, del vestuario pobre, que estaba arrepentida de muchas

cosas, pero sobre todo de estar con aquel hombre autoritario, zafio, déspota, y, aún más, de aceptar el aborto, porque ya había tenido otro hijo en Rusia años antes, cuando era muy joven, y lo había dado en adopción y no quería volver a renunciar a ser madre. Kostya escuchó y dijo que la entendía, que no se preocupara. Volvieron al coche y dio media vuelta. Kostya la llevó a su casa, donde le contaron todo a Kim, que prometió a Vera que haría cuanto estuviera en su mano para ayudarla. Entre los tres tramaron un plan para que Vera volviera a Rusia con su madre cuanto antes y pudiera tener a su niño lejos del hombre. Luego ya vería cómo empezaba de nuevo. Todo eso había ocurrido hacía nada, apenas dos semanas. Kim había comprado un billete de autocar porque es el modo más seguro de salir de un país sin dejar rastro. Pero la víspera del viaje, cuando terminaba la que iba a ser su última jornada en el Casino Palace y antes de ir a casa de Kim y Kostya, sintió miedo.

—¿Miedo de qué? —pregunta John.

—Miedo del hombre, de que *mi* encontrara, de qué podía hacerme si sabía.

—¿Y qué podría hacerte?

Vera no se atreve a contestar, solo menea la cabeza con pesadumbre.

—Kim y Kostya me tenían que llevar a estación autobús, pero no fui a casa de Kim y Kostya. Tengo miedo y me quedo en apartamento. Y todo ocurrió. Fue una suerte para mí que yo no voy, pero fue mala suerte para Kim. Muy mala suerte.

—¿Por qué? ¿Qué tenía que ver ella? —pregunta John ansioso.

—Yo mientras bailo en escenario de Casino Palace había visto un guardaespaldas del hombre. Pienso qué extraño. Tengo miedo de que me espía, me sigue. Y luego, claro, sé que algo había pasado.

—¿Y qué es lo que pasó?

—El mi amante ha llamado a la clínica y le dicen que yo no había estado nunca allí ni hecho mi aborto. Entonces él enfadado manda a alguien casa de Kostya, que es chófer y tiene culpa, porque no obedece.

—¿A quién?

—Hombres que trabajan para él.

—¿Como Kostya?

—No, como Kostya no. Él es buena persona... Son otros hombres que

trabajan en sus negocios. Kostya solo coche, piscina, ayuda en la casa y enseña guitarra rusa a los hijos.

—Vera, ¿y dices que esos hombres son los que mataron a Kim? —inquire Geraldine, que escucha con más serenidad que John.

—Yo no sé. No he visto.

—Pero ¿por qué la mataron?, ¿qué había hecho ella? —La desesperación es patente en el tono de John.

—Ella y Kostya ayudar a mí. Ellos querían dar castigo a Kostya. A lo mejor ella abre la puerta, quiere defender a Kostya y ellos la matan. Ella siempre muy brava. Valiente. Nunca deja que las cosas mal hechas se quedan así.

—¿Y por qué huyó Kostya? ¿Por qué no llamó a la Policía cuando aparecieron esos matones en su casa?

—Él tiene miedo también. Yo creo ellos matan a Kim y él escapa con niño y salva. Tal vez usa mi billete de autobús.

Vera no ha tocado el plato de comida que la farmacéutica amablemente ha preparado. Hace su relato con angustia, desde que supo que Kim está muerta es la primera vez que puede desahogarse. Pero el miedo sigue en ella y no confía, así que, una vez que lo ha revelado todo, se pone en pie.

—*Mi* tengo que ir.

Pero John y Geraldine necesitan su testimonio. Geraldine intenta ganar su confianza.

—Vera, todo esto que nos has contado es muy importante y te lo agradecemos de corazón. Nosotros queremos encontrar al niño, queremos, si las cosas son como dices y Kostya no hizo nada, ayudar a Kostya, que paguen los culpables. El problema es que solos no podemos. Necesitamos que nos ayudes. Es imprescindible que se lo cuentes a la jueza tal y como nos lo has dicho a nosotros.

Vera calla, lo que Geraldine interpreta como más miedo.

—Estoy segura de que la Policía te pondrá protección —prosigue Geraldine—. No te pasará nada. ¿Entiendes? ¿Sabes lo que es un testigo protegido?

Vera lo sabe y asiente, pero añade:

—Yo no puedo tener mi hijo en *un* cárcel —responde.

—No, claro que no —asegura Geraldine—, tenemos que conseguir que vayan a la cárcel ellos, los hombres que mataron a Kim.

Se hace un silencio. Geraldine espera que Vera añada algo, pero Vera calla, cada vez más huidiza.

—Tengo que ir de verdad —anuncia por toda respuesta.

John la observa silencioso, huraño. Geraldine no quiere dejarla marchar y la sigue hasta la puerta, implorante:

—Tenemos coche. Déjanos acompañarte.

Pero Vera no quiere que salga con ella, no quiere arriesgarse a nada y menos a ser vista con estos ingleses.

—No, tú quedas. Gracias.

—Vera, dinos por lo menos si tienes alguna idea de dónde puede estar Kostya. ¿Te ha llamado estos días?

Vera niega:

—Muy peligroso para los dos. Mejor nadie llama a nadie. Él sabe.

—Pero es imprescindible, Vera, que si sabes algo, lo que sea, de Kostya y del niño...

—Es imprescindible que le cuente todo esto a la Policía inmediatamente —interrumpe John con dureza y sin moverse de la mesa—. No sé cómo no lo ha hecho usted antes, señorita. Es irresponsable por su parte —reprocha.

—¿Policía...? Yo no tengo permiso de residencia..., yo Policía..., es difícil... ¿No lo entiende? Le he dicho son peligrosos. Ellos no tienen miedo de Policía —se justifica la chica aterrorizada.

Molesta con lo que considera una salida de tono de John muy poco útil, Geraldine con afabilidad vuelve a tranquilizarla:

—Vamos a hacer una cosa, Vera. Vamos a consultar con un abogado. Vamos a asegurarnos cien por cien cuál es la manera más segura de que declares. ¿Te parece? Hacemos la consulta y mañana te lo contamos. ¿Dónde quieres que nos veamos? ¿Aquí? ¿En tu apartamento?

—No, mi casa no. Usted no viene a mi casa, por favor. Problemas si viene. Yo llamo aquí, a farmacia. Digo busco receta de los ingleses y digo hora que vengo.

—Perfecto —dice Geraldine—. Estate tranquila, Vera, nosotros te protegeremos. Has hecho muy bien en contárnoslo. No sabes cómo te lo

agradecemos.

Vera sale y Geraldine se vuelve a John:

—Casi lo estropeas todo. Tienes que controlar ese temperamento, John.

John se muestra hosco.

—Menuda zorra —masculla entre dientes.

—¡John! —le reprocha Geraldine—. ¿No me has oído lo que te estoy diciendo?

—Es una mentirosa —insiste John.

—¿Cómo mentirosa? Ha sido muy generosa. Es la primera persona que nos ayuda de verdad. Se juega la vida. ¡¿No has escuchado?!

John guarda silencio, muy irritado. Geraldine no comprende que esta información no le haya aliviado, como a ella. Vera ha colocado la vida y la muerte de Kim bajo otro prisma. Geraldine ha sentido que se descargaba de un gran peso al conocer esos detalles. Ahora sabe que su hija no eligió como compañero a un hombre violento, sino todo lo contrario, a un hombre compasivo. No dominaban en la vida de Kim el caos y el descontrol, como ella temía, sino un orden cálido, el de la amistad. Geraldine siente un consuelo que perseguía todos estos días y por fin está ahí, a su disposición.

—No sé por qué te lo tomas así, John. Yo me siento muy agradecida. Estamos más cerca del final gracias a esta chica. Con esta información, la Policía tiene por fin posibilidades de detener al asesino. Después encontraremos a Kostya y al niño.

—¿Tú te has creído una palabra de lo que ha dicho? Estás peor de lo que creía.

—¿Cómo no me lo iba a creer! ¿Por qué no?

—Es un hatajo de mentiras mal contadas.

—John, desvarías.

—Esta es la amante.

—¿De qué hablas, John?, ¿cómo puedes decir eso?

—Esta era el ligue del marido de nuestra Kim, y la culpa de que esté muerta es de ellos dos. Es absurda esa historia del aborto. No se la cree nadie.

—Yo me la creo.

—Veremos si se lo cree la jueza. Ningún hombre inocente se da a la fuga.

Geraldine se calla porque esta última idea es la única que no encaja.

—Lo normal es que un hombre inocente llame a la Policía, se entregue y lo cuente todo —insiste John. No siente más que amargura, rencor, odio contra esa bailarina cuyos líos se han llevado por delante la vida de su hija.

Geraldine mira a John y sabe que en este momento será inútil intentar convencerlo. No podrá escuchar sus argumentos hasta que se calme y vuelva a ser él.

—Vamos, anda.

Recogen sus cosas y regresan a la farmacia.

—¿Qué tal? ¿Cómo ha ido todo? —pregunta la farmacéutica—. ¿Les ha sido útil la conversación?

—Muy útil, sí. Muchas gracias por la ayuda, Mercedes —responde Geraldine amable—. Nos vamos a casa a descansar un rato.

Intenta tomar a John por el brazo y caminar así hasta el coche, pero él se desliga de malos modos. No está para mimos de ninguna clase.

Al cabo de un par de meses, apenas unas cuantas semanas, eso que tenía que haber salido en otra conversación y no salió, quizá porque cada uno por su lado logró que no saliera, o porque a lo mejor todavía no era el momento o, simplemente, porque les hizo cobardes una leve conciencia de lo que ocurriría cuando pronunciaran esas palabras y soltaran esa bestia, terminó por abrirse camino. Estaban en la casita de campo y Kim jugaba en el jardín.

—John —Geraldine cogió su mano—, John, necesito pedirte una cosa.

John, que estaba leyendo, se removió e instintivamente sintió ganas de retirar la mano. Algo en el tono de Geraldine, en su mirada excesivamente franca, anormalmente tierna, aconsejaba cautela. John deseó levantarse, plantarse en el garaje y montar inmediatamente la barbacoa. Casi dos años después seguían sin estrenarla. Sospechaba que o bien hacía cambios drásticos o no salvaría su matrimonio y así le salió decir:

—¿Qué te parece si probamos la barbacoa?

Geraldine lo miró descolocada.

—Pero John, si está lloviendo.

—Y qué más da. En el porchecillo de atrás.

—John, escucha...

No había forma. Ella quería hablar de algo que John no sabía lo que era, pero estaba seguro de que no quería oír. Y cuanto más lo miraba Geraldine, más urgencia sentía por abrir la caja, montar el artefacto y prender fuego a unos carbones precisamente hoy, aunque lloviera, aunque no tuviera ni idea de cómo atizar la llama para asar unas chuletas. Geraldine retuvo su mano entre las suyas.

—Escúchame.

—A mí me apetece estrenar la barbacoa, Geraldine. Tengo muchas ganas. Déjame. No tardo nada en sacarla del garaje.

A la manera irracional de los niños, John estaba convencido de que con ese pequeño esfuerzo todo volvería a estar bien. El único problema, ahora se daba cuenta, es que de un tiempo a esa parte no había hecho algunas cosas



como a Geraldine le gustaban, pero si lograba hacerlas, aunque a él no le apetecieran ni interesaran, si se esforzaba y las hacía sin juzgarlas, sin resentimiento, todo iría bien y Geraldine dejaría de mirarlo de ese modo.

Pero Geraldine le acariciaba el dorso de la mano nerviosamente, sin venir a cuento, y lo miraba con la misma atención y paciencia de una maestra de escuela a un crío difícil, pero a la postre gobernable. Tanta calma, tanta condescendencia no podían significar nada bueno. John lo intuía porque últimamente eran raras esas muestras de cercanía entre ellos.

—Quiero que nos separemos, John. No veo otro camino.

Pobre John. Se quedó de una pieza. No le había dado tiempo a recuperar del garaje la barbacoa y ya era inútil el gesto. A bocajarro preguntó:

—¿Qué te pasa? ¿Ya no me quieres?

Lo preguntó como lo preguntan los niños, convencidos pero sin meditarlo, igual que su hija Kim le sondeaba a veces: «Papá ¿tú me quieres?», para que él respondiera: «Muchísimo. Infinito». ¿Hay otro modo de reaccionar ante un cataclismo? Pero a diferencia de la niña, que conocía la respuesta y solo quería confirmarla, John lo preguntó honestamente, ignorando la respuesta. Él sí quería a Geraldine. A pesar de las discusiones, de las tensiones, de las manías, de esas nuevas disciplinas seudointelectuales, seudocientíficas a las que se entregaba en cuerpo y alma, de tantos aspectos de ella que lo sacaban de quicio, la quería y la necesitaba. Todavía hoy, como aquel día en la cafetería después de natación, algo dentro de ella, algo que no tiene nombre ni se puede describir con palabras, le parecía un bien precioso.

Geraldine le miró y no contestó. John había temido muchas veces ese momento. Quizá lo temía incluso desde antes de conocer a Geraldine. Toda su vida había temido no ser querido y ser abandonado. Y era tanto el terror que le producía el día en que eso llegara que a modo de conjuro lo imaginaba muchas veces, viéndose solo, sin nadie que lo esperara en casa. Únicamente había estado solo siendo estudiante, en esa época en que le dolía la espalda y se tiraba sobre el suelo duro. Es verdad que, en ocasiones, tras alguna discusión con Geraldine, más por rabia que por deseo, también había fantaseado con volver a ser, como sus alumnos, libre y soltero, sin ataduras ni obligaciones, y poder conquistar a otras mujeres más comprensivas y generosas que Geraldine. Alguna oportunidad había tenido de dejarse seducir en los congresos internacionales e incluso con alguna alumna de doctorado. Pero

nunca le había valido la pena caer en la tentación. No era de esa clase de personas. Una aventura se le antojaba una complicación inmanejable. Sabía que otros lo hacían, que compañeros de departamento tenían *affaires*. En los bares de los hoteles donde se alojaban durante los congresos, alguna vez le había parecido detectar a alguna chica de alterne charlando en la barra con otro viajero como él. Si bien su sueldo de profesor no daba tanto de sí como para permitirse esos lujos, para John el obstáculo no era el dinero, sino la propia naturaleza de esas relaciones livianas, intrascendentes, basadas en la satisfacción del cuerpo. Aunque hubiera sido multimillonario y menos puritano de lo que era, la relación con una prostituta no era para él. La idea de pagar por recibir afecto le resultaba deprimente. Por otro lado, sentía temor a no estar a la altura, a no saber qué decir o cómo actuar frente a aquella mujer desconocida. Estaba seguro de que le intimidaría y sería incapaz de cumplir. El sexo fuera de lo convencional siempre le había dado miedo. Bueno, como tantas otras cosas.

—Es una costumbre. Nada más. Te habitúas —dijo al fin Geraldine soltando su mano—, los dos nos hemos habituado, John, el uno al otro. Pero creo que debemos aspirar a otra cosa. Nos queda tanta vida por delante...

—Ya no me quieres —confirmó John a su pesar. Era lo único que le interesaba de aquellas frases de Geraldine.

De pronto lo había comprendido en toda su magnitud, precisamente porque a Geraldine no le costaba nada mantenerle la mirada y lo contemplaba ya con la misma cordial distancia que a uno de sus pacientes.

John, Geraldine y el perro *Zeus* ven la tele en el salón de la casa de Kim. John dormita. El canal internacional de la BBC emite noticias y Geraldine se fija en todas aquellas en que algún inocente ha perdido la vida de modo casual, inesperadamente. No era consciente de cuántas formas distintas hay de morir. Habituada como está por su profesión a los hospitales, ella piensa en la muerte y automáticamente la asocia a un proceso de enfermedad. Pero los que pierden la vida como su hija no pasan por los hospitales, van directamente al depósito de cadáveres, donde no hay ni esperanza ni solución. Ella perdió a su madre por una enfermedad que, aunque fue rápida, dejó margen para todas las fases de la despedida. Una muerte como la de su hija no la había conocido nunca. En su entorno social la gente no muere de manera violenta. Qué afortunada ha sido hasta ahora.

Hace un rato, poco después de hablar con Vera, han discutido. John quería ir directamente a la comisaría; Geraldine cumplir la palabra dada a la chica y consultar con un abogado sobre la mejor manera de proceder.

—¿La mejor manera?! Ella está implicada, Geraldine. Es cómplice. ¿No te das cuenta? ¿Por qué quieres protegerla?

Geraldine ha creído a pie juntillas el relato de Vera y está de su parte. Pero viendo el estado de alteración de John y pensando que quizá tenga algo de razón, Geraldine ha decidido seguir su criterio y poner rumbo a la comisaría. Les ha costado llegar, muchas calles están cortadas por las fiestas. Después de dar vueltas han logrado aparcar. En la comisaría hay poca actividad y cuando han preguntado por la inspectora que lleva el caso, les han informado de que hoy libra. John ha montado en cólera. Se ha negado a ser atendido por otro agente, con el problema añadido de que no había nadie para traducir. La aportación de Vera constituye una información demasiado delicada para dejarla en manos de cualquiera. John desconfía, teme nuevas filtraciones.

En el coche, de vuelta a casa de Kim, Geraldine intenta convencerlo de que esperar a que la inspectora se reincorpore mañana no es tan grave.

—Mientras tanto, podemos pedir a Amparo que nos busque un abogado serio. O al consulado, si te quedas más tranquilo.

—No —contesta John, tajante—, me niego. Esta información solo puede ir la inspectora que lleva el caso o al juez.

John dormita ahora en el sofá, seguramente agotado por los altibajos emocionales del día. Pero debe seguir barruntando, porque de pronto se espabila y pregunta:

—¿Por qué no llamas a la farmacéutica?

Geraldine le mira sin entender bien.

—Por si la bailarina ha llamado otra vez.

Geraldine hace la llamada, pero la boticaria confirma que no hay noticias de Vera. No es de extrañar, es demasiado pronto. John está nervioso y sospecha de todos:

—Y la farmacéutica, ¿se habrá estado callada?

—Claro, John. No sabe de qué hablamos con Vera. Respetará nuestra intimidad. No ha hecho preguntas, es una mujer prudente.

Suena el timbre de la puerta y Geraldine se sobresalta. ¿Quién será? ¿Por qué? Cualquier suceso imprevisto, por insignificante que sea, ahora la intimida. Pero es solo la vecina.

—He visto que estaban en casa —dice la señora y sonrío al tiempo que le entrega un fajo de cartas—. La correspondencia. El cartero me la ha ido entregando estos días.

Geraldine le da las gracias.

—La publicidad la he tirado —aclara la mujer y se mantiene fija en la puerta esperando a ser invitada a entrar—. No me ha parecido que hubiera nada importante. El banco y cosas así.

El banco. Un día tendrán que cerrar las cuentas de Kim. Geraldine no ha pensado cómo se hará todo eso. ¿Se puede cerrar una cuenta de banco, liquidar un contrato de alquiler, dejar de pagar los plazos del coche de una persona muerta pero cuyo marido se ha dado a la fuga? Aunque sea prófugo de la Justicia, un sospechoso, un asesino, Kostya también tiene derechos y obligaciones. ¿Y si John y Geraldine no hacen nada? ¿Serán responsables económicamente puesto que ocupan la casa?

—¿Se van a quedar aquí? —pregunta la vecina al ver las maletas en la entrada. Con cuatro palabras de inglés que habla Charo y tres de español de Geraldine, más o menos entiende que se quedarán, pero apenas un par de días.

Geraldine decide tantearla. ¿Conocerá a Vera?

—Hay una chica que... no sé si usted la conoce... —empieza Geraldine, pero se interrumpe. Quizá no sea prudente mencionar la nueva información de la que disponen.

—¿Una chica...? ¿Qué chica? —pregunta la vecina.

—Una chica... Quiero decir que si conoce usted a alguien para limpiar —improvisa Geraldine haciendo el gesto de barrer y pasar el trapo. Mejor callar de momento y no complicar las cosas. Si esta mujer supiera algo, sin duda se lo hubiera contado a la Policía el primer día, cuando la interrogaron.

—Tengo una asistenta muy buena. Puedo preguntarle si quiere venir unas horas. ¿Está muy...? —La vecina no se atreve a concluir la frase, «sucio de sangre», quizá pretende decir.

Geraldine lo intuye, pero no quiere darle el gusto de aclarar nada y calla.

—Mañana le digo algo —concluye la vecina— y si no encontramos a nadie, yo misma me paso a ayudarla. Me da tanta pena lo de Kim. A todas horas me acuerdo de ella.

—Muchas gracias.

Geraldine cierra la puerta con suavidad, pero sin dejar lugar a las dudas: no necesitan visitas.

—¿Quién era? —pregunta John desde el salón.

—La vecina.

—¿Por qué te cae tan mal?

—No me cae mal.

—Te cae mal. Te lo he notado en el tono. Y además no la has invitado a pasar.

—No me cae mal.

—Te cae fatal y casi no la conoces. Eso lo has hecho siempre.

—¿Qué dices?

—Siempre. La gente te cae mal a primera vista, sin motivo.

—Y bien también —replica Geraldine.

—Principalmente mal —puntualiza John.

¿Qué mosca le ha picado? ¿A qué viene esto? Geraldine prefiere no contestar, es mejor ignorarlo. Será el mal humor que arrastra desde que han hablado con Vera y no han encontrado a la inspectora. «Anochece y habrá que

pensar en la cena», se dice Geraldine y se mete en la cocina.

En estos días no se han preocupado de provisiones, más allá del pienso para el galgo. ¿Habrá algo en la nevera? Con un poco de pan y algo de queso, prepararía unas tostadas, algo ligero bastará. Geraldine se planta delante del frigorífico, pero la invade la pereza, la resistencia a enfrentarse a lo que jamás hubiera tenido que conocer, la intimidad de su hija sin su hija. Sale de la cocina y se vuelve a sentar en el sofá. John le sirve *whisky* de una botella que acaba de abrir. Él ya se ha puesto una copa. John advierte el fajo de correspondencia que Geraldine ha dejado sobre la mesa, pero no comenta nada. Ella va abriendo sobres, parecen del banco. ¿Qué saldo tendría Kim? ¿Cómo le iba? Geraldine examina el extracto. Sigue habiendo movimientos, gastos fijos, domiciliaciones... La máquina económica no se detiene ante una incidencia como la muerte. Lo que se compró hay que seguir pagándolo también desde la tumba, el juego no admite excepciones. A Geraldine le parece cruel y siente el impulso de telefonar al banco, a la compañía eléctrica, a la del teléfono, el agua, y contarles, gritar a los operadores que sepan del dolor que causa su indiferencia. Por suerte, se da cuenta de que se está dejando llevar por una rabia que luego la agota. Corta los pensamientos dañinos. Deja las cartas y se levanta. Mejor estar ocupada.

—¿Qué te pasa? —pregunta John.

—Nada. Voy a hacer la cena.

Entra en la cocina. Mete en el lavavajillas platos, vasos, tazas, sartenes, en el fregadero desde el día del crimen, sin duda los mismos en los que comieron Kim y su familia por última vez. Ayer cuando se instalaron no tuvo energía para hacerlo. John escucha su ir y venir, el entrechocar de la vajilla, y no presta atención hasta que de pronto oye un lamento que es un aullido y acude alarmado.

—¿Qué te pasa?

Geraldine, apoyada en la encimera, la cabeza gacha, los ojos cerrados, llora. La nevera está abierta. John ve yogures, leche, mantequilla, mermelada, mostaza, lo normal en una familia, salvo porque la lechuga está marchita, los tomates mohosos, los filetes podridos. Llevan allí más de una semana y huelen mal.

—Vete a tomar el *whisky*. Corre, vete. Yo me encargo —dice John.

Saca una bolsa de basura y va tirando lo descompuesto. A él no le afecta

como a Geraldine. Esta limpieza es un acto mecánico, casi agradece tener algo de lo que ocuparse porque, según avanza y pone las cosas en orden, va recuperando el equilibrio. Le gusta pensar que cuando termine, esa nevera volverá a presentar un aspecto correcto y, de alguna manera, también lo demás se ordenará. Friega de arriba abajo encimera, recipientes y va eliminando la podredumbre. Puede escuchar cómo en el salón continúa el soniquete de la tele y, de vez en cuando, también el llanto de Geraldine. Pero John no se inquieta. Llorar se ha convertido en algo normal, asumible. No es necesario consolarse mutuamente, sino aceptarlo y actuar con naturalidad, estando ahí junto al otro sin más. Cuando termina de secar la última bandeja, Geraldine se asoma a la cocina, al fin serena.

—Lo siento.

—No pasa nada —dice John, ya sin mal humor.

—Qué limpio has dejado todo —añade Geraldine como un cumplido.

—Claro. Siempre me ha gustado fregar. ¿No te acuerdas?

—Me acuerdo de que preferías fregar a hacer barbacoas. —Sonríe Geraldine—. Si todavía te gusta fregar, John, ¿por qué tienes así tu casa?

Eso mismo se pregunta John. ¿Por qué limpiar esta cocina ha sido un momento agradable y en cambio su casa se ha convertido en un sufrimiento?

—Yo qué sé. Ahora me ocupo de la cena.

—No. Vamos a salir —propone Geraldine.

—No. Vamos a cenar aquí —sentencia John. Quiere seguir siendo útil a su hija cuidando de su casa. Le da satisfacción volver a colocar cada alimento en su lugar: la misma mantequilla que eligió Kim y que untaba en sus tostadas, los mismos yogures, las mismas latas de cerveza, los mismos frascos de mayonesa, de mermeladas. Ha abierto el congelador, ha inspeccionado los armarios: hay pasta, arroz, especias, atún, latas de tomate...

—Puedo hacer una pasta si te apetece —propone y se pone manos a la obra.

La oscuridad es densa. No hay sonidos. Geraldine abre los ojos y no sabe muy bien dónde está. Luego recuerda: en España, en la cama de su hija. Entonces, en el pecho siente un golpe, un sabor impreciso en la boca. Lo peor es el despertar. Si duerme olvida, pero con cada despertar su hija vuelve a morir. Geraldine consulta el reloj. Solo son las dos de la madrugada. Todavía no puede levantarse, demasiadas horas hasta el amanecer. ¿Podrá volver a

dormir? Se levanta para ir al baño a tientas por esa casa que apenas conoce. Mejor no encender la luz para no molestar a John, que él disfrute de su sueño si puede. Pero al dar la luz del baño ve la puerta entreabierta del otro dormitorio. Donde debía estar durmiendo John no hay nadie. La cama está sin deshacer. Solo su maleta y el viejo barómetro del mercadillo. Extrañada, baja al salón. ¿Estará desvelado? ¿Se habrá dormido frente a la tele? En el salón no hay nadie, la tele está apagada. Tampoco hay luz en la cocina, ni en el jardín. El galgo en su cojín se remueve, levanta la cabeza, la mira, pero se vuelve a enroscar tranquilo. ¿Dónde está John? Son las dos y cuarto de la mañana. Geraldine coge su móvil y llama. Pronto se da cuenta de que es una acción inútil porque el terminal de John está sobre la mesa y suena sin que nadie lo coja. Pero John tiene otro móvil, el español. Lamentablemente, Geraldine no conoce el número, no tuvo la prudencia de anotarlo. No sabe qué hacer. Está inquieta, la noche la desasosiega. Tanto el silencio como el motor esporádico de un coche que pasa a lo lejos, todo se le hace extraño. Está sola en esta casa. ¿Dónde se ha metido John? No se le ocurre a quién preguntar. En esta ciudad desconocida no conocen a nadie.

Poco después, Geraldine conduce lentamente rastreando cada esquina que le resulta familiar: la calle del hotel, los restaurantes de primera línea de playa, los bancos del paseo marítimo, la farmacia... Todo está cerrado y desierto. No se ve un alma. De pronto siente miedo. ¿Qué hace sola en este lugar fantasmal? Hubiera sido mejor traer al galgo consigo. Es flaco, pero acompaña. Una pareja se dirige con paso lento de vuelta a un hotel, ignorantes de su desasosiego. Geraldine gira en una calle, a lo lejos hay gente. Conduce hasta allí. Es un grupo de hombres trajeados que salen ¿de dónde? Casino Palace. Ah, es la sala de fiestas donde Vera mencionó que trabaja. Geraldine aparca. Tiene una corazonada y a paso apresurado sube una escalinata que intenta ser grandiosa, pero el portero le impide la entrada.

—Estamos cerrando, señora. No queda nadie dentro.

—Estoy buscando a mi marido.

—Pues no hay nadie dentro. Hemos cerrado, le digo.

El portero no es ni español ni inglés, pero se maneja lo suficiente en esta lengua para desembarazarse de los clientes.

—Mi amiga es bailarina. Vera. Se llama Vera. ¿Puede llamarla? Trabaja aquí.



—No. Las chicas se fueron. Todo el personal ya se fue.

El portero no admite negociación. Esto debe de ocurrir muchas noches, turistas rezagados, borrachos, almas perdidas con ganas de juerga que intentan convencerlo con todo tipo de artimañas.

—La zona de discotecas está por allí. Al fondo de esta calle, en la carretera. Si quiere una copa, señora, puede probar allí.

Geraldine ya estaba bajando las escaleras despacio.

—No, no, no quiero una copa. ¿Por allí?

Será porque es una señora mayor, va sobria y no responde al tipo de los pesados habituales, pero el portero adopta un tono más amable.

—Sí. Allí suelen ir todos después de aquí. No va a encontrar nada más abierto. Si su marido está en algún sitio, será allí.

—Gracias. ¿Y Vera? ¿Usted no sabe dónde está?

—No. Yo no sé nada. Ni de las chicas ni de su vida. Ande con cuidado, señora, es tarde y a estas horas solo hay borrachos. Y los borrachos...

El portero quizá la haya tomado por una esposa celosa en busca del marido adúltero.

—¿Qué? —pregunta Geraldine.

—Se meten en líos.

—¿No me puede decir dónde vive Vera?

—No se lo puedo decir porque no lo sé. Busque a su marido. Es más importante su marido que Vera. Chicas hay tantas...

Geraldine no insiste más. Se mete en el coche y piensa. Al cabo de unos minutos el portero, ya sin uniforme, pasa por la acera junto a ella.

—¿Todavía está aquí? Márchese. Hágame caso, los borrachos tienen malas ocurrencias. Váyase a casa.

—No puedo —contesta Geraldine y es la verdad—, no puedo. Tengo que encontrarle. Mi marido... No es mi marido, es mi exmarido, y Vera...

—Usted cree que están liados —sugiere el hombre.

Pero Geraldine no responde, porque de pronto ha pensado que quizá John ya esté de vuelta en casa y ahora esté él preocupado por ella. Saca su móvil y llama, pero nadie contesta. Decepcionada, lo vuelve a guardar. El portero la observa inmóvil.

—Perdone.

Geraldine lo mira a los ojos muy directamente, sin miedo. Nadie le hará daño hoy. Es demasiado improbable que dos desgracias acontezcan seguidas. Estadísticamente es casi imposible.

—Nuestra hija ha muerto. Vera la conocía, eran amigas, y mi marido quería hablar con Vera. Por eso creo que ha venido aquí y que está con ella.

El portero se queda callado. Quizá haya atado cabos, quizá esté intentando ligar toda esta información.

—Pero usted no es rusa.

—No. Yo soy inglesa y mi hija también lo era. Como su padre, mi exmarido.

—¿Un señor inglés alto? ¿Pelo blanco?

—Sí.

—Estuvo por aquí, pero salió enseguida. Iba solo. Hace ya bastante rato. Mucho antes de que cerráramos. Estaría acabando el primer pase.

—¿Y no sabe usted adónde fue?

—Vera no ha trabajado hoy. Creo que estaba enferma. ¿Ha probado usted en la zona de los ingleses?

Son unas calles llenas de *pubs*. Allí recalán los más bebedores porque son locales de música en vivo y la ordenanza les permite cerrar más tarde. La gente sale, entra, algunos se despiden y remolonean sin ganas de meterse en la cama aún. Geraldine conduce despacio, examina cada puerta, cada transeúnte, pero este rastreo hay que hacerlo a pie, así que aparca. De nuevo lamenta no haber traído a *Zeus*. Un perro hubiera disimulado este extraño paseo. Puerta a puerta se va asomando. Hace años que no sale por la noche. Su vida londinense incluye cenas y reuniones con amigos, por supuesto, no es una ermitaña, pero hace años que no pisa un bar nocturno. La música la sorprende. En unos por antigua, éxitos de décadas pasadas, en otros por estridente. ¿Es esto lo que escucha la gente? En uno de los bares los acordes le resultan familiares: «*I need you now... Say it loud...*». Es la canción del coche de su hija. «*I never dreamed I would belong...*». En una diminuta pista de baile, junto a una mujer de más de cuarenta bastante pasada de copas, lo distingue.

—¡John!

Se siente aliviada al verlo sano y salvo, muy aliviada, y enfadada también.

—¿Por qué no me avisaste si ibas a salir?

—*Tired of being myself caught up in this world...* —John canta y gira sobre sí mismo.

—¡Me tienes que avisar, John! Si vas a salir, me tienes que avisar... —Geraldine grita. La música está tan alta que cuesta hacerse oír—. Si yo salgo, te aviso.

—Tú no sales.

—¿Qué?

—Te estás quedando sorda.

—¿Qué?

—Tómame una copa.

—¡No te oigo!

La canción termina y John mira al hombre que hay detrás de la barra, le hace un gesto al tiempo que muestra un billete de cinco euros. El hombre meneaba la cabeza, pero se vuelve al equipo de música, pulsa una tecla y la canción vuelve a empezar. La cuarentona estalla en carcajadas. John deja los cinco euros sobre la barra y vuelve a bailar en la pequeña pista. «*I need you now... Say it loud...*».

—¡Con lo que te has gastado te podías haber comprado el disco! —exclama la borracha entre risas.

—Ya tiene el disco —dice Geraldine de mala gana y tira de la manga de John—. John, vámonos... John, es tarde.

Logra sacarle del local y caminan hacia el coche, pero de repente John se detiene.

—¿Qué te pasa? ¿Te has olvidado algo? —pregunta Geraldine, pero John no contesta—. ¡Vamos, John! —insiste ella y vuelve a tirar de su manga. Pero él no se mueve. Su gesto se ha contraído y Geraldine empieza a vislumbrar que algo pasa.

—¿Te duele algo?

—No puedo andar.

—¿Cómo que no puedes andar?

—Me ocurre a veces. Se me pone un dolor.

—¿Qué dolor?

—Déjame. Ahora se me pasa.

—No podemos quedarnos en medio de la calle.

—Déjame.

—Vamos, John. En casa te tumbas y descansas.

—No puedo andar. Cuando me da, no puedo andar. Ahora se me pasa.

—Pero ¿dónde te duele?

John no contesta, solo se apoya más en Geraldine. Se agarra de su brazo. Ahora le está haciendo daño.

—John, nos vamos a caer. John, intenta dar un paso... John.

No contesta. Debe de dolerle bastante lo que sea que le duela. Geraldine recurre a otra solución:

—Aguanta. Espérame aquí. Voy a por el coche. ¿Puedes esperarme aquí? No tardo nada.

A duras penas, John asiente y Geraldine marcha a toda prisa.

Cuando Geraldine regresa al volante del coche de su hija, no ve a John. «¿Dónde se ha metido? ¡Maldito desobediente! ¿Se habrá vuelto al bar?». Geraldine no tiene hueco para aparcar, así que no le queda otro remedio que dejar el vehículo en mitad de la calzada y bajarse. En la acera ve a John en el suelo, los ojos cerrados, inconsciente.

Nunca había tenido esta sensación. Trabajaba porque le gustaba. Estudiaba porque quería, por la satisfacción de hacerlo, de comprender y de descubrir. Era entretenido, era la actividad que más placer le daba. Nunca había tenido que decirse «Ahora voy a estudiar, voy a leer, voy a investigar, voy a preparar esta clase», simplemente lo hacía. Toda su vida. En los últimos meses, sin embargo, la mera idea de ponerse en marcha le producía repulsión. Imaginarse sentado ante su escritorio le desmoralizaba, porque sentarse allí hubiera exigido un paso previo: levantarse del sofá, salir de casa y eso sí que le resultaba inconcebible. Era prisionero de su abulia, según la educación que había recibido de sus padres una de las más graves faltas de carácter. No obstante, incluso pecar contra los rígidos mandamientos morales de su familia le era indiferente. La pereza lo tenía atrapado entre sus zarpas de niebla, invisibles pero tenaces, y no podía defenderse. Como una manta muy pesada, la desgana lo envolvía y lo anclaba al sofá o a la cama o a la banqueta delante de la absurda barrita de la cocina americana de su apartamento de separado. Se pasaba horas enteras simplemente mirando por la ventana la actividad de la calle, por otro lado previsible. Unos descargaban género de un camión, otros entraban a comprar en una tienda, aquellos paseaban un perro, los de más allá empujaban un carrito de bebé, alguien corría para subirse al autobús, uno vendía la prensa. Suficiente para no pensar en nada. Más que una disposición moral o mental, su indolencia era una sensación física, como la de una larva que no puede ser más que lo que es ni hacer más de lo que hace. Le parecía que el corazón le latía despacio y que la cabeza también bombeaba pensamientos lentamente. A lo mejor era ese el problema. Intuía que si se hubiera movido, la inercia de la marcha podría hacerle ganar velocidad de pensamiento y quizá de acción, pero la sola idea de tomar impulso y desplazarse le producía malestar. Quería y no quería moverse. Quería y no quería estar bien. Leer, estudiar, analizar y tomar notas, charlar con los compañeros de departamento, bromear con los alumnos como antes, no podía desearlo menos. Estaba solo en ese patético apartamento de soltero y cuando se aproximaba el momento en que debía recoger a Kim para pasar con ella los

días acordados en el divorcio, se alteraba. Se veía incapaz de cuidar de ella.

Fue uno de esos viernes cuando se le ocurrió la solución de visitar a su madre. Ya viuda, la mujer se alegró de recibir a su hijo y a una nieta de la que poco había disfrutado durante el matrimonio con Geraldine. A John hacer el esfuerzo de comprar dos billetes de tren para llegar hasta su ciudad natal le pareció factible, porque le compensaba. La manta de piedra le dio unas horas de tregua y John fue capaz de recorrer el trayecto entre su casa y la estación de ferrocarril. Eran cuarenta minutos a buen paso y tuvo que reconocer que ese propósito en la vida (sacar dos billetes de segunda clase en un tren regional) le hizo sentirse ligeramente mejor.

Ese primer fin de semana en casa de su madre no fue fácil. La manta de la molicie se había colado en su maleta y, en cuanto cruzó el umbral del viejo hogar conocido, sintió cómo le caía sobre los hombros obligándolo a hacer nido en el sofá. La abuela se entretuvo con la niña y la niña con ella. A pesar de que John sabía que la inactividad era un defecto insufrible para su madre, solo comparable con la suciedad, el desorden y el despilfarro, la mujer no mencionó la niebla invisible que petrificaba a John. No era porque no se percatase de su holgazanería enfermiza, no lo mencionaba sencillamente por no avergonzarle más. Hasta en eso su madre era una buena mujer que aceptaba vivir como había vivido siempre, austeramente, minúsculamente, sin aceptar nunca la ayuda económica que John en múltiples ocasiones le había ofrecido. En la pequeña casa, Kim compartió cama con su abuela, mientras John regresó al dormitorio que no había vuelto a pisar desde la universidad, salvo los días anteriores y posteriores a la muerte de su padre algunos años atrás. Y allí, en su vieja cama, descubrió que la inmovilidad a la que lo sometía la imaginaria manta de pedernal podía combinarse perfectamente con otro malestar, la falta de sueño. No logró pegar ojo ni el viernes ni el sábado, y lo peor es que se llevó el insomnio de vuelta a Londres. El domingo por la tarde, cuando le entregó la niña a Geraldine, esta no pudo evitar comentar:

—Qué mala cara tienes, John.

John besó a su hija y no contestó.

—Te veo en dos fines de semana, amor.

—¿Volveremos a casa de la abuela? —dijo la niña.

—Sí, desde luego —contestó John y se marchó.

Geraldine estaba guapa. Había perdido un poco de peso o quizá era la

ropa nueva más ajustada, de otro estilo, que le sentaba bien. Para qué engañarse, mientras él estaba hecho una piltrafa, ella resplandecía. John apretó el paso. Mejor regresar a la madriguera sin volver la vista atrás. No quiso meterse en el metro. Aunque entre su apartamento y la nueva casa de Geraldine había una distancia considerable, prefirió caminar porque el esfuerzo de viajar en un vagón con otras personas le pareció inmanejable. Mejor caminar, un pie detrás de otro. Y mientras marchaba, se le vino a la cabeza esa palabra: «amor». No era un apelativo que él usara habitualmente, pero esa tarde, delante de su resplandeciente exmujer, le había salido espontáneamente al despedir a su niña. «Amor» era algo en lo que él nunca pensaba, pero que había tenido y que ahora podía reconocer y describir, aunque ya no lo alcanzara.

Que aquella abulia y el amor perdido eran caras de la misma moneda se lo reveló meses después Kim. Geraldine le había pedido que se quedara con la niña quince días porque ella tenía un curso en Arizona con no sé qué gurú (el mero nombre de Arizona le pareció a John la cosa más irrisoria que había escuchado en su vida y le hizo detestar a Geraldine más de lo que ya la odiaba por la frívola deriva de sus creencias y de su vida). Como estaban en pleno curso escolar, John y Kim no podrían instalarse con la madre de John, que es lo que él hubiera preferido, así que tuvo que alojar a la cría en su estúpido apartamento de separado con su estúpida barrita americana y su estúpida y ridícula cocina. Le parecía la peor derrota que su hija lo viera tanto de día como de noche en ese contexto indigno. Pero a la niña le entusiasmaba el apartamento y en especial la barra. Nada le divertía más que servir en ella desayunos y cenas. Jugaba a que era una cafetería, y a John, el deleite de su hija con su ridícula vivienda de juguete lo liberó de cierta mala conciencia por recluirla allí. Las dos semanas fueron más gratas de lo previsto. Apenas tuvo que esforzarse por sonreír, Kim se encargaba de entretenerlo, de arrastrarlo al supermercado, de buscar programas idiotas en la tele. John la veía preparar las comidas y pensaba que habría sido bonito conseguir un delantal y un gorro de chef para ella, si hubiera tenido la energía para averiguar dónde se compraban esos artículos y desplazarse hasta la tienda. Se imaginaba siendo ese tipo de padre, recogéndola del colegio alegre y lleno de energía, con un paquete bajo el brazo y provocando la impaciencia de Kim por abrir el regalo. Sentía que hubiera podido comportarse así, que llevaba dentro a ese otro John

entusiasta y positivo, pero que no había forma de sacarlo a la superficie.



El hospital es público y a Geraldine le causa buena impresión. Aunque hay demasiada gente en los pasillos, el trato de los profesionales es bueno y experto. Aún no tienen diagnóstico ni tratamiento, pero el médico que los ha atendido parecía verlo claro con el primer tacto: una hernia inguinal estrangulada, aparte de una descompensación de otros valores que John tiene disparados, como el azúcar, la tensión, etcétera. John está en la cama. Las sábanas tan blancas y el pijama azul, igual para todos los pacientes, le confieren un aspecto inocuo, completamente distinto del John feroz e indiferente que bailaba en la pista al son de una música machacona hace escasas horas.

Apuntan ya las primeras luces del día y el personal médico seguramente espere al cambio de turno para enviar a John al quirófano. Aunque no hable su idioma, Geraldine reconoce las dinámicas. Los defectos y las virtudes de la sanidad española no se distancian mucho de los de Gran Bretaña. Sospecha que los médicos también esperan a que a John se le pase la borrachera, no sería recomendable anestesiar con ese nivel de alcohol en sangre, y menos a su edad. John aguanta el tirón y dormita. Es un John indefenso que carece de fuerza alguna para resistirse a los cuidados. Geraldine le ha cogido la mano cuando ha regresado de las pruebas y se la acaricia. Están en un box de urgencias y solo unas cortinas los separan de los otros enfermos. A Geraldine nunca le gustó trabajar en el servicio de urgencias, demasiado duro, demasiado desorden. Hay compañeros, en cambio, que no lo cambiarían por nada. Actuar, resolver, empezar de nuevo cada día.

—Tienes que cuidarte más, John. ¿Te has estado tomando las medicinas estos días?

—Sí... No... No lo sé —John contesta sin abrir los ojos.

—Pero las que vi en la mesilla de tu casa, ¿las metiste en la maleta?

John no responde y Geraldine continúa:

—¿Hace cuánto tiempo que tienes la hernia?

Tampoco obtiene respuesta.

—John, ¿tu médico la ha visto? ¿Te la vigila?

—No tengo médico.

—¿Cómo que no tienes médico? No es posible. Habrá un médico al que ibais Marianne y tú.

—Se murió.

Geraldine piensa que John confunde las cosas. El dolor, la borrachera, la ambulancia que lo ha traído al hospital, es natural que le generen confusión.

—Marianne se murió, sí, pero vuestro médico, John, te pregunto por tu médico de cabecera...

—También se murió. Era una señora, Anne, estupenda. Como de tu edad. Cáncer. Muy amiga de Marianne. Se murió un año después que ella. Lo cual no inspira mucha confianza en tu gremio, la verdad.

A John le entra una risita floja. Geraldine de nuevo achaca esa risa a la confusión y habla con calma, profesionalmente, como hay que tratar a los enfermos cuando uno necesita información de ellos, pero al mismo tiempo esa información puede soliviantarlos.

—Pero, John, esa doctora, vuestra doctora de familia que murió, tendrá un sustituto. Cuando te duele la hernia, ¿no vas a verlo?

—Se me ha empeorado por bailar. Es por bailar. En cuanto descansa un poco, vuelve a su sitio. Hacía años que no bailaba. No tengo edad para bailar. Es solo eso. Verás como ahora me mandan a casa. Me tomo mis pastillas y listo.

—John, las hernias hay que vigilarlas. No sé si los médicos te van a dar el alta. Es posible que decidan que tienes que operarte y...

John interrumpe:

—Me saca de quicio que me hables así.

—¿Así, cómo?

—No soy uno de tus pacientes.

—No te vendría mal ser uno de mis pacientes.

—Sería asqueroso. Y está prohibido.

—Qué normativo eres. Nada está prohibido. Y menos a nuestra edad.

Cuanto más maternal se pone Geraldine con él, menos lo soporta John. Piensa que nunca fue una madrecita, que nunca tuvo un ápice de instinto protector hacia él ni cuando estaban juntos, ni mucho menos luego. ¿Por qué

adopta ahora ese tono? Aunque estén en un hospital, aunque su hija haya muerto, aunque sean viejos, es demasiado tarde. A John le parece falso, le parece hipócrita.

—Yo no soy uno de tus pacientes. A ellos les puedes hablar como si tuvieran diez años. A mí no.

Geraldine respira hondo.

—John, beber no te sienta bien.

John está tan ofendido que no contesta.

—He observado que en tu casa había muchas latas de cerveza, y el alcohol tapa el dolor, pero también debilita los tejidos del intestino. No te conviene.

—No seas pesada, Geraldine, en serio. Te pones muy pesada.

—¿Por qué bebes, John? ¿No lo has pensado nunca?

John no quiere contestar y Geraldine, visto que no logra hacerle reflexionar, calla mientras calcula su siguiente paso. No quiere que John se duerma. Es preferible que se mantenga despierto, aunque sea discutiendo, hasta que se decida si entra en quirófano. Y en esto John rompe a hablar:

—No me extraña que no te volvieras a casar.

Geraldine cree que no ha oído bien.

—¿Cómo?

—Todo ese rollo de las emociones y el inconsciente y el horóscopo y toda esa mandanga...

—¿De qué hablas, John? No te sigo. ¿Qué tiene que ver el horóscopo con que yo me case?

Geraldine sabe que los comentarios de John están envenenados por el alcohol, por la hernia, por la tensión de estos días, por la aparición de Vera y esa nueva versión de la historia y quién sabe por qué más, el caso es que se desahoga atacándola.

—¿La numerología, los planetas...? Todo eso es una gilipollez —arremete John.

—¿Perdona?

—¿Cómo van a explicar semejantes chorradas la conducta humana? Me contaron que echabas las cartas en tu consulta, y no me extrañó.

—¿Qué dices?! ¿Cómo voy a echar las cartas?!

John hace caso omiso de las protestas de Geraldine y prosigue:

—Te juro que no me extrañó. Pero me dio pena. Usar el tarot para curar a los pacientes, con lo que tú eras, Geraldine, con lo que tú has sido. La chica más brillante de su promoción. ¿Todavía conservas el título de médico? Igual sí, porque impresionará a tus pacientes. ¿Cómo los llamas ahora? ¿O son clientes? ¿Pacientes, clientes...?

—Qué cotilla es la gente. ¿Qué tienen que ver la astrología y el tarot? ¿Te refieres a las constelaciones familiares? Es una herramienta terapéutica, John, de análisis de sistemas relacionales, una herramienta como otra cualquiera. Nunca me ha gustado el tarot. Lo sabes perfectamente. Además, John, ni tú ni tus amigos tenéis ni idea de lo que hago en la consulta. ¡No tienes ni la menor idea! ¡¡Nunca la has tenido porque nunca te interesó!!

Según va hablando, Geraldine se ha ido calentando y eso es lo que John quería. Desestabilizarla. Tocarla en ese punto que siempre fue el más inflamable entre ellos: el cuestionamiento de las prácticas que durante su matrimonio Geraldine fue adoptando y que él piensa que los separaron. La ridiculización de esas creencias que le causaron, hace tanto tiempo, sufrimiento. Los dos guardan silencio. Ella, porque es consciente de que no es momento ni lugar para discutir; él, porque saborea su victoria. Geraldine se incorpora y se asoma fuera del box. No hay nadie a la vista salvo los pacientes y sus acompañantes, ningún profesional, ningún colega al que preguntar y con el que sentirse reafirmada en su capacidad, en su valía. ¿Cómo pueden las palabras de John afectarla después de tantos años y, sobre todo, de décadas sin verse ni tratarse? John percibe que ha pinchado donde duele y renueva la ofensiva:

—¿Sabes lo que me he estado preguntando esta noche?

—Ni idea —contesta Geraldine con forzada indiferencia.

—Por qué te llamaron a ti y no a mí.

—¿Quién? —Ahora ha logrado despistarla, Geraldine no sabe de qué habla.

—El cónsul, quien sea. El que te avisara.

Geraldine no contesta.

—Aquella noche. ¿Por qué te llamaron a ti? ¿Por qué tuviste que plantarte tú en mi casa a contármelo? ¿Por qué no fui yo a la tuya?

Geraldine sabe que cuando la conversación se pone tan emocional, pocos argumentos sirven, así que calla para dominarse y no volver a saltar. Prefiere

dejar espacio de modo que sea John quien pierda los estribos y haga un mal papel. Con los años ha aprendido que conviene escuchar más y hablar menos.

—¿Te quedas callada? —exclama John, acusador.

—Intento mantener la serenidad, John.

—No. Te gusta quedar por encima. Eso es lo que te pasa. Sola en tu torrecita de marfil. Baja al barro, mujer, pelea.

John habla en un tono cada vez más alto. ¿Entenderán inglés los pacientes de los boxes contiguos? ¿Se darán cuenta de que está borracho? Geraldine cree que John está dando el espectáculo, pero ¿qué puede hacer? Está dolorido, en el cuerpo y en el alma. Sigue cargando contra ella:

—¿Por qué tienes que estar controlando siempre? ¿Por qué tienes que hacer constantemente el papel de la comprensiva, la generosa, la buena, la considerada Geraldine? ¿Por qué quieres que todo el mundo lo vea y te admire? ¡Siempre a costa de alguien! ¡A nuestra costa! De nuestra hija, de mí, de tu hermano... Tú siempre la mejor, siempre por encima... Una vida dedicada a quedar por encima.

Geraldine quiere pedir a John que baje el tono, pero ya ni siquiera por el bochorno que está pasando, sino por sus oídos. Cualquier estridencia la molesta. En eso tiene razón John. Al contrario de lo que imaginamos, quedarse sorda no es oír menos, es oír más sonidos molestos que impiden escuchar lo que te interesa. Como no baje la voz John, le estallarán los tímpanos. Hace tiempo que le ocurre y, aunque hasta esta noche no haya querido pensar en ello, la triste verdad es que a veces le cuesta descifrar incluso a sus pacientes más antiguos, los que conoce bien. Los oye, pero no logra comprender sus palabras. Por supuesto, Geraldine no ha revelado nada de esto a nadie. Salvo a sí misma.

Geraldine piensa en todo ello, un poco asustada, un poco aturdida, cuando John, que ha vuelto a abrir los ojos, anuncia:

—Vera se ha marchado.

—¿Cómo? —Otra vez Geraldine no escucha o cree que no entiende bien.

—Vera. La bailarina. La rusa sinvergüenza. Vera se ha esfumado.

—¿Cómo lo sabes?

—Anoche fui a buscarla. Se ha largado. No se presentó en el teatro, en el casino, lo que sea ese horror de sitio. Ha cogido sus cosas y se ha pirado.

—Pero... ¿por qué? —Geraldine no esperaba este giro de los acontecimientos, otro golpe. Con la discusión, por primera vez había dejado de pensar en Kim, en el crimen, en el niño, en todo lo que los ha traído aquí.

—Porque no quiere hablar con la Policía, Geraldine. Es evidente. Porque tiene mucho que esconder. ¿Lo ves? Tanta astrología familiar y no te das cuenta de nada. Pero yo sí, yo sí me lo imaginaba y por eso anoche fui a buscarla.

—Es la única testigo. Tiene que hablar... Tiene que ayudarnos... ¿Cómo es posible que se haya ido?

La decepción es enorme. Esto echa por tierra todos sus planes. Sin testigo, no avanzará la investigación. Sin Vera que tire del hilo, vuelven a estar en tierra de nadie. Entra un hombre vestido con el uniforme sanitario.

—Muy buenas. John, ¿verdad?

Saluda cordial, pero no habla inglés. Coloca el gotero sobre las sábanas, el informe médico sobre los pies, entrega a Geraldine la bolsa de plástico con la ropa y los objetos personales de John y empuja la cama fuera de la estancia.

—Me lo llevo a quirófano. Aquí no puede quedarse, señora —dice a Geraldine—. Esto es urgencias. Aquí van a meter a otro paciente.

Geraldine no comprende.

—Aquí no —explica el camillero con gestos—, señora, usted *out*.

—¿Dónde me llevan? Pero ¿dónde voy? ¿Qué van a hacerme? —pregunta asustado John.

—No lo sé. No lo entiendo. Supongo que al quirófano, o a otras pruebas —contesta Geraldine.

—No me dejes, Geraldine, por favor. No me dejes —implora John, toda agresividad perdida.

—Claro que no, John, claro que no te dejo. Estoy aquí contigo.

Geraldine le toma la mano y acompaña la cama por los pasillos hasta el ascensor. Las puertas se abren y enfermo y auxiliar desaparecen. Sola en el vestíbulo, con la bolsa de plástico en la mano, rodeada de gente que sube y baja, que entra y sale, Geraldine se siente más cansada y desvalida que nunca, y nota lágrimas que brotan sin que nadie las llame.

—¿Necesita ayuda? —pregunta una voz amable en inglés.

—Sí, sí que la necesito —confiesa Geraldine y, como puede, busca en el

bolso un clínex para limpiarse los ojos y que la desconocida no la encuentre más patética de lo que ya se encuentra ella a sí misma.

—Me llamo Grete. Soy una voluntaria del hospital.

—Habla usted muy bien inglés.

—Soy noruega, pero estudié en el Reino Unido.

La mujer tendrá los años de Geraldine y un rostro fuerte y amable de ojos muy claros, casi demasiado claros. Lleva el pelo corto y le sienta bien.

—Acabo de empezar mi turno, no he podido informarme de los ingresos. ¿Se trata de un familiar?

—Sí, se lo han llevado ahora mismo.

—Venga conmigo.

Gracias a Grete, Geraldine confirma que a John lo van a intervenir. La hernia estaba en muy malas condiciones y no podía esperar. El cirujano es el jefe del servicio y tiene muy buena reputación. Grete la tranquiliza: en España la medicina pública a veces está masificada, pero los profesionales son de primera. Puede confiar en ellos. Grete, más tarde, traduce a una joven médica residente:

—El posoperatorio no debería llevar más de dos o tres días de ingreso y una semana de recuperación. Dependerá del alcance de la lesión y de si han podido intervenir con laparoscopia o tienen que recurrir a cirugía abierta.

—¿Conoce la diferencia? —pregunta Grete a Geraldine.

—Soy médico, lo entiendo —aclara Geraldine.

—Es usted médico. ¿Qué especialidad?

—Neuróloga y psicoterapeuta. La cirugía digestiva queda lejos de mi campo, pero conozco los procedimientos. —Geraldine resopla y se muerde los labios preocupada. No tanto por la salud de John, que también, sino ante la perspectiva de una semana o dos más aquí. Qué contratiempo—. Tengo que hacer una llamada, pero me he quedado sin batería y además está nuestro perro en casa. Tiene que salir. Yo no estaba preparada, no pensábamos que...

—¿Están aquí solos o viajan en un grupo? —indaga Grete para ayudar.

—Solos. Hemos venido solos.

—¿Y en qué hotel están?

—No, no. Estamos en casa de mi hija. El perro es de mi hija.

—¿Quiere llamarla desde mi teléfono?

Geraldine sonríe porque ya sabe que para soltar la noticia de que su hija está muerta, es mejor adoptar un ademán amable que amortigüe el impacto sobre el interlocutor.

—Mi hija murió. Hemos venido porque ella murió.

—Ah. Cuánto lo siento.

Grete guarda un silencio respetuoso unos instantes, luego vuelve a insistir suavemente:

—¿Cómo puedo ayudarla? Va a ser un día largo.

—Si pudiera ir a casa, cargar el móvil y la *tablet*, cambiarme, recoger alguna muda de John, sacar al perro... Tengo que organizar tantas cosas...

—Vaya, vaya usted a casa. Entre que sale del quirófano y lo pasan a reanimación, le da tiempo. ¿Quiere que la acompañe?

Geraldine la mira. Esta opción no se le había pasado por la mente, pero qué maravillosa idea volver a casa acompañada.

—Se lo agradecería mucho.

Es extraño entrar con el sol en la casa que abandonó de noche, hace pocas horas. Parece que fueron días. El galgo viene alegre a recibirla en la puerta. Como siempre, *Zeus* agita su rabo exultante y hace cabriolas, como si no contara con que volvieran y lo sorprendiera no haber sido abandonado. Es un perrillo flaco, pero cuánto afecto desprende. Geraldine sube las escaleras hasta el dormitorio mientras en el jardín la desconocida dice palabras cariñosas en noruego a *Zeus*. Geraldine sabe que la operación de John, como toda intervención, conlleva riesgos. Nunca había imaginado que un día sería la única y sola familiar de referencia para su exmarido, como lo es también para este animal de compañía, cuya existencia ignoraba hasta hace diez días. Entonces piensa en ese niño de tres años, su nieto. Si les pasa algo a ellos, ¿quién querrá buscarlo? Geraldine medita todo esto y entra en el baño. Se apoya en el lavabo cansada, se mira en el espejo y de repente repara en una balda llena de productos para hombre: *aftershave*, desodorante, maquinilla, cuchillas, loción... Son de Kostya. Geraldine, de pronto, con un giro violento del brazo los barre y se estrellan contra el suelo.

—¿Está usted bien? —inquire Grete alarmada por el estrépito.

La furia ha hecho a Geraldine olvidar que no está sola.

—Sí, muchas gracias. No se preocupe. Un estante que se ha vencido. Nada más.



Geraldine tiene un corte en la mano. Se chupa la herida.

Era sábado. No habían ido a ver a su madre porque ese fin de semana se había ido a la boda de una sobrina, la hija de su única hermana. Él también estaba invitado, pero a pesar de la insistencia se negó a acompañarla. Su madre intentaba convencerlo de que los dos disfrutarían: la niña viendo el vestido de novia y jugando con otros niños y John poniéndose al día con familiares a los que no veía hacía años. John sabía que accediendo le hubiera dado una gran alegría a su madre, a quien le gustaba presumir de su minúscula estirpe, su único motivo de orgullo, resultado de toda una vida de sacrificios. Aunque John estuviera divorciado, sin duda su madre soslayaría el dato del divorcio en las conversaciones con los parientes. Tenerlos a su lado delante de toda la familia, mostrarlos tan sanos, tan altos, tan guapos, tan bien vestidos, hubiera compensado el sinsabor de un fracaso matrimonial. Pero la manta de piedra había operado de nuevo su hechizo sobre John, otorgándole a la vez una voluntad inquebrantable: no iría a la boda, se pusiera su madre como se pusiera. Solo pensar en vestirse formalmente para una ceremonia, solo imaginar los movimientos para abrocharse un traje y anudarse una corbata (si es que encontraba algo decente que ponerse en las cajas de la mudanza que todavía no había abierto) le resultaba desagradable. Así que, mientras la abuela tomaba alguna copita en el festejo, ellos permanecieron en el ridículo apartamento.

En la quietud de la tarde festiva, John dormía y Kim veía dibujos animados en la televisión. Los dibujos se acabaron y Kim apagó la tele. El silencio despertó a John. La niña estaba a su lado mirándole fijamente.

—Creí que estabas muerto.

—¿Muerto?

—Parecía que te habías muerto.

—Estaba dormido.

—¿Cuál es la diferencia? ¿Morirse no es como dormir?

—Hay una gran diferencia —dijo John incorporándose—, voy a hacer té.  
¿Te apetece un té?

—Vale, pero yo era la camarera.

Mientras Kim preparaba las tazas y disponía las galletitas, John dio vueltas a su pregunta. Sabía que, en su caso, desde que se separara de Geraldine, no había gran diferencia entre vivir, estar dormido y estar muerto. En su estado de ánimo los tres estados se entremezclaban. Y quizá, más que una manta de piedra, lo que tenía encima era una lápida penosa, antipática, desagradable, una losa con su nombre y el «descanse en paz». Su hija había venido a decírselo con otras palabras: más valía ponerse a picar cuanto antes. En esas reflexiones andaba cuando sonó el teléfono. Kim contestó:

—¡Papá, es para ti!

—Será alguien que se ha equivocado, hija. Si estoy más solo que la una y a mí no me llamáis más que la abuela y tú, y la abuela está de boda —dijo John e inmediatamente se arrepintió de expresar su frustración ante su hija. Sabía cuánta ilusión le hacía a la niña sentir el horrendo apartamento como un pequeño hogar. Si el teléfono sonaba, al menos se producía una ilusión de actividad.

—Sí, dígame —contestó John sin ganas.

Era la novia del alumno que ese fin de semana estaba encargado de vigilar el experimento que realizaban en clase. El chaval, un jovencísimo y aventajado estudiante, estaba indispuerto. A tenor de las mal hilvanadas excusas, John pensó que el muchacho más que una enfermedad tenía resaca, la resaca de alguien no acostumbrado a beber, pero prefirió no hacer muchas preguntas a la azorada novia y, deseando que se mejorara, colgó. John también había tenido veinte años. Preguntó a Kim si quería acompañarle a la universidad y la niña puso como condición llevar el patinete. Discutir suponía más esfuerzo para John que consentir y allá se fueron los dos con el patinete que, John estaba seguro, acabaría cargando.

Los fines de semana no había nadie en el edificio. Los pasillos estaban en penumbra. A John le gustaba pasear por la facultad cuando estaba así, quieta, abandonada y silenciosa. Kim, seducida por el brillo del pavimento tan pulido, pidió permiso a su padre para quedarse a patinar en el gran vestíbulo. John de nuevo accedió y se dirigió hacia su departamento. Se puso a silbar. Era una costumbre tonta de las que solo se pueden ejercitar a solas y que molestaba a Geraldine. Desde que se habían separado, John silbaba. Alguna ventaja tenía ser un divorciado. Le gustaba oír la reverberación de las notas

contra las paredes en el edificio vacío. John entonaba una canción de moda y de repente una voz femenina empezó a acompañarlo. John dejó de silbar. No veía a nadie. La voz también dejó de cantar.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

¿Era Kim? No parecía Kim. Además, la había dejado jugando más atrás y la voz provenía de la dirección opuesta.

—¿Hola? —repitió John.

Nadie contestó. John siguió avanzando hacia su laboratorio y volvió a silbar. La voz volvió a cantar. ¿Así que quienquiera que fuese le tomaba el pelo? Silbando y escuchando, John llegó al origen. En otro laboratorio, una pelirroja con bata blanca sonreía. Su cara le sonaba, quizá la había visto por alguna de las aulas. Al verlo, la pelirroja se sonrojó.

—Perdón. Perdón, pensé que era usted otra persona. —Tenía acento extranjero. Parecía avergonzada.

—Pues lamento decepcionarla. Soy lo que soy —contestó John.

—Llevo aquí poco tiempo —se justificó ella.

—Yo soy uno de los profesores —dijo John—, solo vengo a tomar datos de un experimento.

Era nueva, de eso no cabía duda. Y eso gustó a John. Por fin alguien que no lo conocía, ni a él ni su circunstancia. Una página en blanco.

—¿Usted también está tomando datos? —preguntó.

—No. Yo estoy haciendo café —contestó la mujer—. Tengo problemas con el té. El té no me sienta bien y la cantina los sábados está cerrada... —dijo como pidiendo disculpas.

Entonces John se rio, porque reparó en que sobre uno de los hornillos destinado a las investigaciones había una cafetera italiana.

—¿Está prohibido? —preguntó ella alarmada.

—Seguramente —contestó John—. ¿En qué curso está?

—Soy una investigadora visitante —dijo ella— de Noruega. Un semestre, para acabar mi doctorado. Somos un grupo internacional.

—En ese caso, seguro que está mucho menos prohibido —alegó John con amabilidad.

—Vengo de trabajar un año en Italia y allí me acostumbré al expreso —se volvió a justificar ella—. ¿Le apetece una taza?

—¿Cómo se llama?

—Grete.

—Encantado, Grete. Yo soy John.

Consciente de que si realmente se quería liberar de la manta de piedra que le mantenía pegado al sofá tendría que aceptar invitaciones como aquella, John tomó el café que Grete le ofrecía.

—Estoy muy a gusto —anuncia Geraldine.

—Yo también.

Geraldine se ha tumbado en la cama del hospital junto a John, que vestido con la camisola hospitalaria, el trasero al aire entre las sábanas, ojea la prensa británica.

—No siento ningún deseo sexual por ti —insiste ella.

—No, naturalmente —responde John y sonrío.

—No es porque ya no tenga deseos. No es porque me haya hecho vieja.

—No, por supuesto.

—Ni porque tú no estés guapo.

—Esta bata sin duda me favorece y el gotero lo mismo —se burla John.

—Tonto. Es porque para mí en estos días te has convertido como en..., no sé. Como en un hermano.

—Espero que un hermano mejor que tu hermano.

—Sí, claro, mejor que mi hermano auténtico. —Geraldine hace una pausa, la mención a su hermano Thom cambia el rumbo de sus pensamientos—. Qué poco quiero a mi hermano. Últimamente me he estado preguntando cómo será cuando se muera...

—Antes lo querías mucho.

—Cuando éramos pequeños.

—Y cuando nos conocimos.

—Pero luego... Es difícil querer a un enfermo que no hace nada por curarse. Llegó un momento en que solo quería que me dejara en paz, que no sonara el teléfono otra vez anunciándonos una barbaridad suya. Que dejara tranquilo a mi padre, que estaba ya tan mayor. Hasta el último día siguió sacándole el dinero y angustiándole. Pero ahora pienso que probablemente cuando Thom muera..., me arrepentiré. Nunca voy a verlo.

—Eso no se puede saber, pero si tienes dudas, deberías ir antes de que sea demasiado tarde.

—Ayer me decías que soy poco respetuosa con las personas.

John dobla el periódico. No ha visto nada sobre ellos. Todos los días lo comprueba. Ya no aparecen sus nombres, ni sus rostros ni el de su hija, han dejado de ser actualidad. Mejor que no se mencione nada, que el caso deje de interesar. Cuanto más ruido haga la prensa, cree que será peor para la investigación.

—¿A qué hora han dicho que me traerán algo de comer? Me muero de hambre —comenta, a ver si Geraldine aleja los pensamientos sombríos.

—Esta noche no he dormido apenas, John. Me bajé al salón y puse la tele, pero nada me entretenía. Así que cogí a *Zeus* y salí a la calle. Paseamos hasta el mar.

—Sí que os fuisteis lejos. Estaría encantado.

—Serían las cuatro o las cinco de la mañana. La gente salía de las discotecas. Los miraba y me acordé de lo que me dijiste la otra noche.

—No sé a qué te refieres. ¿Antes o después de desmayarme en la calle?

—Aquí en el hospital, eso de que quiero quedar por encima y que he respetado más a los desconocidos que a los que he querido. A Kim, a ti, por ejemplo...

—Bah... Olvídate de lo que dije, Geraldine. Estaba enfermo, estaba borracho, tirado en una cama de urgencias. Olvídate de todo lo que nos hemos dicho estos días.

—No me olvido. Quiero que la gente esté cerca de mí, pero yo no estoy cerca de ellos. Eso es lo que venías a decir.

—Y dale. Anda, vete a preguntar si me dejan comer hoy como es debido. Pero Geraldine no se mueve.

—Bueno, quiero decirte que voy a procurar ser mejor.

—Me parece perfecto. Yo también.

—Ser mejor con mi hermano y contigo, y ser menos vanidosa.

Geraldine calla. John vuelve a su periódico.

—Creo que no fui una buena madre.

—No digas eso.

—Fíjate en cómo habla la gente aquí de ella, de sus cualidades. Yo no tenía ni idea de todo eso. Nunca supe verlas. Quizá por eso se fue de mi lado. No fui una buena madre.

John no sabe cómo contestar.

—Yo tampoco me siento un buen padre. Supongo que es normal pensar eso de uno mismo cuando las cosas han terminado como han terminado, pero, Geraldine, ¿sirve de algo lamentarse ahora?

—Tenemos que encontrar al niño. Para ser al menos buenos abuelos ya que no fuimos buenos padres —afirma Geraldine. John la mira. Geraldine tiene vuelta la cara del otro lado, hacia la ventana que da al aparcamiento del hospital. Una vista no muy apasionante. Un coche da vueltas buscando sitio. ¿Llora Geraldine?

—Dame la mano.

John tiende la mano hacia ella. Geraldine se vuelve y extiende la suya. Se agarran con fuerza, unidos por unos instantes.

—Hacía más de quince años que no me subía a un avión. ¿Te diste cuenta o lo disimulé bien? —dice John.

—Me di cuenta de que no estabas muy acostumbrado. —Geraldine, sin soltar su mano, vuelve a mirar el aparcamiento, quizá para que John no vea alguna lágrima que resbala por su mejilla ahora.

Una familia carga un recién nacido en un coche. Debe de ser la primera salida que hacen. La parturienta se mueve con dificultad, se acomoda junto al neonato. John sigue hablando:

—Cuando abrieron el túnel con el continente, pensé «Mira qué bien». Y le dije a Marianne: «Un día cogemos el coche y nos vamos a Francia a pasar el fin de semana». Pero nunca lo hice. Si no fuera por Kim, no habría vuelto a pisar el extranjero.

—Me imagino —contesta Geraldine, que agradece la confianza de John—. ¿Reclamo la comida?

—Venga.

Geraldine se levanta para ir al control de enfermería y al pasar junto a John le acaricia. Cuando regresa de hablar con las enfermeras, le extraña escuchar la voz de John parloteando con alguien. Hay risas. ¡Hay carcajadas! ¿Qué pasa? ¿Con quién está? Con Grete, la voluntaria. ¿Y esas confianzas? La noruega está sentada en la cama, tiene cogida la mano de John. Geraldine está perpleja. El gesto es muy inapropiado, la incomoda.

—¿Y aquel otro ayudante? ¿Cómo se llamaba? —pregunta Grete.

—¿El italiano?



—Sí. ¿Escorbuto?

—¡No! ¡Escorbuto no! ¡Racalmuto!

—¡Qué va! Ya me acuerdo: ¡Francescutto!

Y vuelta a reírse los dos. Tan enfrascados en su charla, enfermo y visitante no se percatan de que Geraldine está en la habitación.

—John, cuidado, se te van a saltar los puntos —advierte Geraldine con el único fin de que dejen de hacer el tonto.

—Hola, Geraldine —dice Grete, pero ni suelta la mano de John ni se levanta de la cama.

—¡Qué cosa más increíble, Geraldine! ¡No te lo vas a creer! —dice John con una sonrisa inmensa.

—¿Os conocéis? —Geraldine no entiende nada.

—¿A que es increíble? —responde John.

—Nos conocimos hace siglos, cuando acabé la carrera y estuve en Inglaterra con mi tesis. ¿Sería el año...? —Grete se vuelve hacia John.

—Mejor ni pensarlo —responde él jocoso.

—No es para tanto. Somos unos niños —bromea Grete.

—¿Y qué haces aquí? —pregunta Geraldine, que no comprende la conexión entre el departamento de Física en una universidad de Londres y un pueblo de la costa mediterránea pasando por Noruega.

—Me jubilé y me vine. Como a muchos compatriotas, me gusta el sol. No soy muy original.

—¡Si habrá noruegos que el pueblo tiene hasta consulado de Noruega!

—Tenéis que venir un día a mi casa —propone Grete.

Es lo último que le apetece a Geraldine e inquires:

—¿Estás viuda?

—No, divorciada.

—Yo viudo y divorciado. Las dos cosas —aclara John con cierta coquetería—. Geraldine es mi exmujer.

Geraldine no ve la necesidad de semejante puntualización. Esta francachela la irrita.

—Me contó Geraldine que se te estranguló la hernia por bailar, John —dice Grete.

Geraldine protesta:

—No. Yo te dije que John dice eso, pero es mentira. Que la hernia se estranguló porque no la ha tratado nunca. Ni la hernia ni nada. No se cuida. Es un desastre.

—A mí también me gusta bailar —afirma Grete con una sonrisa—, hay unos sitios fantásticos aquí. ¿Dónde fuiste?

—A un bar infecto —critica Geraldine—, créeme. No creo que sea donde bailas tú ni donde baila nadie en su sano juicio.

—He venido para ver si necesitabais algo. Le van a dar el alta —dice Grete.

—¿Y cómo sabes tanto? —pregunta John, adulator.

—Es voluntaria. Traduce a los médicos que tratan a los viejos extranjeros como tú, que no saben español ni saben nada. —Geraldine se está cabreando, no sabe por qué pero se está cabreando. Llamar «viejo» a John delante de Grete le ha producido un placer especial.

—¿Os han explicado ya lo de las curas, el reposo y todo eso? —inquire Grete con aire de entendida.

—A mí lo único que me importa es que me dejen comer. Tengo un hambre espantosa y muchas ganas de probar la paella. ¿Tú sabes dónde sirven por aquí una buena paella?

Geraldine no sale de su asombro. Juraría que John está ligando con Grete y contesta, seca:

—No, no nos han explicado nada.

—Tendrás que hacer vida tranquila —dice Grete.

—¿Qué es vida tranquila? —pregunta John con cierta preocupación.

—No cansarte, no forzar por lo menos durante diez días. El cirujano me ha dicho que al final la incisión ha sido más grande de lo que preveían —explica Grete.

—¡Diez días! —exclama Geraldine.

—Sí —afirma Grete—, reposo hasta que cicatrice.

—¿Además de los que llevamos aquí? —Geraldine no puede creerse esta nueva demora. Necesita volver a Londres, dormir por fin en su casa.

—Sí —repite Grete.

Geraldine se dirige a John:

—John, yo... Llevamos fuera de casa dos semanas. Creo que es mejor que

volvamos a Londres. Allí te puedes quedar conmigo lo que necesites.

—No va a poder volar —señala Grete—, no creo que se lo permitan.

—¿Cómo no le van a dejar?! ¡La gente viaja en silla de ruedas!

—No creo que os autoricen. No sería recomendable.

—No puedo quedarme aquí más tiempo —se lamenta Geraldine—, es inviable.

Mientras las dos mujeres parlamentan, John las observa. Hace tanto tiempo que nadie se ocupa de él y de su bienestar. Y menos aún dos mujeres. Qué sensación tan agradable saberse cuidado, como hacía Marianne.

Geraldine se deja caer en la butaca, derrotada.

—Necesito salir de aquí. No puedo más. Me esperan mis pacientes. Tengo la clínica revolucionada. Amanda está desbordada. Y, además, me hace falta un descanso. ¿Y si te reservo un hotel, John, con servicio de habitaciones y contratamos una enfermera? Yo voy a Londres, resuelvo asuntos, tú te quedas aquí bien atendido y en una semana vuelvo. No se me ocurre otra solución.

—Estás extenuada —dice Grete—, es comprensible. Lo de vuestra hija y ahora esto...

—Esto no es nada. John está bien y es lo que importa —sentencia Geraldine, posesiva.

—Sí, pero la operación es un motivo de tensión más y de preocupación. Vosotros ahora estáis muy débiles. También tú tienes que cuidarte —continúa Grete.

Geraldine la mira. ¿Le cae bien o le cae mal? ¿Es de verdad una buena amiga o solo una escandinava metomentodo? ¿Por qué siente celos? Tener celos no le gusta nada a Geraldine, así que hace un esfuerzo y recupera el tono amable:

—Sí, tengo que cuidarme. Gracias, Grete.

—No me des las gracias todavía. Me las das ahora, cuando te proponga que John se venga a mi casa mientras tú estás en Londres.

—¿A tu casa? —pregunta John maravillado.

—¿A tu casa? —exclama Geraldine asombrada.

—Nos hemos reencontrado, por algo será. John me necesita, tú lo necesitas y no hay más que hablar.

—Pero... —Geraldine sabe que por educación debe resistirse, pero la

oferta es tentadora, es justo el apoyo que precisan después de muchos días solitarios.

—Pero nada. Si a John le parece bien...

—Me parece maravilloso, Grete. Salvo que tendría que llevarme al galgo. ¿Es un problema?

—Por supuesto que no —concluye Grete con su perfecta sonrisa—, me gustan los perros.

Haberse separado le parecía a Geraldine la mejor decisión que había tomado en la vida y solo se arrepentía de no haberlo hecho antes, no porque no hubiera querido a John, sino porque ahora se daba cuenta de que su matrimonio estaba en vía muerta desde mucho antes de haberse marchado de casa o de haberse fijado en Patrick. Estaba condenado desde el mismo día en que ella se apuntó a aquel seminario sobre el dolor y el ayudar a morir y John puso una cara rara.

Vivir con Kim era agradable. Kim era una niña callada, dócil, que no pedía mucho y que siempre la recibía con ojos expectantes. Estaban bien las dos juntas. Geraldine era una madre trabajadora y jamás se cuestionó si era mucho o poco el tiempo que dedicaba a su hija. No recordaba bien si había disfrutado de su propia madre, pues murió siendo ella niña, así que le faltaba el baremo para comparar y no era propensa a dar muchas vueltas a asuntos que no tenían remedio. Los fines de semana que Kim no pasaba con John, Geraldine la dejaba dormir en su cama. Le resultaba agradable. Kim se estaba convirtiendo en una adolescente y, a diferencia de lo que Geraldine hubiera imaginado, parecía necesitar más el afecto físico que antes. Geraldine nunca había dormido con su madre y tampoco se le hubiera ocurrido meterse en la cama de su padre, el señor juez. Lo más que había hecho alguna vez de niña, por ejemplo, la mañana de Navidad, era compartir cama con su hermano Thomas y esperar juntos para abrir los regalos. Eran otros tiempos.

A diario, Geraldine madrugaba, salía muy temprano para el hospital y una persona contratada daba el desayuno a Kim y la acompañaba a la escuela. Esa señora se ocupaba de todo lo doméstico y Geraldine tenía que admitir que era fantástico no limpiar, no recoger, no lavar, no cocinar, y que otra mujer pensara en ello. Además, eso liberaba huecos enormes de tiempo para ver a Patrick, porque la empleada de hogar resultó ser muy eficiente, o al menos lo suficiente para Geraldine. Cada vez asumía más responsabilidades, como ocuparse de la compra, decidir los menús o quedarse con Kim las noches que Geraldine salía con Patrick.

Con Patrick las cosas no avanzaban. Se veían, él parecía tener total libertad de salidas y entradas en su casa, su mujer parecía no reclamarle nada,

pero tampoco Patrick daba indicios de querer variar su situación y empezar algo nuevo con Geraldine. Por un lado, era cómodo para Geraldine, que estaba volcada en adquirir nuevos conocimientos y certificarse como terapeuta, lo que exigía muchas horas de cursos y de prácticas. La medicina convencional, la del sistema público de salud, se le quedaba corta. Le parecía que sus compañeros médicos curaban o intentaban curar a los pacientes con diligencia, eso era innegable, y ponían todos los medios a su alcance, pero que, al mismo tiempo que atendían los cuerpos y sus dolencias, abandonaban a la persona que las padecía, particularmente si los males eran incurables. Por no hablar de sus familiares, que debían enfrentarse al deterioro del ser querido como podían, sin apoyo ni orientación alguna. Geraldine se dio cuenta de que a ella le importaba tanto el embalaje como lo que iba dentro, es decir el alma, la psique, el espíritu. Había ido descubriéndolo conforme se fue interesando por el tratamiento del dolor. Las conexiones entre cuerpo y mente, consciencia e inconsciencia, mundo físico y mundo inmaterial, eran mucho más poderosas de lo que en sus años de estudiante de Medicina los profesores le habían enseñado.

Una tarde Geraldine regresó a casa más temprano de lo habitual. La empleada preparaba la cena; Kim todavía no había regresado del colegio. Era martes y la cría tenía entrenamiento de baloncesto. No solía faltar nunca, a menos que le doliera la tripa o la cabeza, excusas que ponía en ocasiones para quedarse en casa y saltarse el ejercicio. Geraldine suponía que eran malestares imaginarios, meros pretextos de adolescente, pero, a diferencia de lo que hubiera hecho John, poner el grito en el cielo, echarle un sermón a su hija sobre la importancia de cumplir con los compromisos, no fallar al equipo, perseverar sin frustrarse porque las cosas no se nos dan tan bien como queríamos, etcétera, etcétera, Geraldine lo dejaba pasar. Tampoco solía estar presente cuando su hija regresaba de la cancha, pues los martes Geraldine participaba como observadora en un grupo de terapia. Cuando entraba en casa, se encontraba invariablemente a Kim cenada y plantada ante la tele. Lo más que Geraldine le exigía es que se pusiera el pijama y se lavara los dientes, demasiado cansada ella misma para entrar en discusiones estériles sobre faltar al entrenamiento, si es que aquella tarde Kim se lo había saltado. Aquel martes no tuvo lugar la sesión de grupo porque el psiquiatra que la dirigía estaba de viaje. Geraldine agradeció que se cancelara. Le apetecía pasar una velada con

su hija como cualquier otra familia. A lo mejor hasta podrían salir a cenar juntas a un coqueto restaurante tailandés que a Kim le encantaba. Con esa idea en la cabeza, pidió a la empleada que se marchara sin ocuparse de la cena y a continuación se volvió a poner la chaqueta para recoger a Kim en el polideportivo. El paseo le resultó tonificante. Tenía que apuntarse a un gimnasio. Siempre lo decía, pero aunque a sus pacientes les recalcabá lo importante que es dedicar cada día un rato a caminar, no lo hacía.

Era invierno y había anochecido. Hacía frío y Geraldine, tras aguardar un par de minutos fuera, se metió en el edificio. La conserje en su cuchitril escuchaba aburridamente la radio, mientras ojeaba un diario gratuito de la tarde. Era pronto. Geraldine se sentó en una de las gastadas butacas de plástico y esperó. Al cabo, un goteo de chicos y chicas con sus bolsas de deporte a la espalda fue abandonando los vestuarios. Geraldine reconocía a algunos compañeros de Kim. Ella tardaba. Cuando por fin no quedó nadie, Geraldine observó la calle. ¿Se le había escapado confundida entre sus amigas? Los chavales conversaban en grupitos, pero Kim no estaba entre ellos. Preguntó a la bedela si podía echar un vistazo en los vestuarios. La mujer no pareció muy conforme, pero con un gesto somero le indicó que hiciera lo que le diera la gana. El vestuario de chicas estaba vacío. Solo llegaban los ecos del rebote de un balón en la cancha. Geraldine se asomó, el entrenador arbitraba un partidillo entre niños pequeños. Al verla preguntó:

—¿Necesita algo?

—Busco a mi hija. Juega con el grupo anterior. Kim.

—No, Kim hoy no ha venido. Se ausenta bastante —dijo el profesor y regresó con los chicos.

Geraldine salió a la calle. Ya no quedaban adolescentes. Regresó caminando a casa. A lo mejor había llegado el momento de darla de baja de baloncesto. Tenía edad de elegir sus propias aficiones sin que fueran obligatorias, sino voluntarias. En cualquier caso, qué rabia. Para un día que Geraldine quería sorprenderla. Confiaba en que su hija no hubiera empezado a cenar sin ella. Apretó el paso.

La casa estaba vacía. Las luces apagadas, tal y como Geraldine las había dejado. Ni rastro de Kim ni de su mochila. Subió a su habitación. En el armario estaban la ropa de deporte y las zapatillas. No se había llevado el equipo a la escuela, luego desde por la mañana había decidido que no acudiría

a entrenar. Geraldine se sentó en la cama. Ver la habitación tan ordenada se le hacía extraño. Desde que había cumplido los quince, por allí por donde pasaba iba dejando un desbarajuste considerable. Bastante desorganizada ella misma, Geraldine no podía ser exigente con el orden como era John, tan maniático, pero incluso a ella llegaba a molestarle el nivel de caos de Kim, sobre todo cuando el baño que compartían quedaba impracticable. Geraldine hizo memoria. ¿Estarían apuntados en algún sitio los números de las amigas de Kim? ¿Había telefoneado ella alguna vez a sus padres? Lo dudaba. No era de las madres que hacen amistad con otras madres. Buscó en el escritorio. Era difícil encontrar algo pues nada seguía un criterio lógico de clasificación. Aunque la empleada, con buena voluntad, intentara cada tanto ordenar aquel maremágnum, era un esfuerzo vano, en pocos días Kim volvía a convertir sus posesiones en un amasijo informe. Al fin Geraldine encontró una agenda de estilo infantil, quizá la primera que le regalaron a Kim, en la que, por ser la primera, sí se había tomado la molestia de anotar cuidadosamente los números de sus compañeras de clase. Geraldine telefoneó. No, Sarah no había visto a Kim esa tarde. ¿Y podía estar con alguna otra amiga? Sarah lo dudaba. Kim hoy no había ido al colegio. Esto sí que desconcertó a Geraldine. Colgó el teléfono y se asomó a la ventana que daba a la calle. Hacía frío, nadie transitaba. ¿Dónde estaría Kim? Pensó en llamar a John. ¿Quizá se había ido a cenar con él y no la había avisado pensando en que ella hoy tenía terapia? Pero algo le impedía hacer esa llamada. Era la vergüenza. No quería dar la impresión a John de que no sabía a las ocho de la noche de un martes dónde estaba su hija de quince años. Pero no lo sabía. Geraldine se hizo la cena, comió sin muchas ganas, pero comió para engañarse a sí misma dándose la impresión de que no ocurría nada extraordinario. Luego encendió el televisor como si insistiendo en las rutinas, todo pudiera volver a la normalidad mágicamente. Enseguida lo apagó. No lograba concentrarse. Estaba asustada y no osaba admitirlo. Levantó el teléfono y llamó a la Policía. Una agente le dijo que no se preocupara, que hasta que no pasaran veinticuatro horas no se podía decir que su hija estuviera desaparecida, sino que andaría por ahí, como cientos de chicos y chicas que cada día hacen novillos y luego regresan a casa como si nada. La agente, claramente acostumbrada a tratar con padres nerviosos, insistió en que estuviera tranquila y no se enfadara cuando Kim entrara por la puerta, porque lo peor en esos casos era crear un enfrentamiento, y lo principal, generar un ambiente de confianza para que su



hija hablara y le contara las razones de su ausencia. ¿Tenía Geraldine un ambiente de confianza en su hogar? Geraldine no supo qué contestar. Reconocía en el tono de voz de la agente su profesionalidad. Posiblemente todas esas preguntas y consejos estuvieran escritos en un protocolo oficial de los servicios sociales preparado por algún equipo de psicólogos, gente no muy distinta de ella. Geraldine contestó que creía que sí, que su hija confiaba en ella. Pensó en los fines de semana en que a la chica todavía le gustaba acurrucarse en su cama y se reían y gastaban bromas. La agente insistía: ¿Sabía Geraldine a ciencia cierta lo que hacía su hija cuando no estaba en casa? ¿Con quién salía? ¿Tenía algún conflicto en la escuela, con compañeros, profesores o con algún miembro de la familia? Geraldine se quedó en blanco. No, no sabía todas esas cosas «a ciencia cierta». Pensaba que lo sabía, pero a lo mejor no era así. No sabía ni lo que hacía ni lo que en su fuero interno inquietaba a su hija cuando ella no estaba. Solo se lo imaginaba.

—Espere hasta mañana entonces —dijo la policía—. Si por la mañana no regresa, nos llama de nuevo.

Geraldine colgó. No durmió en toda la noche. A las cuatro hizo uso de las ventajas de ser médico y llamó a todos los hospitales. No había novedades. La noche había sido tranquila: ni atropellos, ni accidentes, ni homicidios, ni delitos violentos que implicaran a una menor de las características de Kim. Podía estar tranquila. ¿Lo estaba? No. Aunque no se permitiera caer en la angustia, Geraldine solo pudo cerrar los ojos media hora en toda la noche.

«Lo malo del invierno es cuánto tarda en amanecer», pensó cuando despertó. También pensó que no podía quedarse de brazos cruzados esperando sin más, por mucho que el protocolo policial lo recomendara. Alguna vez había escuchado en la radio que en las desapariciones las primeras horas son cruciales. ¿Por qué la Policía se había negado a atenderla? ¿Únicamente porque su hija ya no era una niña sino una adolescente? ¿Qué más daba la edad? Era menor y no había vuelto a casa. Geraldine levantó el auricular para volver a llamar a la Policía, pero colgó sin llegar a marcar. A lo mejor la Policía tenía razón después de todo. Tal vez ella no había sido capaz de aceptar todavía que Kim ya era una persona capaz de tomar decisiones, no una criatura que se extravía en el supermercado porque su madre se ha entretenido en el pasillo de las conservas. «Bueno, basta de filosofar», se dijo. Se puso el abrigo y se echó a la calle. Recorrió cada palmo entre la escuela y su casa,

entre su casa y el polideportivo. Algunos cafés empezaban a prepararse para abrir. Geraldine entró en todos los establecimientos abiertos. Llevaba una foto de Kim tomada las últimas Navidades. No era la mejor foto. Tenía una sonrisa burlona y encima desde entonces se había cortado el pelo a lo chico. A Geraldine le daba rabia no disponer de una fotografía mejor y más reciente. Lamentó haber sido tan descuidada, no haberse preocupado de hacerle fotos nuevas siquiera para el colegio. «Usa las del año pasado —le dijo—, todavía sirven». Era el tipo de obligación de la que Geraldine se escabullía, solo porque no tenía tiempo para acompañarla al fotógrafo. En cuanto Kim volviera, sacaría del cajón la máquina de fotos y se harían un reportaje completo las dos sin más razón que el estar juntas y dejar testimonio. O mejor, encargarían un retrato de estudio, como hacen otras familias. Nunca le habían gustado, los encontraba vulgares, pero ahora hubiera dado cualquier cosa por tener una de esas fotos tan cliché en las que las familias aparecen sonrientes con sus mejores galas.

De establecimiento en establecimiento mostró la maldita foto, pero en ninguno habían visto a Kim. Algunos la reconocían, lo aseguraban con certeza; otros, negaban con indiferencia. Geraldine bajó las escaleras del metro. Preguntó a los taquilleros, a los vigilantes, a los de los kioscos. «Por aquí pasa mucha gente, chicos y chicas de esa edad, se puede imaginar, a montones», contestó un comerciante sin dejar de desembalar los fardos de diarios. Cuando se acercaba la hora de ir al trabajo, Geraldine llamó desde una cabina y explicó que faltaría. Luego regresó a casa con paso apresurado. Cuando Kim volviese, quería estar. No quería que pensara, como aquella vez años atrás, que su madre la había dejado tirada, que su ausencia le era indiferente. Angustiada, Geraldine recordó que no había tenido la precaución de dejar una nota explicando que había salido a buscarla, que la esperara, que la quería, que necesitaba estar con ella. Apretó el paso, las últimas manzanas corrió. ¿Y si Kim pasaba por casa para cambiarse, desayunar y luego irse al colegio como cualquier mañana? ¿Y si solo había estado durmiendo en casa de alguna amiga a la que Geraldine no conocía? ¿O de un chico? ¿Y si Kim se había enamorado por primera vez? Geraldine nunca había pensado en su hija como en una joven, la veía muy niña aún, pero los quince años son una edad perfectamente normal para enamorarse y querer pasar la noche con un chico. Quizá fuera simplemente eso, su primera historia amorosa.

Entró. Llamó. Nadie contestó. La casa seguía vacía. Todo el cansancio y la tensión de la noche en vela cayeron sobre Geraldine. Se sentó en la cocina. Se preparó un té que encontró insípido y, entonces, sobre la nevera sujeta con dos imanes, vio la foto. Era su hermano Thomas. ¿Qué hacía ahí? ¿Quién la había colocado y cuándo? Geraldine la examinó. Su hermano sonreía. ¿De dónde había salido? Era una instantánea tomada en casa de su padre hacía años, cuando los dos aún vivían allí y eran muy jóvenes, poco antes de que Geraldine se casara con John y se marchara. ¿De modo que eso es lo que hacía su hija Kim cuando ella estaba fuera de casa? ¿Rebuscar en los cajones, encontrar fotos antiguas y desempolvarlas? Geraldine subió al baño, que por una vez estaba impoluto pues su adolescente hija no lo había usado. Se dio una ducha rápida y se vistió. Quería tener buen aspecto para la visita que se disponía a hacer. Cogió las llaves del coche y salió. El tráfico de la ciudad a esas horas era denso. La gente acudía a sus trabajos y obligaciones. Autobuses y camiones de reparto taponaban las estrechas calles de Londres. La clínica estaba en la otra punta, pero Geraldine puso la radio y escuchó las noticias pacientemente, mientras sus manos se deslizaban del volante a la palanca de cambios.

No recordaba el edificio tan pequeño. Posiblemente se había acostumbrado a los grandes hospitales y estas instalaciones modestas le chocaban. Era una residencia más que una clínica, una vivienda grande con jardín, reacondicionada para otro uso. Los pacientes podían salir y entrar, casi como en un hotel en el que, en muchos casos, residían desde hacía años. Algunos enfermos estaban en el jardín. Eran los fumadores, que, tras desayunar, necesitaban su dosis de nicotina. Uñas y dedos amarillos delataban su compulsión. Geraldine reconocía esos signos, no tanto porque la psiquiatría le fuera cada vez más próxima, sino porque su hermano, a fuerza de sostener cientos de cigarros, tenía las manos idénticas. Pero Thomas no estaba entre aquellos hombres y mujeres que, con los rostros contraídos sea por la medicación, por la mala vida o por el sufrimiento al que sus mentes les sometían, fumaban sin hablar unos con otros. «No te enfades, no chilles, respira, sonríe y ten calma». Repitiéndose esta letanía, entró. En la recepción no había nadie. Ni era horario de visita ni todavía habían empezado las consultas. El escaso personal sin duda estaba ocupado en otras tareas. Hacía un par de años que Geraldine no visitaba a su hermano, ¿o quizá más? No

estaba segura ni de haberle contado que se había divorciado de John. Quizá lo supiera por Mabel, la mujer con la que su hermano en uno de los períodos estables se había casado, para sorpresa de todos. Geraldine entró en lo que suponía era la sala común. Dos empleadas retiraban el servicio del desayuno y allí, en un rincón frente al ventanal que daba al patio, la vio. Tal y como se figuraba desde el momento en que encontró la foto en el frigorífico, Kim estaba con Thomas. Las manos de Geraldine temblaban. Antes de que ellos advirtieran su presencia, respiró hondo buscando la serenidad que le faltaba. Toda la ternura que había sentido hacia su hija durante la noche en vela se transformó en ira hacia su hermano, su maldito hermano. Había pasado tanto miedo... Pero ahí estaba su hija, sana y salva, charlando como si nada con su tío Thomas, riendo. ¿Tan egoísta era Thomas que no se le había ocurrido pedir a la cría que avisara a su madre? ¿Y el personal de la clínica? ¿No les había extrañado ver aparecer a una adolescente en horario escolar? Panda de inútiles. Irresponsables.

—El comportamiento adolescente sorprende cuando empezamos a comprobar que son personas autónomas con un espacio personal y mental tan grande y libre como el nuestro. Es un buen ejercicio imaginar a los hijos como imaginamos a nuestros amigos, a los compañeros de trabajo, a cualquier conocido. Tendemos a creer que son nuestros. Tenemos la fantasía de que son prolongaciones de nuestra persona y nos pertenecen como formaron parte nuestra durante nueve meses y dependieron de nosotros durante sus primeros años de vida. Pero los hijos, lo queramos ver o no, tienen un mundo propio del que no formamos parte. Parece obvio, pero es una obviedad que cuesta asumir.

Todo eso le explicó la psicóloga del colegio. Geraldine hizo una enorme cura de humildad y escuchó atentamente. Se forzó a acudir a las numerosas reuniones a las que los responsables de la educación de Kim la convocaron. En ellas descubrió que su hija llevaba unos meses faltando sin justificación a clase, no presentándose a los exámenes. Además, se había escapado de casa, aunque hubiera sido para visitar a su tío recluido en un psiquiátrico, había huido de su lado. Es lo que más le dolía a Geraldine.

—Hay que respetar su intimidad y procurar estar incluidos. El chico o la chica nos necesita, aunque no lo exprese, pero no sirve de nada imponernos.

Geraldine escuchaba en silencio. Sentado a su lado, serio, molesto, permanentemente enfadado con ella, podía sentir cómo John le reprochaba sin

necesidad de palabras su ineptitud como madre.

—A veces su rebeldía, su irascibilidad, su desgana son un mensaje. El chaval quiere decirnos algo sobre ellos, sobre nosotros o sobre la familia. Aunque se enfrente a nosotros, aunque parezca indiferente o indomable, nos necesita.

Geraldine escuchaba y se veía a sí misma diciendo cosas similares a las familias de sus pacientes. «Con qué facilidad hablamos de lo que no nos afecta —pensó—, qué tranquilos nos quedamos dando consejos y qué lejos podemos estar, por mucho que hayamos estudiado, de quien los recibe».

—Todo niño tiene un mecanismo muy desarrollado para detectar la mentira y las contradicciones de sus padres. Eso les permite estar alerta de cualquier cambio que pueda amenazar su estabilidad, por secreto que sea. Examinen los cambios que haya habido en el ámbito familiar, sus propios conflictos, y hallarán la respuesta a algunos de esos conflictos que afloran en los hijos.

John escuchaba y se sentía al margen de esas acusaciones veladas. Él no había incurrido ni en contradicciones ni en mentiras. A él le habían dejado tirado. Geraldine era la que tenía que hacer examen de conciencia.

A las siguientes reuniones con el psicólogo del colegio John no acudió. ¿No era Geraldine quien había puesto a Kim entre la espada y la pared? ¿No era ella la que había generado la inestabilidad de su hija con su conducta irresponsable? Pues que se ocupara de resolverlo. Geraldine sabía que en gran medida era cierto. Su madre, su padre, el motorista... Tres vértices habían hecho el día a día de Kim menos sólido en una etapa crítica, esa en la que se deja atrás la infancia para aventurarse en lo desconocido, deseado y temido: la vida.

En el garaje de Grete hay un par de bicicletas. John las contempla. Grete se ha ido al hospital y él no necesita pasear a *Zeus* porque la casa tiene un jardín grande y, de todos modos, hasta hoy las fuerzas no le daban para aventurarse más allá de la verja. Convivir con una extraña no ha resultado tan incómodo como se hubiera figurado hace unas semanas, antes de que todo esto ocurriera. Hace un mes estaba en su casa en Inglaterra con su perra *Jewel* y un gato gordo y huraño. Cielos nublados, sándwiches de queso, barba de una semana, mucha tele y periódicos atrasados, esa era su vida. Solo hay un elemento en común entre aquella y la de hoy: los perros. Ahora luce el sol, se asea a diario y no siente esa brutal pereza que lo pegaba al sofá durante semanas en las que salía a la calle lo mínimo imprescindible para el bienestar de su perra, que no el suyo. Aquí, a diferencia de en su casa, su ropa está limpia y su barba afeitada. Es paradójico, él lo sabe, que la pérdida de su hija haya sido el impulso para cambiar de hábitos. Ser huésped de una conocida lo ha obligado, por gusto, a ser sociable, a escuchar, a ceder y a colaborar en las tareas domésticas que para sí mismo jamás realizaba. Ha hecho cosas que no hacía desde que murieron su madre y su tía, como jugar a las cartas, porque Grete tiene un grupo de amigas tremendamente aficionadas. Se ha divertido barajando y repartiendo, aunque en ocasiones a mitad de partida la imagen de Kim muerta sobre la mesa del depósito forense y de su nieto extraviado en algún paraje inconcreto se le hayan cruzado como un relámpago, dejándolo paralizado.

Hoy se ha sentido bien al despertar y, después de que Grete se haya marchado, ha explorado el garaje. La puerta de la cocina no ajusta bien y da golpes si hay corriente. John quiere sorprender a Grete arreglándola. Busca herramientas, pero se ha topado con estas dos bicicletas y una idea se ha metido en su cabeza. Es una idea muy sencilla: retomar la búsqueda.

John pedalea. La realidad es distinta cuando se observa desde el manillar de una bicicleta a un ritmo suave y constante. Lo bonito de la bici es cuando se transforma en una extensión de las extremidades. Sentir esa armonía entre máquina y hombre proporciona nuevas perspectivas y pensamientos. Sobre dos ruedas, las calles de la urbanización le parecen a John alegres, quizá

porque cuando uno está triste detecta mejor la alegría, pero también por las exuberantes adelfas, jazmines, hibiscos y buganvillas que impregnan todo con su color. Se le antojan mejores que las del vecindario de su hija. Hay algo más armónico, más proporcionado en la arquitectura y el trazado urbanístico de estos jardines. También hay más muestras de vida. Una señora rubia riega unos geranios a la puerta de su casa mientras un tipo de pelo blanco, como él, repasa con una brocha una cancela oxidada. Lo saludan y sonríen. Se reconocen como viejos y como extranjeros, toda una cofradía. Un jardinero poda un seto porque aquí hay que tener bien afiladas las tijeras o la vegetación se asilvestra pronto. Más allá, otro empleado con pantalón corto limpia una piscina. Parece marroquí. John se pregunta si sería así como trabajaba su yerno, si eran así los movimientos de Kostya, brazos hábiles y tranquilos mientras dibujaba círculos en el agua para recoger hojas, y luego bruscos y violentos en casa con Kim cuando nadie los veía. John regresa a casa antes de cansarse, porque tiene un plan y quiere administrar científica, metodológicamente su salud y su energía.

—¿De quién son las bicicletas? —pregunta a Grete mientras almuerzan.

—De mis hijos —contesta ella—, las usan en verano. Pronto también las usarán mis nietos. ¡Cada vez están más altos!

John lo ha comprobado porque los retratos de los críos están por doquier. En eso Grete es como Marianne, y no como Geraldine, que en los once años que convivieron jamás colgó una foto ni de él ni de la niña en pared alguna. Decía que era una vulgaridad. Solo tenía sobre su escritorio un retrato en blanco y negro de su madre, como si el haber muerto joven le otorgara el honor de ser tenida en cuenta. ¿Pasará lo mismo con Kim? ¿Se convertirá ella también en una foto entre las pertenencias de Geraldine? Pero ya no puede sentir ningún rencor hacia su exmujer. La pérdida de su hija no los ha separado, sino que los ha acercado en sus debilidades e imperfecciones. Son dos viejos igual de perplejos ante la muerte.

En los días siguientes, en cuanto Grete sale hacia el hospital, John agarra una bicicleta, se despide de *Zeus* y se lanza a las calles. Explora el pueblo, pero no como un *flâneur* sin destino prefijado que se deja sorprender por los detalles de la vida cotidiana, sino como un investigador avieso. Aunque la cicatriz de la intervención le tira y necesita hacer algún descanso cada tanto, sigue el rastro de cualquier publicidad o información que contenga caracteres

cirílicos. De bares a cafés, de supermercados a tiendas de lujo, husmea los espacios que frecuenta la colonia rusa. Observa quién entra, quién sale y cómo se comportan. No sabe lo que busca exactamente. Quizá a una chica rusa parecida a Vera que pueda darle noticias de ella. Tal vez a un hombre poderoso con las trazas que supone al jefe de su yerno. O quizá a un fornido guardaespaldas con cara de pocos amigos y pocos pensamientos.

Involucrarse en descifrar ese entorno es aproximarse al posible paradero de su nieto y da significado al día. Convierte a John en un cazador y los metros que avanza con su bicicleta van en alguna dirección. Pedalear es llenar el vacío, un vacío que no se parece al de la jubilación que tanto le costó, ni al de la viudedad. La ausencia de Kim no la calculó de ninguna manera. Tenía a su hija apartada en un cajón desde hace tanto tiempo que, al abrirlo, lo único que ha salido es un peso demoledor que lo aplasta. Salvo cuando pedalea.

Por la tarde Grete regresa de su voluntariado y lo encuentra ante un cuaderno de notas, elucubrando.

—No sabía que te gustaba escribir. ¿Qué escribes?

—Anoto, Grete, solo tomo notas.

—¿De qué?

—Las cosas que me suceden.

—¿Tienes miedo a olvidarte?

—No. Escribiendo pienso mejor.

Grete lo mira con la misma simpatía curiosa, él lo recuerda, con la que lo miraba en aquella otra etapa, años atrás, en que paseaban juntos por Londres redescubriendo la ciudad en la que él vivía sin haberle prestado nunca atención. Y él sonríe, porque, por segunda vez en su biografía, la noruega lo ayuda a salir de un agujero. La vida da golpes, pero también hace algún regalo.

—Mira en la nevera —dice John con picardía.

Grete se dirige a la cocina.

—¿Y esto? ¡Qué delicia!

Para disimular sus entradas y salidas de los establecimientos rusos, John hace algunas compras. Hoy han sido blinis, huevas de salmón y un poco de arenque, a muy buen precio, además. John imagina que es el precio de un mercado paralelo que escapa a las tasas de exportación de la burocracia



moscovita. Mientras esperaba turno en la tienda, se ha fijado en los empleados: la cajera, el tipo que despacha la carne, el reponedor de las verduras... ¿Qué busca John? Hoy se ha dado cuenta. Un rostro amigo, un confidente, un aliado del otro lado del espejo, tan lejano.

Una mañana en la que por tercera vez repite desayuno en la misma terraza frente al mar, regentada por rusos, decide ser más proactivo. Para que la camarera no piense que intenta ligar con ella, como seguramente hagan muchos otros jubilados de sus características, opta por pedir algo concreto:

—Perdone, señorita. Quiero comprar una buena botella de vodka ruso. ¿Usted qué me recomendaría? Mi mujer y yo cumplimos cuarenta años de casados.

La señorita piensa unos instantes. Mencionar a una imaginaria esposa sin duda le ha generado confianza, y enseguida dice:

—Espere.

Desaparece tras la barra y al poco regresa con una botella de vodka de etiqueta indescifrable.

—Mi jefe dice puede venderle esta. Muy buena, no cara y exclusiva de Rusia, no hay en España.

—Estupendo, justo lo que busco. Muchísimas gracias.

La camarera sonríe, contenta de haber hecho un favor a este anciano. Ahora que ha logrado abrir una veta de conversación, el anciano no quiere dejar que se marche y apuesta todas sus fichas a un único número.

—Tenía yo un conocido ruso que me hubiera podido ayudar, pero no lo encuentro. Creo que se ha mudado. A lo mejor lo conoce usted. Se llama Kostya. Es músico, toca muy bien la guitarra.

—¿Kostya?

—Sí. Estaba casado con una chica inglesa, por eso lo conocí. Vivía en la urbanización Las Rocas, pero no hay nadie en la casa.

—No. No conozco. No me suena. Somos muchos rusos... —dice la chica, y John no sabe si creerla.

—¿Conoce usted a algún músico? Quizá si les pudiera preguntar, ellos sepan dónde para Kostya ahora.

—Yo no trabajo por la noche. Por la noche es distinto que en el día. Yo prefiero el día. No sé nada de músicos.

—Me pasa lo mismo —apunta John solidariamente y vuelve a introducir su asunto—: Kostya era muy simpático. Me da pena no haber mantenido el contacto.

—Una pena yo también que no puedo ayudarle.

—Era de este pueblo, mire, lo tengo aquí apuntado. Quizá usted conoce el pueblo...

Y John le muestra un papel donde transcribió los datos de nacimiento de Kostya que vio en el expediente de la Policía. La chica lee el nombre de la localidad y su cara parece sincera cuando dice que no le suena nada, que ella es de otra región en la otra punta del mapa de Rusia.

—¿Y a Vera, una bailarina que trabajaba en el Casino Palace, tampoco la conoces?

—No —zanja la camarera, a quien empieza a incomodar el interrogatorio.

John percibe que se le escapa y tampoco quiere llamar más la atención sobre sí mismo. Más vale marcharse.

—Perdóneme, la estoy entreteniendo y estará usted ocupada. ¿Qué le debo de la botella de vodka?

Cuando John paga y se sube a su bicicleta, una voz se dirige a él:

—Esa chica no sabe. Esa chica lleva aquí poco tiempo.

John se vuelve. ¿Quién habla? Un repartidor de Coca-Cola, un tipo fornido de inequívocos rasgos eslavos que saca cajas de refrescos del camión.

—Yo sí conozco ese pueblo. Ese pueblo que dice usted está al lado de mi pueblo. ¿Usted quiere ayuda? Yo puedo ayudar.

Perdió el tren. Jamás había perdido un tren. Parece increíble, pero es así, John nunca en su vida había llegado tarde a nada. Corrió y corrió escaleras abajo, pero cuando alcanzó el andén jadeando, el convoy había partido. Todavía podía oír los raíles silbar. Si hubiera apretado el paso apenas unos segundos, hubiera podido subirse. Le asaltaron unas enormes ganas de llorar. «Tonto tonto tonto —se dijo—. Ingenuo, ignorante». No había perdido el tren porque le hubiera surgido algún impedimento impredecible. Al contrario. Había llegado temprano a la estación y había hecho tiempo curioseando en la tienda de prensa, comparando artículos de viaje que de todos modos no compraría porque los precios le parecían desorbitados, pero le divertía saber cuánta cara dura podían echarle esos comerciantes que vendían a los turistas. Tan tranquilo, tan conforme consigo mismo, con su capacidad de planificar, cargado de razón por haber hecho todo correctamente. Y sin embargo no era temprano, no para ese tren. Todos los demás pasajeros, seguramente menos engreídos que él, habían logrado subirse, ocuparían ya sus asientos, desplegarían sus periódicos o mirarían el paisaje relajadamente. Todos menos él. Se había equivocado porque ni siquiera cabía en su imaginación la posibilidad de cometer un error. ¿Cómo podía haberse despistado de esa manera? Había estado tan seguro de su memoria que no había vuelto a verificar siquiera el billete. Le dio pánico, vértigo, comprobar que podía cometer un error tan evidente sin siquiera sospecharlo. Si había sido tan estúpido como para equivocarse en algo elemental, ¿qué otros patinazos no lo acecharían? Del susto pasó a la desolación. Temblaba y tuvo que buscar asiento. No se reponía. Vaya conmoción por un hecho tan tonto, diría cualquiera. «Perder un tren no es el fin del mundo —se repetía—, contrólate, estás dando el espectáculo. No es más que un viaje de trabajo, no cambia nada por no dar la charla». En realidad, la conferencia era poco más que una excusa para ver a un viejo colega, salir de Londres, cambiar de aires y romper la rutina académica. No lo esperaba ningún compromiso crucial, apenas un puñado de alumnos y el profesor que lo había invitado. Nada valioso se había perdido, nada irreparable. Daba lo mismo. El estómago se le había puesto del

revés, notaba sus palpitaciones. Le sumía en una tristeza inconsolable su propio desastre. Y el pánico ante lo que había descubierto: que podía obrar tan convencido y, sin embargo, estar al borde de la catástrofe.

Pensó en Grete, en los días tan buenos que había pasado con ella, acompañándola al cine, a un museo, a un parque, porque realmente no la había llevado él, aunque él fuera el residente y ella la extranjera. La joven noruega, con su vitalidad y su curiosidad, le había guiado de un lado a otro, en ocasiones, ahora se avergonzaba al reconocerlo, a rincones de Londres que no había pisado jamás. Era como mudarse, pero sin tener que hacer cajas ni buscar piso. La pintura y el arte nunca le habían llamado la atención, pero gracias a Grete había descubierto las magníficas pinacotecas de Londres, la ciudad en la que vivía desde hacía casi veinte años. Había tenido que llegar una forastera para abrirle los ojos.

Ahora la estancia de Grete tocaba a su fin. Terminaría su investigación y en pocos días se volvería a Noruega. En su país defendería su tesis y obtendría una plaza de profesora en la universidad. A lo mejor a eso se debía el despiste de John, a que se había confiado. A pesar de haber crecido con las advertencias de su madre, siempre precavida y concienzuda, John había sido frívolo y se había abandonado al placer de no hacer mucho más que pasear y vivir la vida según venía. Se había dejado llevar, gastando demasiado en conciertos, restaurantes y *afternoon teas* de precio desorbitante para complacer a su amiga del continente. Había aprendido muchas cosas nuevas en esas semanas con ella, tantas como para olvidar que las desgracias llegan sin previo aviso; por ejemplo, no subirse a un tren a tiempo. Lo pensaba y se mortificaba mientras hacía cola en la taquilla para ver si había otro tren con el que llegar a tiempo a su destino. Por fin llegó su turno. La empleada le señaló su error: se había presentado en la estación equivocada. Su tren no salía de Victoria, sino de Waterloo. John no podía creérselo, pero el billete lo decía bien claro. Qué vergüenza sintió. Se puso colorado hasta las orejas. Pero tenía suerte, en media hora salía otro tren que con un trasbordo lo dejaría en destino sin un retraso excesivo. Compró el nuevo billete, se acercó a una cabina para telefonar a su colega y después se sentó a tomar una taza de té.

Cientos de personas circulaban por la estación, cada uno con sus preocupaciones y sus pensamientos. Le consolaba observarlos. Los veía tan vulnerables como se sentía él mismo. Bajo sus máscaras de seguridad,

¿cuántos errores tontos no habrían cometido en su vida? John se sirvió la leche, un buen chorro, como a él le gustaba y a Geraldine le espantaba. Recordó sus reprimendas: «Estropeas el té bueno —le reconvenía—, pareces un niño pequeño». Se sirvió aún más leche. De pronto, con el nuevo billete en su bolsillo, sintió una enorme calma y, sí, casi un goce físico, eso que deben llamar «felicidad». Había perdido un tren porque se había equivocado, pero había podido solucionarlo. Era soltero. Estaba solo. No perjudicaba a nadie más que a él mismo con su despiste. ¡Qué descanso! Por primera vez se sintió satisfecho de estar separado. Geraldine no podía criticarle ya con su falta de comprensión hacia sus pequeñas neuras. Pensó que tal vez le había abandonado por eso, por sus manías, por sus miedos. O peor, simplemente porque se aburría con él. Le dio lo mismo. Ahora John sabía que Geraldine era un enigma. Y una extravagante. Había conocido a Grete y había comprobado que podía resultar perfectamente interesante para otra mujer. La carga de su fracaso matrimonial ya no era exclusivamente suya. Ahora también era de Geraldine. Pero Geraldine no era la única mujer del mundo, y darse cuenta, más allá de la relación con Grete, le había devuelto algo mucho más amplio: el disfrute por la vida.

Cuando Geraldine le echó de casa (aunque ella no lo definiera así, era como John lo había vivido), John se había enfadado con el vivir y todo lo que conlleva: las teteras, las bolsas de té, los autobuses viejos, los puentes sobre el Támesis, las puertas giratorias del rectorado, las colas en el supermercado... Todo le fastidiaba, porque se fastidiaba a sí mismo. La estancia de Grete en Londres tocaba a su fin, se iría. Eso suponía una nueva separación, pero no le dolía porque, a diferencia de Geraldine, Grete le había dejado un magnífico obsequio: su amor por la vida, por lo que la vida traía de por sí, sin necesidad de más. Ya fueran valiosos artículos en las vitrinas de los museos, ya fueran trastos en los mercadillos de segunda mano, a Grete los objetos le interesaban en cuanto hablaban de otras existencias y otras personas que habían vivido como ellos, pero en otros tiempos, en otros lugares. Mesopotamia, el antiguo Egipto, Roma... eran con Grete tiempos y lugares cercanos. Grete había roto su aislamiento. Y John no necesitaba más para disfrutar de la vida: saber que en el planeta estamos acompañados y que todos somos, hemos sido y seremos, más o menos, parecidos. En cada pieza de orfebrería, cada vasija, cada talla de madera, cada relieve o cada cuadro, los

grandes maestros de la pintura o los artesanos anónimos le susurraban: «Nosotros también conocimos la tristeza y la soledad, las dificultades, las noches de insomnio, pero vale la pena seguir viviendo, John, nosotros lo hicimos antes y tú puedes hacerlo ahora».

Al bajarse del tren en Leeds no lo esperaba su amigo Duncan. Con el cambio de trenes, se le había echado encima la hora de sus clases y había enviado un emisario. John sintió una voz de mujer que lo llamaba:

—Es usted John, ¿verdad? Duncan me pidió que viniera a recibirle. ¿Pudo almorzar en el tren? Yo creo que esos trenes regionales no llevan servicio de bar.

—No, con todo el lío solo tomé un té en la estación. Pero no se preocupe.

—¿Cómo no me voy a preocupar! Venga por aquí. Como tenemos que hacer tiempo hasta que Duncan salga de clase, si no le parece mal, puede venir a casa y le preparo algo.

—No tiene por qué molestarse...

—Marianne, me llamo Marianne.

—Es usted la esposa de Duncan... —John lo afirmó con delicadeza, porque nunca había oído a Duncan hablar de su mujer. Es más, en los congresos, Duncan era de los que no dudaban en ligar si surgía la ocasión.

La mujer rio.

—¿No, por Dios, no! Duncan es soltero. ¿No ve que solo vive para su trabajo? ¡Pobre de su mujer si se casara, qué aburrimiento! Soy su hermana.

—Ah —dijo John, cortés—, mucho gusto.

—Vivimos al lado. Soy viuda. Con tres hijos, tener a mi hermano de vecino es un arreglo que nos facilita la vida a todos.

—¿Son muy pequeños sus hijos?

—No. Dos están ya estudiando en la universidad y la más pequeña tiene doce años. Me casé muy joven.

—¿En la universidad?

—Sí, estoy contenta. Son buenos chicos. Ella estudia Economía y él Literatura. ¿Qué le parece? Ella números y él letras, al contrario de lo que dicen las estadísticas. Hasta en eso somos originales en esta familia. ¿Usted tiene hijos?

—Tengo una hija sí, pero todavía está en el colegio.

—Pues otra vez la puede traer perfectamente. En casa hay sitio de sobra.

Había sitio, sí. La casa de Marianne era grande y a John le gustó inmediatamente, como el sándwich que le preparó y el helado con pasas sultanas que quiso que se tomara de postre. Luego pasaron a casa de Duncan. John dejó su bolsa de viaje, sacó las notas de la conferencia y Marianne le preparó la habitación. John la contemplaba tender las sábanas, ahuecar la almohada como si nunca en su vida hubiera asistido a un espectáculo tan fascinante. No fue amor a primera vista, pero sí quedó claro para John desde el principio que quería volver a verla. Pronto, con cualquier excusa, repetirían esa cita en la estación. No estaba mal perder trenes después de todo, no estaba nada mal.

—¿Un repartidor de Coca-Cola?

—Sí, es muy largo. Luego te lo explico. Es un repartidor ruso que es del mismo pueblo. Ha llamado y ha preguntado a su familia.

—¿Y habla inglés?

—Más o menos.

Geraldine acaba de regresar de Londres. John toma un té con ella en casa de Grete. Al fin y al cabo, Geraldine conduce y él teóricamente no tiene medio de locomoción, con lo que era inevitable que ella viniera aquí, aunque no se la ve muy cómoda. Grete lo ha advertido y les ha dejado solos.

—¿Has recogido tus cosas? ¿Necesitas que te ayude? —Geraldine termina su taza de té y apremia a John. Quiere llevárselo a casa de Kim y mañana mismo de vuelta a Inglaterra y por eso, para dejarlo claro, añade—: Me gustaría que antes de irnos pasemos a despedirnos de la jueza. Ya he quedado con Amparo para que nos busque cita. Así le recordamos que existimos.

—Déjame que termine de contarte esto, Geraldine. Ha llamado a su casa y su madre ha localizado a la madre de Kostya y le dice que no saben nada de él.

—Pero ¿quién?

—¿El repartidor de Coca-Cola! —John empieza a perder la paciencia. Ha hecho tantos avances, tiene tantas ganas de contarle a Geraldine todo, absolutamente todo con pelos y señales. ¿Por qué se muestra tan distraída? Qué terca es. De una vez para otra a John se le olvida el peor defecto de Geraldine, que solo escucha cuando le interesa.

—Pero este repartidor ¿conocía a Kostya?

—No lo conocía, pero es del mismo pueblo. Te lo estoy diciendo.

—¿Y cómo es el pueblo?

—No lo sé. ¿Qué importa eso, Geraldine? Es un pueblo ruso en una provincia remota.

—¿Cómo es de grande?

—No lo sé. Mediano. ¡Qué preguntas me haces, Geraldine!



—¿Tú te fías de ese repartidor?

—Completamente.

—¿Por qué?

—Geraldine... —John no quiere enfadarse, quiere contarle todo esto de buenas maneras.

—¿Por qué te fías de lo que te diga? ¿Por qué crees que no te miente?

—No todo el mundo miente, Geraldine.

—Eso es lo que pensaba yo, y tú me decías lo contrario.

—Pues sigue pensándolo. ¿Quieres conocer al repartidor de Coca-Cola? ¿Quieres hablar tú misma con él? Mañana es miércoles y no le toca, pero el jueves vuelve a pasar.

—¿A pasar por dónde?

—Por el bar donde desayunan los rusos, Geraldine.

—¿Le has contado todo esto a la Policía?

—No quiero que intervenga la Policía.

—¿Se lo cuento yo?

—Geraldine, mientras tú has estado fuera yo he estado moviéndome.

—Sí, ya lo veo. Por bares. Vaya con Grete, sí que te ha cuidado bien.

—No bebo. No he probado una gota.

—Solo Coca-Cola, claro.

—Y horchata. Es una bebida de aquí. Al principio es extraña, pero luego es deliciosa. Parece leche de almendra, pero más sabrosa.

—Entonces, por medio del tipo de la Coca-Cola sabes a ciencia cierta que Kostya no está en Rusia.

—En su pueblo por lo menos no. Su familia no ha recibido ninguna llamada. No tiene ninguna noticia de él. No sabían ni que Kim está muerta.

—Pero ¿sabían que Kim existe?

—Según la madre de mi amigo, sí, y están muy preocupados. Se conectaban por Skype para hablar y ver al niño todas las semanas, y desde que pasó lo de Kim, nada.

—O sea, ellos sí conocían al niño y nosotros no.

—Eso parece.

Geraldine procesa la nueva información.

—Pero el repartidor, ¿dices que no lo conocía?

—No, pero me oyó a mí hablar con la camarera del bar, me abordó en la calle y se ofreció a ayudarme.

—Entonces, ese pueblo ruso es pequeño...

—Aunque sea un pueblo grande, Geraldine, una capital de provincia, ¿tú no crees que si lo necesitas localizas a una familia y hablas con ellos? Tampoco estamos hablando de una megalópolis.

—¿Y la familia del repartidor sabe de primera mano que la familia de Kostya no miente?

—Sí, Geraldine. Son gente normal. Él es un tipo normal, ruso, pero normal. Eso se nota.

—¿Y cómo has ido a hacer todas esas averiguaciones si no conduces?

John no quiere contestar, así que cambia de tema:

—¿Te apetece comer algo? Yo ya he comido, pero a lo mejor tú quieres picar. Tenemos blinis y arenque.

—¿Cómo has ido, John, a esos bares? ¿Te ha llevado Grete?

John calla.

—Contéstame, John. ¿Te ha secundado ella en esta locura?

—He ido en bicicleta y ella no lo sabe, así que cállatelo cuando la veas.

—¡En bicicleta!

—Geraldine, escucha...

—¡En bicicleta! ¡Con los puntos!

—Los puntos ya me los quitaron. Escúchame. Estoy bien. Estoy perfectamente.

—No sabes cuidarte. Eres un temerario. Estás loco, John.

—Escucha. No sé dónde está ese chico, pero estoy prácticamente seguro de que no está en Rusia.

Geraldine está enfadada. Indiferente al callejón sin salida al que han llegado las indagaciones de John, se siente furiosa con él.

—Si no quieres cuidarte, allá tú, John, pero yo no quiero ser testigo de tus chifladuras y de tu deterioro.

—No sé dónde más buscar, pero hablando con Misha...

—¿Quién es Misha?

—El repartidor. Hablando, y por lo que él sabe de la comunidad rusa, de

quiénes son unos y quiénes otros, tengo la impresión de que... ¿Por qué me miras así?

Geraldine no da crédito. John sigue aferrado a esa quimera. A pesar de haber estado en un hospital con un calvario de dolores, no solo no ha cambiado de idea sino que ha reforzado su postura. No se rinde, no quiere aceptar la muerte de su hija. Geraldine siente piedad por él, por sus grandes ojos claros anhelantes de apoyo. Se serena y dice, intentando resultar comprensiva:

—John, nosotros perdimos a nuestra hija hace muchos años. Por las razones que fuera y que ahora ya no tienen remedio, ni es sano ni razonable darle vueltas, la perdimos, nos alejamos de ella y ella se alejó de nosotros. Luego, nuestra hija murió de una manera terrible y lo que estaba mal hecho, lo que no fuimos capaces de hacer mejor hace muchos años, quedó así para siempre, sin posibilidad de enmienda ni de evolución.

El pequeño discurso deja imperturbable a John.

—Sí. ¿Y qué me quieres decir con eso?

—Que hay que aceptarlo. Que hagas las maletas y que mañana nos volvemos a Inglaterra porque un repartidor de Coca-Cola no es más fiable que la Interpol, por mucho que te empeñes.

No quería hablar con él. Si la convocaba para almorzar, porque eso es lo que se espera de un buen padre, ella no aparecía, a veces ni siquiera avisaba de que no llegaría. No quería vivir con él y con Marianne, y la verdad, en eso John estaba de acuerdo. Tampoco a él le hubiera gustado convivir con Kim. Las últimas vacaciones juntos habían resultado un infierno. Se pasaba los días encerrada en la habitación, tirada en la cama, fumando, bebiendo café (al que se había aficionado en casa de su madre, otra muestra del esnobismo de Geraldine), hablando por teléfono con amigas, jugando a juegos de ordenador, haciendo nada con su tiempo y con su vida. Por no ir, no iba ni a la playa. Solo salía para comprar tabaco y, si podía, se lo encargaba a otro. No le gustaba hablar con él. John hacía esfuerzos y pensaba temas, porque tenía entendido, lo habían recalcado los psicólogos aquella vez que desapareció para ir a ver a su tío, que hay que mantener abiertos los canales de comunicación con los hijos, por complicados que los chicos sean. Así que cuando Kim cruzaba el salón de camino a la cocina o a alguna de sus escasas salidas con amigas, John le preguntaba: «¿Qué tal?». Pero la respuesta era escuálida, no descortés, simplemente pobre. Su hija no contaba nada. A veces, haciendo un enorme esfuerzo de imaginación, John probaba otras estrategias más directas, abordaba temas aparentemente banales, neutrales; por ejemplo, una mañana en que Kim se servía la enésima taza de café:

—¿Desde cuándo te gusta el café?

—Siempre me ha gustado, papá.

—No siempre. Me acuerdo de una discusión que tuvimos al poco de conocer a Marianne, un día que cenamos con sus hijos y ella se pidió un expreso. ¿Te acuerdas?

—Ay, papá. ¿Qué me estás diciendo? ¿Que no quieres que tome café o que no quieres que me meta con Marianne? A mí Marianne me cae bien. Eso fue al principio, pero es normal, ¿no? Tenía trece años, sentía celos.

—Hija, solo digo que antes no te gustaba el café y ahora tomas mucho.

—Pues ya ves, ahora me gusta, papá. ¿Tiene algo de malo?

—Dicen que no es muy bueno para el estómago.

—En el resto del planeta la gente toma café a cubos y mira qué estupendos están.

—El té se toma mucho más, hija. El té predomina en Asia y la India y el norte de África y es porque el té es mucho más..., no sé. Reconfortante. Sienta mejor.

—Todo lo que hago te parece mal. Tienes muchos prejuicios, papá.

Y Kim salió de la cocina. Otra intentona fallida. John no entendía qué había hecho mal.

A veces, cuando Kim estaba de buenas y era cercana y cariñosa como de niña, John pensaba que a lo mejor era injusto con ella. Quizá el motivo de ese comportamiento que él no comprendía no fuese el egoísmo, como John suponía, sino la impotencia. Kim simplemente hacía lo que podía. Y no era mucho. Desde luego, no era lo que John hubiera deseado. Naturalmente, echaba la culpa del fracaso de su hija al fracaso de su matrimonio con Geraldine y a la propia Geraldine, altiva, fría y dura bajo esa falsa apariencia de cercanía. Si en alguna ocasión intentaba hablar de Kim con Geraldine, por ejemplo, cuando llegaba algún aviso del instituto sobre alguna falta de comportamiento o su bajo rendimiento, el resultado era aún peor.

—Y aparte de preguntar, ¿tú le cuentas algo a ella? —le contestaba Geraldine.

—¿Yo?

—Tú, claro, John, eres su padre y la comunicación es un movimiento en dos direcciones. Ella no te va a contar nada si tú no le cuentas nada de ti.

—No me des lecciones, Geraldine.

—Solo te intento explicar que para conseguir que otro te hable, tienes que interesarte por sus asuntos, e interesarte significa ponerte a su nivel, confiar tus...

—Ya estás dándome lecciones —interrumpía John—. No eres precisamente quién para darme lecciones de moral.

—No te doy lecciones, solo quiero hablar, John, de nuestra hija porque tú me lo has pedido.

John optaba por no contestar, dar la callada por respuesta y entonces Geraldine se lamentaba:

—Es desolador.

Y John volvía a ponerse como una fiera, porque ese tipo de quejas, las que eran sobre su persona, eran lo que menos aguantaba de ella.

—Ya me estás atacando.

—No, John, no te ataco. Digo que cuando te cierras en ti mismo es desolador para mí y para todo el mundo.

—Me atacas.

—Escúchate. ¿Por qué tienes que estar siempre a la defensiva? Solo estoy hablando. A lo mejor esto es lo que le pasa a Kim contigo, que nota que a la mínima te pones a la defensiva.

Normalmente ahí terminaba el intercambio de pareceres. Nunca llegaban a alguna conclusión de consecuencias prácticas para Kim. Sin embargo, cuando hablaba con Marianne las cosas eran muy distintas.

—Dicen que cuando te enfadas con alguien es porque esperas un cambio —le explicaba dulce y afectuosa Marianne, sin darse importancia, presuponiendo que nada es una verdad universal y que quizá John opinase distinto—. No te rindes, crees que esa persona puede hacerlo mejor y que si no lo hace, es porque no le da la gana, y por eso nos enfadamos.

—¡Claro que puede hacer las cosas mejor! ¡Puede recoger su habitación, que parece Beirut después de un bombardeo! ¡Puede ducharse! ¡Puede estudiar y puede aprobar! ¡Kim es capaz de todo eso y más!

—Ya, John. Escucha, cariño. Verás, a lo que voy es si es útil o no que te enfades. Si la está ayudando realmente. Las personas, a veces, hay cosas que no hacemos porque no podemos, no porque no queramos.

—No me hace caso. Si propongo algo, hace justo lo contrario —refunfuñaba John.

—La cuestión es que si aceptas que la otra persona no puede evitar lo que hace, tu enfado se irá y a lo mejor puedes hablar mejor con ella, escuchándola realmente, y qué sé yo, igual hay cosas que necesita y que con tu ayuda puede descubrir. Discutir con los hijos no sirve. Hay que cambiar de táctica. ¿Entiendes?

John miraba a Marianne y no entendía. ¿Ayudar? ¿Más aún? ¿A su hija, que era una caradura, que le tomaba el pelo a él, a los profesores, a su madre? Marianne era muy buena, demasiado buena, pensaba John mientras la escuchaba y su voz, sus ojos, su manera calmada y afectuosa de hablar de Kim sin juzgarlos ni a ella como hija ni a él como padre, sin traer a colación

deudas pasadas, le serenaba y le llenaba de amor.

Marianne tenía razón. A John le costaba dejar de esperar cosas buenas de su hija. Quería que construyera algo positivo, algo mejor, algo grande con su vida.

—Pero John, quizá ella tiene otra definición de ese «algo mejor». Para ti es una cosa y para ella otra. Lo peor es cuando un hijo siente que decepciona a sus padres. Eso mina su confianza en ellos mismos.

—¡Me decepciona si no se ducha! ¿Es tanto pedir que vaya peinada y vestida decentemente?

—Quiero decir —proseguía Marianne comprensiva— que tal vez vas a tener que renunciar a tus expectativas y aceptar que ella tiene otros objetivos, distintos de los tuyos y de los de su madre.

—¡Afortunadamente!

—Ten paciencia con ella, John. Tu hija un día cambiará, pero tienes que ayudarla. Es buena chica. Saldrá adelante.

—Jamás le reprocho nada, Marianne, ¡y ganas no me faltan!

—No es necesario que lo expreses con palabras, John. Ella lo ve en tus ojos, lo nota en tu impaciencia. Los hijos nos captan al vuelo.

John tardaría muchos años en entenderlo, pero Marianne tenía razón: aunque se pelearan, su hija y él estaban unidos, fusionados por un elemento nocivo pero resistente. Durante aquel tiempo John aún creía en el potencial de Kim, aunque lo expresara mal. Ella a su vez necesitaba conservar esa fe, ese vínculo con su padre. Aunque renegara, precisaba su atención. Aunque le defraudara, al menos sabía que él estaba pendiente. Era un lazo estéril y poco productivo, pero a pesar de todo los dos se aferraban, sin decírselo, a una misma creencia: «Kimberley tiene algo bueno dentro, aunque todavía no sepamos bien qué es y ella sea tan terca de no querer desarrollarlo». Era un pensamiento hermoso, aunque les hiciera gritarse casi a diario en aquellos años de convivencia y finalmente los alejara. Era más duro para Kim recibir la aparente flexibilidad y tolerancia de su madre que la exigencia agria del padre. Porque de la tolerancia a la indiferencia hay un paso.

—Hace años que no cosía. Ya nadie cose. Es agradable. Te catapulta a otra era.

—Grete cose.

—Pero Grete es la mujer perfecta.

—No hables así de ella, Geraldine.

—Perdona.

Geraldine mete el bajo a unos pantalones que compró para John en Londres. Salieron de su casa con poco y la estancia se ha prolongado tanto que un par de prendas nuevas le vienen bien. Da una nueva puntada y se arrepiente de su comentario sobre Grete. ¿Qué le está pasando? Si nunca le cayó mal Marianne, la mujer con la que John se casó después de estar con ella, si ni cuando eran pareja sintió jamás nada parecido a los celos. Pero esta noruega tan simpática, tan fantástica... ¿Qué tiene esta noruega que la hace sentir amenazada? ¿Y por qué ahora justamente? ¿Acaso le importa a ella lo que John haga con sus sentimientos? ¿O es que precisamente es eso lo que la contraría? ¿Que John parezca medio enamorado? ¿Que esté a ratos contento?

—¿Tiene hijos?

—Sí. Ya los he conocido. Por Skype, claro. Viven en Bergen. Solo la visitan en verano.

—¿Son simpáticos?

—Muy agradables.

—Son perfectos, como ella entonces.

Otra vez se le escapa un dardo casi involuntariamente. John le lanza una mirada reprobatoria.

—Perdóname, de verdad. No sé qué me ocurre.

John no contesta. Cree que sabe lo que le pasa a Geraldine, pero no quiere decírselo. Se está descomponiendo y ese sentimiento es nuevo para ella. Son muchos los signos que la delatan, desde lo delgada que se ha quedado, a la melena que ha descuidado en estas semanas, a esos ratos en que se queda mirando al horizonte y parece que no piensa en nada. Aparte de sus despistes



con las llaves, las gafas de cerca, el monedero... nunca sabe dónde los deja. Y no porque le falle la cabeza, lo que le falla es el ánimo y eso la debilita. La fragilidad es un medio desconocido para ella y la está desarmando por dentro. John lo que se pregunta es qué habrá hecho en Londres, cómo se las habrá arreglado una terapeuta que se está viniendo abajo. ¿Habrá podido aconsejar a sus pacientes? John desprecia la terapia como método científico, así que no indaga en la cuestión.

—¿Cómo está tu hermano? —pregunta en cambio. John está en calzoncillos y riega las macetas de la terraza de Kim, que estaban moribundas cuando se instalaron en la casa tras los días de precinto. Con sus cuidados ha logrado que se recuperen. Se vestirá cuando Geraldine acabe de coser.

—¿Mi hermano? —extrañadísima, Geraldine levanta la mirada de la labor.

—Fuiste a verle, ¿no? —sugiere John.

—Iba a ir, pero... Está mal. O sea. Como siempre. Está bien físicamente, demasiado, y el resto como siempre o peor. No. No tuve ánimo de ir.

John sabe que esta es otra pista sobre su estado de abatimiento, la falta de energía para con los demás, cuyas cuitas traspasan una coraza que se ha ablandado. John ya pasó por ello cuando murió Marianne. Ahora también hay momentos muy malos para él, pero es distinto, porque los reconoce, no le pillan de sorpresa y los asume. Entiende que forman parte de un proceso y hay que pasar por ellos para que dejen de pasar por uno. Para evitar que Geraldine se fugue en sus pensamientos, John alimenta la conversación:

—¿No han evolucionado los tratamientos? Pensé que habría medicamentos mejores.

—Los hay, pero no exactamente para su condición y él además está muy deteriorado. Durante muchos años se maltrató. Eso no tiene cura, John.

—¿Por qué? ¿Sigue bebiendo?

—Depende. Hay rachas que no y rachas que bebe lo que encuentre. Hasta alcohol de la farmacia.

—¿Y puede salir y entrar libremente del sanatorio?

Geraldine asiente.

—Normalmente sí. Según esté. —Hace una pausa—. Mira, con mi hermano el sistema de salud mental ha fracasado. Tampoco él quiere que vaya a verlo nadie. Está enajenado.

—¿Enajenado?

—Sí, vive lleno de furia y de rabia. Es agresivo. Nadie logra traspasar esa frontera. Ni sus hijos.

—Sus hijos, ¿qué hacen?

—Bah, nada, lo que pueden. Amanda lo visita, pero dice que es como si no fuera. Él no lo aprecia.

—Cuando éramos jóvenes tu hermano era tan brillante...

—Sí lo era.

John recuerda muy bien a su excuñado. Recuerda cuánto le imponía cuando lo conoció y que incluso, a pesar de los años y el trato, siguió teniéndole miedo siempre.

—Cuando mi padre murió yo deshice la casa. Él estaba ingresado en uno de sus peores brotes. No le consulté nada, pero tampoco me acordé de sus chicos. Estuve mal. Ni pensé en ellos. Tal vez hubieran querido algo de la casa, un recuerdo de sus abuelos. No les pregunté.

—¿Y pensaste en Kim?

—Sí, pensé en ella y la llamé. Se acababa de instalar aquí. Me dijo que quería algunas cosas, una cama, la mesa de la cocina, una vajilla para su casa, pero yo le dije que el flete era demasiado caro y complicado. Entonces me dijo que la esperara, que conseguiría una furgoneta y traería las cosas ella misma conduciendo. Pero yo no la esperé. No creí que vendría. Pensé que, como tantas otras cosas que se proponía, acabaría por no hacerlas nunca. Vendí todo. Liquidé a mis sobrinos la parte que les correspondía y ya está. Eso es todo.

—Tus padres tenían muebles muy buenos. La casa era magnífica. Aquella mesa de madera de la cocina era preciosa. Yo también la hubiera querido.

—Sí. Era preciosa. Pero muy grande. John, no sabes cuántas cosas había allí dentro. Me vi yo sola contra todos esos armarios, y trasteros, y buhardillas, y cajones, y aparadores, y roperos y... Ya sabes cómo soy.

—Muy resolutiva. Yo todavía no he sacado la ropa de Marianne. Allí sigue todo.

—No me lo creo.

—Todo.

—Pero eso es una locura.

—Mucha gente lo hace.

—¿Qué te crees, que Marianne va a volver y te va a pedir su blusa favorita? A los muertos les da igual la ropa, no la necesitan.

—Me reconforta abrir el armario y ver allí sus vestidos, sus chaquetas, sus zapatos... Me acompañan.

—Ay, John...

Geraldine menea la cabeza. Lo que más le extraña es cuánto está disfrutando estas conversaciones con John. A pesar de todo, no desearía estar con ninguna otra persona en este momento. Para empezar, ante otra persona tendría que presentar otro aspecto, vestirse mejor, peinarse, maquillarse un poco, buscar unos pendientes, teñirse las raíces que empiezan a asomar bajo el tinte. Con John no tiene que parecer lo que no es. O lo que sí es, pero normalmente no le apetece mostrar.

Geraldine levanta el pantalón de John para contemplar mejor su obra. Luego lo vuelve para que lo vea él. El pantalón tiene una pernera larga y otra corta.

—Ahora te lo pruebas y lo termino.

—Gracias. —John se lo pone—. Es elegante y has acertado con la talla.

—Es de *sport*. Para todos los días. —Geraldine observa su arreglo con preocupación—. ¿Está muy mal hecho? Hace años que no coso... —Le hubiera gustado resolverlo mejor, en puntadas pequeñas, regulares e invisibles, como las de la costurera que venía a su casa cuando era niña, pero no lo ha logrado.

—Nunca cosiste. Está muy bien —apunta John.

—¿Quién cose hoy? Ya la ropa no se arregla, se tira y te compras otra. Es una pena —se justifica Geraldine.

—Se tira si se quiere —insiste John un poco por llevar la contraria.

—Es cuestión de tiempo. Yo no lo tengo. —Geraldine no se deja provocar, porque tiene un objetivo mayor—. ¿Te encuentras con fuerza para viajar? Se te ve bien.

—Sí, ya casi no tengo que tomar los analgésicos —contesta orgulloso John.

—Hay un tipo de dolor que es bueno, significa que la herida cicatriza.

—Ya, pero la piel tira. Aguántalo tú.

—Dios no lo quiera. Yo no tengo paciencia para estar enferma.

—¿Y lo saben tus pacientes?

—No, creo. —Se ríe Geraldine—. Lo disimulo muy bien.

Geraldine lo contempla, John tiene mucho mejor color y mejor aspecto que cuando lo dejó en casa de Grete diez días atrás. Lo que no le favorece nada es esa horrible camiseta de algodón que deja ver sus brazos largos y flácidos. En cuanto tenga la seguridad de que John está recuperado, irán de compras. Le apetece comprarle prendas más actuales, ropa de la que él carece. Quiere hacer planes con él, no quiere dejarlo solo. O, a lo mejor, no quiere estar sola ella en esta casa de Kim, donde vivió y murió.

—¿Qué vamos a hacer con esta casa? —pregunta.

—Consultar a la jueza qué ocurre en estos casos. El dinero de la cuenta se va a acabar y no sé si tú y yo estamos en disposición de afrontar gastos — afirma John con rotundidad—. Además, ¿para qué?

—Claro que no y menos para que se beneficie el ruso. Si no vuelve, habrá que vaciarla. Y si vuelve..., también.

—Si vuelve irá a la cárcel —concluye John.

Geraldine calla. John deja pasar unos instantes de silencio y luego retoma la cuestión que antes o después deben abordar:

—Podemos empezar por los armarios de Kim. Igual hay algo que quieras quedarte.

Geraldine no quiere pensar en eso y sigue cosiendo en silencio. John termina de regar las plantas.

—Voy a sacar a *Zeus*. Se ha calmado el viento. No le gusta nada el viento.

—¿Tú solo?

—Sí, estoy bien. Me manejo perfectamente.

—¿Voy contigo?

—No, tú sigue cosiendo.

John va a por la correa, pero antes decide entrar en el baño, no le vayan a entrar ganas en mitad del paseo, y con lo complicado que se ha vuelto desde la operación quirúrgica, no quiere sobresaltos. En el servicio oye cómo en el salón su móvil suena.

—¡Te llaman! —grita Geraldine.

—Será Grete —grita él—, contesta tú, hazme el favor. Dile que ahora la

llamo.

Geraldine descuelga.

—¿Hola?... No. Soy Geraldine. Un momento, que está ocupado. ¿Quién le llama?... ¿Quién?...

John sale del baño y se va a poner los pantalones cuando advierte que la expresión de Geraldine ha cambiado radicalmente. Ha soltado aguja e hilo y toda su concentración está en el teléfono.

—Sí, sí, le escucho... Un momento... John, dame un papel y un lápiz. Corre. ¡Corre!

John entrega a Geraldine un cuaderno de colorear y unas ceras acrílicas de colores. No ha encontrado otra cosa. Geraldine anota.

—¿Dónde?... ¿Me puede deletrear? No conocemos la zona... Sí... ¿A las cuatro?... ¿Cuatro? ¿Hoy?... Entendido... Sí... Entendido... Sí... De acuerdo... Adiós. —Geraldine cuelga, pálida.

—¿Quién era?

—Un hombre que dice que sabe dónde está Kostya.

—¿Era ruso? ¿Era Misha, el repartidor? ¿Por qué no me lo has pasado?

—Porque él no ha querido. No, no era Misha. No ha dicho nada de Misha.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que esta tarde a las cuatro nos presentemos en este sitio y veremos a Kostya, pero que no digamos ni una palabra a nadie porque entonces Kostya no aparecerá.

—¿Y el niño?

—Tampoco ha mencionado al niño.

—¿Y por qué no le has preguntado?

—No lo sé.

John mira las letras de color verde que Geraldine ha garabateado en el bloc.

—No entiendo tu letra. Descíframelo, por favor.

Localizan en el ordenador el punto en el que han sido convocados. Lo único que deducen es que se trata de un lugar recóndito en el interior de la provincia, una zona rural entre montañas.

—¿Qué le vas a decir a Grete? —pregunta Geraldine.

—Que hemos quedado con un abogado para consultarle lo de la casa de

Kim.

—Te va a hacer preguntas.

—Grete no es cotilla.

—Te va a hacer preguntas para ayudar, para asegurarse de que no volvemos a caer en manos de algún caradura como Hugh Kendall.

—Entonces le diré que..., que tú quieres ir a comprarme ropa.

—¿A comprarte ropa?

—Para el viaje. Que la que me has traído no me sirve porque he adelgazado mucho.

—No has adelgazado, has engordado. Estabas hecho un asco.

—Lo que sea. Y que de paso vamos a hablar con el cónsul en Alicante. A arreglar papeles. Certificados.

—Eso está bien, ella no tiene manera de comprobar si vamos o no a ver al cónsul.

—No es una espía.

—No.

—Es una persona estupenda que se preocupa por nosotros.

Antes de incorporarse a la autopista, paran en el pueblo en un cajero automático. Sacan todo el dinero que les permiten sus tarjetas de crédito, por si quien los convoca exige una compensación por la información. Piensan que sería lógico comprar información, que el dinero abre puertas y es una manera de defenderse ante un imprevisto. Luego enfilan la autovía, luego una carretera secundaria. De allí a otra y a otra, cada vez menos importantes, cada vez más estrechas, tensos, atentos. Al conducir por ese paraje tan desconocido y cada vez más despoblado, Geraldine cae en la cuenta de la envergadura de lo que están acometiendo.

—¿Estamos locos, John? —pregunta.

—No.

—¿Y si era una broma de mal gusto y nosotros hemos picado?

—Si es una broma, esperamos un rato y nos volvemos. Lo peor que puede pasar es que habremos conocido el interior de la provincia. Parece muy bonito.

—¿Cuánto vamos a esperar? ¿No será mejor que acuda uno y el otro

aguarde en el pueblo más cercano? Por si acaso...

—No hay «por si acasos», Geraldine.

—Tú te quedas. Si ves que tardo, llamas a la Policía y me vienes a buscar con ellos.

—¿Estás loca? ¿Te crees que voy a consentir que vayas sola?

—Yo sé conducir y tú no. Si vamos a separarnos, es la única forma.

—No vamos a separarnos.

Geraldine sigue cavilando, inquieta, arrepentida de dar este paso.

—¿Y si llamamos a la Policía?

—¿Y si el que ha llamado se larga en cuanto vea que aparecemos acompañados?

—La Policía sabe esconderse.

—Es tarde para eso —insiste John.

—Se lo teníamos que haber dicho a Grete. Teníamos que haberla traído con nosotros. Entre tres hubiera sido distinto —se lamenta Geraldine—. Nos hemos precipitado.

—¿Por qué tienes miedo? ¿Qué podemos perder, Geraldine?

Geraldine calla. Tiene miedo y no es exactamente a la muerte. Es al mal, a la maldad, a ver o a descubrir cosas horribles, pero es difícil explicarlo con palabras.

—No tengas miedo, Geraldine. Antes de irnos he anotado todo en mi cuaderno. Cada paso que damos, lo apunto. Quien lea el cuaderno sabrá lo que ha pasado.

—¿Y dónde está ese cuaderno?

—En mi dormitorio con mis cosas, junto al barómetro...

—Me quedo más tranquila. Al menos darán con nuestros cadáveres —dice Geraldine con ganas de que el humor les dé valor.

—¿De verdad crees que nos van a matar?

—No, John, pero...

—Si crees que nos van a matar, para el coche ahora mismo y nos volvemos.

—No.

—Geraldine, yo no tengo ganas de que me maten, fundamentalmente porque si nos matan nadie encontrará al niño —afirma John y mira por la

ventanilla atento a cada cambio en el paisaje—. Me temo que esta cita será más bien decepcionante.

—John...

—Será cualquier ruso muerto de hambre, alguien que me oyera hablar con Misha y que quiere aprovecharse. Igual nos piden dinero a cambio de información sobre Vera o lo que sea. Entonces sí, con esa información nos vamos derechos al juzgado.

—John...

—¿Te quedas más tranquila?

—Sí, porque acabo de pensar que si nos matan, no será tan horrible porque a pesar de todo me matarán contigo. Últimamente me imaginaba que moriría sola.

—Vaya pensamientos. No sabes cómo me animas. —John se pone serio—. De todas maneras, eres tú la que has hablado con esa persona por teléfono. Y, además, se supone que sabes de psicología, o sea, que si crees, si tienes la más mínima sospecha de que vamos hacia una trampa y corremos peligro, nos damos la vuelta.

—No, no. La voz era normal. Era... No era como en las películas, ¿entiendes? Amenazadora ni... No es por la voz.

—¿Llamo a Misha y que venga para acá? Es un buen tipo.

—Sí, con el camión de Coca-Cola. —Geraldine sonríe, su preocupación levemente aliviada por los razonamientos de John.

—Estate tranquila. Lo peor que puede pasar es que volvamos con las manos vacías.

—Estoy tan nerviosa ahora mismo que todo me resbala. Hasta que nos maten. Han matado a nuestra hija. Ya no pueden hacernos nada peor.

—Es por ahí a la derecha.

—¿Por aquí? —Geraldine gira en la dirección que indica John—. ¿Estás seguro?

—Sí, por ahí. Qué sitio más impresionante.

—Sí. Es bonito.

El coche da botes por una pista de tierra que no deben transitar más que cabras, si las hay.

—Espero que no se averíe.



—Tú dale. Si se nos pincha una rueda, ya la cambiaré —señala John—, no sabré conducir, pero tampoco soy un inútil.

—Ahora las ruedas no se pinchan tanto como antes, no sé por qué.

—Porque todo mejora.

—¿Todo mejora?

—Técnicamente, quiero decir. Las cubiertas, las carreteras... —John sigue las indicaciones en el pequeño plano que han impreso de Internet—. Después del depósito de agua abandonado, el camino de la izquierda. Al final hay una pequeña edificación rodeada de una higuera enorme y dos palmeras. ¿Tú ves dos palmeras?

—No. Solo dos troncos y una higuera. La higuera sí la veo —contesta Geraldine.

—¿Dónde?

—Allí, a la izquierda, asoman por detrás de ese desmonte. ¿No los ves?

—Eso son dos troncos de palmeras.

—Pero no tienen palmas.

—Se habrán secado.

El camino se acaba y Geraldine detiene el coche.

—No podemos avanzar más. ¿Estás seguro de que es aquí? —pregunta.

—Según lo que anotaste, sí.

—¿Crees que no lo apunté bien?

—Cualquiera sabe. Como no oyes nada... —se burla John.

—Oigo perfectamente. Por teléfono, perfectamente. Anoté lo que dijo palabra por palabra. Además, lo repitió. ¿Qué hacemos entonces?

—Vamos a bajarnos.

—¿Así? ¿Sin nada? —inquire Geraldine.

—¿Qué quieres que llevemos?

—No lo sé, alguna herramienta.

—¿Para qué?

—Para defendernos.

John se baja, reflexiona y abre el maletero.

—Aquí lo único que hay es un paraguas.

—Habrá un gato, alguna herramienta...

—Es un gato muy pequeño. Coche pequeño, ruedas pequeñas.

—Con algo habrá que poder golpearlos si tenemos que protegernos.

—¿Tú crees que son varios? ¿No decías que era una sola persona? Habrá que conformarse con alguna piedra. Esto está lleno.

—Coge el gato. ¡Espera! Me acabo de acordar de que en el bolso llevo un spray antivioladores.

—¿Eso es legal?

—Lo que no sé es cuántos años lleva ahí. ¿Funcionará?

—Pero ¿vas a ir con bolso? ¿Por el campo? Es peligroso.

—¿Más peligroso, quieres decir?

—Podrías perder el equilibrio. Coge nada más el dinero. Si nos la jugamos, nos la jugamos.

Geraldine hace caso a John. Las manos le tiemblan y cuando va a meterse el dinero en el bolsillo, el sobre se le resbala y cae al suelo.

—Deja, ya me agacho yo —dice John y, con esfuerzo, porque la cicatriz todavía tira, lo alcanza—. ¿Lo guardo?

—A lo mejor tienes razón. A lo mejor no entendí, no oí bien y me equivoqué. A lo mejor el que llamaba no es un amigo de Kostya, sino su jefe, y son los asesinos de Kim los que nos han convocado porque saben que Vera habló con nosotros. Ay, Dios mío. Si nos pasa algo, quiero que sepas, John...

Geraldine ha entrado en pánico, pero John no la deja continuar, la toma de los hombros y la mira a los ojos.

—Geraldine, escucha, atiéndeme bien. Ya estamos aquí, vamos a hacer lo que hemos venido a hacer: escuchar. Si nos hacen daño, la Policía se enterará antes o después. Encontrarán mi cuaderno, verán en el ordenador de Kim las búsquedas en Google Maps que hemos hecho. Grete recibirá mi carta...

—¿Qué carta? —interrumpe Geraldine.

—Le he escrito una carta a Grete en la que le cuento todo y la he dejado en su buzón cuando he salido a pasear al perro. Ocurra lo que ocurra aquí, ella va a saber lo que nos ha pasado y la Policía nos encontrará. Y esta gente va a tener muchos, pero muchos más problemas de los que ya tienen.

Geraldine lo mira silenciosa. John mete prisa.

—Vamos, Geraldine, es tarde. Ven.

Caminan bajo el sol, que pega fuerte sobre el paisaje agreste. No hay un

alma, no hay ni construcciones ni visos de pobladores en kilómetros a la redonda, solo filas de árboles, hectáreas y hectáreas, pero están descuidados, como si hiciera años desde que por última vez los podaron.

—¿Qué árboles son estos? —pregunta Geraldine—, quiero decir, ¿dan fruta? Mencionó algo de un huerto.

—Son almendros, ¿no ves el suelo?

Geraldine se fija y es verdad, el suelo está tapizado por una capa de almendras sin recolectar. Al fin llegan a una casa de labranza, una deficiente edificación que el tiempo y el abandono carcomen. Delante de ella hay dos troncos muy altos, los restos de dos palmeras despeluchadas. A un lado de la casita, hay una inmensa higuera asalvajada. No se ve a nadie.

—¿Entramos? —pregunta Geraldine a John en un susurro.

—No. Estate tranquila, Geraldine, vamos a esperar un poco, tranquilamente. Quien nos haya convocado nos ha tenido que oír ya. Mira, siéntate aquí.

Y le acerca una oxidada silla de forja que un día fue bonita. Geraldine la tantea antes de sentarse, no vaya a desvencijarse.

—Qué bonito es esto —dice John.

—Sí —responde Geraldine mecánicamente. No es capaz de apreciar el paisaje. Sus sentidos alerta están concentrados en percibir cualquier movimiento, cualquier sombra, cualquier sonido extraño.

—Tiene algo..., no lo sé... Misterioso. Este silencio tan denso... es como de otro mundo... —prosigue John, porque hablar, analizar, le da fuerza.

Geraldine no contesta. No puede. Sus ojos escrutan cada palmo de ese espacio dudosa, arrepentida. ¿Por qué han venido? ¿Por qué no colgó el teléfono? ¿Por qué no llamó inmediatamente a la Policía? ¿Por qué ha hecho caso a John? Y ahora, con el miedo, le entra un gran cabreo, una ira inmensa contra él por no haberla disuadido de esta locura, esta pésima idea, por ser tan cabezota y tan viejo. Tenían que haberse vuelto a Londres hace semanas. Esa rabia la hace ponerse en pie.

—Tengo que ir al baño.

—Aquí no hay baño, Geraldine —dice John sorprendido ante la ocurrencia.

—A lo mejor dentro sí —replica ella decidida.

—¿Cómo va a haber un baño dentro? Aquí no hay agua, ni alcantarillas ni nada. ¿No lo ves?

—Voy detrás de ese árbol entonces. —Y señala la enorme y frondosa higuera.

—Voy contigo.

—¡No! —Geraldine lo detiene tajante. No piensa tolerar que nadie la vea en una circunstancia tan indigna. Aunque se juegue la vida, aunque sea su último día sobre la tierra, aliviará sus necesidades en privado. Solo faltaba eso.

Geraldine sorteaba la vegetación que brota por doquier en jardineras y parterres. Son flores asilvestradas que crecen en abundancia y también hay hierbas aromáticas: romero, salvia, hinojo, espliego, que crecen bien resguardadas de las inclemencias por la higuera. O, quién sabe, quizá chupen de algún pozo escondido. Cuando ha detectado un lugar adecuado, Geraldine se desabrocha el botón. Y entonces ve fugazmente unos ojos en una ventana de la casa. Es solo una ráfaga, unos pequeños ojos, sí, chiquititos, brillantes, y unos deditos que ahora se apoyan en el marco de la ventana. Sobre los ojos azules, Geraldine ahora está segura, una coronilla rubia. No asoma ni la nariz ni la boca, su dueño es demasiado bajito y no alcanza. Geraldine vuelve a abrocharse el botón, desaparecieron las ganas de hacer pis. Con valentía, permanece quieta, devolviéndole la mirada. El niño también la mira a ella. Geraldine sonríe. Como solo se le ven los ojos es difícil comprobar si el crío corresponde a la sonrisa, pero ambos se mantienen la mirada. El corazón de Geraldine palpita a toda velocidad, lo nota en su garganta. Levanta una mano y saluda despacio, como en un juego. No quiere asustar al pajarito y que vuele. El niño mueve los deditos, apenas un poco, sin despegar la mano del todo del marco de la ventana abierta. Animada por su mirada curiosa, Geraldine levanta la otra mano y ahora gira las dos, suavemente, como en una de esas pantomimas de cuna. Los ojos del niño, ahora sí, se cierran un poquito y Geraldine entiende que el niño sonríe porque reconoce el juego. Ella entonces cubre su rostro con las palmas y vuelve a descubrirse. *Cu-cú tras-tras*. Como en un espejo, el niño repite la rutina que Geraldine propone.

—¡Geraldine! ¿Estás bien? ¡Geraldine! ¿Qué haces? ¡Estás tardando mucho!

«Maldito seas, John», dice Geraldine para sus adentros e incorpora la

interrupción en su mímica de *clown*, tapándose la boca y alzando las cejas sorprendida. El niño se ríe y en estas andan cuando John aparece.

—Pero ¿qué demonios...?

John se espera cualquier cosa de Geraldine, ya lo sabemos, pero no encontrársela haciendo muecas de payaso. Está a punto de reprenderla cuando repara en la ventana abierta y ve al niño. El corazón de John se sobresalta. Mira a Geraldine, que le sonríe, mira al niño, vuelve a mirar a Geraldine, que suavemente asiente y le suplica, en un gesto delicado, imperceptible para el niño, que vaya despacio, que esté tranquilo. John sonríe al niño. No le sale fácilmente esa sonrisa, está demasiado impactado, pero sonríe. Geraldine toma a John de la mano y cuando inician el acercamiento a la ventana, una voz los detiene:

—Él es Iván y yo soy Kostya —y a continuación dice unas palabras en ruso al crío, que se retira corriendo de la ventana.

John y Geraldine se vuelven y ven, por fin, al hombre que en las fotos siempre aparece abrazado a su hija.

Kimberley lo intentaba. «Es como una lucha, mamá», decía. Una batalla por dentro entre hacer algo y no hacer nada. Una pelea que la agotaba, invisible desde fuera, pero que se desarrollaba con ardor mientras estaba tirada en el sofá o fumaba en la ventana aprovechando algún ratito de sol. «Quiero hacer, sé que debería y no puedo», era el enunciado del combate. Ya tenía veintitrés años. Ya había probado a estudiar, a trabajar, a trabajar y estudiar, a quedarse en casa y no hacer nada, pero tampoco la nada la colmaba... Entonces cambiaba. Se matriculaba en una nueva carrera, o buscaba un nuevo trabajo, nuevos intereses y nuevas amistades. Pero la lucha antes o después volvía a apoderarse de ella. Entonces Kimberley se metía en algún lío y, por lo general, como resultado de este, algo terminaba, casi siempre abruptamente, el ciclo inacabado, y otra cosa empezaba: el trabajo, el domicilio, una amistad, un noviazgo... Con esa nueva mudanza física o emocional volvía, por un tiempo, la paz y recuperaba la energía.

—Quiero estar en un lugar donde pueda hacer una sola cosa. Ese es el problema, mamá. Hacer muchas a la vez me angustia —le decía.

Será por eso por lo que sus novios siempre eran de otro sitio, otro país, otra cultura. Aquel chico griego que conoció trabajando en un bar mientras estudiaba en alguna de sus intentonas de titularse en algo anduvo muy enamorado de ella. Con él podía haber emprendido esa vida sencilla que supuestamente anhelaba. Haberse mudado a Grecia, haber montado juntos un pequeño negocio de hostelería en casa de los padres de él, radicados por lo visto en una isla preciosa, desarrollar una sola cosa cada vez y vivir despacio. Pero Kimberley no lo quiso, no correspondió a sus sentimientos tan plenamente como él (o le dio miedo el cambio) y acabó dejándolo sin llegar a pisar la isla nunca, ni siquiera de visita. Por lo general, se enamoraba de quien tuviera un conflicto más grande que el suyo, porque así la batalla del otro tapaba la suya. Yorgos, un tipo centrado, equilibrado, positivo, no lo tenía.

—Yo quiero hacer bien las cosas, pero no sé cómo. Algo en mí no me deja —explicaba Kim a su madre después de suspender por tercera vez el examen de alguna asignatura que le quedaba para ser auxiliar de jardín de infancia.

Nunca aprobó, y que no obtuviera ese título parecía que le pesaba a John más que a ella misma. Por desmarcarse de John, a quien consideraba una persona rígida, de mentalidad anticuada que no evolucionaba, Geraldine adoptaba la posición contraria y hacía como que el suspenso, el nuevo abandono no la molestaba. Ella era la madre comprensiva, la madre moderna, sensibilizada con las dificultades de la juventud. Escuchaba los razonamientos, las excusas de Kim, y se decía a sí misma que no podía hacer más por ella. Al contrario que John, ni exigía a su hija ni la regañaba, simplemente un día tiró la toalla, o según decía, Kim ya tenía edad de tomar sus propias decisiones y había que respetarlas, aunque no las compartiera.

—Sé que hay cosas que tengo que hacer, pero no puedo hacerlas, mamá. Eso es lo que papá no entiende.

Geraldine tampoco lo comprendía del todo. Por más vueltas que le diera, por más que aplicara sus conocimientos profesionales de terapeuta, no sabía cómo ayudar a su hija. «A veces uno fracasa —se decía—, yo he fracasado con mi propia hija, tengo que aceptarlo». Pero entonces le venía otro pensamiento: «Fracaso es un término relativo, fracaso tiene que ver con expectativas», y modificaba las suyas con su hija, las redujo tanto que no esperaba casi nada.

Algo que con su hermano Thomas nunca había conseguido, que sus desvaríos y desmanes le fueran indiferentes, lo había logrado con su hija. La dejaba hacer a su aire, no intervenía, y funcionó en el sentido de que Geraldine no volvió a preocuparse ni a enfrentarse con ella. Veía a su hija ir, venir, y se decía que respetaba sus decisiones, aunque a lo mejor simplemente no pensaba en ellas, a diferencia de John, que mantenía su listón bien alto sin bajarlo un centímetro.

Una primavera, un par de años después, alguien comentó a Kim que en España en las zonas turísticas había trabajo para camareros con inglés y pagaban bien. Kim hizo el petate y se fue, era una manera de conocer mundo sin que supusiera un gasto para sus padres. Pero descubrió algo mucho mejor: que había lugares donde no tenemos pasado porque son nuevos para nosotros y nosotros para ellos, y donde esa guerra interna, que no recordaba haber dejado de sentir nunca, se aquieta porque el frente de batalla quedó atrás, muy lejos en el espacio, que es como decir en el tiempo. En la costa española, Kim fue enganchando un empleo con otro y poco a poco dejó de volver a Inglaterra y

de pensar en sus padres. Los asociaba con una parte de sí que prefería dejar atrás, un aspecto de sí misma inadecuado, decepcionante, que no encajaba, y a la que aquellos dos adultos, demasiado enfrascados en las dificultades del uno con el otro, nunca habían escuchado realmente. No sentía rencor, no sentía amargura, sencillamente no le gustaba pensar en ello, y en España, donde todo era tan diferente, desde el paisaje hasta las normas de conducta o el aspecto de la gente, podía olvidarlo.

Cuando los primeros inviernos regresaba a Londres por Navidad, según divisaba desde la ventanilla del avión ese paisaje tan verde y densamente poblado, tan ordenado y organizado, con sus casitas, sus industrias, se le ponía un nudo en el estómago. «Qué pereza —pensaba—. No hay espacio para mí, es evidente, está todo tomado. No hay ni un centímetro libre». Kim prefería ese otro paisaje áspero y deshabitado del Levante español que rodeaba el aeropuerto de Alicante: montañas áridas aquí, hectáreas de secano allá, urbanizaciones blancas y abigarradas en una esquinita... En casa justificaba su malestar con el clima británico: «En Londres hace tanto frío, esta humedad, esta niebla..., ya no estoy acostumbrada —decía a quien le preguntaba por qué no se quedaba más días—. Me he habituado a que siempre brille el sol». Geraldine daba estas disculpas por buenas. John, por su parte, al principio se disgustó, no se hacía a la idea de que su hija hubiese acabado de camarera en algún lugar horrendo de turismo masificado y barato, pero con los años, poco a poco se habituó a no tener a su hija cerca y a pensar poco en ella. Kim se encargó de agrandar esa distancia casi insalvable, la geográfica. John acabó por aceptarlo y, ocupado con Marianne, con la universidad, con los éxitos y dificultades de sus alumnos, con su día a día, dejó pasar el tiempo sin encontrar nunca el momento de viajar a España y visitar a su hija. «Demasiado calor en verano y demasiado ocupado con las clases durante el invierno», se justificaba. Tenía una hija, sí, contestaba cuando alguien le preguntaba, pero vivía en España.



Kostya ve a estos dos ancianos ingleses, tan ingleses, y lo que piensa es que Kim se parecía a su padre, pero también reconoce en la boca de la señora el dibujo de los labios de su mujer. Esto lo conmueve y lo agita porque es como volver a ver a Kim o recordar que no podrá volver a verla nunca más. Desde la noche en que sucedieron los hechos, el asalto a su casa, la violencia, los gritos y los disparos, Kostya solo ha podido hablar con su hijo. ¿Y qué le puede decir a un niño que ha visto tendida en el suelo a su madre? Metió cuatro trapos en la mochila y lo sacó de casa deprisa, en pijama. Con él en brazos echó a andar campo a través. Kostya conoce bien el monte, le gustan las excursiones a las cimas a las que puede imaginar que han subido pocos. También conoce las grutas con restos de pinturas rupestres, casi inaccesibles, que ni los turistas ni los locales visitan. Las veces que ha bajado a algún pueblo a por provisiones es allí donde ha ocultado al niño. Cuando ve a John y a Geraldine, respira aliviado. Pase lo que pase, es como llegar a una estación de destino tras un larguísimo viaje. Lo ha pensado mucho, no ha hecho otra cosa más que pensar en estas espantosas semanas: el niño solo estará a salvo con ellos.

Lo que piensa Geraldine es que Kostya es un hombre bien parecido de aspecto extenuado, que necesita un baño y ropa limpia, además de dormir seguido al menos doce horas. No se puede juzgar a una persona sin verla aseada y con su dignidad recuperada. Lo sabe por sus pacientes. En estos pensamientos se pierde Geraldine, en los que le sirven para disculpar los defectos del hombre que tiene delante.

John lo que piensa es que había olvidado lo horrible que es esta historia, la verdadera dimensión de lo que les ha ocurrido. Abstraído en la aventura de cruzar esos campos, había olvidado por qué lo hacían. ¿Quién es esta persona que tiene delante? ¿Qué hacen en mitad de una tierra tan lejana, tan salvaje, en el jardín de una casa abandonada, delante de este hombre de pómulos marcados y ojos rasgados, sucio, despeinado? El hombre habla, pero John no lo entiende. Oye las palabras, la voz, pero no comprende. Su mente va a demasiada velocidad, su corazón late atropellado.

—¿Conoces a Misha? —pregunta John a bocajarro en mitad de una frase del ruso.

—¿A Misha? No sé qué Misha. Hay muchos Mishas —contesta Kostya.

—¿Y a Vera?

—A Vera claro que la conozco. Naturalmente que la conozco. Es amiga.

—¿Dónde está?

—No lo sé. ¿Tengo que saberlo? —pregunta Kostya desconcertado—. Kim le compró un billete de autobús para escapar. Se habrá marchado.

—Nosotros hemos hablado con Vera. Nos ha contado su versión. Pero ¿quién dice que Vera no miente? Ella dice que ese billete lo usaste tú.

John está a la defensiva. Por su tono quiere discutir, pero no encuentra adversario. Kostya lo que quiere es rendirse, no imponerse, y tampoco sigue muy bien el razonamiento de John. Le faltan datos. Lleva semanas oculto en estos montes que aíslan y embrutecen.

—No, claro. No tengo manera de demostrar que lo que digo o lo que les ha contado Vera es cierto.

—¿Lo ves? —John se vuelve a Geraldine satisfecho, acusador—, te lo dije.

—Solo puedo decirles que aquí estoy, que yo no me he ido. —Kostya intenta convencer a John—. En cuanto he sabido que me buscaban, les he llamado ¿no?

—Misha es un repartidor de la Coca-Cola —con serenidad, sin juzgar, Geraldine se dirige a Kostya— que ayudó a John a contactar con tu familia en Rusia. También es de tu pueblo.

—Sí, eso lo sé. Mi hermana me lo dijo. Ella me dio el número de móvil al que llamé.

John escucha a medias porque también está atento a Geraldine. Hay que tener mucho cuidado con ella, puede meter la pata fácilmente. Vigila sus gestos, que para John son inconfundibles. Cree que va a ceder, que se está ablandando, que está dispuesta a tragar con las patrañas de este ruso. Pero él no, él no es un ingenuo. Por eso no debe relajarse.

—¿Quién más hay en la casa? —John persevera en su interrogatorio, seguro de que pillará a Kostya en alguna contradicción.

—Nadie. Solo estamos nosotros dos —responde Kostya en su aceptable

inglés.

—¿Y quién ha sido el que nos llamó?

—Fui yo. Yo mismo. Ya se lo he contado. Llamé a mi hermana. No tengo ya dinero. La llamé para pedir ayuda y ella me dijo que un tal Misha había llamado y que ustedes me estaban buscando.

—¿Seguro?

—Seguro, se lo juro, se lo prometo. Yo a ustedes no les conocía, ¿comprenden? No sabía ni que estaban aquí. No se me ocurrió que vendrían.

—¿Kim no te hablaba de nosotros? —pregunta con temor Geraldine.

—Sí, alguna vez. Supongo...

«Supongo», esa palabra hiere a Geraldine. Es la confirmación de que ellos no estaban presentes, nada presentes en la vida de su hija, y ¿quién puede culparla? John retoma el interrogatorio. No dará tregua.

—Y ¿por qué estás aquí? Si eres inocente, como dice Vera, ¿por qué te escondes?

—¿No se escondería usted después de lo que han hecho a Kim? Me van a matar. Si me encuentran, me matan.

John calibra esta afirmación. Geraldine calla, todavía pelea con su mala conciencia. Kostya rompe el silencio:

—Quiero que se lleven al niño. Este no es lugar para él. No puede vivir así. Tiene que volver al colegio, tiene que hacer las cosas normales, como Kim quería.

—Pero ¿y tú? —pregunta Geraldine.

—Yo no lo sé. Ya veré lo que hago. Pero el niño con ustedes estará protegido, y conmigo no lo sabemos. Yo vi lo que pasó, yo sé quién lo hizo y por qué. Esté en la cárcel o fuera de ella, soy un riesgo para mi hijo.

Se hace un silencio. John empieza a creer algo de lo que dice Kostya, no todo, pero algo sí. Un ruido de hojarasca detrás de John lo hace volverse. Es el niño, que ha salido de la casa y unos metros más allá curioseas. Recoge almendras que carga en un camioncito de juguete oxidado. Debía de estar olvidado en ese jardín.

—¿Cómo se llama? —pregunta John.

—Iván.

—¿Iván? Es bonito —replica Geraldine a quien todo lo que concierne al

niño le parece un milagro.

—Queríamos un nombre que funcionara igual en ruso, en inglés y en español. No era fácil.

—¿Habla español? —inquire Geraldine maravillada.

—Claro. Como todos los niños bilingües, bueno, en su caso trilingües, tardó, pero habla.

—Tres idiomas. ¿No es demasiado?

—No. La maestra dice que es inteligente, muy inteligente.

—El ruso es un idioma precioso —asiente Geraldine.

—¿Habla usted ruso? —pregunta Kostya.

—¡Qué va! ¿Kim lo aprendió?

—Algunas palabras. Las letras de las canciones que yo canto. Le gustaba que... —Kostya se interrumpe. Tiene que llevarse la mano a los ojos para contener las lágrimas.

Geraldine le pone una mano sobre el brazo para reconfortarlo.

—No quiero que el niño... Lo principal es el niño... No quiero que él vea... Si la Policía me detiene o si ocurre algo peor... —No puede seguir, porque si habla más, se romperá y quién sabe si podrá volver a componerse. Lleva veintiséis días aguantando el llanto.

Iván sigue recogiendo almendras. Juega solo, habla con los participantes imaginarios de su juego. John lo mira. No. Ese niño no merece verse involucrado en una detención, en el traslado a un juzgado en un coche con sirenas, en un interrogatorio... Es un pequeño imán que lo ha traído desde tan lejos a este rincón tan remoto, tan alejado de su casa y de todo lo que este viejo inglés conoce. John se acerca hasta él, se agacha a su lado.

—Así que tú eres Iván...

El crío le mira inexpresivo con sus grandes ojos claros que todo lo absorben. John se vuelve y pregunta a Kostya:

—¿Entiende inglés?

Pero antes de que el padre pueda responder, el niño se adelanta:

—*My name is John.*

¿Cómo que John? John y Geraldine se miran desconcertados.

—¿No nos has dicho que se llama Iván?

Kostya explica:

—Sí. Iván es John en ruso... Kim siempre lo llamaba John. Es como le llamamos en casa, ¿verdad, John?

—¿Kim eligió ese nombre? ¿John? ¿O Iván?

—Elegió Iván porque es John.

—Yo también me llamo John —afirma John.

—Sí, lo sé. Kim me lo contó —responde Kostya—, cuando nació dijo: «Quiero que se llame John, como mi padre».

—*Are you John too?* —pregunta el niño al anciano.

—*Yes I most certainly am* —contesta John—. Me llamo John y soy tu abuelo.

Se suben los cuatro al coche. El niño ocupa su sillita y le gusta reconocerla. El peor momento es cuando pregunta por mamá, pero John no duda y le contesta:

—Está de viaje. Por eso hemos venido nosotros a cuidarte.

—Y a lo mejor papá también se va de viaje unos días —le informa Kostya, cariñoso.

—Pero ¿vas a volver?

—Claro —le asegura Kostya.

—Y tú te quedarás con los abuelos. ¿Te parece bien? —dice John sonriente.

El niño no contesta. Se incorporan a la carretera y enseguida Kostya se vuelve para mirar por el cristal trasero.

—Ese coche, ¿lo conocen?

—¿Qué coche? —pregunta Geraldine.

—Ese que nos sigue. Nos estaba esperando en la curva.

—¿Cómo esperando?

—¿Le contaron a alguien que venían?

—No.

—Son ellos.

—¿Ellos, quiénes?

—Pare aquí, Geraldine, pare. Es mejor que me baje.

—No pares, Geraldine —ordena John.

—Detenga el coche, hágame caso. Déjeme con ellos. Ustedes siguen. A toda velocidad, ustedes siguen y se van al pueblo más cercano y avisan a la Guardia Civil.

—No te vamos a dejar aquí.

El coche que los sigue se ha puesto paralelo a ellos. Geraldine se asusta. En la estrecha carretera comarcal no hay sitio para los dos.

—Cuidado, que en estos caminos hay acequias.

—¿Qué son «acequias»?

—Canales pequeños. Si se le mete una rueda, tendremos un accidente.

—Entonces, ¿qué hago?

—Agarre fuerte el volante. No se deje echar fuera de la carretera. Que se caigan ellos.

—¡Pero me están echando! Nos vamos a matar.

—No. Si ustedes paran y me dejan, podrán largarse.

—¡John! —Geraldine conduce asustada.

—Solo me quieren a mí. Déjenme y llévense al niño —insiste Kostya.

—¡Cómo vamos a dejarte!

Un nuevo empujón del otro coche asusta al pequeño, que se pone a llorar.

—Ese que conduce es el que lo hizo. Me han visto. Les han seguido.

—Pero ¿¿cómo han sabido que estamos aquí?!

—Les habrán pinchado el teléfono, habrán puesto micrófonos en la casa. No lo sé. Son capaces de todo. Hágame caso, Geraldine, pare el coche.

Geraldine mira a John.

—Para el coche.

Geraldine reduce. El otro coche aminora tras ella. Kostya se baja de prisa. El niño grita:

—Papááá...

—No pasa nada, John. Papá volverá pronto. Solo va a hablar con estos señores. Nosotros ahora vamos a casa —lo tranquiliza el abuelo.

Geraldine ve por el retrovisor cómo Kostya se sube en el coche de los hombres que han matado a su hija. El vehículo da media vuelta y se aleja. Están atónitos. No pueden decirse nada. El niño llora.

—Papáááá... Quiero ir con mi papá...

El timbre del móvil de John los sobresalta a los tres.

—Dígame... ¡Grete!... Estamos..., no sé dónde estamos... ¿Cómo?... ¿Mi localización?... ¿Con el móvil?

John separa el terminal de su oreja y mira la pantalla desconcertado.

—¿Qué pasa? —pregunta Geraldine.

—Grete quiere nuestra localización. Ha abierto el buzón y ha encontrado la carta.

Geraldine le arrebató el teléfono. Pulsa varias teclas. Luego habla con Grete:

—Ya te lo he mandado. ¿Lo tienes? Vamos a por ellos.

Geraldine devuelve el aparato a John y, sin perder un momento, mete la marcha atrás y enfila el coche en la dirección por la que han desaparecido los rusos.

—¿Qué haces?

—Grete viene para acá. Nos va a seguir y nosotros les vamos a seguir a ellos.

—Te has vuelto loca.

—No vamos a dejar que este niño también se quede sin padre.

—Estás completamente loca.

Por la carretera desierta, Geraldine pisa el acelerador. Enseguida llegan a un cruce. No hay rastro del coche, hasta que en un cambio de rasante, lo ven reaparecer por una loma.

—¡¡Allí!! —exclama John. Geraldine mete primera, segunda, tercera...

Siguen al coche, pero les saca una buena distancia.

—Mejor —dice John—, mantente así, Geraldine. No te acerques más. A lo mejor no se dan cuenta de que les seguimos.

—No llores, Little John, no llores —dice Geraldine—, ya vamos a buscar a tu papá. Explícaselo, John.

El coche de los rusos circula ahora casi paralelo al mar en una zona de costa rocosa, sin playa.

—Helicóptero —dice tímidamente el pequeño John y señala el cielo.

—¿Qué ha dicho? —pregunta Geraldine sin quitar los ojos de la accidentada pista de cemento.

John baja la ventanilla y divisa, en efecto, un helicóptero de la Guardia Civil.

—No son tan inútiles como parecían estos guardias.

El coche de los rusos se ha detenido. Amarrada en un pequeño puerto deportivo en desuso, hay una lancha.

—¿Qué hago? Y no me digas que me tire al mar con el coche —dice Geraldine.

—Si lo suben a la barca lo perdemos —responde John.

—Quiero ir con papá... —Llora el pequeño John.

Geraldine echa los seguros del coche.



—Mientras lo pensamos... Por si acaso.

El teléfono de John vuelve a sonar.

—¡Grete!... Sí, los estamos viendo. Han bajado a Kostya del coche. Me parece que le han atado las manos... Claro que nos han visto. Aquí no hay dónde esconderse... No lo sé. No tenemos ni idea de qué hacer... Habla más alto. ¡No te oigo!

El helicóptero está muy cerca. Casi casi sobre ellos. Una voz baja como un trueno desde el cielo:

—¡Deténganse!... Pongan las manos sobre el vehículo y deténganse...

—¿Nos lo está diciendo a nosotros? ¿Quiere que salgamos del coche? —dice Geraldine asustada—. No entiendo.

—No habla con nosotros. Tranquila, se lo dice a ellos. Sabe que nosotros somos los buenos.

—Somos los buenos —repite el pequeño John.

Fuera hay confusión. Los rusos discuten entre sí. El que sujeta a Kostya parece querer ir hasta la lancha. El otro, por el contrario, quiere volver al coche. Llevan pistolas. Geraldine y John las han visto.

—¡Guardia Civil! Les estamos apuntando. Pongan las manos sobre el vehículo y dejen las armas en el suelo.

—¿Y si vienen a por nosotros? ¡Para qué los habré seguido! —se lamenta Geraldine angustiada.

—Geraldine, has hecho bien. No dejes que te venza el pánico ahora. Si no los hubiéramos seguido, el helicóptero no hubiera dado con ellos.

En el mar empieza a divisarse una embarcación. Más guardias. Son los guardacostas.

—Bien. Por el mar tampoco van a tener salida. —Observa John—. ¿Ves como has hecho bien?

Pero ahora uno de los rusos apunta a Kostya en la cabeza. John agarra al niño y le tapa los ojos con sus largas manos. El pequeño se queja.

—Ay...

—Vamos a jugar a un juego. —John mira a Geraldine buscando ayuda.

Ella, tan nerviosa como él, dice lo primero que se le viene a la mente:

—La gallinita ciega.

—¿La gallinita ciega?

—Veo veo —se corrige Geraldine.

En la lejanía se empieza a oír la sirena de un coche de Policía que se acerca. Cada vez hay más ruido, ruido que asusta.

—Mejor vamos a cantar —dice Geraldine—. John, vamos a cantarle a Little John las canciones que le gustaban a su mamá de pequeña.

—¿Cuál?— pregunta John sin perder de vista al ruso que con un brazo inmoviliza a Kostya y con el otro le apunta.

El segundo ruso, el que mató a Kim, se sube al coche y se da la fuga.

—*Black bird singing in the dead of night...* —Geraldine empieza a cantar.

—*Take these broken wings and learn to fly...* —John canta con ella—. *All your life you were only waiting for this moment to arise...*

Pero de pronto Geraldine, sin previo aviso, se interrumpe, abre la puerta y baja del coche, al grito de:

—Lo va a matar, ese canalla lo va a matar...

Con decisión, Geraldine avanza hasta el ruso que retiene a Kostya.

—¡Geraldine! ¡Nooo! —grita John.

—¿Por qué habéis dejado de cantar? ¿Qué pasa? —pregunta el niño, al que John sigue tapando los ojos.

Geraldine está cara a cara frente al ruso. Él tiene una pistola, pero ella puede apreciar que está muy asustado, casi más que ella y que Kostya. Angustiado, John ve cómo Geraldine habla con el ruso y gesticula. Hace señas al helicóptero, que está sobre ellos. John supone que está haciendo uso de esa palabrería que emplea con sus pacientes para negociar, para convencer al delincuente de que suelte a Kostya a cambio de... ¿qué puede garantizar Geraldine? Es solo una vieja mujer sola. Le van a dar un tiro. John teme que el ruso, sintiéndose acorralado, le pegue un tiro.

Alguien abre la puerta del coche. Es un guardia. Aliviado, John le entrega al niño. El agente corre a ponerlo a salvo en una de las unidades que lo acompañan, allí Grete se hace cargo de él. John sale del coche. Pretende ir a por Geraldine, alejarla del ruso, de Kostya, de la pistola, pero una mujer guardia lo agarra y le impide avanzar. Geraldine sigue hablando. John desea que tantos años de oficio, de ese oficio en el que él no creía, le den una ventaja. Geraldine habla al ruso de la pistola, señala el despliegue de

guardias: los coches, el helicóptero, la lancha. El hombre escucha, de vez en cuando contesta con algún monosílabo, pero no pierde de vista a Kostya y sigue apuntando a su cabeza. Hasta que de pronto parece que empieza a ceder. Geraldine está logrando convencerlo y el hombre al fin suelta el arma. Varios agentes corren hasta él y lo esposan. También esposan a Kostya, aunque Geraldine les ruega que no lo hagan. Más guardias meten a Kostya y al otro en un coche. Ahora sí, la agente permite a John acercarse a Geraldine. Se abrazan.

—¿Y el niño? —pregunta Geraldine ansiosa.

—Está en un *jeep*. Está con Grete. Está bien. Ya ha terminado, Geraldine. Ya se acabó. Has sido muy valiente.

—Tú también, John, tú también.

Asunto: Cervezas y patatas

Querido John:

Primero te doy noticias de lo que más te importa. Lamento comunicarte que tu gato sigue tan gordo como siempre, no he logrado que adelgace ni onza. Por otro lado, *Jewel* está bien, está conmigo y nos adaptamos la una a la otra. Es una buena perra. He estado a punto de decir «una buena persona», pero me corrijo. Siempre me han parecido ridículos quienes hablan de los animales como de seres humanos, pero con *Jewel* me estoy volviendo uno de ellos. Otro prejuicio que salta por los aires. Pero es que este animal sabe leerme el pensamiento, ¡y solo llevamos quince días juntas! Para que veas que, aunque no me guste, yo también cambio.

Ya he vaciado los armarios de tu casa. He regalado casi todo a la beneficencia, aunque creo que realmente lo que hacen es vender la ropa al peso para reciclar los tejidos. Me parece bien, no queremos seguir contaminando el planeta. Me he quedado con un par de blusas y dos chaquetas. Quería conservar algún recuerdo de Marianne y me quedan que ni pintadas. Espero que no te parezca mal. No me las pondré cuando te vea, descuida.

Estoy perfectamente instalada aquí. Es una casa cómoda y, si no te parece mal, me vendría bien quedarme algún tiempo más. ¡Te la voy a dejar sin rastro de latas de cerveza ni bolsas de patatas! Había patatas incrustadas incluso en el suelo del baño. Las obras en mi consulta van lentas, pero prefiero hacerlas y dejar tanto la clínica como la vivienda en buen estado para cuando tome las riendas Amanda. Poco a poco se va haciendo con todos mis pacientes. Más vale que vaya pasándole el testigo, no voy a durar para siempre y, además, pretendo tomarme más vacaciones de ahora en adelante para visitaros a Little John y a ti. Y a Kostya, naturalmente.

Estoy disfrutando en tu casa, porque con *Jewel* no puedo decir que esté sola (tu gato me ignora). Antes vivía bajo la ilusión de que estaba muy acompañada, solo porque me pasaba la jornada recibiendo a pacientes, pero los pacientes son una compañía relativa. Los tratamos para que más pronto que

tarde no nos necesiten. ¡Y no me hagas chistes con los pacientes terminales! Me refiero a los otros, los que tienen una vida por delante. Como te decía, he reducido mucho mis consultas, procuro no enterrarme en el trabajo, como he hecho siempre. Propuse a Amanda crear una beca de formación. Cada año incorporaremos a dos estudiantes de posgrado, como observadores, que pasarán consulta conmigo. He descubierto que es bonito enseñar y estar con gente joven. Me gusta creer que gracias a ellos lo que he aprendido en todos estos años no se perderá. Ellos lo tienen más difícil que nosotros. El mundo se ha hecho más complicado que en nuestra época. En la medida que pueda ayudarlos a despegar con algo más de viento en sus velas, me daré por satisfecha. Admito que no siempre estoy en la mejor forma para trabajar. Todavía tengo días malos y debo reservar fuerzas para atravesarlos. Fuerzas para no tener fuerzas.

Y sí, he ido a ver a mi hermano. No lo encontré tan mal como recordaba. Quizá lo pillé en un día bueno o la medicación que toma ahora le sienta mejor, pero incluso tuvimos una charla medianamente agradable. Después de que le informara de la muerte de Kim, se calló y me cogió la mano. Te puedes imaginar cómo me puse. Lloré un buen rato pero, mira, la ventaja de un hospital psiquiátrico es que esas conductas pasan desapercibidas.

Pero no te escribo para ponerte triste. Te escribo porque casi todas las noches cuando me meto en la cama, vuelve a mí lo que nos ha ocurrido, la pérdida de nuestra hija, la búsqueda de nuestro nieto. Repaso los acontecimientos, intento ordenarlos desde el principio y no me refiero a la mañana que fui a buscarte a tu casa para volar a España. Me refiero a todos los momentos que hemos vivido juntos, desde que nos conocimos en una piscina hace ya casi cincuenta años hasta que Kim nació y nos separamos y luego ella se marchó a vivir lejos. Intento analizar para entender y, a lo mejor, para encontrar motivos para perdonarme. Atenuantes, como dicen en los juicios. A pesar de todo, las semanas pasadas contigo han sido un bálsamo en ese aspecto. Han dado sentido a algo que no lo tiene, como la muerte. Hemos transitado juntos el camino de la pena y de la desesperación. No lo hubiera podido hacer con nadie más.

Te mando un beso, John, y otro para Grete. Y muchos con cosquillas para Little John. Espero que estéis muy bien y paseéis mucho a *Zeus*. Nos vemos pronto,

Geraldine

P. S.: He ido al otorrino. Me voy a poner audífono. Se va a acabar eso de que te rías de mí.

Asunto: Petardos y cohetes

Querida Geraldine:

Ya sabes por qué me fío de la física, porque con ella se puede llegar a saber cómo funciona el mundo y demostrarlo. O esa era mi creencia hasta hace poco. Yo también repaso cuanto nos ha ocurrido, pero no por las noches sino por las tardes, cuando voy a buscar a Little John al colegio. Suelo aprovechar para sacar a *Zeus*, el perro que nos ha dejado en herencia sin saberlo nuestra hija. Camino por el borde del mar hasta la escuela y me vienen pensamientos y también preguntas. Ya sabes lo que siempre nos decían: el buen profesor no es bueno por las respuestas, sino por las preguntas que provoca en los alumnos.

Si alguna mañana siento desesperación me digo: «Tranquilo, esto no es nuevo, la desesperación siempre ha formado parte de tu vida y, a pesar de todo, ¿no has sobrevivido, no has llegado hasta aquí y has salido adelante?». Cientos, miles de veces me he desesperado, a veces por las cosas más nimias, lo reconozco, como que las servilletas estuvieran estropeadas o no quedara leche. Hay tantísimas cosas pequeñas que pueden echar por tierra mis esperanzas, mis deseos, mi simple impulso de vivir. También he entrado en crisis por acontecimientos verdaderamente serios, crisis que me han dejado tumbado, como cuando tú y yo nos separamos o cuando murió Marianne. He sido asustadizo toda mi vida. He sentido todo tipo de miedos: a la soledad, a la pobreza, al ridículo, al fracaso, a la ignorancia, a la pasión, al abandono... No es nuevo. A lo mejor es la ventaja de la vejez, que nada es nuevo.

También hay días en que estoy agotado y tengo que tumbarme, como tú, pero ahora sé que no pasa nada y, sobre todo, que hay que tener fuerza para aceptar que no se tiene fuerza. Me siento en el jardín, oigo a los pájaros, miro las plantas, que por su cuenta, imperturbables, siguen dando flores, y si acaso leo un poco. Si la lectura no me distrae, a lo mejor pongo la radio y me abandono a la música que suene. «Alguien la compuso —me digo—, alguien que ya no vive». Vivaldi, Mozart, Schubert, Bartók murieron, pero a pesar de todo su espíritu me llega plenamente porque otros que sí viven, violinistas,

directores, clarinetistas, han tomado su testigo y la línea de la vida continúa. Eso me reconforta. Con ese pensamiento espero a que esa emoción dolorosa pase, sin negarme a ella, sin buscarle explicaciones. A la hora de comer, cuando vuelve Grete y oigo su voz amiga, la de alguien que nos ayudó cuando no esperábamos nada, la idea cobra todavía más fuerza. Su afecto, como el de Little John, me dispone a confiar en el porvenir, en mi pequeña ración de fuerza para superar el dolor de la vida, traiga lo que traiga.

Hay cosas en las que Grete y tú os parecéis. Supongo que eso me atrajo de ella. Cualidades que también tenía Marianne, así que en eso he sido afortunado. Elegí a tres mujeres con determinación y capacidad para cambiar su vida tantas veces como hiciera falta. Es lo que estás haciendo ahora mismo poniendo tu vieja casa patas arriba para construir otro futuro.

Yo tengo otra mentalidad menos ambiciosa, más resignada. Como mis padres. Aunque mi situación económica y social haya sido mejor que la de ellos, he conservado ese espíritu impresionable que se pone siempre en lo peor. Supongo que ese carácter mío irascible y a la vez apocado fue lo que nos separó. Yo tiraba de ti hacia abajo, hacia una vida más pequeña, conocida, convencional, mientras que tú querías tirar hacia arriba, a lo desconocido.

También yo he aprendido en este viaje contigo, Geraldine. Aunque solo haya aprendido que cuento para ti, que contaba para Kim y que cuento para Little John y Grete. Es muchísimo. Te dejo. *Zeus* me mira acusador, quiere salir a toda costa, es hora de recoger a Little John. Luego merendará conmigo y sobre las siete lo dejo en casa de Kostya, cuando sale del trabajo. Kostya está bien. Cuando no trabaja, sigue pasando mucho tiempo solo, demasiado, pero lo superará. Es joven y entre los tres lo ayudaremos. De momento, ha vuelto a la guitarra. El domingo cuando vino a comer a casa accedió a traerla y tocó para nosotros un buen rato.

Te mando mi cariño. Siempre tuyo,

John

P. S.: Me alegro de que te lleves bien con *Jewel*. Es una perra extraordinaria. Últimamente estaba perdiendo oído, así que estoy seguro de que no le importa que tú también estés como una tapia. Bromas aparte, me alegro de que aceptes los cambios. Todos cambiamos, Geraldine. Unos a mejor, otros a peor. Creemos que no, pero cambiamos. Y es muy buena cosa.